

Jacome Fontano y Cristóbal de Arcos
La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estaba, por el bachiller Cristóbal de Arcos... [Sevilla, en casa de Juan Varela de Salamanca, 1526]

Edic. y presentación de Fernando Fernández Lanza,

fernando.fernandez@uah.es

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 17/06/2017
Número de páginas: 207
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estava, por el bachiller Christóval de Arcos, clérigo cura de la sancta yglesia de Sevilla. Dirigida al illustríssimo y reverendíssimo señor don Alonso Manrique, por la divina miseración arçobispo de Sevilla, Inquisidor mayor en los Reynos todos de España, consiliario de sus Magestades, etc. Con privilegio de sus Sacras Cesáreas Católicas Magestades. [Sevilla, en casa de Juan Varela de Salamanca, 1526].

Fernando Fernández Lanza
Fundación Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)
Universidad de Alcalá

De la sangrienta batalla
qu'en Rhodas a subcedido,
se salía el Gran Maestre
congoxado y aflixido,
llorando de los sus ojos
biendo su poder perdido
y biendo que los despojos
goça dellos su enemigo.
Todos los comendadores
lloran con gran alarido,
biendo la Cruz de San Juan
y su bien desposeydo.
Triunfa el bárvaro turquesco
de la vitoria que a avido;
piden los dexen salir
ya que así los an vençido.
Buelve el Maestre la cara,
dize biéndose vençido:
“Adiós Rhodas, adiós tierras
de mi contento suvido”.
Con boz lamentable y triste
a todas a rrespondido:
“Benid, amados señores,

que tan bien me avéis serbido”.
Parte y vase para Malta,
de gran llanto çircuydo.
Así se rrecoxó a Malta,
desvaratado y bençido.

Romance anónimo.

Biblioteca del Palacio Real de Madrid. Manuscrito II-1587. Fol. 135 r-v.

1.- La conquista otomana de Rodas en 1522, hito militar y estratégico para el control turco del Mediterráneo oriental.

En 1526 vio la luz con privilegio de su Sacra, Cesárea y Católica Majestad, en las prensas del taller sevillano de Juan Varela de Salamanca, *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estava, por el bachiller Christóval de Arcos, clérigo cura de la sancta yglesia de Sevilla*, escrita en latín por Jacobus Fontanus y traducida al castellano, como incluye el propio título, por el bachiller Cristóbal de Arcos. Jacobus Fontanus, testigo presencial de los continuos combates, asaltos, embestidas, escaramuzas y batallas durante la totalidad del asedio a la ciudad de Rodas, fue un instruido letrado y juez de apelaciones de la Sacra Religión de la Caballería de Jerusalén y del pueblo de Rodas, a la vez que amigo leal y devoto partidario del gran Maestre de los Caballeros de Rodas Philippe Villiers de L'Isle-Adam, protagonista incuestionable de la obra que nos ocupa. De ahí el extraordinario valor de esta fuente, a pesar de que se vayan evidenciando algunas sombras e inexactitudes a lo largo del relato¹.

La detallada crónica del cerco y conquista de la ciudad e isla de Rodas, dirigida al ilustrísimo y reverendísimo señor don Alonso Manrique de Lara²,

¹ Ricardo González Castrillo. “Sobre la conquista otomana de Rodas”, en *Anaquel de Estudios Árabes*, 18. Madrid, Universidad Complutense, 2007. Págs. 117-135. El estudio de una carta original e inédita, de autor anónimo, que narra algunas de las batallas acaecidas en el asedio de Rodas sirve de punto de partida para la comparación de las fuentes contemporáneas y analizar sus diferencias.

² Alonso Manrique de Lara fue hijo, en terceras nupcias, de Rodrigo Manrique (gran maestre de Santiago y I conde de Paredes de Nava) y Elvira de Castañeda. Era hermano, por tanto, del poeta Jorge Manrique. Cursó estudios de Cánones en la Universidad de Salamanca. Desde muy temprano contó con recursos propios gracias a las rentas proporcionadas por el canonicato, del que era titular, en la catedral de Toledo. A ellos se fueron sumando los procurados como canciller de la Universidad, maestrescuela de la iglesia salmantina y arcediano de Toro. Alcanzó el grado de doctor. En 1499 fue nombrado obispo de Badajoz por Isabel la Católica. A la muerte de la reina, se posicionó abiertamente en defensa de la casa de Austria, por lo que fue encarcelado en Atienza e

está dividida en tres libros. El Libro Primero, que contiene veintiún capítulos, recoge inicialmente, en el primero de ellos, la intención que movió al autor para escribir la obra y concluye con una exhortación a los príncipes cristianos acerca de la necesidad de la unión de sus Estados para cercenar el poder y expansión otomanos. A partir del segundo capítulo, hilvanando minuciosamente la hebra cronológica, detalla las causas que impulsaron al gran Turco a armarse e ir contra Rodas; la muerte del gran Maestre Fabricio Caretano y la elección, siguiendo los preceptos propios de la *Religión*, de Philippe Villiers de L'Isle-Adam, así como los infortunios y trabajos de su viaje de Francia a Rodas y el recibimiento solemne que tuvo a su llegada; los textos literales del continuado intercambio epistolar entre el gran Turco y el gran Maestre; los razonamientos y argumentos de los caballeros y capitanes principales más próximos a Süleyman, en las correspondientes consultas, para justificar e iniciar el sitio y la conquista; los preparativos en las atarazanas y provincias turcas para la campaña y, simultáneamente, el intenso aparejamiento de las cosas necesarias para la defensa de la ciudad ante el inminente asedio y guerra; la exhortación del gran Maestre a los caballeros, a los miembros del consejo y a todos los vecinos de Rodas para la defensa de la

Illescas. Tras el Tratado de Blois (1509) fue indultado y se trasladó a Países Bajos al servicio del futuro emperador como capellán. Con la intercesión del cardenal Cisneros, obtuvo en 1516 el obispado de Córdoba. Asistió a las cortes celebradas en la Coruña en 1520, donde fue nombrado capellán mayor del rey y, a continuación, acompañó a Carlos a su coronación en Aquisgrán. En 1523 fue nombrado arzobispo de Sevilla y desde enero de 1524, en sustitución de Adriano de Utrech, desempeñó el cargo de inquisidor general. Su gestión al frente del Santo Oficio estuvo marcada, principalmente, por su defensa de diversas corrientes de renovación espiritual y su respaldo a la difusión del erasmismo (1527-1532). Manrique durante este tiempo ofreció su protección a intelectuales afines como Juan de Oría y los hermanos Juan y Alfonso de Valdés. A partir de 1529, no obstante, el influjo de Manrique comenzó a declinar siendo apartado de la corte. En estos años tuvo lugar la unión de los Consejos de Inquisición de Castilla y Aragón y el dominio ejercido por Juan Pardo de Tavera, que culminaría con su nombramiento como inquisidor general, si bien Manrique ostentó el cargo –aunque casi meramente administrativo– hasta el final de sus días. En 1531 recibió el capelo cardenalicio concedido por Clemente VII, pero ya permanecía apartado de la toma de decisiones de importancia. Condición que se complicó por su defensa de Juan de Vergara, detenido en 1533 por el Tribunal de Toledo, y el procesamiento del benedictino Alonso de Virués, predicador protegido por el mismo emperador. Manrique promovió la edición de la *Repetitio Nova*, de Arnaldus Albertinus, repertorio de legislación inquisitorial para uso de inquisidores (1534) y mandó realizar la *Compilación de las Instrucciones del Oficio de la Santa Inquisición hechas por... fray Tomas de Torquemada... e por los otros... Inquisidores generales* (1536). Sin embargo, no fue tenido en cuenta en la intensificación de la actividad censora del Santo Oficio a partir de 1530, que se saldaría, entre otras, con la posterior condena de las obras de Erasmo. Así las cosas, se centró en los asuntos propios del arzobispado hispalense procediendo a la renovación del Cabildo catedralicio. En esta dirección, hizo recaer las provisiones de beneficios y prebendas de manera destacada en profesores y alumnos de la Universidad de Alcalá ligados a la corriente erasmista. No obstante, su escasa influencia en los asuntos inquisitoriales quedaba de manifiesto al no poder favorecer a Juan de Ávila, colaborador y amigo, procesado por el Tribunal sevillano y en su alejamiento del emperador –retornado a España en 1536– y de las Cortes celebradas en Valladolid en 1537. Alejado pues de la Corte y muy mermada su influencia, falleció en Sevilla en septiembre de 1538. Fue padre de cuatro hijos: Antonio, señor de Gadea y adelantado de Castilla; Rodrigo, miembro del Consejo de Guerra; Guiomar, religiosa dominica, y Jerónimo, poseedor de diversas prelacías e inquisidor general a finales del siglo XVI.

ciudad, así como los discursos, sermones, oraciones y arengas de diversas personalidades de Rodas con el mismo objetivo; el recogimiento de toda la gente del campo en la ciudad, las enfermedades que ello provocaron y algunas escaramuzas, marítimas y costeras principalmente, que se suceden en las proximidades de la ciudad y en el resto de la isla.

“Entrados en el consejo los cavalleros comendadores, el canceller de la sacra cavallería y procurador del tesoro, varón muy claro y famoso por muchos y muy famosos y yllustres fechos, assí de guerra como de paz, de ánimo de muy altos y profundos pensamientos, de grande ingenio y muy vario, de eloqüencia torrente y muy abundoso, la qual aprendió y alcançó siendo ya de mucha hedad con continuo leer y estudiar en autores y doctores de toda facultad y doctrina, poque quando pequeño nunca se dio a las letras y, después, ocupado en guerras y negocios, assí públicos como particulares, no pudo entender en las alcançar, pero después fue tan docto y alcançó tanto, que tan a la mano tenía y entendía al Plinio, de la natural hystoria, que ninguno que sí sabe tan bien su proprio nombre ni contar los dedos de sus manos quanto él lo sabía y entendía perfectamente. Al qual ninguna otra cosa estorvó e impidió para ser elegido por gran Maestre sino la demasiada y desordenada cobdicia que tuvo de serlo. Assí que este tan grande y tan señalado varón dixo allí en el consejo que no devían de se estar quedos, sino salir con su armada y embestir con los contrarios. Lo qual provava desta manera, según que él era muy libre y suelto en hablar:

O esta grande y muy espantosa flota, a cuya no digo vista sino sola fama tantos temen, la qual por cierto no es nueva, pues que cada uno de los años suele venir por estas partes a nos ver y visitar, se ha de allegar y ayuntar con estas armadas de cossarios que por aquí andan, como cabeça con miembros. Y, si assí es, será muy bien y muy provechoso, lo qual es muy fácil de fazer, a nosotros que tanta ventaja les tenemos, assí en fuerças, armada de muy buenas naos y galeras como en número, virtud y esfuerço de varones y gente militar, cortados los miembros y quebrantados de la cabeça, o la cabeça de los miembros, darles este dolor y mortal afrenta porque, de ay adelante, siempre sea menos y tenga menos fuerças, o ninguna otra flota y armada que contra nos esté fecha y aparejada viene empós de esta, lo qual a mí me parece (digan lo que quisieren algunos que de su mesma sombra se espantan, o temen que se cayga el cielo) ser muy más verdadero y cierto. Porque no es agora tan necio, ni tan sin seso, el turco que, en tal tiempo y parte del año, después ya de veynte y cinco días de junio, parta y venga sobre Rhodas, passada ya la mejor parte del verano para cercar y combatir la cibdad. Y, sobre todo, qué cibdad. Fortíssima, muy proveyda de todo lo necessario, llena de muy buena gente y de adonde siempre sus mayores y antepassados fueron con daño y feamente afrentados. El qual, antes que acabe de aparejar y proveer todas las municiones y aparejos necesarios para combatir la cibdad, según los avisos y invenciones de los antiguos y modernos, passará todo el tiempo que queda del verano, pues en el invierno, como en toda parte sea muy vana y trabajosa toda opugnación y sitio, mucho más por cierto lo es en ysla y en esta más principalmente, en la qual no ay puerto ninguno ni lugar para se retraber y amparar. Pues que assí es, por qué, ayudándonos dios y el glorioso propheta sant Juan Baptista, no salimos a dar en nuestros enemigos tan sobervios y tan perversos. Y no que nos espante un triste capitancillo embiado contra nosotros con engaño y subtil astucia por aquel rapaz y perverso perro, el qual está congoxoso y muy fatigado que no demos por la trasera sobre su negra flota para otra parte por ventura aparejada y ordenada. Y assí, nos estamos muy descuydados sentados y tañendo palmas dentro de nuestros muros y fortaleza y durmiendo sin temor ni espanto en cosa alguna. Y después, si plazę a dios, llamaremos a nuestra floxedad y descuydo las artes y astucias fabianas. Y

pluguiese a dios que fuésemos Fabios y no Antiochos o Aetholios, la ferocidad y esfuerzo de los quales era todo en palabras, o que no seamos Vitelios, creyendo que sentados y sin trabajo con solos votos y devociones venceremos y alcançaremos alegre triumpho. Las grandes hazañas y victorias todas no se han, ni alcançan, con votos y devociones mugeriles, o con aquellos pareceres y consejos que los covardes y temerosos llaman ocultos y divinos socorros de dios, sino velando y trabajando”³.

El Libro Segundo, que contiene veinticinco capítulos y supone en extensión poco más de la mitad de la crónica del asedio y conquista de Rodas, describe en su comienzo la aparición de la colosal flota y armada del gran Turco frente a sus murallas y la preparación y puesta a punto de los Caballeros Hospitalarios y ciudadanos rodiotas para su defensa, así como el despacho de caballeros para la búsqueda de socorro; el salto a tierra de las tropas turcas y la construcción de su real, la ubicación de los distintos cuerpos militares, los pabellones y la maquinaria de asedio y artillería, así como las líneas de abastecimiento; la historia y descripción de la isla Rodas y de los Caballeros de la Orden de Jerusalén; las embajadas, acciones de combate y estrategias para la obtención de información de los contrarios; las primeras refriegas y emboscadas favorables a los cristianos; la solícita petición de Pirro baxá al gran Turco para que dirija personalmente la contienda; los duros y cada vez más prolongados combates y asaltos selectivos y generales contra la ciudad; el inagotable uso de la artillería, la construcción interminable de minas y la resistencia firme de las postas y baluartes de la ciudad; la pérdida de confianza del gran Turco en Mustaphá baxá por las derrotas cosechadas y las crueles batallas dadas por los capitanes generales Pirro, Mahamet y Ays baxá; las arengas del gran Turco a toda su gente, las encadenadas victorias cristianas a los crudísimos asaltos generales turcos y el infinito número de muertos y heridos de los sitiadores; la imposibilidad del capitán general de la armada del gran Turco de ofender por mar a los sitiados durante toda la guerra; la construcción de fortalezas ofensivas, trincheras, terraplenos y minas y la llegada del duro e intolerable invierno; la voluntad del gran Turco de dar un muy cruel y poderoso combate con todo su poder y fuerzas, el razonamiento que hizo a los suyos para llevarlo a efecto, su ejecución y la nueva victoria de los rodiotas; el acuerdo del gran Turco con sus capitanes de tomar la ciudad más por maña que por fuerza y la oferta de rendición con partido a los defensores; el propósito de numerosos vecinos de la ciudad inclinados a partido y paz y el envío de embajadores al gran Turco; la carta de condiciones del gran Turco al gran Maestre y ciudad y la ardua consulta que sobre ella se

³ *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estava, por el bachiller Christóval de Arcos, clérigo cura de la sancta yglesia de Sevilla.* Libro primero. Capítulo XX. “Del razonamiento que el canciller hizo en la consulta y consejo y de lo que en ella se determinó. Y de las alabanças y muy grandes virtudes del gran Maestre”. Págs. 54-56. Este fragmento recoge el razonamiento que el canciller de la Sacra Caballería y procurador del tesoro hizo en la consulta y consejo convocado ante la presencia de los primeros veinte galeones turcos frente a la ciudad de Rodas.

convocó; la determinación de la consulta para que se diese la ciudad, el quebranto de las treguas durante la negociación y algunas cosas de notar que entonces acaecieron; las condiciones y capítulos que el gran Turco prometió y confirmó a los cristianos y su manifiesto incumplimiento; las profanaciones de los turcos cuando entraron en la ciudad de Rodas y en las villas, lugares, islas y fortalezas que le pertenecían; la reverencia del gran Maestre al gran Turco vencedor, sus conversaciones y razonamientos y, finalmente, la salida de Philippe Villiers de L'Isle-Adam de Rodas.

“Entonces el gran Maestre, hablóle [al gran Turco] de esta manera:

Si quanta fue la osadía, sacra Magestad, que yo tuve, tanta fuera la prosperidad de fortuna y buena ventura que tuviera en mis negocios, yo estuviera por cierto oy como próspero y alegre vencedor en esta cibdad y no vencido. Pero ya que la secreta y muy profunda voluntad de dios quiso que la clara y muy famosa cibdad y tierra toda de Rhodas fuesse perdida, consuélome y tomo algún descanso con que vuestra Magestad fuesse, por mi buena suerte, el que me venciesse y perdonasse. Y la más principal gloria y perfecta alabança que de aquí, entre otras infinitas, vuestra Magestad ha alcanzado es aver vencido y tomado a Rhodas y aver perdonado generalmente a todos los que la defendieron. De manera que a la suma potencia que vuestra Magestad tiene, ha allegado y ayuntado la fama de clemencia y piedad, la qual ni aun los más altos y más poderosos señores y príncipes de todo el universo no deven tener en poco ni olvidar, pues que por ella sola suelen ser verdaderamente amados y parecen ser yguales y muy semejantes al alto dios. Por lo qual mandará vuestra Magestad, como yo bien creo y espero, guardar con nosotros los artículos y condiciones de la paz y siguro, las quales la clemencia hizo a vuestra Magestad conceder y dar y a mí la extrema necesidad aceptar y recibir. Y así yo, de oy más para siempre, seré un eterno y perpetuo dechado y muy claro exemplo de la gran clemencia y virtud turcayca. De manera que mi gran pertinacia y muy constante resistencia y porfía, y la fama, gloria y gran clemencia de vuestra Magestad está muy clara y tendida por todo el mundo.

A lo qual, el gran Turco respondió assí:

También nos tenemos muy grand plazer, por cierto, porque dios te encaminó y avisó, en fin, ya que quisieses antes paz y amistad que no guerra y cruel batalla y pluguérale a él que desde el primer principio tú lo quisieras. Que, por cierto, desde entonces hasta agora ovieras avido y alcanzado de nuestra muy alta y muy poderosa Magestad muchos más bienes y mercedes que males y trabajos has passado y recibido. Los quales, en esto solamente puedes ver y cognoscer que te avemos dado y hecho no por mal que te quisiésemos, sino por solo desseo y muy enardecida cobdicia que tenemos de señorear y mandar, pues te dexamos, assí a ti como a los tuyos todos, yr libres y sin molestia o hysión alguna de vuestras personas y sin tocar en vuestros bienes y hazíendas. Porque no trabemos guerra y andamos en tan continuas batallas, poniendo nuestra imperial persona a tantos peligros, por ganar y allegar riquezas o tesoros. Toda nuestra intención y desseo es trabajar de alcanzar gloria, fama, immortalidad y estender y ampliar los fines y términos de nuestro imperio. Porque es proprio del alto emperador y poderosísimo rey, de alta y muy noble sangre de reyes nacido, acometer o tomar por fuerça las tierras y señoríos agenos, no por avaricia sino por gloriosa cobdicia de señorear, a la qual quando el propinquo o vezino estorva y impide, parécenos que basta con poder, fuerças y armas quitarlo de allí y echarlo fuera.

Las quales palabras todas, aquel gran perro tyrano, dezía y hablava fingida y falsamente por asigurar al gran Maestre y a los comendadores que, segund después

pareció, otra cosa tenía en el corazón y voluntad porque antes que él hiziesse o dixesse este tan amoroso y apazible razonamiento al gran Maestre, avía mandado a sus capitanes que dissimuladamente llevassen la gran nao de la religión y las galeras todas, y en ellas al gran Maestre y comendadores todos, a la cibdad de Constantinopla. De la qual trayción no solamente andava el rumor y nueva oculta y secretamente entre los capitanes y cavalleros turcos, pero también era ya muy común y pública fama entre la gente común y campo todo. Lo qual como el gran Maestre alcançó a saber, rogó con mucha instancia a algunos de los baxaes, byrbayes y sobaxaes, que son los que más privan y pueden con el gran Turco, que le acordassen a su Magestad de la fe, palabra y juramento que les avía dado y hecho. Y, en tanto que esto passava, una noche muy secretamente, que fue la mesma noche del año nuevo de mill y quinientos y veinte y quatro, embarcóse muy de presto él y todos los suyos, los quales estavan ya de acuerdo para aquella hora, y començó su navegación, dexando aquella su muy triste y muy desdichada cibdad en poder y duro captiverio de aquel pérfido tyrano y muy cruel enemigo de nuestra sancta fe cathólica”⁴.

El Libro Tercero, que contiene únicamente siete capítulos, detalla los trabajos y ásperos peligros que el gran Maestre, los Caballeros comendadores y gente de Rodas pasaron por el mar navegando hasta llegar a Candía [Creta] y, de allí, a Mesina; el recibimiento que el virrey de Sicilia y los grandes del reino les hicieron; los socorros aparejados para ir a Rodas y los argumentos por los cuales se detuvieron y no surtieron efecto; la partida de la Sacra Religión para Nápoles y el solemne recibimiento del virrey y los grandes del reino; la partida a Civita Vieja [Civitavecchia] y, a continuación, a Roma; el ceremonioso recibimiento dispensado, algunas cosas que el gran Maestre hizo en la ciudad eterna y, finalmente, las intenciones que el papa Adriano VI y el papa Clemente VII manifestaron de sublimar y restaurar la Sacra Religión y Orden de Caballería.

“Y como el gran Maestre, viejo ya y muy afligido, despojado de su tierra y señorío, desterrado de su patria y en tierra estraña, no tuviesse adónde mejor ni más decentemente pudiesse yr y acogerse que a la sacro sancta yglesia Romana, para contar y declarar sus tristes trabajos y duros casos al sanctíssimo perlado de ella, Adriano VI, por común y unánime voto y parecer de todos los que con él estavan, partió de Nápoles y vino a Civita Vieja, la qual está puesta en la entrada del mar Infero, que agora se dize la playa de Roma, desde la qual hasta Roma ay diez leguas. En la qual, como el gran Maestre llegó, habló al reverendíssimo señor obispo de Cuenca, hespañol que lo estava ya esperando por mandado del sumo pontífice, el qual lo recibió con muy gran plazer y honrra, tal qual a semejante persona convenía. Y avisado que, lo más presto que ser pudiesse, viniesse a Roma con toda la sacra religión y cavallería que avía escapado, más por la piedad y misericordia de dios que no por otra fuerça ni socorro alguno, de las manos y muy cruel furor de tan

⁴ *Ibidem*. Fragmento del capítulo XXV. Libro Segundo: “De cómo el gran Maestre fue a hazer reverencia al gran Turco y de los razonamientos que entre ambos passaron. Y de otra segunda vez que ambos se tornaron a ver y de cómo el gran Maestre salió de Rhodas y la dexó en poder de aquel gran tyrano”. Págs. 135-139.

raviosos enemigos y turcayca perfidia, porque aquel sanctíssimo viejo sumo pontífice desseava y quería mucho, antes que dios de este mundo lo llevasse, dar tierra y cibdad propria que tuviesse y posseyesse el muy sacro y muy noble orden y cavallería de Hierusalem y el muy mísero y afligido pueblo de Rhodas que con él venía. Por lo qual el gran Maestre, no tardando mucho allí, se partió lo más presto que pudo para Roma y dio y encomendó el cargo y governación de la sacra religión toda al muy noble cavallero fray Bernardino Arascha, capitán de la mar y antes alcaide de la fortaleza y castillo de sant Pedro Encaría, la qual todo el tiempo que Rhodas estuvo sitiada, defendió y guardó con mucho esfuerço y prudencia contra toda la violencia y astucias de los turcos. De qué manera y con cuánta solemnidad y magnificencia muy espléndida el gran Maestre fue recebido en Roma, y acompañado hasta el sacro palacio, no lo podría agora yo por cierto assaz complida y elegantemente contar y explicar, siendo mayormente hombre de poca facundia y eloqüencia y, assí mesmo, en un volumen y tratado tan breve y pequeño como este. Salieron hasta fuera de los muros de la cibdad a lo recibir, primeramente, toda la familia del papa de muy rica librea de grana vestida. Luego, las familias de todos los cardenales, los quales como tengan el segundo lugar y grado después del sumo pontífice, por su grande gravedad y auctoridad tan excelente muy pocas vezes salen en público. Y, por tanto, entonces embiaron a los más principales de sus familiares y servidores, los quales venían ante el gran Maestre, en medio de los quales venía la mula del cardenal, cuya era la familia, cubierta toda de muy rica grana, que llegava hasta dar en el suelo, y el maestro de estala cavalgando en ella con el capelo de su señor echado atrás sobre la espalda, lo qual era cosa de muy grande admiración. Empós de los quales, luego yvan todos los arçobispos, obyspos y perlados otros de la sancta yglesia Romana. Y luego atrás, muy gran número de varones y señores muy señalados, assí en doctrina como en auctoridad de vida, los quales demostravan por cierto muy bien quién eran, assí en su magestad como en la gravedad y primor de costumbre que guardavan y consigo tenían. De una parte, y de otra, de la persona del gran Maestre venía muy gran copia de hombres de guardia, assí con picas como con halabardas, los quales llevavan su ordenança muy maravillosamente guardada al son del atambor y pífano. Y con muy gran continencia y arte yvan guardando la persona del gran Maestre con sus halabardas y picas muy ricamente labradas en los hombros, porque toda esta dicha guardia era del papa. Yva luego todo el regimiento y senadores de la cibdad, todos los cavalleros y nobles de ella. Luego el capitán de la guardia y justicia mayor de Roma, el barrachelo con toda su gente de armas y, luego atrás, toda la otra copia y multitud, assí de pie como de cavallo, de guardas, oficiales y ministros de justicia que en la cibdad avía, los quales eran tantos y en tanta cantidad que era cosa de muy grande admiración”⁵.

Hemos seleccionado, muy a propósito, a continuación de la relación de los contenidos de cada libro de la obra, un extracto significativo y original del texto -pedimos disculpas por su extensión, aunque nos ha parecido harto gráfico-, para enlazar la parte meramente enunciativa con el relato mismo de la

⁵ *Ibidem*. Fragmento del capítulo VI. Libro Tercero: “De cómo la sacra religión partió de Nápoles y vino a Civita Vieja. Y de cómo el gran Maestre partió de Civita Vieja para Roma y del solemne recibimiento que le hizieron”. Págs. 149-150.

crónica en una especie de ejercicio práctico muy didáctico. Confiamos en que así sea entendido.

El sitio y conquista de Rodas por la armada otomana, en 1522, puso fin a la presencia de la Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan en la isla y, también, de las órdenes militares nacidas en las cruzadas en lo que hoy denominamos Oriente Próximo. Es decir, la caída de la isla de Rodas posibilitó al imperio otomano el control de forma segura de todo el Mediterráneo oriental y facilitó de forma sobresaliente sus comunicaciones marítimas entre Constantinopla, Alejandría, El Cairo y los puertos levantinos. Entonces, solamente Chipre escapaba al gobierno otomano, isla por la que la Señoría de Venecia pagaba un formidable tributo a la Sublime Puerta, pero esta situación concluirá con su conquista por Selim II en 1571.

La “Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta” (podemos leer indistintamente en la bibliografía, al referirse a ella, Orden de San Juan, de Jerusalén, del Hospital, de Caballeros Hospitalarios, de la Sacra Religión, de Rodas o de Malta, entre otras fórmulas) fue fundada en Tierra Santa por el benedictino Pierre-Gérard de Martigues, conocido como beato Gerard (1040-1118), maestro o rector del Hospital de Jerusalén. En efecto, hacia el año 1080, un grupo de mercaderes de la república de Amalfi, que por entonces monopolizaba el comercio con Egipto y Siria, consiguió licencia de los califas fatimíes de Egipto para crear en Jerusalén, en la zona de Muristán, una iglesia dedicada a Santa María y un hospital dedicado a San Juan Bautista, sobre las ruinas del anterior fundado por Carlomagno. En el año 1113, el papa Pascual II promulgó la bula *Piae Postulatio Voluntatis*, en la que reconocía la existencia canónica de la Orden y, en 1123, el papa Calixto II la confirmó. Poco después se estableció en los reinos hispánicos, antes incluso de que se crearan las órdenes militares españolas copartícipes de la reconquista (Calatrava, en 1158; Santiago, en 1170; Alcántara, en 1176 y Montesa, en 1317). Las condiciones de acceso a la Orden exigían un alto perfil de servicio, además del riguroso cumplimiento de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Así, por ejemplo, los novicios de la Orden estaban obligados a perseguir a los carabos o galeotes turcos y moros en el Mediterráneo durante tres años en las galeras de la Religión, sin cuyo requisito no podían profesar.

Tras la conquista de Jerusalén por Saladino, en 1187, los Caballeros de la Orden abandonaron la ciudad y se establecieron en San Juan de Acre hasta su conquista por el sultán Jalil, en 1291, que puso fin a la presencia de los europeos en Tierra Santa. A continuación, se asentaron en Chipre entre 1291

y 1309 y, de allí, pasaron a Rodas en 1310, tras la conquista de la isla al imperio bizantino. Con la consecución de Rodas y otras islas del archipiélago, la Orden de San Juan empezó, de algún modo, a comportarse como un Estado insular, que era una flecha apuntada en el bajo vientre de la Anatolia turca, con dos posesiones (rehenes estratégicos) en el continente: Esmirna y el castillo de San Pedro, en la ciudad de Halicarnaso, que tras su conquista renombraron Bodrum. Gobernada por el gran Maestre y por el Consejo, la Orden acuñó su propio dinero y mantuvo relaciones diplomáticas con otros Estados. El Capítulo General de la Orden de Montpellier, celebrado en 1319, decidió agrupar a los Hospitalarios por sistemas lingüísticos homogéneos, las llamadas *langues* o lenguas. Cada una de ellas, a su vez, se organizaba en prioratos o grandes prioratos, bailías y encomiendas. Las Lenguas no seguían el patrón de los Estados nacionales, sino más bien el de las identidades nacionalistas y lingüísticas de Europa occidental (hay alguna excepción, por ejemplo, los polacos, suecos y eslavos están agrupados en la lengua de Alemania, aun no hablando alemán)⁶.

Las siete lenguas iniciales fueron: Provenza (Francia meridional, con grandes prioratos en Toulouse y Sant-Gilles), Auvernia (Francia central, con gran priorato en Bourgneuf), Francia (Francia septentrional, dividida en tres grandes prioratos), Italia (grandes prioratos de Messina, Barletta, Capua, Roma, Pisa, Milanesado y Venecia), Inglaterra (Islas Británicas, gran priorato de Inglaterra -con Escocia e Irlanda-), Alemania (grandes prioratos de Bohemia, Alemania septentrional, Alemania meridional, Dacia (Transilvania), Valaquia, Moldavia, Suecia, Polonia y Hungría) y Aragón (Península Ibérica y Baleares, con grandes prioratos en Aragón, Cataluña, Castilla, León, Navarra y Portugal). En 1462, se suma la octava lengua: Castilla (grandes prioratos de Castilla, León y Portugal, que se separan de la lengua de Aragón). Cada lengua contaba con su propio líder, o *pilier*, que más tarde asumiría uno de los altos cargos de la Orden. Cada lengua, al principio en Rodas y después en Malta, tenía su propio albergue para alojamiento, reuniones y para los almuerzos que, al menos en los comienzos, debían ser comunales. Esta reorganización interna de los Caballeros de San Juan permaneció sin cambios hasta finales del siglo XIX⁷.

⁶ Juan Alejandro Magaz Van Ness. “Rodas, 1309-1523. La defensa del cristianismo en el Mediterráneo oriental”, en *La Orden de Malta, la mar y la Armada. XXI Jornadas de Historia Marítima*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2000. Págs. 29-64. Véase también Jaime Salazar y Acha. “Los caballeros de San Juan y las distintas etapas de su actuación naval en la Edad Media”, en *La Orden de Malta, la mar y la Armada (III). XLII Jornadas de Historia Marítima*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2011. Págs. 25-40. Cfr. Fernando Suárez Bilbao. “La Orden de San Juan de Jerusalén en la defensa de Rodas, un bastión en el Mediterráneo”, en *Actas del I Simposio Histórico de la Orden de san Juan en España*. Toledo, 2003. Págs. 259-262.

⁷ Pedro García Martín. “Historiografía de las ‘lenguas’ hispanas de la orden de Malta en la época moderna”, en *Studia Historia. Historia Moderna*, 24. Universidad de Salamanca, 2002. Págs. 141-172.

Regresando ahora a nuestro propósito, ya en el último cuarto del siglo anterior, Mehmed II intentó acabar con la piratería que promovían y facilitaban los Caballeros de la Orden de San Juan desde la isla de Rodas e intentó fallidamente conquistar la isla. La orden militar no reconocía la soberanía del sultán y, por ello, se negaba a pagar cualquier tipo de tributo a una autoridad islámica a la vez que realizaba continuas razias y saqueos tanto a embarcaciones como posesiones terrestres turcas, auténticas depredaciones corsarias. Además, las maniobras de los marinos cruzados obstaculizaban seriamente las relaciones entre los territorios peninsulares e insulares otomanos en un momento en el que sus dominios marítimos crecían rápidamente. Por otro lado, este centro corsario acogía también a otros aventureros y militares cuyo objetivo era el ataque a los intereses otomanos y mamelucos, buscando botines, despojos, cautivos y las mercancías con las que comerciaban los mercantes agarenos, así como las mercaderías de esta procedencia que transportaban navíos venecianos, genoveses o raguseos. Este corso no implicaba, generalmente, pérdidas territoriales para el sultán, pero generaba enorme descontento e inseguridad entre sus súbditos que recorrían estas aguas o vivían en sus costas, al convertirse en víctimas de apresamiento fácil por los que se pedían altos rescates para lograr su puesta en libertad. En definitiva, Rodas concentraba todo este corso cristiano que actuaba en la zona del Dodecaneso, el mar de Mármara y la zona de los Estrechos. La isla se convirtió en el espacio donde se negociaba y traficaba con los botines logrados en los asaltos a los navegantes turcos en buena parte del Mediterráneo oriental incluyendo, además, la llegada de trigo a Estambul por vía marítima, producto fundamental para la tranquilidad y estabilidad en la creciente urbe⁸. Además, este corso se cebó con los ataques a embarcaciones que trasladaban peregrinos a la Meca, lo que implicaba el incumplimiento por parte del sultán de defender a los creyentes. Todas estas acciones de corso fueron generalizándose de manera indiscriminada, implicando una constante sangría económica y una ignominia para el gran Turco⁹.

Selim I realizó sus grandes acciones militares fundamentalmente contra musulmanes, ya fueran mamelucos como persas safávidas, y para ello emprendió una activa política de construcción naval para fortalecer su armada. La conquista de El Cairo y Alejandría tuvieron una consecuencia directa sobre la pervivencia de los Caballeros Hospitalarios en la isla de Rodas.

⁸ Elisa Soldani. “Economía de guerra y comercio cross-cultural en la frontera del Mediterráneo oriental. La isla de Rodas a mediados del siglo xv”, en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 18 (2012-2014). Págs. 359-376.

⁹ Miguel Ángel Bunes Ibarra. *La batalla de Lepanto (Inebabti) vista por los otomanos*. Madrid, Los libros de la Catarata, 2023. Págs. 53-60.

Süleyman, al acceder al trono, mudó radicalmente la orientación de los enfrentamientos bélicos, firmó una tregua con el sha safávida y retomó las acciones militares y hostilidades de su abuelo, atacando Hungría y Rodas. En 1522, año siguiente de su acceso al poder y conquistada Belgrado a sangre y fuego, sin pacto ninguno, inició una fortísima ofensiva de conquista contra los Caballeros de San Juan que seguían practicando el corso y la piratería sin ningún reparo e impedían la relación ordinaria, mercantil y humana, entre Estambul, El Cairo y los enclaves orientales del Mediterráneo. Los grandes maestros de Rodas habían apoyado, asimismo, durante estas décadas, a los enemigos directos del imperio otomano. Así que sumando al tremendo esfuerzo militar otras medidas estratégicas para aislar a los rodios y asegurarse el éxito de la empresa, Süleyman, firmó un tratado de neutralidad con la Señoría de Venecia reconociendo sus derechos comerciales en la región y consintiendo el mantenimiento de sus posesiones. Por otro lado, los servicios de información y espionaje otomanos advirtieron convenientemente de las enormes divisiones internas entre los Estados occidentales y las graves tensiones entre los soberanos de Francia y España, que hacían casi impracticable un rápido socorro a los sitiados. La expulsión de los Caballeros Hospitalarios, vestigio de las cruzadas medievales, de los territorios de influencia otomanos resultaba indispensable para finiquitar la peligrosidad de navegación en el Dodecaneso y crear un espacio marítimo estable y pacífico para conectar los diferentes puntos de su imperio y facilitar el desarrollo del comercio en la región. Y ese fue el gran objetivo¹⁰.

Süleyman organizó una poderosa flota de más de trescientos navíos para trasladar una fuerza de desembarco de más cien mil combatientes, de los cuales casi quince mil eran jenízaros, que se descubrió frente a la ciudad de Rodas el 26 de junio de 1522, y a la que se unió el sultán personalmente, el 18 de julio, para ponerse al frente del sitio. La guarnición de Rodas se componía de unos seiscientos Caballeros Hospitalarios de varias lenguas y una cantidad próxima a los cinco mil soldados, gobernada por el gran Maestre de la Orden, Philippe Villiers de L'Isle-Adam. A esta guardia se sumó necesariamente en tareas defensivas la población, mayoritariamente griega, junto a algunos latinos, bizantinos y sefardíes, entre otros, así como sacerdotes y religiosos de órdenes regulares cuando las circunstancias lo exigían. La flota sanjuanista contaba, por entonces, con la carraca *Santa María*¹¹, las galeras *San Juan*, *Santa*

¹⁰ *Ibidem*. Págs. 61-67.

¹¹ En 1507 en aguas de Creta, el comendador Jacques de Gastineau, al mando de la carraca *San Juan Bautista*, capturó la nave egipcia *La Mogarbina*, luego bautizada por la Orden como *Santa María*, que durante mucho tiempo fue la nave más grande del Mediterráneo, el primer buque hospital que conocemos. Era una nave de más de cuatrocientos pies de eslora y ciento ochenta y dos de manga. Tenía seis cubiertas. Denominada por los musulmanes la *Reina de los Mares*, era una auténtica fortaleza flotante con cien cañones y, además de su dotación, podía transportar más de mil soldados. Véase Giacomo Bosio. *Dell'istoria de la Sacra Religione et Illma. Militia di San Giovanni*

Catalina, San Miguel y Santa Ana, además de un galeón, una fusta, dos bergantines y otros bajeles menores que no pudieron burlar el bloqueo turco.

Comenzó el sitio con intensos e ininterrumpidos bombardeos sobre los muros y numerosos asaltos, aislando cada vez más la ciudad por medio de una red de trincheras artilladas y la construcción y fabricación de una abundante cantidad de minas y contraminas para destruir las murallas de la ciudad, que fueron reduciendo la capacidad de resistencia de los sitiados. La artillería cristiana, como habían planeado previamente, en lugar de intentar la *contra batería*, se dedicó a bombardear sistemáticamente las trincheras turcas causando estragos en su infantería. La guerra fue fundamentalmente de minas. Los turcos instalaron más de sesenta a lo largo de la muralla de la ciudad, de modo que una tercera parte de la fortificación estaba minada. Gabrièle Tadini di Martinengo jugó un papel decisivo al instalar un sistema de tambores enterrados cuyos parches vibraban y advertían de la zapa a los defensores, además de la construcción de numerosas contraminas, reparos, traviesas y otras obras de fortificación. La dureza de los combates y la terrible mortandad de los asaltantes, principalmente de jenízaros y sipahis, también provocaron una grave y paulatina pérdida de moral en sus filas.

En los primeros días de septiembre, tras más de seis semanas de asedio, los turcos consiguieron abrir brecha en el bastión de Inglaterra gracias a dos minas. Los atacantes lanzaron enseguida un poderoso asalto, pero una carga desesperada organizada por el gran Maestre, rechazó a los atacantes dejando en el campo más de mil muertos turcos. En los días siguientes, nuevas minas causaron importantes daños en los paños de muralla situados entre las postas de España y Auvernia y, de nuevo, en la de Inglaterra. Los reparos que Martinengo mandó fabricar y la rapidez del socorro del gran Maestre fueron decisivos para salvar el baluarte de Inglaterra. Los turcos se vieron obligados a retirarse, con gran indignación de Mustaphá baxá, después de perder dos mil soldados más. A mediados de mes se consignaron nuevas acometidas de desgaste por parte de los asaltantes contra los bastiones de Italia e Inglaterra y, a continuación, un asalto general simultáneo contra las postas de España e Inglaterra con resultado adverso. Aunque muchas minas fueron neutralizadas, inevitablemente se repitió la detonación de otras. De este modo, en la última semana de septiembre estallaron, en una primera operación, dos en la posta de España y el baluarte de Auvernia. La primera no produjo efecto a causa de la contramina hecha por los españoles, pero el estallido de la segunda fue

Hierosolimitano. 3 vols. Roma, 1594-1602. T. II, págs. 590 y ss. Cfr. Manuel Gracia Rivas. “La asistencia sanitaria en las galeras y navíos de la Religión”, en *La Orden de Malta, la mar y la Armada. Cuadernos monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, n. 37. Madrid, Ministerio de Defensa, 2000. Págs. 15-28. Del mismo autor, “Los buques hospitales de la Orden de Malta: pasado, presente y futuro”, en *La Orden de Malta, la mar y la Armada (III). XLII Jornadas de Historia Marítima*. Madrid, Ministerio de Defensa, 2011. Págs. 71-91.

terrible, si bien no logró derribar la muralla por lo que los turcos que estaban preparados para el asalto, cerca de sesenta mil, optaron por retirarse a sus trincheras.

Unos días después, a caballo entre los meses de septiembre y octubre, se produjo una segunda operación militar a gran escala, con cinco objetivos simultáneos: el baluarte de Inglaterra, las postas de España, Auvernia y de Provenza, y el terraplano de Italia. El bastión de España cayó durante unas horas en manos de los turcos, a pesar de la muerte por la artillería española del lugarteniente de Mustaphá baxá. De nuevo, el gran Maestre, que defendía el almenado de Inglaterra, acudió en su defensa y pudo recuperarlo. En este asalto participaron forzosamente todos los defensores útiles de la ciudad. El texto recoge ejemplos, en defensa de la doctrina, del comportamiento heroico de mujeres y religiosos. Las pérdidas turcas fueron cuantiosas, cifrándose en más de quince mil las bajas. De lado rodiota, se contabilizaron unos doscientos muertos y ciento cincuenta heridos.

A la vista de sus pérdidas, Süleyman decidió rendir la plaza por hambre, pero al llegar un barco procedente de Creta con trescientos voluntarios venecianos, volvió al sistema de asaltos masivos. Estos se repitieron sistemáticamente durante las semanas siguientes, produciéndose en la tercera semana de octubre un enfrentamiento que se saldó, de nuevo, con extraordinaria mortandad de los sitiadores. A pesar de ello, el hostigamiento otomano contra las defensas de la plaza prosiguió de forma regular y continua, día tras día, con disparos de artillería, estallido de minas, construcción de trincheras y con ataques selectivos como el realizado contra el montículo de Italia pasado el ecuador de noviembre.

A finales de este mes se produjo una ofensiva general, especialmente encarnizada en el baluarte de España y las postas de Italia e Inglaterra, que finalizó con un nuevo fracaso de los atacantes que consignaron casi cinco mil bajas. Fue tan grande la conmoción que este desastre causó que Mahamet baxá decidió, a partir de ese momento, mantener sus tropas atrincheradas y hostigar a los sitiados desde allí, evitando asaltos directos, para esquivar nuevas matanzas. Los estragos sucesivos de soldados, pertrechos y suministros, junto a la cruel comparecencia del invierno y la necesidad de concluir de una vez el asunto de Rodas, determinaron a Süleyman a ordenar a Pirro baxá que iniciara las negociaciones precisas para llegar a un acuerdo con los sitiados.

En la primera quincena de diciembre se intentó negociar una capitulación, pero las exigencias cristianas resultaron inaceptables. Los jenízaros tomaron el baluarte de Aragón pocos días después y el gran Maestre

solicitó una tregua. Süleyman dio a los Caballeros un plazo de doce días para la rendición. La situación de los cercados se hizo realmente insostenible, obligando al gran Maestre a la convocatoria de Consejo, cuya mayoría, a diferencia de su voluntad, fue partidaria de examinar la oferta de paz del gran Turco y aceptar, finalmente, sus condiciones. De las estipulaciones convenidas, muchas inicialmente no se respetaron. Se produjeron numerosos saqueos y actos de violencia contra los sitiados, sus bienes y el patrimonio de la Orden y la ciudad. No obstante, por último, los cristianos pudieron en su mayoría conservar las personas, bienes y riquezas de su antigua posesión. El 1 de enero de 1523, el gran Maestre abandonó Rodas rumbo a Creta (Candía, posesión veneciana) en la carraca *Santa María*. La embarcación iba cubierta de crespones negros y portaba un estandarte con la Virgen Dolorosa y la inscripción “afflictis tu spes unica” [eres la única esperanza para los afligidos]. La seguían las galeras *Santa Catalina* y *San Juan*, el galeón *San Buenaventura*, la barcaza *Perla*, una pequeña galera llamada *La Siciliana* y algo más de una cuarentena de velas menores. Acompañaron al gran Maestre unos ciento ochenta Caballeros, heridos en buena parte; los restos de la guarnición, una fracción importante de la población superviviente, que no llegaba a los cuatro millares, el archivo y las principales reliquias de la Orden.

A partir de este momento, los Caballeros de la Orden iniciaron un largo periplo de siete años buscando un lugar donde establecerse para seguir cumpliendo su misión de combate a los musulmanes. A finales de febrero de 1523, los Caballeros de la Sacra Religión partieron de Candía con destino a Mesina, donde permanecieron unos días, pero ante la sospecha de peste decidieron dejar esta tierra en busca de otro lugar más limpio de enfermedad y con aire más limpio y sano. El lugar elegido fue Nápoles, de donde rápidamente por diversos inconvenientes se trasladaron a Civitavecchia (posesión del Estado Pontificio). El gran Maestre partió presto para Roma a visitar al papa Adriano VI, gran protector de la Sacra Religión, encomendando la gobernación de la Orden a fray Bernardino Arascha. El Papa, muy viejo y enfermo, que lo recibió ejemplarmente y lo definió como *Magnus Christi Athleta*, falleció poco después. El Colegio de Cardenales, a continuación, concedió por primera vez a la Orden el privilegio de dar guardia armada al cónclave durante la sede vacante y a Clemente VII, antiguo sanjuanista y nuevo pontífice, el privilegio de que el estandarte de la Religión de San Juan precediera siempre a los cortejos papales. Clemente VII concedió a la Orden la ciudad de Viterbo, una de las principales ciudades de la iglesia, para que en ella se estuviese y recogiese en tanto que otra parte y lugar se elegía. El siguiente asentamiento fue Niza (posesión del Estado de Saboya) hasta que el emperador Carlos V, considerando la enorme utilidad de la Orden frente a los ataques otomanos y corsarios en el Mediterráneo central y el servicio de control y vigilancia que podían ejercer en los territorios del sur de Italia y

norte de África (Argel había sido conquistada por Hayreddín Barbarroja en 1529), entregó a la Orden de San Juan para su asentamiento definitivo, el 24 de marzo de 1530, las islas de Malta, Gozo y Comino, además de la ciudad de Trípol de Berbería, donde permanecerán hasta su conquista por Napoleón Bonaparte, en 1798, en el curso de su expedición a Egipto.

2.- Jacobus Fontanus y Cristóbal de Arcos. Autor y traductor de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas*.

Esbozado el contenido de los tres libros que conforman *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas*, convendría, sin duda, realizar una aproximación bio-bibliográfica del autor. Sin embargo, la obtención de información de interés sobre la biografía de Jacobus Fontanus [Iacobus Fontanus, Iacopo Fontano, Jacques Fonteyn, Josse de Fontanus, Jacques Fontaine, Jacome Fontano] resulta realmente complicada. Algo similar ocurre con su producción bibliográfica, sea de materia jurídica o histórica y que, aunque ha gozado de diversas ediciones, aporta pocas novedades al conocimiento de la vida de su autor. Nada sabemos de los primeros pasos y de la época de formación de Jacobus Fontanus, más allá de que nació en Brujas, ciudad irrigada entonces por el caldo del humanismo¹², aunque desconocemos cuándo exactamente. Tampoco es fiable la fecha de su muerte, presumiendo esta en torno al primer tercio del siglo XVI.

Sabemos con certeza que, siendo ya adulto, fue profesor de Derecho Canónico en París y, también, un erudito letrado y juez de apelaciones de la Sacra Religión de la Caballería de Jerusalén y del pueblo de Rodas, así como cronista e historiador del sitio de Rodas. Estas últimas afirmaciones fueron plasmadas, precisamente, por el bachiller Cristóbal de Arcos en el prólogo de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas*, argumentando cabalmente su talento y valía ante Alonso Manrique de Lara, a quien dirige la obra¹³. A pesar de que esta crónica sobre la conquista de Rodas contó con una amplia tirada de ejemplares, diversas ediciones y traducciones, y es uno de los relatos contemporáneos más valiosos y fiables, es difícil hallar documentación o datos

¹² En estos momentos, existía una relación epistolar notable entre diversos historiadores, profesores y poetas españoles, italianos y belgas en torno al pensamiento humanista. Así, por ejemplo, Lucius Marineus Siculus, en su *Opus epistolarum, lib. X*, fol. h8, relata cómo Jacobus Fontanus le envió una carta para informarle que Lucius Flamminius (1480-1509), profesor de Retórica de la Universidad de Salamanca, había fallecido, cuán grande había sido su pérdida y, a continuación, recoge opiniones y recomendaciones profesionales.

¹³ *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas...* Prólogo. “Leyendo los passados días, yllustríssimo y reverendíssimo señor, esta obra y conquista de Rodas, la qual un muy docto y no menos eloqüente varón, Jacome Fontano, juez de apellaciones de la sacra religión de la cavallería de Hierusalem y del pueblo de Rhodas, ordenó y compuso en muy elegante estilo latino y la dedicó y presentó al papa Clemente VII...” *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas...*, Prólogo.

que ilustren la trayectoria vital de su autor más allá de estas generalidades. Vamos, por ello, como venimos haciendo, a ampliar la búsqueda de su rastro a través de los numerosos testimonios personales intercalados a lo largo del relato, a la espera de nuevas investigaciones archivísticas y documentales. Resulta, sin embargo, que estas declaraciones en primera persona en la mayoría de los casos no son estrictamente autobiográficas, sino que manifiestan o facilitan el descubrimiento de un perfil humano y profesional, bien a través de sus lecturas predilectas, bien a través de sus opiniones y comentarios a hechos históricos próximos o a determinadas instituciones y autoridades o dirigentes contemporáneos. Se trata, por consiguiente, de testimonios que, más bien, nos ayudan a interpretar su modo de ser y de actuar y nos facilitan una aproximación a la forma en que percibe su entorno y el mundo.

Efectivamente, como se dijo más arriba, Jacobus Fontanus fue testigo presencial de los continuos combates, asaltos, embestidas, escaramuzas y batallas durante la totalidad del asedio a la ciudad de Rodas, pero en la singular condición de caballero de la Sacra Religión y de amigo leal y partidario incondicional del gran Maestre de los Caballeros de Rodas Philippe Villiers de L'Isle-Adam, protagonista incontestable de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas*. Y en esta dirección nos centraremos.

Tras el prólogo y dedicatoria del traductor de la obra al castellano, Cristóbal de Arcos, da comienzo directamente el trabajo de Jacobus Fontanus. El primer capítulo del Libro primero es meridiano respecto a su intención de componer la obra¹⁴. Concluye así:

¹⁴ *Ibidem*. Libro primero. Capítulo I. De la intención que movió al auctor que primero la compuso a la ordenar y componer y de las causas que movieron al gran Turco a armar y venir contra Rhodas: “Podré yo con muy justa razón en el comienzo de mi historya dezir lo que otros muchos escritores de historyas y diversas materias dezir y proponer osaron, lo qual es que escribiré y contaré aquí una batalla y conquista, la más memorable y dura de quantas jamás fueron hechas y escriptas. Este fue el comienzo que Tito Livio tomó en su *historya*. Y este es el mío. Y por ventura que con muy mayor causa y verdad. La qual dicha batalla y guerra, el gran rey y señor de los turcos, Çulumán, trató y truxo assí por mar como por tierra con los cavalleros y sacros comendadores de la orden de sant Juan, defensores de los términos y límites del imperio y tierras de los christianos en las partes del oriente, porque nunca batalla fue tan cruel ni tan espantosa, ni guerra se vido tan dudosa y incierta. De lo qual, por cierto, son fieles testigos los que conmigo se hallaron y fueron participantes del peligro y trabajo” ... “El poder y muy grandes riquezas destos dichos turcos, los quales venidos y nacidos de baxos y inciertos primordios y muy tosco origen (porque ni aun ellos mesmos assaz saben ni se acuerdan de su origen y primer principio) y salidos de las cuevas y obscuras cavernas del monte Cáucaso, venciendo y ganando primeramente la Asia, y luego la Thracia, y al fin la Grecia toda. Destruydos y tomados aquellos dos tan prósperos y florecidos imperios de la Trapesonda y Constantinopla, y domada toda aquella parte del mar Illíryco, entraron y passaron hasta la Ytalia, tomada la cibdad de Otranto, la qual es en los términos y confines de Ytalia y de Calabria. Y, assí mesmo, agora poco tiempo ha, quasi el otro día, despojados dos Soldanes, uno empós de otro, de la vida y del imperio o señorío, añadieron y augmentaron a su poder y grandes riquezas toda la Asiria con todo Egypto y Arabia. La qual victoria y próspera guerra, assí según su desseo y voto avida y

“Porque según yo hallo y siento, esta conquista y batalla ser muy más mayor y muy más dificultosa que ninguno la puede contar ni creer, así veo y alcanço su hystoria y verdadera narración ser muy más trabajosa para mí que yo pensava. Pero determino, en fin, de passar este trabajo y beber este tan dificultoso trago después de tantos trabajosos acaescimientos, afrentas y daños de contrarios, robos de bienes y hazienda, heridas, muertes, destierros, peligros del basto y turbulento mar, fiebres, enfermedades muy trabajosas, pestilencias y ceguedad de ojos, aunque bien sé que ningún premio y merced esperan mis trabajos, el qual no tanto espero y cobdicio quanto el alabança y defensión de la verdad y la fama y gloria de los sacros y muy nobles cavalleros de Hierusalem aunque, a la verdad, ninguno alabando o escriviendo les podrá dar tanta gloria y alabança quanta ellos ganaron y alcançaron varonil y cathólicamente peleando, lo qual pues para honrra y noble gloria de la sacra cavallería y mía, comienço assí?”.

Muerto fray Fabrizio del Carretto (1513-1521), gran Maestre de Rodas, de una enfermedad que en nueve días lo despojó de la vida, se reunió toda la Orden y Sacra Religión para iniciar la elección de su sucesor. Se realizaron las pesquisas, explicaciones y votaciones necesarias que correspondían sobre los caballeros propuestos al cargo, siguiendo escrupulosamente el procedimiento establecido, hasta que finalmente quedaron solos dos muy examinados y acendrados, de los cuales había de salir el nuevo gran Maestre. De este modo los presenta Fontanus:

“El uno de los cuales era fray Philippo Vilerio de Lysladam y el otro fray Thomas Docray, capitán de los Ingleses. Al qual dicho fray Thomas Docray ayudava mucho, para ser elegido por maestre, ser muy rico, su grande y muy subtil ingenio, mucha experiencia en cosas y negocios, muy gran conversación y costumbre con reyes y príncipes, a los quales avía muchas vezes sido embiado por embaxador en cosas muy arduas y negocios de profunda importancia. Por el contrario, favorecía a fray Philippo Vilerio los cargos grandes y muy nobles oficios de guerra que avía tenido y governado, con mucha prudencia y sagacidad, assí en Francia como en Ytalia, el uso y mucha experiencia de las cosas de Rhodas, su fortaleza y muy gran vigor de ánimo y cuerpo, su virtud muy nota y muy provada de todos, y no fingida o simulada por algún tiempo como muchos hazen por alcançar algún gran cargo o dignidad. Después de ya aver votado todos, acaeció que salieron ambos yguales en votos. Entonces el cavallero de la elección dio su voto que, por

acabada, fue causa y principio de la guerra y triste victoria de Rhodas. Porque parecióle al hijo Çulumán lo que a su padre Celym también parecía (el qual avrá cinco años que teniendo aparejada una muy gran flota para cercar a Rhodas, murió), que el viaje y navegación desde la ysla del Tenedo, Xío, san Juan de Palamós, Negrofonte y de la mesma cibdad de Constantinopla para la Siria y Egypto le sería muy dificultosa y trabajosa, estando la cibdad y muy armada fortaleza de Rhodas, lugar de los cavalleros comendadores, allí en medio y al passo con toda libertad y fuerça” ... “Aliende, también de lo qual, le dava muy grande ánimo y mayor osadía a aquel mancebo ambicioso y sobervio la cibdad de Belgrado, que el año antes ganó y tomó a la junta y entrada de los dos ríos Savo y Danubio. Y, assí mesmo, la oportunidad y disposición del tiempo, la qual primeramente deve considerar él, que arduas y muy grandes cosas determina y ordena, en el qual tiempo los reyes y señores del occidente andavan rebueltos con mortales y muy crudas guerras destruyéndose los unos a los otros”.

ser el más principal, vale por dos, a fray Philippo Vilerio y, assí, tuvo dos votos más que el otro”¹⁵.

Una vez elegido Philippe Villiers de L'Isle-Adam como gran Maestre, y notificada su elección en París por letras y mensajeros de Rodas, el noble caballero se despidió personalmente del rey de Francia y emprendió viaje a la isla. Y ya desde este primer momento de la partida, entre su acompañamiento y comitiva se encuentra Jacobus Fontanus¹⁶, que describe minuciosamente la expedición. El texto, más denso e ideológico, de los capítulos V a XX del libro primero, recoge una sucesión de cartas, aparentemente originales y literales, intercambiadas entre el gran Turco y el gran Maestre. Asimismo, acopia consultas y convocatorias de Consejo, razonamientos, exhortaciones, arengas y oraciones de naturaleza religiosa, social, militar, política y económica de las autoridades más prestigiosas e influyentes próximas a los dos líderes, gran Turco y gran Maestre, acreditando y argumentando sus decisiones. Y es, precisamente, en la justificación de estas intervenciones, en el aura de los supuestos textos literales, donde Fontanus actúa con mayor carga ideológica, con un posicionamiento contundente como defensor a ultranza de los valores cristianos –y, obviamente, de Dios–, por un lado, y de la Sacra Religión, por otro. Donde, de alguna manera, se define a sí mismo y su misión en el mundo. Todos estos documentos, visiblemente textuales, a medida que se avanza cronológicamente, se acompañan de la paulatina organización de las huestes turca y cristiana para la batalla, del cruce de pequeñas escaramuzas, y la preparación del gran escenario que está por venir: el sitio y la guerra.

Pero además de la inclusión en el relato de las fuentes originales, pronunciadas o escritas por las mayores autoridades presentes en el acontecimiento militar, y con gran seguridad acomodadas a sus intereses y

¹⁵ *Ibidem*. Libro primero. Capítulo II. De la muerte del gran Maestre Fabricio Caretano y del modo que se tuvo y guardó, según los establecimientos de la religión, en elegir por gran Maestre al muy generoso cavallero fray Philippo Vilerio de Lysladam, el qual estava en el reyno de Francia.

¹⁶ *Ibidem*. Libro primero. Capítulo III. De cómo luego que el generoso cavallero fray Philippo Vilerio de Lysladam supo que era nombrado y elegido por gran Maestre, aparejó la flota y cosas necessarias para se partir para Rhodas, y de los infortunios y trabajos que por el camino le acaecieron hasta llegar allá. “Y entre los más afligidos que allí estaban, era yo el que más tormento recibía porque asombrado más que todos de ver lo que nunca avía visto, y desmayado de ver relámpagos tan grandes y rayos tantos y tan espessos, caydo de la fatiga y gran tristeza, suzio del continuo vómito, derribado entre las tempestades y temerosas olas del espantoso mar, no sabía otro remedio sino llamar a dios y encomendarme a él”... “Hiziéronnos saber ciertos que por el camino encontramos, cómo un grande cossario llamado Cortugol, turco, al qual los de Rhodas avían muerto dos hermanos nacidos de un vientre o mellizos y le tenían otro en prisión, estava con una muy buena armada de galeras y galeones largos muy bien aparejados al cabo de sant Ángel, en reguarda, esperando la venida del gran Maestre. Avida esta tan trabajosa nueva, consultóse luego con mucha diligencia si convernía y sería bien con solas quatro naos que ívamos, cargadas de muy ricas mercaderías de mercaderes y de mucha pólvora y provisión necessaria de toda manera, y donde más principalmente yva un tan gran príncipe y señor como el gran Maestre, encontrar con aquel ladrón y mortal cossario, el qual otra cosa no traía sino armas y mortales enemigos nuestros”.

objetivo final, Fontanus introduce a lo largo del discurso considerables declaraciones en primera persona para afianzar la construcción de sus razonamientos y fortalecerlos. Así, utiliza diversas variantes de una pauta y múltiples modelos de narración en primera persona, tanto singular como plural: “yo oí”, “oí decir”, “por esta forma que he dicho”, “que ya dije arriba”, “quiero decir”, “según que yo después supe”, “lo cual pienso y creo yo”, “y según yo pienso”, “yo creo por muy cierto”, “en nuestra ayuda y favor”, “escribí su vida sacada”, “y digo”, “quise”, “noble gloria de la sacra caballería y mía, comienzo así”, “todos lo que con él íbamos”, “según que yo vi”, “porque según hallo y siento”, “así veo y alcanzo”, “disminuir nuestro poder y fuerzas”, “nuestro puerto”, “vinimos, partimos, íbamos, llegamos, comenzamos, dimos, reposamos, nos hallamos, encontramos, teníamos...”, “arriba dijimos”, “hicieron nos saber”, “nuestra buena ventura mudó nuestros acuerdos y consejos” o “quise aquí poner”, entre otros muchos¹⁷. También,

¹⁷ *Ibidem*. Libro primero. Capítulo VI. De la gran congoxa que el gran Turco tenía pensando si sería bien armar para yr sobre Rhodas y de cómo lo consultó con algunos de los suyos. Y del sabio razonamiento que Cortugol le hizo para más incitarlo a ello. “Pero el que más ahincadamente metió la mano en ello y habló con mayor yra fue Cortugol, porque como era hombre naturalmente ayrado y feroz y muy experto y calificado en las cosas de la guerra, sintiendo y muy mejor entendiendo cómo por las letras del gran Maestre, en las cuales se quexava dél y de su grande atrevimiento, no solamente el gran Turco, su señor, le avía tomado algo de más amor y voluntad, pero que en mucha manera estava contento dél y de sus servicios, animado con el tal pensamiento, comenzó con mucha más confiança y osadía que hasta entonces a hablar y, según que yo después supe, dixo desta manera”. Capítulo VII. De cómo el gran Turco entró en consulta con los suyos, assí cavalleros como capitanes más principales, y del amoroso razonamiento que les hizo para los mover y indignar contra Rhodas. Y de la polida respuesta que Pyrrho baxá, gran capitán suyo, le bolvió. “Como el gran Turco acabó su razonamiento y amorosa persuasión, luego todos los que presentes estavan, a alta voz, respondieron que les plazía y eran muy contentos de lo hazer y morir, si menester fuesse, en la tal demanda. Y estando assí todos tan alegres y con tanta voluntad y desseo de verse ya en el sitio y combate, levantóse en pie un cavallero turco que se dezía Pirrho baxá, hijo (según que yo después supe) de un christiano renegado que avía nombre Búlgaro, el qual cavallero Pirrho, assí por su mucha hedad como por el odio y mortal aborrecimiento que con la sancta fe cathólica tenía, era muy astuto y sagaz y natural perseguidor nuestro, y assí sabía mill artes y maneras para nos ofender y hazer mal y assí, levantado con mucha cortesía y reverencia, comenzó a hablar desta manera”. Capítulo XII. De la grande arte y astucia que los turcos tuvieron en prender a Jacome Acsi, vezino natural de Rhodas, y llevarlo a Constantinopla. Y de cómo los de Rhodas, muy de hecho, se comenzaron a apercebir y aparejar para el sitio y guerra. “Juan Antonio Bouladio, veneciano maestro de su fortuna, vino luego de Candia para Rhodas. Y digo maestro de su fortuna porque como, a la verdad, él fuesse de gente baxa y no hidalgo de linaje, por acuerdo y determinación del consejo y votos de los comendadores, contra todos los estatutos antiguos, por aver muy bien servido a la república, fue admitido por cavallero en el orden de la cavallería y armado cavallero, como dizen, de espuelas doradas”. “El tenor y forma del qual, por ser tan excelente y devoto, quise poner aquí para que se vea y note. Y es este que se sigue”. Capítulo XIII. De cómo todos los de Rhodas se consolaron mucho con aquel sermón y de cómo luego entendieron en proveher algunas cosas que convenían para la defensión de la cibdad. “Y luego el capitán de la galera que avía traydo el rehén por Jacome Acsi y otros cavalleros que avían atormentado al dicho turco hizieron saber al gran Maestre todas las cosas que dezía y confessava. El qual turco, según que yo vi, aunque venía vestido a manera de cavallero y persona de manera, en su modo y costumbres y manera de hablar era muy rústico y bestial porque la gente turca, desde niños, no se dan a otro oficio o exercicio sino solamente a criar y guardar ganado”.

cuando interesa a su exposición, no duda en citar a los clásicos –y no tan clásicos- directa o indirectamente, militares, historiadores, filósofos, juristas, reyes y pontífices, escritores, políticos u oradores, como fuente propia o al hilo de los argumentos de terceros. Así lo hace con Tito Livio, Ciro y Mitrídates, Pericles, Plinio, Xerxes y Darío, Alejandro Magno, Aníbal, Julio César, Marco Atilio Régulo, Vitelio, Antíoco, Catón el viejo, Aulo Gelio, Manio Aquilio, Marco Antonio, Octaviano Augusto, Esquines, Urbano II, Casio Longino, Aristipo, Tiberio, Atenodoro Cananita, Cicerón, Apolonio, Vespasiano, entre otros.

Concluye el Libro primero, capítulo XXI, con una exhortación directa de Jacobus Fontanus a todos los príncipes cristianos para que, unidos, combatan y venzan al tirano Süleyman, a la vez que anima a la lectura del Segundo libro, verdadera descripción del cerco, guerra y pérdida de Rodas, catástrofe y adversidad para la cristiandad¹⁸.

El Libro segundo, a través de sus veinticinco capítulos, relata la totalidad de la contienda desde el mismo momento de la llegada de la armada

¹⁸ *Ibidem*. Libro primero. Capítulo XXI. En el qual el auctor haze una muy devota exortación a los príncipes todos christianos para que pongan remedio en resistir a este gran tyrano y haze atentos a los lectores para lo mucho que, en el segundo libro que se sigue, dirá. “Resta agora la más trabajosa parte desta tan dificultosa obra, la qual dicha parte nunca será leyda ni contada sin grandíssimo dolor y llanto, no solamente mío, pero de todos los hombres y personas que la oyeren. Porque en ella se contiene la muy triste y lamentable entrada y toma de aquella tan noblíssima cibdad y la misérrima salida de los sacros cavalleros de Hierusalem. La qual, el que contándola o oyéndola contar pudiere oyr y sentir sin derramar muchas lágrimas, según mi parecer y juyzio, él será muy poco christiano. O por ser inconsiderado y imprudente no entenderá ni sentirá cuánto el poder y fuerças de los turcos fueron augmentadas con la victoria que ovieron de Rhodas y las nuestras acortadas y disminuydas. Pero ya agora toda qualquier quexa, aunque muy justa y verdadera, es muy tardía y enojosa. Pues que los príncipes todos del occidente ni se movieron viendo tal sitio, ni agora tampoco se mueven por tal estrago y pérdida, embriagados con el cáliz y vaso del furor de la yra y indignación de dios, lo qual plega a él que lo diga agora yo con un calor juvenil y arrebatado de pasión y no de verdad... Pero después que veamos arder todas las provincias y partes con la flama y fuego de los contrarios pegada ya en la Ytalia, luego en la Francia y, de ay, en la Hespaña, entonces pobres y despojados de socorro humano, afligiéndonos y matándonos en balde en los templos y ante los altares de dios, nuestro señor, y de sus sanctos, demandaremos perdón de nuestros pecados y fin a nuestros males y fatigas. Pero temo que dios, ayrado de nuestra soberbia, nos avrá de responder. Vuestra oración se convierte en pecado, vuestra mano y compañía y vuestro imperio y señorío nade sobre su propria sangre, el qual muy presto arderá con flama estraña, quiero dezir de turcos. Porque justo es que vosotros, que en vuestra tierra menospreciastes y tuvistes en poco a Jesuchristo, vuestro dios, en la tierra ya no vuestra sino de vuestros enemigos, sufráys y padezcáis a los turcos bárbaros y muy crueles. Lo qual, assí como con gran vehemencia y pasión temo que avrá de ser, assí por el contrario espero y, si algo cierto mi espíritu y ánimo adivina, desseo que el amor y consuelo de todos nosotros, que es Jesuchristo, se contentará con lo passado y tendrá por complida paga de nuestros males y errores, con que de ellos nos pese y arrepintamos. Lo qual quise antes adivinar en mi prefación, que no otra cosa más triste y de peor significación, y suplicarle que por su divina piedad y misericordia quiera dar próspero y entero fin al comienço y propósito del libro segundo”.

turca a vista de Rodas, el veintiséis de junio de 1522¹⁹, hasta la entrega de la ciudad al gran Turco y la ulterior salida del gran Maestre a Candía, tierra de venecianos, el primero de enero de 1523. Si el texto del Libro primero es, bajo la mirada de Jacobus Fontanus, más teórico, más un argumentario con calado ideológico, un intercambio epistolar y documental de diversos protagonistas con gran relevancia política; el Libro segundo es más concreto y pragmático, más descriptivo de las barbaridades y crueldades que implican el enfrentamiento mismo -con los soldados, sus generales y las armas, aparejos y municiones como actores principales-, del desarrollo del arte de la guerra y estrategias militares, de las posibles formas de supervivencia, del día a día en los distintos reales, y todo ello detallado desde muy cerca, desde el mismo núcleo del conflicto. Sin embargo, el objetivo sigue siendo el mismo: la consecución de la plena empatía del lector y la defensa a ultranza del cristianismo y la Sacra Religión, asociada a la demonización del “tirano turco y su secta”.

Tras la llegada de la flota turca, el gran Maestre despachó emisarios solicitando socorro a los monarcas de España, Francia y al pontífice²⁰. Solamente algunos caballeros y aventureros pudieron entrar en el puerto y

¹⁹ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo I. De cómo la flota y armada del gran Turco pareció una mañana sobre Rhodas y de cómo los de la cibdad hizieron una muy solemne processión y, acabada, se començaron a poner a punto. “Yvan no solamente hombres, pero también mugeres, donzellas, niños y viejos ya muy decrépitos y cansados, con sus báculos o bordones sustentados, por ver una tan grande y tan espantable flota (porque en ella venían más de quatrocientas y cinquenta velas de galeaças, naos grandes, galeones largos, galeras, fustas y vergantines y otras muchas maneras y forma de naves)... Luego toda la flota junta passó por ante la cibdad y a vista de la gente toda de pelea, la qual estava muy bien aparejada y puesta a punto con sus vanderas y en sus esquadrones en el puerto... Pero como los de Rhodas, con muchos tyros que de los muros tyravan, les hiziesen mucho daño y enoxo, no dexándolos asegurar ni estar allí, llegáronse lo más que pudieron a tierra y, assí, estavam en tanta estrechura metidas y apretadas que apenas una lança arrojada pudiera caer en el agua sin hazer daño. Oy dezir entonces que un Hierónymo Bartolucio, florentín, varón muy instructo y exercitado en las cosas de la guerra, dava un aviso y forma muy subtil para quemar toda la flota assí junta como estava, la qual como a un procurador de los del thesoro no agradasse ni pareciesse bien (según que otras muchas cosas también que se intentavan y ordenavan para daño y total perdimiento de los contrarios), tampoco agradó ni aplugó a todos los otros compañeros suyos que con él estavam en consejo”.

²⁰ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo II. De cómo los contrarios saltaron en tierra y començaron a fundar su real. Y de cómo el gran Maestre despachó dos cavalleros de la religión que fuessen por socorro. Y de cómo fray Peri Juan, prior de sant Gil, vino a Rhodas para mucho plazer y consolación del pueblo. “El gran Maestre, luego sin más tardar, despachó a un cavallero de la religión llamado fray Luys Andújar para que viniesse a Hespaña al emperador don Carlos, quinto de este nombre, y a Roma a los cardenales y sacros cavalleros suyos ytalianos. Y despachó otro cavallero llamado Claudio Daucenvillo para Francia, al rey de Francia y a los cavalleros todos de la religión con cartas deprecatorias, en las quales suplicava y demandava ayuda y socorro para aquella mísera y tan afligida cibdad, por mar y por tierra sitiada de tantos contrarios. Justa cosa era, por cierto, la causa y empresa común de la religión christiana, defendida con mucho ánimo y cathólico esfuerço primero por los de Rhodas, ser socorrida y ayudada con las armas y concordés ánimos de todos los príncipes christianos. Pero, en fin, otra cosa quiso fortuna”.

sumarse a la resistencia rodiota. Los turcos montaron su real y distribuyeron sus fuerzas, armas y provisiones para el cerco y la conquista. Los sitiados hicieron lo propio para la defensa de la plaza²¹. Entre tanto, y hasta la llegada del gran Turco, se produjeron ataques de diversa magnitud, escaramuzas de tanteo, capturas de soldados y civiles para la obtención de información, indicios de traición²², algunas *hazañas* cristianas con gran estrago en los turcos²³ y acciones de espionaje²⁴. La llegada de Süleyman imprimió un ritmo

²¹ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo IV. Del orden que los cavalleros y gente otra de Rhodas tenían para la defender y de la gran trayción que una esclava turca ordenava y de cómo los turcos començaron a combatir la cibdad. “La guardia y defensión de toda la cibdad estava en estas partes repartida y ordenada desde la torre de Francia, la qual es de tan gran altura que parece que con lo último da quasi en el cielo, hasta la puerta de Abusón, por la qual es el camino para la montaña de Philermo, sobre lo alto de la qual el tyrano del gran Turco hizo y fundó una fortaleza muy buena y mudó una yglesia o hermita de nuestra señora, que allí estava, en baños y casa secreta de sus luxurias y abominables y muy feas sodomías. Estavan los sacros cavalleros franceses con sus vanderas muy rutilantes, con sus flores de lys en ellas, el capitán y governador principal de los quales era fray Juan Aubino, muy famoso y claro en la sacra cavallería, assí por linaje como por muy buenos hechos. Desde el qual lugar hasta la puerta de sant Jorge estava el grande y muy adamantino esfuerço de los cavalleros alemanes, resplandeciendo muy hermosamente con sus vanderas y águilas negras. Luego, en el tercer lugar, estavan los otros cavalleros franceses alberniazes. Junto a los quales, en el quarto lugar, estavan los altos y muy generosos cavalleros de Hespaña rutilantes con sus vanderas y escudo de Hespaña lleno de grandezas y reynos, los quales tenían y defendían el más peligroso y flaco lugar por ser gente de muy grande ánimo y para mayor trabajo porque, por la parte donde ellos estavan, la fossa era muy angosta y muy baxa, cuyos capitanes no nombro porque todos muy cathólicamente murieron en defensión del dicho lugar y después se nombrarán, donde de los muertos haremos minción. En el quinto lugar, luego peleava con muy grande ánimo y encendida fe toda la nación y gente Inglesa, cuyo capitán era el gran Maestre mesmo. A par de los quales estavan los cavalleros Proençales. La última posta tenía y defendía el duro batallón de los Ytalianos, aunque no últimos en ánimo y heróyco esfuerço contra la violencia y astucias de Pirrho baxá, capitán muy infernal de los turcos”.

²² *Ibidem*. “Pero como el enemigo doméstico sea más pernicioso y malo para offender que el de fuera o estraño, dentro de la mesma cibdad no faltó quien ordenasse trayciones para nos vender. Porque una esclava turca muy perversa y mala, la qual era de un vezino muy honrrado y rico de la cibdad, o estando loca según verdad o fingendo falsa locura, que a la verdad de cierto no se sabe (porque por tormentos que le dieron nunca confessó nada) acometió a hazer y ordenar una trayción, la más horrible que se puede pensar, y tramóla por tan subtil y alta manera que, por cierto, ningún ingenio de humano hombre por muy esfuerçado y sagaz que fuera no la pensara ni osara hazer. Porque ella y otras ciertas personas que con ella se ayuntaron a lo ordenar (quántas fueron no se sabe), concertaron y determinaron entre sí que el primer día que se començasse y rebolviesse la mayor entrada de los turcos, y estuviessen los de la cibdad muy rebueltos y travados con ellos peleando crudamente unos con otros, pegassen fuego a la cibdad por muchas partes porque los comendadores y gente otra que estoviesse por las postas y muros peleando, viendo cómo la cibdad se ardía, espantados y temerosos de ver el fuego, dexassen las postas y estancias desamparadas por yr a socorrer y, entonces los contrarios, hallando los muros y torres sin defensión, los tomassen muy fácilmente y se entrassen en la cibdad. El qual pensamiento y subtil invención, cierto era no muy mala para lo que ellos”

²³ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo V. De cómo los de Rhodas salieron a dar en los contrarios y hizieron muy grande estrago en ellos. Y de una muy famosa hazaña que unos hombres de la mar hizieron para saber la intención y secretos de los contrarios y qué determinavan hazer. “Y como andando la batalla assí travada, ocurriessse luego a muy gran priessa otra infinita multitud de turcos a socorrer el real y campo que estava ya sentado, fue tan cruel la batalla y pelea que allí se dio, y tan grandíssimo el estrago y riça que se dio en ellos por todos aquellos campos, que por doquier que

de combate mucho más intenso. Fontanus añade a la narración, vívida y elocuente como testigo presencial, episodios en los que además actúa como protagonista²⁵. Presenta también, salpicando sus opiniones en el texto, la concepción de la estructura social con la que se identifica²⁶. Y si decíamos más arriba que Fontanus introduce a lo largo del discurso declaraciones de afirmación en primera persona para afianzar la construcción de sus

bolviéssedes los ojos no víades ni parecía otra cosa sino infinitas pelotas gruesas y menudas de tyros de artyllería, armas, cuerpos muertos sin número y la tierra toda bañada en sangre. Porque toda la artyllería que se puso y asestó por los muros y torres de la cibdad en nuestra ayuda y favor para hazer aquella entrada y salto, dando con mucha fuerça, rezió ímpetu y espantable trueno en medio de las huestes y batallones de los contrarios, muy armados y luzidos, hizo muy gran daño y mató infinita gente”.

²⁴ *Ibidem*. “Preguntados, pues, con mucha diligencia los dichos turcos según y como a los capitanes ya dichos pareció convenir de muchas y diversas cosas, ellos respondieron muy bien y claramente a todo lo que les demandaron y, entre otras muchas cosas que allí dixerón fue, esta la más principal, la qual me pareció ser bien poner aquí: Que en el real y campo de los contrarios avía mucho tumulto y comunidad y muchas novedades, y ligas y conjuraciones de muchos, y que mucha parte de la gente de guerra viendo cómo cada día moría muy gran copia y multitud de ellos, assí de hambre como de mal passar y trabajo grande que tenían, y de los tyros de pólvora y muy grandes lombardas que de la cibdad tyravan, y que quasi faltavan ya lugares para sepultar los muertos que cada día caían...”

²⁵ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo VII. De cómo después de venido el gran Turco en su real y campo, se començó la cibdad a combatir muy de hecho y con muy grande ímpetu y fuerça de artyllería de todo género y forma. “Más cruel y peligrosa, por cierto, era la fuerça y violencia de quarenta tyros otros y lombardas muy gruesas, las quales echavan unas piedras de nueve palmos de grueso, y algunas otras de onze, y molían y quebrantavan malamente el muro, aunque del todo no lo derribavan. Una de las quales, como con muy rezió ímpetu cayesse sobre una muy triste casa, por cerca de la qual yo entonces passava, con solo el ayre y reziura que llevaba me derribó a mí en el suelo y, passando la piedra adelante, dio en la cabeça de un negro que allí cerca estava y hízole la cabeça y pescueço todo tantos menuzos que ninguno de ellos pareció más... Los reparos y municiones que los turcos pusieron ante las bocas de aquestos dichos tyros (los quales en un día solo echavan en las postas ciento y treynta piedras, lo qual, aunque a muchos paresca impossible, por cierto se halló ser assí por relación cierta de muchos que estuvieron sobre aviso a las contar), para los librar y guardar, assí a ellos como a sí propios, de la vista de los tyros de Rhodas, fueron tablas muy gruesas juntas unas con otras en medio de las quales estava una compuerta o mandilete, que se dize, con un exe en lo alto en dos quicios puesto”.

²⁶ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo VIII. De la gran diligencia que los de la cibdad tenían y ponían en se defender y resistir a los contrarios. Y de la torre de sant Nicolás y de la estatua del sol que allí estuvo antiguamente y del grandíssimo combate que los turcos le dieron noches y días sin parar. “Pero fue tanta la pertinacia y grandíssimo tesón que los contrarios en ello pusieron, que de noche reparavan lo que de día los de la cibdad les quebravan y destruían con los tyros. Por la qual porfía y continua vigilancia de adobar y reparar, y con la mucha continuación y freqüencia de los tyros de artyllería que unos a otros soltavan, y con la pólvora infinita que en minas y contraminas se gastava, los de Rhodas sintieron ya algo tarde mengua y falta de pólvora, por lo qual, a mucha priessa, començaron a la hazer y aparejar. La qual cinco meses arreo, sin parar noches y días, quatorze cavallos muy buenos y muy reziós de la grande y muy rica cavalleriza del gran Maestre molían, con los quales andavan treynta y seys hombres muy excogidos a maravilla y de buen linage, quiero dezir christianos y no de linage o sangre de judíos ni de turcos porque, en tal tiempo y tan peligrosa necesidad, no convenía poner esclavos en tal cargo y exercicio. Los quales dichos hombres, que assí en ello entendían, nunca jamás paravan ni cessavan de trabajar y, porque no huviesse trayción alguna, hazían la dicha pólvora en una casa y lugar muy seguro y cercado de muy buena guardia, de la qual tenía el regimiento y cargo fray Desiderio Antagallo, baylio de Manuasca, después del qual lo tuvo fray Guillelmo Parisioto, cavallero francés”.

razonamientos y fortalecerlos, en otros episodios, cuando desconoce con certeza determinados datos, pretendiendo lo mismo, manifiesta que la información que facilita es la más fiable²⁷. Hay un caso singular más que revelador. En él, Fontanus recurre a diversos testigos presenciales para realizar una evaluación de heridos y bajas tras un gran asalto general por cinco puntos a la ciudad, pero finalmente, analizadas estas fuentes y realizadas diversas indagaciones y pesquisas, se permite sentenciar de manera propia argumentando y justificando su principal propósito²⁸. Más adelante, en el

²⁷ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo IX. De la priessa con que los contrarios peleavan por todas las postas y los de Rhodas les resistían. Y de la subtileza con que atajavan las minas de los contrarios y de cómo una de ellas reventó. Y de la mortal pelea que allí fue con los turcos. “De los contrarios turcos que allí murieron entonces, o fueron malamente heridos, no puedo dezir ni señalar número cierto, pero los que mejor y más conforme a razón lo señalan, dizen que fueron mill hombres entre muertos y heridos”.

²⁸ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XIII. De cómo el gran Turco, con la yra que tomó de cómo no se entró la cibdad, mandava matar a Mustaphá baxá y a Pyrro baxá, capitanes generales, y del infinito número de muertos y heridos que en aquella tan cruenta batalla uvo. “Quánto fuesse el número de los muertos y heridos, de cierto, no lo sé. Ni aunque lo supiesse, lo osaría señalar ni dezir. Fray Macedonio, cavallero muy noble y de muchas antigüedades experto, dize en lo que de esta batalla escribió que fueron dos mill, pero no sabe que dize que no es una cifra lo que él señala para lo que fue. Pero fray George Faucello, cavallero natural de León, el qual se señaló por cierto muy bien en esta batalla, dize que los dos mill que fray Macedonio señala se entienden de los que murieron solamente a la posta de Ytalia. Roberto Perusio, hombre de muy honestas costumbres y grave hedad, y muy diligente investigador y pesquisidor de todas las cosas, assí prósperas como adversas de los contrarios, en la oración que hizo y dixo con muy suave eloqüencia ante el papa Adriano dize que murieron diez mill hombres. Fray Jacome, cavallero borbón y muy claro y famoso en letras, linaje y virtud, alarga y estiende el número, assí de los muertos como de los heridos, a quinze mill. Y por el mesmo modo y forma, yo bien osaré ampliar y estender el número a veynte mil. Y esto por testimonio y argumento no muy incierto ni temerario, porque qué estrago tan excessivo y grande de hombres, si bien miramos, harían tantos tiros gruesos de lombardas, basiliscos, morteruelos, culebrinas, medias culebrinas, sacres, falconetes, esmerejones, cañones serpentinos, cañones pedreros, versos, passabolantes, arcabuzes, municiones de fuego como eran saquetos de fuego de munición de pólvora, cestones de vergas con municiones de alquitrán y otras invenciones de fuego, armas de infinita manera como eran lanças, picas, ginetas, ballestas, ganchos, trompas, botafuegos, espadas, montantes, puñales, piedras y, finalmente, todas las otras invenciones y ingenios de guerra que el arte o la malicia humana inventó y halló contra sí propia para su perdición y daño desde el comienzo y creación del mundo hasta oy. Qué riça pues tan horrible, todo esto y mucho más infinito, haría en unas gentes quales son los turcos, de su mesmo natural y condición enemigos y desseosos de nuestra sangre y bienes, y traídos y costreñidos para nuestra muerte y total destruyción por el mando, consuelos y continuas exhortaciones de los capitanes. Y esto, en espacio y término de seys horas y por cinco partes y lugares diversos juntamente. Perdieron aquel día los contrarios muchas vanderas. Los cavalleros ytalianos tomaron dos vanderas o estandartes reales muy ricos y de muy gran resplandor y precio. De los nuestros murieron quasi ciento y cinquenta hombres de la gente otra de pelea, sin muchos cavalleros comendadores que cathólica y varonilmente peleando aquel día ganaron victoria sempiterna en el cielo, muriendo gloriosamente en la tierra. Aunque muy mayor fue el número de los heridos que no el de los muertos. Tenía determinado de contar y señalar nombradamente a cada uno de los sacros cavalleros comendadores que allí murieron o fueron heridos, pero como la tal diligencia no sea necessaria en hystoria y, también porque con la demasiada afectión de nombrar y señalar sus nombres, mi verdad y fe no fuesse sospechosa en alguna manera al lector, parecióme ser mejor passarlos a todos en ygual silencio los que peleando con cathólico corazón, por defensión de la patria, rescibieron crueles heridas y mortales trabajos. Ninguno uvo entre todos los sacros cavalleros comendadores

capítulo XVI, ante una situación de duda razonable, afirma: “El gran Turco, como lo supo, por amansar y satisfacer a Mustaphá la injuria y afrenta que le avía fecho en mandallo assí matar, embiólo con mucha gente y poder muy amplíssimo al Cayro para que sosegasse la tierra toda de la Siria y a los vassallos hiziesse estar constantes en la fe y lealtad que convenía. Y porque no conviene que el que escribe y narra hystoria diga y afirme por muy cierto lo que por ventura assí no es, digo y aviso en esta parte a los lectores que lo que he dicho de Mustaphá lo oí y supe de personas que seguían antes su opinión y parecer, que no el cierto conoscimiento de la verdad”²⁹.

No obstante su pertinacia en aparecer objetivo en su discurso, en ocasiones construye parte del relato sobre los prejuicios anti-turcos establecidos: “Y porque al presente se ha ofrecido caso en que avemos nombrado a estos dos dichos capitanes turcos, Pyrro baxá y Ays baxá, no me parece que los devo assí dexar en silencio sin que declare, quanto con mi pensamiento y ymaginación alcançar pudiere, las costumbres y condiciones de entrambos...”³⁰. En determinadas circunstancias, cargado de euforia tras una vital victoria, carga plenamente contra los adversarios atribuyéndoles con mofa las peores cualidades humanas y pecados³¹. También, a menudo, cuando interesa en el desarrollo del discurso, Fontanus recurre a Dios, a San Juan, e incluso a Fortuna como determinantes en el devenir de los hechos³². Y tras

que no alcançasse su triumpho y gloria. Cada uno llevó su honrra y ganó su fama. Y ninguna nación uvo, en toda la gente de pelea y guerra de Rhodas, que no se mostró muy largamente su fe y glorioso esfuerço y mereció muy bien los premios y méritos de la sacra religión”.

²⁹ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XVI. De la gran tristeza que el gran Turco tenía y de cómo los suyos, por lo consolar, començaron a hazer y fabricar una fortaleza en lo más alto de la montaña de Philermo. Y de cómo Mustaphá baxá se quería passar con los de Rhodas.

³⁰ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XI. De cómo Mustaphá baxá començó a caer de la privança grande, que con el gran Turco tenía, por aver sido tan desdichado en las dos batallas y de cómo Pyrro baxá y Ays baxá, capitanes generales, también dieron otra muy grande batalla y combate y todavía quedaron los nuestros vencedores.

³¹ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XIII. “Los de Rhodas, muy alegres en los muros, dábanles muy gran grita diziéndoles muchas afrentas y denuestos como eran: “Ea, perros, bujarrones. Qué haze el perro covarde de Pyrro. ¿Y el marión de Mustaphá? Y el perro bujarrón de vuestro amo, Çulumán, están lo agora esos dos bujarrones como a hidionda bardaxa contentando. Perros, navajas tenemos afiladas y a punto para cortalle aquella infernal morcilla con que comete tan nefandos pecados y abominables sodomías. Y leña infinita para quemallo”.

³² *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XIII. De cómo Mahamet baxá, viéndose burlado de su esperanza, començó a batir y lombardear el muro muy crudamente y de cómo los capitanes generales todos del campo del gran Turco acordaron de dar el último combate para tomar la cibdad. Y del razonamiento que sobre ello el gran Turco les hizo y de la cruel y muy espantosa batalla que entonces, por cinco partes, se dio a la cibdad y de cómo en los nuestros quedó la victoria. “ Y era que los capitanes todos consultavan y aparejavan de dar la última batalla y postrer combate para, con efecto, tomar la cibdad. Y assí se determinó la batalla luego para otro día en amanesciendo. El gran tirano Çulumán, muy codicioso de vencer y congoxoso y fatigado con el contrario temor porque, en la verdad, en manos de los hombres es ordenar y començar la guerra y batalla, pero la victoria y próspero fin en poder y voluntad de fortuna es. La qual, hasta entonces, nunca avía favorecido ni ayudado a sus grandes diligencias y trabajos y, por tanto, el perro como sagaz y

una cruel batalla en la que los cristianos resultan vencedores, al hacer balance de bajas y heridos, el relato –aun claramente partidista- resulta verdaderamente estremecedor³³. La compleja y cada vez más delicada situación de los sitiados les exige, además de una altísima responsabilidad militar, múltiples respuestas meditadas o improvisadas a cada uno de los graves problemas y necesidades que surgen cada día, desde la logística de cada acción ofensiva y defensiva al avituallamiento de alimentos y provisión de agua; desde la producción de armamento a la construcción de reparos; desde la atención y protección de la propia población al control de los prisioneros, etc. Así, descubrimos una amplia horquilla de situaciones aparentemente paradójicas que nos revelan, por ejemplo, a un Fontanus pesquisidor que interroga al encarcelado Castrophilaca, vecino natural de Rodas, hombre muy principal y poderoso, así en hacienda y renta como en muy gran copia y muy nombrada de parientes y deudos, para la obtención de la información facilitada al gran Turco como

astuto confiava en sus grandes copias de infinitas gentes que tenía y esperaba la buelta y mudança de fortuna en su favor. Considerava, con la temprana prudencia que natura le dio, no ser a ninguno de herencia y propiedad siempre vencer, la victoria ser libre y suelta y no pocas vezes dar la buelta del vencedor al vencido. Aviendo pues, desta manera, pensado y ponderado muy bien consigo ya muchas cosas y variedades, passeánsese en su tienda y apossento en presencia de algunos de los suyos que lo estavan mirando y acompañando, en fin, venció la esperança de su ánimo al temor de su corazón y, luego en aquella hora, mandó llamar a todos los capitanes generales y a los otros particulares también y, desque todos estuvieron delante de él, sentado en su estrado y assiento real, hablóles desta manera, según que después yo supe”. Cfr. Capítulo XVI. “Pero, en la verdad, nos fue muy molesto, enojoso y de harto daño por la infinidad y demasiada multitud de piedras y municiones de fuego que arrojavan a los que guardavan y defendían el valuarte y torre de la puerta de sancto Athanasio. Pero era muy en vano y por demás su trabajo todo, porque la muy clara y famosa cibdad de Rhodas no podía ser tomada con ligero y fácil combate, ni con batalla campal de infinita gente, ni con artillerías, minas o tiros y lombardas muy gruesas, sino por desastrada voluntad de fortuna que lo quiso assí”.

³³ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XIII. “Relumbró y esclareció aqueste día de tan cruel y temeroso combate con tanto estrago y maravillosa riça hecha en los infernales turcos, y para perpetua fama y inmortal gloria de los generosos cavalleros de Hierusalem y gente otra de Rhodas, quanto ninguno otro día fue jamás desde que aquella cibdad se fundó. Porque entre los altos montones y grandes hacinas de cuerpos muertos que estavan por aquel campo tendidos se hallaron doze turcos, grandes señores, y aquel vicemaestro y capitán de los genízaros rennegados, llenas las fossas de cuerpos muertos, sangre a charcos por todas partes y espantoso estrago en todo lugar. Unos cuerpos estavan temblando aún y meneándose, otros sin cabeças ni braços, piernas y braços por ay derramados, las cabeças apartadas de los cuerpos, otros los pechos abiertos, los costados, las espaldas, con muy fieras cuchilladas y mortales heridas otras. Otros estavan enteros y de los golpes y truenos de la artillería estavan sin sentido y quasi muertos en el suelo tendidos y que apenas podían resollar. La tierra teñida toda con la sangre. A doquier que bolviéssedes los ojos a mirar, era la vista y parecer de tanto temor y tristeza que todo tenía más señal y parecer de muerte que no de vida, y la victoria era tal que los mismos vencedores ovieran compassión y piedad de ella si otros fueran los contrarios. Los turcos, viniendo para sepultar los suyos, viendo y con grande admiración mirando las entrañas abiertas de los cuerpos muertos, la crueldad y extremada fuerça de las grandíssimas heridas, concebían muy grande espanto y horrible temor y, clara y públicamente, confessavan ser muy grandes varones y muy mortales y crueles armas, las contra quien avían peleado.”

supuesta traición³⁴; a un Fontanus, rehén de los turcos, que padece careos y ásperas entrevistas en la situación inversa³⁵ y, también, a un Fontanus protector de un cocinero del prior de San Juan, que iba a ser ejecutado por la turba, tomado por espía³⁶.

³⁴ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XVIII. De cómo Mahamet baxá ordenó de picar el muro por baxo para derriballo en tierra y de cómo no cayó y lo asió con garfios para lo derribar. Y de cómo los Candiotes prendieron a Castrophylaca, vezino de Rhodas, por sospechoso. “Y prendiéronlo porque arrojaba una saeta a los contrarios en tiempo y lugar sospechoso contra el mandamiento y pregmática del gran Maestre, divulgada y apregonada públicamente conregoneros por las estancias y postas todas de la cibdad. Al qual, como yo después teniéndolo en la cárcel, hiziesse muchas y diversas preguntas para sacar de él la verdad, ninguna otra cosa pude alcançar a saber, aunque ayudado con el favor y muy subtil diligencia del prudentíssimo y nobilíssimo cavallero español fray Luis Luel, el qual con los quatro capitanes de la gente toda de guerra tenía cargo de la justicia y de distribuyr y repartir la provisión y mantenimientos, sino que estando hablando con algunos vezinos y deudos suyos, entre otras palabras y razones muchas que se avían ofrecido a propósito, avía dicho que si los socorros del occidente no viniessen a tiempo, le parecía a él que sería bien mitigar la yra y gran saña del gran Turco para que los dexasse en paz y no tomasse la cibdad o, con alguna manera de tributo y parias o con libertad que se hiziesse de captivos. La qual confesión, con tanta dificultad y trabajo sacada de aquel coraçón tan duro, como luego aquella noche muy secretamente yo la contasse y relatasse al gran Maestre, levantósse de la cama en que estava acostado, aunque armado de todas armas, y con mucha yra dio un gran suspiro y salió de la posada y fue a visitar las velas y mirar las guardias por las postas y estancias todas y no respondió sobre este caso otra cosa, sino que lo tuviésemos puesto a muy buen recaudo”.

³⁵ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XIX. De cómo el gran Turco, viendo que todas sus artes y astucias no le aprovechavan nada para tomar la cibdad, acordó de le dar un muy cruel y poderoso combate con todo su poder y fuerças. Y del razonamiento que sobre ello a todos los suyos fizo y de cómo se dio el dicho combate y quedó en los nuestros la victoria. “Pero, como siempre, en toda multitud y congregación de diversos ingenios y voluntades una cosa parezca y agrade a unos y otra a otros, Ays baxá y Mahamet baxá, capitanes muy principales, siguiendo el motivo de prudencia dixerón y persuadieron en la consulta al gran Turco, su señor, convenir mucho a su Magestad (lo qual yo después supe de los mesmos contrarios que me lo contaron estando yo allá entre ellos por rehén) tentar primero los ainos y intenciones de los defensores de la cibdad por bien y pacíficamente con palabras piadosas y de algún amor para ver si, por ventura, respondiessen algo más mansamente que hasta entonces”.

³⁶ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XXIII. De cómo aquel día no se concluyó nada en la consulta y cómo, otro día, se determinó que se diesse la cibdad. Y de cómo fray Fornovio quebrantó las treguas y de algunas cosas otras de notar que en el sitio acaecieron.” El qual, como salió de la puerta de la torre, arremetieron con él infinitas mugeres y muchachos y asieron dél y diéronle tantos de bofetones y golpes que era para espantar. Unos le pelavan las barvas, otros le davan infinitos palos y garrotazos en las espaldas y cabeça; otros, coces en el vientre y otros le ponían ya los pugnales a la garganta. Lo qual como yo vide, que acaso passava por allí, acorrí presto y saquélo de entre las manos de tantos que ya quasi lo tenían en el punto de la muerte y echélo en prisión. Pero no contenta con esta pena, la yra y rezió ímpetu de las mugeres, fueron ellas mesmas con infinitos muchachos y quebrantaron la cárcel y sacáronlo de ella y echáronle al cuello un pedaço de sogá de cáñamo alquitranada que, la ventura o mala dicha de aquel cuytado dio y puso en las manos de los muchachos, y lleváronlo al desventurado deshonorrándolo de sacrílego, traydor, judío retajado, a ahorcar diziendo y afirmando todos que cierto él no era sino judío o turco embiado de los contrarios por espía. Y sin ninguna duda que muriera el triste entre las manos de tan furiosos enemigos que en poder le tenían, si presto y con diligencia el prior de sant Juan no viniera a le socorrer y dixera y jurara que era su cozinero, y francés de nación, y que ni sabía hablar palabra en griego, ni en turcayco tampoco”.

El autor, asimismo, permite a lo largo de toda la crónica del asedio la participación de opiniones dispares, siempre de personas cualificadas, para contrastar puntos de vista, atender la cuestión desde distintas perspectivas y conducir, finalmente y si es posible, el discurso a su objetivo. De este modo, sirva de caso, viendo el gran Maestre el propósito de tantos rodios incluídos a partido y paz en unos momentos tan delicados, con la ciudad destrozada y los sitiadores en las puertas, envió embajadores al gran Turco que, a su vez, recibieron una carta por respuesta dirigida a la ciudad de Rodas, lo cual provocó una nueva y trascendental consulta. Así se suceden y exponen los argumentos, con bien diferentes intenciones, del propio gran Maestre, de un sacerdote griego -persona muy principal y de muy santa vida en la ciudad-, de un caballero de la Sacra Religión y de un afamado mercader griego. Este último se expresa del siguiente modo:

“Por lo qual, queriendo ya concluir y dezir la verdad muy abierta y claramente, yo os digo, señores, y hago saber que, sin dudar, podéys creer que los sanctos que solían ser patronos y defensores de esta nuestra cibdad se han salido y ydo de ella y dexaron sus templos y altares en olvido. Arte o defensión alguna humana no la hay ya, ni basta para contra la fuerça y rezió ímpetu de nuestros contrarios. Pues esperar exércitos angélicos, huestes divinas del cielo y otros milagros de este género y forma es, según mi parecer y juyzio, irritar y ayrrar muy mucho más a dios, nuestro señor, que él está ayrrado contra nosotros, aunque no dexando de usar de misericordia y clemencia en la mesma yra y saña suya. Pues que assí es, señor gran Maestre y vos, sacros y muy nobles cavalleros, ya que nos vemos desnudos y desamparados de todo humano socorro, proveamos cuerdamente en nuestro remedio y salud”³⁷.

Una vez que el gran Turco tuvo confirmación de la rendición de la ciudad con las condiciones y capitulaciones por él enviadas, salió de su real aposento con muy gran ordenanza y ejército de gente de guardia y con muy gran compañía de gente noble, toda ella con muy lustrosas armas, aljubas de brocado de infinito valor y joyas de oro y pedrería muy valiosa. Y subido en un cadalso muy ricamente adornado, en presencia de todo su ejército, pronunció personalmente todas y cada una de las capitulaciones y condiciones de la paz y entrega de la ciudad, las cuales concedió y confirmó jurando y prometiendo guardarlas y mantenerlas por el alto y muy poderoso Dios y por su grande profeta Mahoma, a quienes puso por testigos y fiadores de ellas y de su palabra real. Sin embargo, en palabras de Fontanus, se trató lamentablemente de una ilusión engañosa,

“porque aquel mesmo día, luego por la mañana, antes que ninguno de los christianos aparejasse y concertasse las cosas necessarias para su salida y

³⁷ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XXII. De cómo después que el sacerdote uvo hablado, estuvieron un poco en silencio y, luego, un cavallero comendador se levantó y hizo un muy elegante razonamiento en réplica de el del sacerdote. Y de cómo tornó a replicar sobre él un mercader greco, vezino de la cibdad.

navegación, mandó como infernal Lucifer, por perturbar por ventura el descanso y gozo de aquel día, quebrar la puerta de la cibdad, la qual es en el valuarte y torre del Cosquino. Y luego entraron por ella aquellos perversos y muy crueles enemigos de nuestra sancta fe cathólica con sus señas y vanderas tendidas por medio de la cibdad, dando muy grande alarido y grita y haziendo otras muchas señales de plazer. Y començaron a prophanar y ensuziar todos los lugares sacros y religiosos... Començaron con mucha yra y escarnio a quitar y arrancar de los altares y paredes todas las ymágenes de los sanctos y los retablos muy devotos y de muy gran precio, y hizieronlos infinitas rajadas y pedaços... Lo segundo, fue deshazer y quitar los sepulchros muy ricos y bultos muy admirables de los grandes maestros difuntos y todo quanto estava labrado, esculpido y escripto en memoria de ellos y allanarlos con el suelo, que de ellos no quedó memoria. Y no contentos aún con deshazer y quitar los dichos bultos y sepulchros, porque las piedras estando enteras no hiziesen impedimento y estorvo, después el gran tirano, quando en la cibdad entró, las mandó hazer infinitos pedaços y echar en otra parte... Luego los genízaros començaron a ensuziar y prophanar con infinitas inmundicias y suziedades los templos y yglesias todas de la cibdad, robar y arrebatat todo lo que veían y hallavan donde quiera. Y llegados al puerto, arrebataron con mucha braveza y mortal avaricia los líos y caxas de los tristes christianos, los quales avían traydo para los meter y cargar en las naos y galeras para se partir... Luego, assí mesmo, tomaron a quantos christianos pudieron y, a palos y a bofetadas, les hazían acarrear a cuestras en lugar de bestias todos los pesos y cargas que querían y avían menester. Hazían que los confessos, aunque oviesse ya treynta o quarenta años que se oviesse tornado christianos, tornassen por fuerça a la ley de Moyssen y ser públicos judíos.”³⁸. El propio Fontanus, de nuevo, se convierte en protagonista de esta dramática situación: “En las plaças, calles o lugares públicos muy pocos de los christianos se escaparon sin muchas afrentas y injurias, porque a todos ygualmente las hazían, ni aunque fuesse el que mejor se lo pagasse y más dineros les diesse. Lo qual sé porque una vez me tomaron a mí entre manos y queriendo, con ciertas monedas que en la bolsa traía, redimir mi afrenta y hazer con aquellos bárbaros que no me maltratassen, díselas muy presto y como ellos eran muchos y las monedas no tantas que cumpliesen con su demasiada avaricia y cobdicia mortal, diéronme tantas de bofetadas, remessones y golpes que quando me dexaron, creyeron que quedava muerto”³⁹.

Süleyman, analizado el transcurso del asedio, el elevadísimo número de bajas humanas y las pérdidas materiales y económicas sufridas, así como la percepción internacional de la conquista y la imagen ante sus actuales y futuros súbditos, ofreció al gran Maestre ponerse a su servicio como uno de los más altos y más principales capitanes de su campo y ejército. La oferta fue desestimada y las palabras que Fontanus pone en la boca del gran Maestre pretenden ser ejemplarizantes para toda la cristiandad:

³⁸ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XXVIII. De cómo el gran Turco se alegró mucho desque vido que la cibdad se le dava. Y de las condiciones y capítulos que les prometió y confirmó a los christianos y de quán mal las mantuvo y de las nephandas prophanidades que los turcos hizieron, luego que en la cibdad entraron.

³⁹ *Ibidem*.

“Muy alto y clementísimo emperador, donde tantos cavalleros y muy esforçados capitanes de vuestra sacra Magestad están, no merezco yo, por cierto, ni soy digno de recibir y alcançar la gran merced y piadosa gracia que vuestra Magestad me haze y promete. La desastrada suerte y contraria fortuna mía, y los precedidos méritos y servicios que yo todo el tiempo passado he hecho a vuestra Magestad no son tales que yo al presente ose o no deva no aceptarla y tenerla en lo que ella es y merece. Pero no dexaré, aunque vencido y entre las vencedoras armas y delante de mi proprio vencedor puesto, de cuya muy alta y muy profunda clemencia nunca por cierto yo desconfié, ni temí que su fe y imperial palabra me faltaría o se mudaría en contrario, de dezir libremente mi intención y voluntad. Yo tengo y elijo por muy mejor, poderosísimo emperador, ya que mi señorío y tierra es perdida y yo estoy de ella despojado, o perder juntamente esta triste y muy desventurada vida que me queda o vivirla por ay escondida y dissimuladamente en el número y compañía de los caydos y derribados de fortuna adversa, que no que los míos digan de mí que fui traydor y los desamparé y me llamen vendedor suyo y no vencido. Porque, sacra Magestad, ser vencido de fortuna es, y cosa tan común que cada día quasi acaece, y siendo mayormente vencido de un tan potentísimo vencedor, del qual el mesmo vencido se puede por cierto muy bien preciar y honrrar, pero desamparar los suyos o mudar la batalla y orden proprio de cavallería, paréceme ser muy gran covardía, trayción y poca fe”⁴⁰.

Ante la negativa del gran Maestre, Süleyman, muy airado, a la vez que le hablaba afectuosamente y del cumplimiento de las capitulaciones, había ordenado

“a sus capitanes que dissimuladamente llevassen la gran nao de la religión y las galeras todas, y en ellas al gran Maestre y comendadores todos, a la cibdad de Constantinopla. De la qual trayción no solamente andava el rumor y nueva oculta y secretamente entre los capitanes y cavalleros turcos, pero también era ya muy común y pública fama entre la gente común y campo todo. Lo qual como el gran Maestre alcançó a saber, rogó con mucha instancia a algunos de los baxaes, byrbayes y sobaxaes, que son los que más privan y pueden con el gran Turco, que le acordassen a su Magestad de la fe, palabra y juramento que les avía dado y hecho. Y, en tanto que esto passava, una noche muy secretamente, que fue la mesma noche del año nuevo de mill y quinientos y veinte y quatro, embarcóse muy de presto él y todos los suyos, los quales estavan ya de acuerdo para aquella hora, y començó su navegación, dexando aquella su muy triste y muy desdichada cibdad en poder y duro captiverio de aquel pérfido tyrano y muy cruel enemigo de nuestra sancta fe cathólica”⁴¹.

La crónica recoge en dos ocasiones, en este último capítulo del Libro segundo, que el gran Maestre y los comendadores de la Sacra Religión se embarcaron, rumbo a Candía, la noche del año nuevo de 1524. Un año después, exactamente, de su partida real. Ahora bien, tal afirmación la hace

⁴⁰ *Ibidem*. Libro segundo. Capítulo XXV. De cómo el gran Maestre fue a hazer reverencia al gran Turco y de los razonamientos que entre ambos passaron. Y de otra segunda vez que ambos se tornaron a ver y de cómo el gran Maestre salió de Rhodas y la dexó en poder de aquel gran tyrano.

⁴¹ *Ibidem*.

Cristóbal de Arcos, traductor de la obra al castellano, por su cuenta ya que la obra original de Fontanus no precisa año alguno para este suceso. Es más, poco más adelante en la crónica original, puede leerse, al aludir a la oración que el propio Fontanus, ya exiliado de Rodas, pronunció ante el papa Adriano VI, que su discurso tuvo lugar en el “anno a nato Christo .xxiii. supra sesquimillesimum”, mientras en la traducción de Cristóbal de Arcos consta que fue en el comienzo de 1524. Hemos querido recoger esta cuestión solamente para alertar de la existencia de algunas diferencias importantes, aunque no sustanciales en la totalidad del relato, entre las distintas fuentes que historian la conquista de la isla. Así, Giacomo Bosio, Jacques de Bourbon, Domenico Maria Curione, Vicente Rocca y Juan Antonio Foxá exponen los mismos acontecimientos asignando en ocasiones fechas diferentes (tal vez uno o varios días, salvo el error manifiesto de un año en la salida del gran Maestre de la isla), haciendo distinta estimación de las pérdidas en los enfrentamientos, ilustrando la intervención militar de distintos protagonistas de ambos bandos o actos de espionaje, entre otros. Esto no significa que cada autor presenta datos o informes diferentes al resto, sino que unos se han nutrido de otros y, en cascada, exponen las noticias y cifras de las que han bebido. Aspectos que se alejan del objetivo de esta presentación, pero que están exhaustivamente recogidos en el trabajo, mencionado al inicio de estas páginas, de Ricardo González Castrillo⁴². En cualquier caso, con la salida del gran Maestre y los caballeros de la Sacra Religión hacia Candía acababa el dominio cristiano sobre Rodas y otras islas del Dodecaneso y, también, sobre el castillo de San Pedro de Halicarnaso, en tierra firme. En conclusión, la autoridad de la Orden de San Juan había durado 211 o 214 años (Vicente Rocca duda entre ambas fechas), que para Giacomo Bosio y Domenico Maria Curione fueron 213 y para Juan Antonio Foxá, 212 años⁴³.

El Libro tercero, que consta de siete breves capítulos, detalla la marcha, la tormentosa navegación y la estancia del gran Maestre y los Comendadores en la isla de Candía hasta el principio de la cuaresma, componiendo y ordenando con muy gran cuidado y triste diligencia sus cosas y negocios, reparando la flota que estaba muy maltratada y poniendo nuevos marineros en ella porque la flor mejor y más escogida de ellos murió en el sitio y combate de la ciudad. A continuación, Fontanus relata el complicado viaje hacia Mesina, donde brotó una dura enfermedad en toda la gente de las naos y galeras, así remeros y marineros como gente otra de pasajeros y Comendadores, que venían metidos en gran angostura, tristes y muy afligidos

⁴² Ricardo González Castrillo. “Sobre la conquista otomana de Rodas”, en *Anaquel de Estudios Árabes*, 18. Madrid, Universidad Complutense, 2007. Págs. 117-135. Ver nota 1: El estudio de una carta original e inédita, de autor anónimo, que narra algunas de las batallas acaecidas en el asedio de Rodas sirve de punto de partida para la comparación de las fuentes contemporáneas y analizar sus diferencias.

⁴³ *Ibidem*. Pág. 130. Cfr. Rocca, fol. XCVI; Foxá, fol. 429; Bosio, págs. 590 y ss.; Curione, fol. 289.

de los infinitos trabajos pasados y mucho más de los presentes como eran suciedad, vómito, hambre y sed, que se cobró numerosas bajas en la expedición. A ello se sumó la tardanza, de varias semanas, del gran Maestre en fondear frente al puerto de la ciudad⁴⁴.

Llegado el gran Maestre a Mesina, y como venía ocurriendo en cada uno de los puntos de escala previos, la Sacra Religión recibió un solemne recibimiento. En este caso, por parte del virrey de Sicilia y todos los grandes del reino. Allí pudo ver algunos socorros que estaban aparejados para ir a Rodas, aunque nunca llegaron a la isla, y quiso saber las causas que lo impidieron. Este momento es aprovechado por el autor para repasar el estado actual de las potencias europeas y su posición respecto a los socorros demandados, concluyendo que, aunque Francia había jugado un papel especial, todos los estados tuvieron su parte de responsabilidad en la pérdida de Rodas. Y así lo expone Fontanus, cuando se lamenta de que los príncipes todos del occidente ni se movieron viendo tal sitio, desoyendo las peticiones de ayuda que hizo el gran Maestre desde el comienzo mismo del cerco y en otros momentos posteriores⁴⁵.

Ante la sospecha de peste en Sicilia, se celebró consejo de la Sacra Religión y acordó, por común parecer y voto de todos, que la tierra de Nápoles era la mejor y más a propósito para su remedio y salud de todas las otras provincias comarcanas, así en sanidad y nobleza de aires como en

⁴⁴ *Ibidem*. Libro tercero. Capítulo II. De cómo la sacra religión partió de Candia y vino navegando por el mar, y de los trabajos que pasó de puerto en puerto fasta llegar a Mecina, cibdad de Sicilia. “De manera que esta grande aflicción y trabajo, y este defecto y necesidad de mantenimientos y necesaria provisión de cosas saludables, fue causa de otras muy grandes passiones y enfermedades... Entre los quales yo, sin duda, fuera también, pues que no tanto por humana arte o medicina escapé con la vida quanto por la clemencia y misericordiosa piedad del alto y muy poderoso dios que, estando ya quasi en el último punto, me libró. En tanto que los míseros desterrados y echados de los aposentos y tierras de nuestros mayores padecíamos estos trabajos y mortales aflicciones en tierra estraña, y donde quasi no nos conocían, muy mayor y más triste nos era la tardança del gran Maestre que no llegava aún, que todas las enfermedades, trabajos y fatigas que passávamos. Porque como a onze días del mes de abril llegassen al puerto de la Sicilia la Gran Barcha y el barchote del gran Maestre y las otras naos gruesas, y con ellas no embiasse carta ni nueva alguna de su salud, ni su señoría viniessse tres o quatro semanas después que ellas llegaron, todos con muy justa causa y sospecha teníamos muy gran temor que no oviessse encontrado y dado con aquellas sus galeras en que venía, tan mal proveydas y aparejadas para pelea, en alguna armada de moros y lo oviesssen tomado y llevado en captiverio. Los quales dichos moros, con fustas y galeotas muy ligeras, hazen mucho daño por todo aquel mar de la Sicilia. Otros creían que fuesse perdido en el mar. Otros adevinavan que, por ventura, alguna pestilencia o trabajosa enfermedad avía dado en la gente toda que con él venía y que, por esso, no osava llegar o salir de donde estava. Por lo qual todos andávamos muy alterados, todos tristes, y como suele acaecer siempre en las cosas tristes y dudosas, cada uno fingía nuevos peligros y varios trabajos”.

⁴⁵ *Ibidem*. Libro tercero. Capítulo III. De cómo el gran Maestre entró en consejo con todos los cavalleros de la sancta religión para saber la causa que detuvo a los socorros que no llegassen a tiempo y de cómo cada uno dio muy justa excusación. Cfr. Foxá ff. 357 y 376-378; Curione, f. 289; Bosio, pág. 576 y Rocca, f. XCIII.

abundancia y fertilidad de mantenimientos y todas las otras provisiones y cosas que son necesarias para sustentación de la vida humana. A mediados del mes de julio, la flotilla del gran Maestre esperaba instrucciones en un puerto próximo de la Campania para arribar a Nápoles (la sospecha de peste obligaba todavía a mantener condiciones de aislamiento), donde recibió, de nuevo, un ceremonioso recibimiento. El gran Maestre partió de Nápoles hacia Civitavecchia y de allí a Roma, donde fue muy solemnemente recibido del papa Adriano VI, más que en ningún otro lugar anterior, y fue definido por el pontífice como *Magnus Christi Athleta*. Muy poco después fallecía el Papa. El Colegio de Cardenales concedió, por primera vez a la Orden, el privilegio de dar guardia armada al cónclave durante la sede vacante y a Clemente VII, antiguo sanjuanista, el de que el estandarte de la religión de San Juan precediera siempre a los cortejos papales. Desde este momento, los Caballeros inician un periplo de siete años buscando un lugar donde asentarse para seguir combatiendo a los musulmanes por mar, instalándose en Civitavecchia, Viterbo y Niza, hasta que Carlos V les hace entrega de las islas de Malta, Gozo y Comino, además de la ciudad de Tripol de Berbería, en el norte de África, para que vuelvan a tener sus propios dominios. Su proximidad con Argel es un factor que puede explicar esta concesión para intentar vigilar las acciones de los corsarios otomanos en los territorios que controla el emperador en el sur de Italia, además de que en caso de asedio de estas islas podrían ser auxiliados por los barcos y soldados de Sicilia y Nápoles, así como por la fuerza militar del papado.

La crónica apunta a su final con una alabanza del nuevo pontífice, Clemente VII, al gran Maestre y la concesión de la ciudad de la iglesia, Viterbo, para nuevo asentamiento de la Orden. A continuación, Fontanus, concluye el texto de la conquista de Rodas asumiendo en primera persona la veracidad de su relato como testigo presencial situado en la órbita de la toma de decisiones.

“Y assí, por sus merecimientos y muy grandes virtudes es muy amado y extremadamente tenido del sumo pontífice Clemente VII, que agora es. El qual, en sublimarlo y tornarlo a su prosperidad y grandeza puso y determinó todo su cuydado, diligencia, vigilancia, industria, pensamiento, trabajo y, finalmente, toda su intención y voluntad. Por lo qual concedió luego a la sacra religión la cibdad de Viterbo, una de las más principales cibdades de la yglesia, para que en ella estuviesse y se recogiesse en tanto que otra parte y lugar se elegía. A la qual, quando yo componía y escribía esta presente obra, el gran Maestre embió a fray Carlos Pipa, veedor mayor de su casa y negocios, varón muy diestro y diligente para negociar y solicitar qualesquiera muy arduos negocios y causas de profunda importancia, assí con facilidad de ingenio como con nobleza de costumbres y biveza de ánimo. Lo

qual vi y cognoscí muy bien y muy por entero, assí en otras muchas partes, cosas y negocios como más principalmente en el sitio y muy cruel conquista de Rhodas”⁴⁶.

Finalizado este recorrido por la crónica de la conquista de Rodas, en el que hemos buceado por las declaraciones, en primera persona, de Jacobus Fontanus intentando interpretar su forma de pensar y actuar y cómo entiende el mundo en el que vive, presentaremos su producción bibliográfica que, a pesar de contar con diversas ediciones y traducciones, aporta pocos datos explícitos sobre su trayectoria vital.

En calidad de historiador, el primer trabajo destacable es su *Ad Adrianum Pont. M. Jacobi Fontani Judicis Appellationum Rhodorum Epistola elegantis misa e Rhodo, post deuicta a crudelissimo Christianorum hoste Turcha insulam, e qua, ut alias docta est, deprehendes qui legeris*. Morhart, 1523 y el estudio más importante es *De bello Rhodio Libri tres*. Roma, Minitii Calvi, 1524. Tres años después, ve la luz *De bello Rhodio, Libri tres, Clementi VII Pont. Max. Dedicati Iacobo Fontano Brugensi autore ad.... Hagenau apud Ioannem Secerium*, 1527. A continuación, en 1538 y por Thoman Platterum, las prensas estampan una edición en Basilea. Y en 1540, de la mano de Christian Wechel, aparece una edición aumentada en París. Entre tanto, aparece la traducción al castellano *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estava, por el bachiller Christóval de Arcos, clérigo cura de la sancta yglesia de Sevilla...* Sevilla, en casa de Juan Varela de Salamanca, 1526. Esta traducción de Cristóbal de Arcos se imprimiría de nuevo en la villa de Valladolid, en casa del honrado varón Juan Villaquiran, en 1549 y en Medina del Campo, impreso por Francisco del Canto a costa de Gabriel y Antonio de Hurueña, en 1571. Cabe destacar, así mismo, las traducciones:

* *On iungster belegerung und eroberung der Stadt Rhodis durch den Türcken im jar unseres hails MDXXII*. Augsburg, 1528. Übersetzt von Ottmar Luscinius (Othmaren Nachtgall).

* *Della guerra di Rhodi libri III; Aggiunta la discriptione dell' isola di Malta concessa à Cavalieri, dopo che Rhodi fu preso; Il modo del governarsi con la bussola in mare per venti, di Gio. Quintino; Inoltre un Commentario dell'isola di Rhodi, e dell' ordine di Cavalieri di quella*. Tradott' in volgare per M. Francesco Sansovino. Vinegia, Vincenzo Vaugris, 1545.

⁴⁶ *Ibidem*. Libro tercero. Capítulo VII. De algunas cosas que el gran Maestre hizo en Roma, por las quales alcanzó mucha honrra. Y de las intenciones que el papa Adriano VI y el papa Clemente VII tenían de sublimar y restaurar la sacra religión y sacro orden de cavallería.

Como letrado, juez de apelaciones y profesor de Derecho, Jacobus Fontanus publica varias obras en calidad de autor, pero también se incluye en diversas recopilaciones legislativas a través de comentarios y anotaciones. Entre ellas, cabe destacar:

* *Clementinae Constitutiones. Clementinae Constitutiones cum sumarijs, literalibus casibus optimis notabilibus, glossis ordinarijs... in quibus... Jacobus Fontanus addidit et alia permulta omnimodo necessaria, collecta et commentarijs Joannis de Imola, Petri de Ancharano. Zabarelle. Andree. Barbacie.* París, 1520.

* *Justiniani principis Codex.* Roma, 1524. Lyon, 1528.

* *Extravagantes Johannis XXII.* Lyon, 1528. 'Remonta est nunc historia que in priori impressione falso Joannis xxij vita inscribebatur'. Lyon, 1531. Lyon, 1556. Lyon, 1559. París, 1561. Antuerpiae, 1572.

* *Liber Sextus Decretalium...* Lyon, 1531. Lyon, 1549. Lyon, 1554. Lyon, 1559. París, 1561.

Hasta aquí hemos plasmado la información más significativa localizada sobre Jacobus Fontanus, siendo a todas luces insuficiente para un estudio sólido acerca del autor capaz de enlazar los hitos más notables de su biografía con su producción bibliográfica. Será la investigación de archivo, junto al estudio profundo de su obra latina original, enfocada en esta dirección, la que nos proporcione la información necesaria para construir un discurso más didáctico y una correspondencia vital precisa. Pero si conocemos muy pocos datos exactos acerca del autor de la crónica de la conquista de Rodas, podemos afirmar otro tanto de su traductor al castellano, Cristóbal de Arcos, más allá de las referencias proporcionadas por él mismo en el título y prólogo de la obra que presentamos y en sus traducciones precedentes. De este modo, Cristóbal de Arcos se presenta como bachiller, persona que ha recibido la acreditación y la instrucción correspondiente al primer grado académico en un colegio menor de la universidad, aunque desconocemos cuál y cuándo. También, en un sentido más extenso, podría tratarse de una persona letrada con estudios escolásticos, aunque no tuviese orden alguna, en oposición al indocto y especialmente al que no sabía latín. Cristóbal de Arcos también se muestra en el encabezado como clérigo cura de la santa iglesia de Sevilla y, a la conclusión del prólogo, dirigiéndose a Alonso Manrique (arzobispo de Sevilla e Inquisidor mayor de los reinos de España entre 1523 y 1538) como su indigno capellán, es decir, un sacerdote a quien se encomienda establemente, al menos en parte, la atención pastoral de una comunidad o grupo de fieles, para que la ejerza de acuerdo al derecho universal y particular. Pero Cristóbal de Arcos ya era capellán de Diego de Deza (arzobispo de Sevilla entre 1504 y

1523 e Inquisidor mayor de los reinos de España entre 1498 y 1507). En este sentido, y en clave de contextualización, Diego de Deza estableció en 1515 en esta diócesis el estatuto de limpieza de sangre, con lo que el sevillano se erigió en el segundo cabildo español en impedir la promoción de los descendientes de judíos o conversos. Y en 1517 fundó en Sevilla el colegio universitario dominico de Santo Tomás, equiparado en rango a los de Valladolid y Salamanca. Es probable, por tanto, que fuera en este colegio universitario donde Cristóbal de Arcos desarrollara su principal etapa de formación

Cristóbal de Arcos acabó de traducir (trasuntar, según sus propias palabras y tal como se recoge en su colofón) *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas*, en Sevilla, a doce días de octubre de 1526. Pero, con anterioridad, había traducido la obra de Ludovico de Varthema Bolognese (fallecido en Roma en 1517), *Itinerario del venerable varon Micer Luis patricio romano, en el qual cuenta mucha parte de la Ethiopia, Egipto y entrambas Arabias, Siria y la India, buelto de latín en romance por Christóbal de Arcos, clérigo, y dirigido al muy reuerendo y muy noble señor, don Diego López de Cortegana, arcediano y canónigo de la sancta yglesia de Seuilla* (Sevilla, en casa de Jacobo Cromberger, 1520). Cristóbal de Arcos brindó a Cortegana esta traducción, cuya portada comprende el escudo de este último, reflejo de su hidalguía y origen corteganes (en la provincia de Huelva), junto a una orla similar a la de la edición princeps del *Asno de oro*. En el texto prologal al *Itinerario* de Varthema, Cristóbal de Arcos pone de manifiesto su deuda con Cortegana, quien le había hecho este encargo (fol. Iir), para luego referir, a continuación, la imagen simbólico-metáforica de la iluminación divina que conduce al humanista hacia el “recto camino”. Los vínculos profesionales entre ambos son visibles. En cualquier caso, Cristóbal de Arcos ruega a Cortegana amparo por las críticas de posibles enemigos, a fin de concluir el prólogo solicitando que le encargue más empresas como la que ahora tiene el placer de entregarle. Al final de la obra, a modo de colofón, se encuentra una Exhortación del traductor al lector, en la que se vuelve a mencionar su compromiso con Cortegana.

Entre 1522 y 1523, en cualquier caso antes de la salida de Diego de Deza del arzobispado de Sevilla, a quien la dedica, Cristóbal de Arcos tradujo *De falsa diluuii prognosticatione*, del humanista italiano Agostino Nifo, como *Reprobación nuevamente ordenada contra la falsa prognosticación del diluuiio que dizen que será el año M. D. X. X. IIII por el ayuntamiento y conjunción de todos los planetas en el signo de Piscis, compuesta por el excelente philósopho Augustino Nipho suesano; buelta de latín en vulgar castellano por Christóbal de Arcos, capellán del reuerendíssimo y muy magnífico señor don Diego de Deça, arzobispo de Sevilla*. Se trata, en síntesis, de una obra dedicada a Deza, que entronca, como motivo temático paralelo, con la crítica de Erasmo contra la superstición del pueblo. Cortegana apoyó, en este sentido, la traducción de Cristóbal de Arcos, como se indica en el prólogo, al

tiempo que le facilitó a su discípulo otra fuente sobre la pronosticación a fin de perfilar el tratado. Además, señala Cristóbal de Arcos el impulso y motivación de llevar a cabo su traducción, considerando que solo la lógica y el conocimiento podían proporcionar un antídoto eficaz contra la superstición. El modelo será Erasmo y su *Elogio de la locura*. A la manera de Cortegana y Erasmo, Cristóbal de Arcos conjuga la doctrina cristiana con el saber erudito de la antigüedad pagana, lo cual explica que, junto a la mención de Cristo, conste el motivo platónico de la caverna. Cristóbal de Arcos abogaba, pues, por un cristianismo renovado gracias a la verdadera confianza y fe en Dios. Sin embargo, a diferencia de Cortegana, Cristóbal de Arcos le concedía importancia más bien a la piedad interior a la manera de Erasmo. Por ello, concluye la *Prognosticación* con la necesidad de erradicar, definitivamente, el vicio de la superstición. En avenencia con este proyecto, la traslación que Cristóbal de Arcos realizó de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas*, de Jacobus Fontanus, la dedica a Alonso Manrique, quien estuvo integrado en círculos erasmistas⁴⁷.

3.- Juan Varela de Salamanca, primer impresor de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas* en los talleres sevillanos.

La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas... se imprimió en Sevilla, en 1526, en los talleres del prolífico Juan Varela de Salamanca. El impresor nació, casi con toda seguridad, en la ciudad del Tormes entre 1475 y 1476. Pasó su infancia en Sevilla, ciudad en la que desarrolló dos de sus facetas profesionales más importantes, la de impresor y la de librero. Falleció en 1555. Ejerció de impresor entre 1504 y 1539, aunque estuvo activo hasta su muerte. Atendiendo a la documentación existente, en 1501 ya aparece como empleado en el taller de alguno de los grandes impresores de la época (Estanislao Polono, Juan Pegnitzer de Nuremberg o Magno Herbst de Fils). Su trabajo como librero queda documentado hacia 1504, a raíz de su matrimonio con Isabel Alfaro, hija del librero Nicolás Monardies, con la que tuvo seis vástagos⁴⁸.

En ese mismo año, 1504, respondiendo a la llamada del arzobispo Hernando de Talavera, se trasladó a Granada, donde trabajó durante cuatro años como impresor independiente, imprimiendo obras fundamentalmente de

⁴⁷ Francisco Javier Escobar Borrego. “Diego López de Cortegana y Erasmo: la traducción de la *Querela Pacis*. (Sevilla, Jacobo Cromberger, 1520)”, en *La «metamorfosis» de un inquisidor: el humanista Diego López de Cortegana (1455-1524)*. Ed. de Francisco J. Escobar, Samuel Díez y Luis Rivero. Universidad de Sevilla, Universidad de Huelva y Ayuntamiento de Cortegana, 2013. Págs. 133-163.

⁴⁸ Juan Delgado Casado. *Diccionario de impresores españoles (siglos XV-XVII)*. Madrid, Arco Libros, 1996. Vol. II. Págs. 691-693.

carácter religioso y empleando los tipos de los compañeros alemanes fallecidos (Pablo de Colonia, Tomás Glockner, Magno Herbst y, especialmente, Juan de Pegnitzner, que ya publicaba en solitario y había fallecido en 1503)⁴⁹. Además de las obras impresas en Granada relacionadas más adelante, durante estos años imprimió numerosos salterios, breviarios, cartillas, dominicales y santorales.

De Granada se trasladó de nuevo a Sevilla en 1509, donde trabajó en las prensas hispalenses hasta 1539. Además de las obras impresas recogidas más adelante, realizó diversas impresiones para la Cartuja de las Cuevas de Sevilla. Sin embargo, entre 1510 y 1514 interrumpió su prolongada etapa sevillana para trabajar en la ciudad imperial de Toledo, imprimiendo diversas obras religiosas y recopilaciones y textos legislativos, principalmente. Allí, trabajó en la imprenta del monasterio de San Pedro Mártir, importante en la historia de la imprenta por haber tenido el privilegio, concedido por los Reyes Católicos, para la impresión de la Bula de Cruzada. Tras él pasaron por la imprenta del monasterio: Arnao Guillén de Brocar, Miguel de Eguía, Lázaro Salvaggio y Hernán Carrillo Rótulo, que se hace cargo del taller en 1535 y consigue el “oficio de impresor de Bulas de Toledo”. Finalizó esta etapa con la impresión de la *Plenísima indulgencia* contra los musulmanes. Joaquín Hazañas y La Rúa le supone también un misal impreso en Jaén, cuya importancia estribaría en ser la primera obra publicada en esta ciudad.

Tenemos constancia, por un documento fechado el 12 de julio de 1517, de la relación del humanista Diego López de Cortegana y Diego Vázquez de Alderete, canónigo de la Catedral vinculado a figuras de la talla de Arias Montano, Mateo Vázquez de Leca y Juan de Ovando, con el impresor y librero Juan Varela de Salamanca, donde actúan los primeros como padrinos del bautizo de la hija del último: Isabel de Alfaro⁵⁰. Desde este año, al menos, estaba instalado en la calle de Génova del barrio de los Remedios, en la zona oeste de la dársena del Guadalquivir. Varela de Salamanca desarrolló una intensa actividad pública ocupando varios cargos como el de Jurado de la ciudad, representante del gremio de Libreros, mediador de pleitos y albacea testamentario. Fue elegido Jurado de la ciudad de Sevilla en 1530, oficio municipal para cuya posesión eran necesarias probanzas de hidalguía (el jurado era elegido por cada collación; sus competencias eran muy parecidas a las de los veinticuatro y, aunque en principio debían asumir la representación del pueblo, estos oficios terminaron siendo también monopolizados por personas de origen nobiliario). Podemos afirmar, sin duda alguna, que fue un impresor de gran calidad, digno rival de Cromberger en la perfección de sus trabajos

⁴⁹ *Ibidem*. Vol. I. Págs. 151-153.

⁵⁰ Joaquín Hazañas y la Rúa. *La imprenta en Sevilla. Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX*. Sevilla, 1945-1949. Vol. I, pág. 205.

tipográficos. Su último trabajo fue un elegante misal hispalense, impreso en 1539. A partir de este momento, se dedicó a otros negocios hasta su fallecimiento en 1555, quizá el más señalado el de Librería. Fruto de todas estas ocupaciones, obtuvo un notorio prestigio y fue una figura destacada en la sociedad de su época.

Otra hija de Juan Varela, Inés de Alfaro, se casó con Jácome Cromberger (nieta del también impresor Jacobo Cromberger) uniendo de esta manera los dos talleres hasta entonces más importantes de Sevilla, aunque con Jácome, lamentablemente, concluiría “una dinastía de impresores” al menguar sustancialmente los trabajos del taller, posiblemente por la competencia de otros impresores y por su atención preferente prestada a otros negocios, hasta su desaparición en 1553. Jácome, endeudado, probablemente marchó a América donde falleció. En 1560, Inés de Alfaro ya aparece como viuda y la última documentación acerca de ella corresponde al año 1585. El destino de la imprenta y su material, teniendo en cuenta las características tipográficas, pasó a manos de Sebastián Trujillo (activo en Sevilla entre 1542 y 1569) y de Gregorio de la Torre (activo en Sevilla entre 1550 y 1558)⁵¹.

Para enriquecer esta semblanza y contextualizarla con la Sevilla de la primera mitad del siglo XVI y su floreciente imprenta, podemos ver en los trabajos de José Gestoso y Joaquín Hazañas, recogidos en la bibliografía, numerosos documentos acerca de Juan Varela de Salamanca. Muchos de ellos concernientes a sus negocios, otros relacionados con sus actividades de representación y cargos públicos, también abundante información de asuntos familiares y sociales y, en menor medida, curiosamente, documentos referidos particularmente a sus impresiones⁵².

Enumeramos, a continuación, las obras impresas por Juan Varela de Salamanca en Granada, Toledo y Sevilla, de las que tenemos constancia, por orden cronológico de publicación:

- *Rationale diuino[rum] officio[rum]*; [editum per... Guilielmū Durantī]. Granada, Juan Varela de Salamanca, 1504.

⁵¹ Los Cromberger constituyeron, según la expresión acuñada por Joaquín Hazañas, una dinastía de impresores activa en Sevilla en la primera mitad del siglo XVI. Su iniciador fue Jacobo Cromberger, que trabajó desde principios de siglo, hasta 1528, en Sevilla y Portugal, ofreciendo algunas impresiones que cuentan entre lo mejor de la tipografía española de ese siglo. A Jacobo le sucedió, con un muy elevado nivel de calidad en los trabajos, su hijo Juan, activo entre 1525 y 1540. A él le cupo el honor de haber introducido la imprenta en América a través de su empleado Juan Pablos. La familia finalizó su recorrido empresarial con el hijo mayor de Juan, Jácome, a pesar, como queda dicho, de haber podido reunir en sus manos el material de su padre y el de Juan Varela de Salamanca. Véase Juan Delgado Casado. *Op. Cit.* Vol. I. Págs. 172-174.

⁵² Juan Delgado Casado. *Op. Cit.* Vol. II. Pág. 693.

- *Las CCC del famosissimo poeta Juan de Mena con glosa, [por Hernaud Nuñez de Toledo...].* Granada, Juan Varela de Salamanca, 1505.
- *Vocabulista arábigo en letra castellana, por Pedro de Alcalá.* Granada, Juan Varela de Salamanca, 1505.
- *Arte para ligeramente saber la lengua arábigo, de Pedro de Alcalá.* Granada, Juan Varela de Salamanca, 1506.
- *Cartilla y doctrina en romance para enseñar a niños a leer, de Hernando de Talavera.* Granada, Juan Varela de Salamanca, 1508.
- *La crónica troyana en romance, compuesta y copilada por el famoso poeta e historiador Guido della Colonne y agora nueuamente enmendada por Pero Núñez Delgado.* Sevilla, por Juan Varela de Salamanca, 1509.
- *La historia de Bohemia en romance, prólogo de Hernand Núñez de Toledo... en la traslación de la historia de Bohemia de latín en romance... [Pío II].* Sevilla, por arte et industria de Juan Varela de Salamanca, 1509.
- *Doctrina cordis en romance, de san Buenaventura.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1510.
- *Forma libellandi, de Juan Infante.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1510.
- *Leyes del estilo y declaraciones sobre las leyes del fuero.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1511.
- *De consolación y vergel de consolación, de Boecio.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1511.
- *Quaderno de las leyes y nuevas decisiones sobre las dubdas de derecho que continuamente solia y suelen ocurrir en estos reynos...se ymprimiero por mandado del Rey hecha en la cibdad de Toro...* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1511.
- *La conquista del reyno de Navarra, dirigida al ilustre y muy magnifico señor don Gutierre de Padilla, comendador mayor de la Orden de Cavallería de Calatrava... del Consejo Secreto de la reyna nuestra señora [Luis Correa].* Fue impressa en la imperial ciudad de Toledo, por Juan Varela de Salamanca, 1513.
- *Aelij Antonij Nebrissen[is] Relectio nona de accentu latino aut latinitate donato quam habuit Salmatice iij id[us] iunias anno d. XIII.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1513.
- *Sol de contemplativos, de Hugo de Balma.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1514.
- *Plenissima indulgencia contra los musulmanes.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1515.
- *Valerio Máximo, De las hystorias romanas et carthaginenses et d'otras muchas naciones et reynos por orden de vicios et virtudes adicionado et nuevamente corregido, en romance, fue trasladado del latín en lengua francesa por maestre Simon de Hedin e después lo trasladó en el romance castellano Mossén Ugo de Urriés.* Sevilla, por Juan Varela de Salamanca, 1514.
- *Libellus de beneficijs in curia vaca[n]tibus, per Ioanne[m] flauu[m] seu ab aula flaua decretorum doctore[m] regu[m]q[ue] consiliariu[m] edit[us].* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1514.

- *El séptimo libro de Amadís de Gaula, que trata de los grandes fechos de armas de Lisuarte de Grecia, fijo de Esplandián y assí mesmo de los de Perrión de Gaula.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1514.
- *La hystoria de Grisel y Mirabella, de Juan Flores.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1514.
- *Pleníssima indulgencia contra los musulmanes.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1515.
- *Parthenice septē diue videlicet mariae virginū reginae, diuarū catherinae, margaritae, agathes luciae, apolloniae [et] ceciliae extracte ex primo tomo operum; R. F. baptistae mantuani carmelitae [Juan Bautista de Mantua].* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1515.
- *[Arte de canto llano].* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1515-1519 ?
- *Aelij Antonij Nebrissensis grammatici dictionum hispaniaru[m] in latinum sermonem translatio explicita est.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1516.
- *Dictionariu[m] Aelij Antonij Nebrissen[sis] nu[n]c d[e]mu[m] auctu[m] & recognitu[m], in quo adiecta sunt plusq[ua]m dece[m] mille vocabula, & ex superiori edictione plusq[ua]m sexcente dictiones in verum idioma hispanum conuerse &c.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1516.
- *De los remedios co[n]tra prospera [et] aduersa fortuna..., de Fra[n]cisco Petrarca.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1516.
- *Espejo dela conciencia que trata de todos los estados agora nueuamente impresso.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1516.
- *Copilacion de todas las leyes y ordenançasdel honrrado [sic] concejo de la mesta general de Castilla y de Leō.* Toledo, Juan Varela de Salamanca, 1517
- *Historia de Alexandre Magno, de Quinto Curcio.* Sevilla, por Juan Varela de Salamanca, 1518.
- *Orationes sacre que per totū annū in ecclesia cantantur nuper ad plenum collecte summoq̄ labore [et] vigilātia de nouo emmendate ;puncte [et] dispuncte hispali p̄ petrum nuñez delgado presbiterum [et] insuper alique q̄ defuerant addite [et] que bis terq̄ quaterq̄ legebantur cū suis remissionibus signate ne repetitio generaret fastidium vna cu[m] lectionibus [et] responsorijs de Job.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1519-1520?
- *Las Pragmáticas del Reyno. Recopilación de algunas bulas de nuestro muy sancto padre concedidas en favor de la jurisdicción real, con todas las Pragmáticas y algunas leyes... con algunas otras añadidas que fasta aquí no fueron impressas con las dichas Pragmáticas antiguas.* Sevilla, por Juan Varela de Salamanca, 1520.
- *Muestra de la lengua castellana en el nascimiento de Hercules o Comedia de Amphitrion, de Fernán Pérez de Oliva.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1520.
- *Glosa famosissima, [obra hecha [y] compuesta por el licenciado Alonso de Ceruātes sobre las coplas [de] don Jorge manrique que hizo sobre la muerte de su padre ...].* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1520.
- *Vitas patrum en romance, de san Jerónimo.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1520.
- *La danza de la muerte.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1520.

- *Los doze triūphos de los doze apóstoles, de Juan de Padilla.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1521.
- *Crónica de los nobles caballeros Tablante de Ricamonte y de Jofre, hijo del conde Donasón.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1521.
- *Metaphora medicine co[n] dc. autoridades declaradas sin contar cxiiij. aphorismos es pues nueuame[n]te copilada por un frayle menor de la prouincia de los Angeles..., de Bernardino de Laredo.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1522.
- *De los rremedios contra próspera e aduersa fortuna, de Francesco Petrarca, traducida de latín en romançe por Francisco de Madrid.* Ympresso en Sevilla, por Juan Varela de Salamanca, 1524.
- *Historia de Enrique, hijo de doña Oliva, rey de Jerusalem.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1525.
- *Summa confessorum..., de Domingo de Valtanás Mejía.* Sevilla, [S.n.: Juan Varela de Salamanca], 1526.
- *Manuale fr[atru]m p[rae]dicato[rum], de Domingo de Valtanás Mejía.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, s.a.: 1509-1539.
- *Triumphos de Petrarca. Translacion d'los seys triunfos de Francesco Petrarca de toscano en castellano fecha por Antonio de Obregon ...; agora de nuevo emendada.* En Sevilla, en casa de Juan Varela de Salamanca, 1526.
- *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estava, por el bachiller Christóval de Arcos, clérigo cura de la sancta yglesia de Sevilla.* Sevilla, en casa de Juan Varela de Salamanca, 1526.
- *Epistole beati Pauli, de Pedro Núñez Delgado.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1527.
- *Ordenanças de Seuilla, recopilacion de las ordena[n]ças de la muy noble y muy leal cibdad de Seuilla, de todas las leyes y ordenamie[n]tos antiguos y modernos, cartas y p[ro]uisiones reales, para la buena gouernacio[n] del bie[n] publico et pacifico regimie[n]to de Seuilla y su t[ie]rra: fecha por ma[n]dado de los muy altos y muy poderosos catholicos reyes y señores do[n] Ferna[n]do y doña Ysabel de gloriosa memoria por su real p[ro]uuisio[n]...* Sevilla, por Juan Varela de Salamanca, 1527.
- *Copilacion de todas las obras del famosissimo poeta Iuan de mena, cõnuiene saber las CCC con otras XXIII coplas y su glosa; y la corõaciõ y las coplas de los siete peccados mortales, cõ otras cartas y coplas y canciones suyas.* Sevilla. Juan Varela de Salamanca, 1528.
- *Vocabulariu[m] ecclesiasticum editum a Rhoderico Ferdinando de Sancta Ella ...* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1529.
- *Tractado del balsamo y de sus vtilidades para las enfermedades del cuerpo humano, co[m]puesto por... Garci Perez Morales...* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1530.
- *Segunda parte del libro llamado abecedario spiritual, donde se tratan diuersos exercicios en cada letra el suyo, de Francisco de Osuna.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1530.
- *Incipit Missale fratri[m] predicatorum ... [Colegio de Reverendos Padres Dominicos de Madrid].* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1530.

- *Compendium Priuilegiorum fratrum minorum necno [et] aliorum fratrum medicantiu, ordine alphabetico cōgestu, denuo cū quibusdam [sic] nouis bullis imp[re]ssum ut in eius fine patebit.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1530.
- *Aelij Antonij Nebrissensis. Introductiones in latinam grammaticem per eundem recognitae atq[ue] exactissime correctae glossematis cū antiquo Exemplari collatis ...* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1532.
- *Epistolas del glorioso doctor sant Hieronymo.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1532.
- *Triumphos de Petrarca, translacion d[e] los seys triumphos de fra[n]cisco petrarca de toscano en castella[n]o, fecho por antonio de obrego[n] ...* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1532.
- *Homilie diuersorum authorum in segmenta ex quattuor euangelistis excerpta, que diebus dominicis in re diuina per totum annum cantantur nuper recognite ... p[er] Licenciatu[m] Petru[m] Nuñez delgado Portionarii.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1533.
- *Aurea hymnorum totius anni expositio diligentissime recognitorum una cum textu, & annotationibus suis locis appositis, multisq[ue] elucidationibus alijs. Necnon familiaris in p[ro]prios sanctorum cum hymnos qui in priori volumine desiderabatur animaduersio: edita & nuper aucta per Petrum Nuñez Delgado, presbyterum & in studio Hispalensi cathedrarium.* S.l.: Sevilla, s.n.: Juan Varela de Salamanca, s.a.: 1533.
- *Libro de los Morales de sant Gregorio ... sobre el libro de Job. Traduc. Alonso Álvarez de Toledo.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1534.
- *[Obra selecta].* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1534.
- *Instrucción de la muger christiana, donde se contiene cómo se ha de criar una donzella hasta casarla y después de casada, cómo ha de regir su casa et bivar bienaventuradamente con su marido..., de Juan Luis Vives, agora nuevamente corregido y emendado y reduzido en buen estilo castellano.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1535.
- *Primero y segundo libro de la demanda del Sancto Grial.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1535.
- *Metaphora medicine [et] chirurgie nueuamente copilada por vn frayle menor de la p[ro]uincia de los Angeles ...; va añedido vn dialogo muy vtil y prouechoso que nu[n]ca hasta agora fue impresso..., de Bernardino de Laredo.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1536.
- *Passio duorum.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1539.
- *Misal Hispalense.* Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1539.

Hasta aquí llega esta breve presentación de *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estava, por el bachiller Christóval de Arcos, clérigo cura de la sancta yglesia de Sevilla*, de su autor Jacobus Fontanus (Jacome Fontano), de su traductor al castellano Cristóbal de Arcos y de su impresor Juan Varela de Salamanca. Una presentación aún colmada de dudas pero que, sin duda, irán desapareciendo en la medida en que se vaya avanzando en la investigación, tanto de la obra como de los intervinientes en su

materialización. Entre tanto, están invitados, como viene siendo casi una letanía, a la lectura de esta singular obra y deleitarse de una de las joyas más relevantes de la literatura histórica del siglo XVI para el mundo mediterráneo. Ojalá disfruten tanto como lo hemos hecho nosotros. Vale.

Fuentes y Bibliografía

- BOSIO, Giacomo. *Gli Statuti della Sacra Religione di San Giovanni Hierosolimitano*. Roma, 1589.

- BOSIO, Giacomo. *Dell'istoria de la Sacra Religione et Illma. Militia di San Giovanni Hierosolimitano*. 3 vols. Roma, 1594-1602.

- BOTTO, René. *De Rhodes à Malte. Le grand maître Philippe de Villiers de L'Isle-Adam, 1460-1534 et l'ordre de Malte*. Paris, 2004.

- BOURBON, Jacques de. *La grande et merueilleuse et tres cruelle oppugnation de la noble cité de Rhodes prinse nagueres par sultan Seliman a présent grand Turcq, ennemy de la tres sainte foy catholique*. Paris, por Antoine Couteau para Gilles de Gourmont, diciembre de 1525.

- BROCKMAN, Eric. *The two sieges of Rhodes: the knights of St. John at war, 1480-1522*. New York, 1969.

- BUNES IBARRA, Miguel Ángel. *La batalla de Lepanto (Inebahti) vista por los otomanos*. Madrid, Los libros de la Catarata, 2023.

- CAOURSIN, Guillaume. *El sitio de Rodas*. Biblioteca Nacional de Francia. Paris. Ms. Lat. 6067. Facsímil, Valencia, 2006.

- CURIONE, Domenico Maria. *El glorioso triunfo de la Sacrosanta Religión Militar de los nobles e invencibles caballeros de S. Juan Gerosolimitano...*, trad. del italiano por Pablo Clascar del Vallés. Barcelona, Estevan Liberós, 1619.

- DELGADO CASADO, Juan. *Diccionario de impresores Españoles (siglos XV-XVII)*. Madrid, Arco Libros, 1996. 2 vols.

- DÉODAT-KESSEDJIAN, Marie Françoise. "Cristianos y musulmanes: el cerco de Rodas en *La pérdida honrosa y caballeros de San Juan*", en Mónica Güell y Marie Françoise Déodat-Kessedjian (eds.). *À tout seigneur tout honneur. Mélanges*

offerts à Claude Chauchadis. Toulouse, Université de Toulouse le Mirail, 2009. Págs. 219-232.

- DOMÍNGUEZ GUZMÁN, Aurora. *El libro sevillano durante la primera mitad del siglo XVI*. Sevilla, Diputación provincial, 1975.

- DOWNEY, Fairfax D. *The Grand Turke, Suleyman the Magnificent, Sultan of the Ottomans*. New York: Milton, Balch, 1929.

- ESCOBAR BORREGO, Francisco Javier. “Diego López de Cortegana y Erasmo: la traducción de la *Querela Pacis*. (Sevilla, Jacobo Cromberger, 1520)”, en *La «metamorfosis» de un inquisidor: el humanista Diego López de Cortegana (1455-1524)*. Ed. de Francisco J. Escobar, Samuel Díez y Luis Rivero. Universidad de Sevilla, Universidad de Huelva y Ayuntamiento de Cortegana, 2013. Págs. 133-163.

- ESCUDERO Y PEROSO, Francisco. *Tipografía hispalense: Anales bibliográficos de la ciudad de Sevilla desde el establecimiento de la imprenta hasta fines del siglo XVIII*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1894.

- FAUCHERRE, N. “Le mineur ottoman du siège de 1522, ¿inventeur de l’archéologie urbaine?”, en *Les sièges de Rhodes de l’Antiquité à la période moderne*. Ed. N. Faucherre y I. Pimouguet-Pédaros. Rennes, 2010. Págs. 287-295.

- FONTANUS, Jacobus. *De bello Rhodio, Libri tres, Clementi VII. Pont. Max. dedicati*. Roma, Minitii Calvi, 1524. 84 págs.

- FONTANUS, Jacobus. *La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar castellano y puesta por mejor modo que en latín estava por el bachiller CRISTÓVAL DE ARCOS...* Sevilla, en casa de Juan Varela de Salamanca, 1526 [Valladolid, en casa de Juan de Villaquirán, 1549 y Medina del Campo, impresso por Francisco del Canto, a costa de Gabriel y Antonio de Hurueña, 1571].

- FOXÁ, Juan Antonio de. *Ystoria de la sacra Religión y milicia de Sant Joan Bautista de Hierusalem, en la qual se contienen los hechos de los grandes maestros y religiosos de ella, desde su principio y fundación hasta el año de 1553*. Biblioteca Nacional de España. Madrid. Ms. 3027. S. XVI. 429 ff.

- FUNES, Juan Agustín de. *Corónica de la ilustríssima milicia y sagrada religión de san Juan Bautista de Jerusalem*. Valencia, Miguel Sorolla, 1626-1633. [t. II. Çaragoça, Pedro Verges, 1639].

- GALEA, Michael. *Grandmaster Philippe Villiers de L'Isle-Adam, 1521-1534*. SanGwann (Malta), Publishers Enterprises Group, 1997.

- GARCÍA MARTÍN, Pedro. “Historiografía de las ‘lenguas’ hispanas de la orden de Malta en la época moderna”, en *Studia Historia. Historia Moderna*, 24. Universidad de Salamanca, 2002. Págs. 141-172.

- GESTOSO Y PÉREZ, José. *Noticias inéditas de impresores sevillanos*. Sevilla, imprenta de Gómez hermanos, 1924.

- GIERTZ, Bo. *The Knights of Rhodes*. Oregon: Eugene, Resource Publications, 2010.

- GONZALEZ CASTRILLO, Ricardo. “Sobre la conquista otomana de Rodas”, en *Anaquel de Estudios Árabes*, 18. Universidad rey Juan Carlos, 2007. págs. 117-135.

- GOODMAN, Anthony. *Rodas, 1522. El mayor asedio de la historia*. Barcelona, 2005.

- GRACIA Y RIVAS, Manuel. “La asistencia sanitaria en las galeras y navíos de la religión”, en *La Orden de Malta, la mar y la armada*. XXI Jornadas de Historia Marítima. Madrid, Ministerio de Defensa, 2000. Págs. 15-28.

- HAZAÑAS Y LA RÚA, Joaquín. *La imprenta en Sevilla: Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX*. Sevilla, Diputación Provincial, 1945-1949.

- HESLOP, Michael. “The Hospitallers dodecanese islands before and during the 1522 siege of Rhodes. Help or Hindrance?”, en *The 1522 siege of Rhodes. Causes, course and consequences*. Simon David Phillips (ed.). New York, Routledge, 2022. Cap. 3.

- HUIDOBRO MOYA, José Manuel. “La Orden de san Juan y su vinculación a la isla de Malta y a Carlos V”, en *La Gacetilla de Hidalgos de España*, 562. Año LXII. Madrid, edit. Arias Montano, 2020. Págs. 27-31.

- IMBER, Colin. *The Ottoman Empire, 1300-1650: The Structure of Power*. Hampshire, Palgrave Macmillan, 2002 [Barcelona, 2004].

- KUMRULAR, Özlem. *El duelo entre Carlos V y Solimán el Magnífico (1520-1535)*. Estambul, Ed. Isis, 2005.

- KUMRULAR, Özlem. *Las relaciones entre el imperio otomano y la monarquía católica entre los años 1520-1535 y el papel de los estados satélites*. Estambul, Ed. Isis, 2003.

- MAGAZ VAN NESS, Juan Alejandro. “Rodas, 1309-1523. La defensa del cristianismo en el Mediterráneo oriental”, en *La Orden de Malta, la mar y la armada*. XXI Jornadas de Historia Marítima. Madrid, Ministerio de Defensa, 2000. Págs. 29-64.

- MARULLI, Girolamo. *Vita dei Gran Maestri della Sacra Religione di San Giovanni Gerosolimitano*. Napoli, apresso Ottavio Beltrano, 1636.

- MAS, Albert. *Les turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or*. 2 vols. Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1967.

- NOSSOV, K. *The Fortress of Rhodes, 1309-1522*. London, 2010.

- OZCARIZ, Miguel de. *Epítome chronológico de todos los Gran-Maestres de la Sagrada Religión de San Juan Jerosolimitano, que aora se llaman de Malta por ... Miguel de Ozcariz, de la Compañía de Jesús*. En Pamplona, por Antonio Castilla, 1766.

- O'MALLEY, Gregory. “‘In Tot Acerrimis Conflictibus’: Commendations for good conduct during the 1522 siege of Rhodes in Hospitaller records”, en *The 1522 siege of Rhodes. Causes, course and consequences*. Simon David Phillips (ed.). New York, Routledge, 2022. Cap. 10.

- PERRA, Photeine V. y SAVVIDES, Alexios. “Hospitallers and Ottomans between the two great sieges of Rhodes (1480-1522)”, en *The 1522 siege of Rhodes. Causes, course and consequences*. Simon David Phillips (ed.). New York, Routledge, 2022. Cap. 1.

- PERRA, Photeine V. “The last days of Hospitaller Rhodes. The ‘Greek View’ of the siege of 1522 through original narrative sources”, en *The 1522 siege of Rhodes. Causes, course and consequences*. Simon David Phillips (ed.). New York, Routledge, 2022. Cap. 5.

- PORTER, Whitworth. *History of the Knights of Malta or the Order of the Hospital of St. John of Jerusalem*. 2 vols. London, Longmans & Roberts, 1858.

- POZZO, Bartolomeo dal. *Historia della Sacra Religione Militari di San Giovanni Gierosolimitano detta di Malta*. Verona, 1703-1705.

- ROBERTS, N. “Surrender of Rhodes to Suleyman (1522)”, en *Medieval warfare. A Reader*. Ed. M. Livingston y Kelly Devries. Toronto, 2019. Págs. 341-343.

- ROCCA, Vicente. *Hystoria en la qual se trata de la origen y guerras que han tenido los Turcos, desde su comienço hasta nuestros tiempos: con muy notables successos que con diversas gentes y nasciones les han acontecido y de las costumbres y vida dellos...* Valencia, [Juan Navarro] 1556.

- ROSSI, E. *Assedio e conquista di Rodi nel 1522 secondo la relazioni edite e inedite dei Turchi*. 2 vols. Roma, 1927.

- SAIT SENER, Mehmet. *El tema turco en el teatro español de los siglos XVI-XVII*. Tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. Facultad de Filología. Madrid, 2017. 355 págs.

- SALAZAR Y ACHA, Jaime. “Los caballeros de san Juan y las distintas etapas de su actuación naval en la Edad Media”, en *La Orden de Malta, la mar y la armada (III)*. XLII Jornadas de Historia Marítima. Madrid, Ministerio de Defensa, 2011. Págs. 25-40.

- SALVÁ RIERA, Jaime. *La orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*. Madrid, CSIC, 1944.

- SANTIESTEBAN Y OSORIO, Diego de. *Primera y segunda parte de la batalla de Malta y toma de Rodas*. Madrid, en la Impr. del Lic. Várez de Castro, 1599.

- SETTON, Kenneth Meyer. *The Papacy and the Levant (1204-1571)*. Vol. III. The Sixteenth Century (from Innocent III to the reign of Pius V and the battle of Lepanto). Philadelphia, The American Philosophical Society, 1984.

- SOLDANI, Elisa. “Economía de guerra y comercio cross-cultural en la frontera del Mediterráneo oriental. La isla de Rodas a mediados del siglo xv”, en *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, N. 18 (2012-2014). Págs. 359-376

- SOTO Y AGUILAR, Diego de. *Historia de los tártaros, moros y turcos, con otras cosas particulares*. Biblioteca Nacional de España. Madrid. Ms. 2955.

- SMITH, R. D. y DEVRIES, Kelly. *Rhodes Besieged. A new history*. Stroud, 2011.

- SUÁREZ BILBAO, Fernando. “La Orden de San Juan de Jerusalén en la defensa de Rodas, un bastión en el Mediterráneo”, en *Actas del I Simposio Histórico de la Orden de san Juan en España*. Toledo, 2003. Págs. 259-262.
- TÁRREGA, Francisco Agustín. “La famosa comedia del Cerco de Rodas”, en *Doze comedias famosas, de quatro poetas naturales de la insigne y coronada ciudad de Valencia*. Valencia, por Aurelio Mey, 1608.
- THE 1522 SIEGE OF RHODES. CAUSES, COURSE AND CONSEQUENCES. Simon David Phillips (ed.). New York, Routledge, 2022.
- VALLÉS, Pablo Lucas. *Primera parte del triunfo de la Orden Militar de San Juan, que se llamó de los Hospitalarios, después de Rodas, agora de Malta*. S.l. 1613.
- VARTHEMA, Ludovico. *Itinerario del venerable varón micer Luis, patricio romano, en el qual cuenta mucha parte de la Ethiopia, Egipto y entrambas Arabias, Siria y la India; buelto de latín en romance por Cristóval de Arcos, clérigo, nunca hasta aquí impresso en lengua castellana*. Sevilla, Iacobo Cromberger, 1520.
- VATIN, Nicole. *L'Ordre de Saint Jean de Jérusalem, l'empire Ottoman et la Méditerranée orientale entre les deux sièges de Rhodes, 1480-1522*. Paris, 1994.
- VEGA Y CARPIO, Lope de. “La pérdida honrosa y caballeros de San Juan”, en *Obras de Lope de Vega. Vol. XXV*. Madrid, Ed. Atlas, 1969.
- VERTOT, René-Aubert de. *Histoire des chevaliers hospitaliers de S. Jean de Jerusalem, appellez depuis les chevaliers de Rhodes et aujordhui les chevaliers de Malte. Par M. l'abbé de Vertot...* Paris, 1726.



**Discipuli cuiusdā buius operis
interpretis de expugna-
tione Rhodiensi
Elegia,**

<p>Cū misse inciperē de te Rhodos iclita carmē / Carpathij quondam gloria summa ferri. Viscera tūc oculis vitro liquefacta cadebat / E deformabat nigra litura notas. Quis te tan subito genti parere nefande Compulit / asuram turba dedisse deo? Quo facer ille moras tuas auxiliator agebat / Rebus in afflictis qui abiserret ope. An quia coelū dō domino renuēte negatur / Letali quem sē ledere posse manu? Heu pudor! heu nri multū graue dedec' cui / Improbus et fanis ille profana facit. Quid furis / an minime reris vesane / tonantē Illusi vltorem Muminis esse sui? Nunc tua te infelix cassura potentia tollat / Mā te post hōmīnū regna superba manēt. Tu vero demisceps regem passura tyrannū Inuisum mundo celitibus qz caput / Qui tibi sum anni subuertit turbine muros / Equauitqz imo recta domosqz solo. Quos gemit' captiua dadas / quis plātibus Implesti vacuas vndiqz visa morā. (auras In te raptari corāz sua pignora matres Lernebant / cum non qui vectuisset erat. Deniqz quod fieri belli sat iure putatur Victori visum est / heu violata fides.</p>	<p>Non te precipua dolo: iste domesticus viget / Omnibus hec quādo pectore mēda fedet. Te licet erimios longeuo tēpore iactes / Seqz probos quōdā Roma tulisse viros. Est inter doctos nostros non vltimus euo Epoforus Bethis quē facer haust' alit. Ille tui primū percussus corda dolore / At pote cultanti venerat aura mali. Vicuris semper scriptis tua funera mādāt / At possit nemo nō memos esse tui. Nec mansura putes simulachra diuina sella / Non si Lyssipi vel sit Apellis opus. Quā nostri (felix talem que te videt etas) Chyistofori / cunctis suauis ingenium. Ad arnos addeformat tēpus ferrūqz peredit / Ingeniū nihil quod superare queat. Ille tibi copias hominūz dīpeller in arma / Quos ductore olim tēse colisse ferūt. Facibus externi que te sitientibus hostis In iura ereptam pristina restituent. Nec libertatis tibi sit spes omnis adempta / Cum lachrymīs videas te caruisse tuis. Pectore nāqz graves postqz depulserit iras / Inuenit et Chyistus te pietans ope. Nec sua turba patiētur tēpla teneri / Nec te tūstrabit barbara turba frequens</p>
---	---

Handwritten notes in red and black ink at the bottom of the page, partially obscured by the page's border.

La muy lamentable conquista y cruenta batalla de Rodas, nuevamente sacada de la lengua latina en nuestro vulgar Castellano y puesta por mejor modo que en el latín estaba, por el bachiller Cristóbal de Arcos, clérigo cura de la san a iglesia de Sevilla. Dirigida al ilustrísimo y reverendísimo señor don Alonso Manrique, por la divina miseración arzobispo de Sevilla, Inquisidor mayor en los Reinos todos de España, consiliario de sus Majestades, etc. [Sevilla, en casa de Juan Varela de Salamanca, 1526].

Prólogo

Al ilustrísimo y Reverendísimo señor don Alonso Manrique, por la divina miseración Arzobispo de Sevilla, Inquisidor mayor en los Reinos todos de España, consiliario de sus Majestades, etc. Su inútil siervo e indigno capellán, el bachiller Cristóbal de Arcos, clérigo cura de la san a iglesia de Sevilla.

Salud y felicidad.

Leyendo los pasados días, ilustrísimo y reverendísimo señor, esta obra y conquista de Rodas, la cual un muy docto y no menos elocuente varón, Jacome Fontano, juez de apelaciones de la sacra religión de la caballería de Jerusalén y del pueblo de Rodas, ordenó y compuso en muy elegante estilo latino y la dedicó y presentó al papa Clemente VII, que ahora el timón y gobernalle de la espiritual nave de nuestro glorioso padre san Pedro rige y modera. Fue tanta la compasión y lástima que tomé de ver el inmortal trabajo y muy ásperos peligros que los sacros caballeros comendadores y pueblo todo de Rodas pasaron por defensa de la religión cristiana y remedio de sus personas, sin que favor humano alguno les pudo socorrer, que determiné de la sacar del latín y poner en estilo Castellano, aunque no con tanta suavidad de elocuencia como ella en el latín tenía, porque los católicos caballeros y varones nobles de nuestra España que no son latinos, en este nuestro común estilo, gocen de ella y tomen aviso para con mejor y más aparejado ánimo disponerse a atajar este tan peligroso fuego que así cada día más se extiende y abrasa los miembros y partes que puede de este cuerpo místico cuya cabeza es

Cristo, nuestro redentor. Y juntamente me dio muy gran deseo de buscar y decubrir el primer principio e infernal origen de estos bárbaros que llamamos Turcos. Y así para mi satisfacción, como para su aviso y mayor declaración de mi propósito, ponerlo aquí, en esta prefación, lo más breve que yo pudiese porque mejor se entienda lo que en el discurso de la presente historia de sus crueles y muy bárbaras costumbres se dice y reprehende. Por lo cual, andándola a buscar por diversos autores e historias antiguas, por ninguna de ellas pude hallar que se hiciese mención ni memoria de tal nombre, ni se nombrase tal gente. Pero bajando por el discurso del tiempo a los historiadores que de los años más modernos y cosas más propincuas a nos hace mención, paré en Paulo, diácono historiador muy elocuente. El cual en el comienzo de la *historia de los reyes de la Lombardía* propone y dice así: La Germania (que es la que ahora comúnmente llamamos Alemania la alta) ser una región y tierra, la más fecunda en pueblos y gentes de cuantas en todo el universo son, en tanta manera que los antiguos por esta maravillosa fertilidad y demasiada abundancia le llamaron así a toda la provincia junta Germania, por su muy gran germinación y muy demasiado producimiento. Y como ella sea tan abundante y fecunda, padece el trabajo y necesidad que los que poco tienen y mucho engendran suelen padecer, lo cual es que como la gente sea tanta y en tan excesiva cantidad, no tienen otro remedio para se poder remediar y sostener sino, juntándose una muy gran cantidad de ellos, hacer unas salidas y entrar por otras provincias y partes y remediar su extrema necesidad no sin mucho daño y mortal perjuicio de los pueblos y provincias por donde entran y pasan. De lo cual dan testimonio no solamente muchas partes de la Asia, pero también todo lo que de la Europa les es propincuo y continuo. Y así es que vemos y leemos muchas ciudades muy populosas saqueadas y destruídas por toda la Grecia, Francia y por la Italia, la cual ha sentido más los trabajos de estos dichos aventureros. Las cuales gentes y naciones así venidas y de sus tierras salidas para tomar lo ajeno, no teniendo ellos que perder, fueron primeramente los Godos, luego los Vándalos y, después de ellos, los Hunos, Hérulos y Turingios. Cuánto trabajo hayan dado a la cristiana religión, estas gentes ya dichas, siéntelo muy bien la mísera de la Italia, donde los Godos enriquecieron y ganaron muy famoso nombre. España, donde los Vándalos destruyeron y robaron todo lo que pudieron, mayormente en la parte de la Andalucía, donde ellos más se detuvieron, y la desventurada de la África, pues la sacaron debajo del suave yugo de Cristo matando y destruyendo a todos los fieles, y sembrando aquella perversa simiente arriana que ahogase la católica mies que los labradores y obreros del

santo evangelio habían sembrado. Andando pues mirando por los rincones y desiertas silvas de esta populosa Germania, que ya he dicho, hallé que el muy docto y muy gran Pomponio Mela dice y afirma los turcos ser una gente y nación ecítica, la cual provincia es en los confines de Germania, la cual dicha gente y nación habita y vive en unas muy vastas y espesas breñas y grandes silvas; gente sin ley, sin orden, solamente usada y dada a la caza, de la cual se mantienen y proveen las necesidades de natura. Los cuales dichos turcos fueron por sus grandes robos y continuos saltos que hacían por las provincias comarcanas echados en mucha cantidad de aquellas dichas silvas y montes Caspios de la Ecitia por las otras gentes que fueron más poderosas que ellos. Y así, salidos de su tierra y de esterrados de ella, rompieron por estas provincias de por acá y, compelidos con la grande necesidad que traían y falta de toda provisión, entraron por la Persia robando lo que podían para su remedio y bajaron hasta la Asia menor. Y como su costumbre fuese vivir bagabundos y vagos sin ley, sin rey y sin señor, uno de ellos después que por acá descendieron, llamado Otomano, viendo el gran trabajo que tenían y el gran peligro en que andaban por estar así sueltos y desarmados, comenzólos a poner en modo y dar orden cómo habían de vivir para se poder conservar. El cual dicho Otomano fue de tanta sagacidad y prudencia en los encaminar y regir, que lo tuvieron todos ellos por primero señor y capitán, y le dieron esta honra y excelencia que de su sangre y línea fuese procreado y nacido el rey y señor que ellos hubiesen de obedecer. Así que fueron estos dichos turcos, en el comienzo de su venida, muy poca cantidad y número y gente muy basta y toda pastoral y dada a guardar su pobre ganado. Y, en tanta manera, no tenía fama ni autoridad alguna, que en la batalla que el emperador Heracleo dio a Cosdroe, rey de los Partos, no se hace mención ni memoria casi de ellos, ni de su nombre tampoco. Pero como robando y salteando tomasen primero alguna parte de la Persia, y de los espolios y tierras que robaban se enriqueciesen e hiciesen algo poderosos, comenzaron a dar en pos de los Sarracenos, que ahora llamamos Moros, los cuales comenzaban entonces a beber aquel infernal vaso de la cerbérica ponzoña de Mahoma, con los cuales tuvieron algunos recuentros porque los sarracenos o moros entonces, como tenían por su capitán y guía al mísero y muy cálido engañador Mahoma, que en aquellos tiempos vivía y tramaba la infernal y muy ciega y revuelta tela de sus engaños y falsedades entre aquellos simples pueblos, no solamente a los turcos, pero al mismo emperador de los Romanos, Heracleo, osaron resistir. El cual por los grandes tributos y demasiadas exacciones y pechos que les puso y echó, después que los sacó debajo del poder de Cosdroe, mereció perderlos y que

sus embajadores fuesen muertos y su hermano mismo vencido, y primero ahuyentado muy feamente y después muerto y del todo perdido. En la cual batalla segunda, fue infinito el número de los cristianos que murió y fue la primera que entre cristianos y moros hubo. La cual fue en el año del señor de seiscientos y cincuenta y nueve, siendo papa Bonifacio IV. Fue luego el comienzo de la fama, nombre y fuerzas de los turcos, desde este dicho tiempo del rey Cosdroe que hemos dicho, los cuales fueron en aquel su primer principio muy mortales enemigos de Mahoma, al cual los sarracenos (como ya dije) seguían por capitán y señor doctor de su falsa doctrina. Y fue tan cruel la enemistad y odio que entre ellos hubo que, en una muy gran batalla que los turcos con los sarracenos y con su cálido capitán Mahoma tuvieron, fueron muertos infinitos sarracenos y Mahoma fue feamente herido de una muy gran cuchillada por la cara, por lo cual no tuvo otro remedio sino huir con todo su ejército. Así que fue el mísero de Mahoma, aquel que ahora es tan adorado y temido de estos míseros bárbaros y viles campestres, herido y tan deshonesto y torpemente tratado por las manos y armas de ellos mismos. Aunque en la verdad, los turcos, como sean una gente muy pésima, maliciosa y muy olvidada de Dios, al cual no conocen, y de la immortalidad del ánima, la cual no creen porque, si a Dios conociesen, ni usarían de tan perversas crueldades ni se derramarían por tantos vicios, torpes lujurias y abominables pecados. Y si de la immortalidad del ánima curasen, no entrarían así tan sin rienda en las batallas y duros peligros a morir como bestias, creyendo que después de muertos no hay más pena y que su gloria solamente consiste en robar, saltar y tomar lo ajeno. Así que estos dichos cálidos bestiales no tanto tienen ni guardan la superstición y ponzoñosa secta de Mahoma, cuanto la infernal licencia que dio y buscó para los vicios y carnalidades, porque aquel perverso engañador Mahoma ordenando astucias y muy sutiles artes como más fácilmente atrajese a su opinión y falsa doctrina a aquellos simples pueblos y vanos persas para que lo alzasen y tuviesen por rey y después lo adorasen por gran profeta, como vio que los preceptos y celestial doctrina del santo evangelio y religión cristiana se sientan más en la fe y santo entendimiento que no en los sentidos corporales, y que aquellos pueblos y gentes todas eran tales y tan simples que no la alcanzaban ni sentían, acordó con consejo y dañada persuasión y ponzoña de aquel pérfido y mal religioso Sergio o Mateo de fundar toda su malicia y falsa doctrina en las cosas que más a los sentidos y corporales provechos se llegasen. Y así la puso en todos los géneros de deleites corporales y en diversas maneras y modos de bestialidades y lujurias, aunque una cosa sola les prohibió, la cual fue que no bebiesen vino. Lo cual

no fue sin astuta malicia, porque como el perverso engañador tuviese por costumbre de se embriagar con vino muchas veces y estar caído y fuera de sí hasta tanto que lo dormía y gastaba, por cumplir con los que así lo veían, decía y predicaba que aquel su caer era que veía al arcángel san Gabriel. Y que era tanto el espanto que tomaba de lo ver, que caía en el suelo y que todo lo que así estaba caído era que estaba hablando con él y dándole los preceptos de la ley que ordenaba. Y porque los tristes persas no cayesen en el engaño, mandóles que no lo bebiesen porque por ventura no les acaeciese a ellos lo mismo que a él acaecía. Así que los turcos no siguen ni guardan la superstición de Mahoma en todo, sino solo en lo que toca a la grande licencia de los vicios y deleites carnales, porque ellos beben vino y viven con toda la mayor licencia y libertad en los vicios y carnalidades que se puede pensar, aunque el nombre que de Mahoma tomaron y la honra que le dieron en lo adorar no fue tanto por lo honrar y adorar, cuanto por le satisfacer la grande afrenta y daño que le hicieron cuando lo desbarataron en la Persia y lo hirieron tan malamente en el rostro. Muerto pues ya el desventurado Mahoma con cierta ponzoña que los parientes de su mujer Bardigena y un sobrino suyo propio le dieron, los turcos no curaran de seguir su secta ni tener su nombre, como cosa de que no hacían caso, si no fuera por engañar a los míseros de los sarracenos o moros. Porque como ya los sarracenos fuesen tantos y en tan infinita cantidad que poseían casi toda la Asia y la África, los turcos, tomando muy gran pena de ver su gran potencia y fama, alzaron por Rey o gran Turco a uno de ellos de la familia otománica llamado Sabocho, varón muy astuto y sagaz. El cual pensando cómo podría con tan poca gente, como los suyos eran, tomar la Asia y ser señor de ella, no halló otro mejor medio que enviar sus mensajeros a Callipho, que era el mayor pontífice de los sarracenos, para le hacer saber cómo él quería con toda su gente hacer paz con ellos y tener y guardar la doctrina y ley de Mahoma y que de ella no mudaría cosa alguna. Pero que el nombre de los sarracenos no había de ser más famoso ni de más autoridad en la Asia que el de los turcos, lo cual como Callipho con sus sarracenos consintiesen y tuviesen por bien, dieron lugar pacíficamente a los turcos para que viviesen y estuviesen juntamente con ellos y fuesen todos unos. Llegados ya los turcos con los sarracenos y revueltos con ellos, comenzaron poco a poco a echar a los sarracenos de la Asia y a apoderarse ellos en ella. Y así los míseros sarracenos, despojados de las ánimas por Mahoma y de las haciendas y tierras propias por los turcos, se fueron de toda la Asia, aunque eran naturales de ella, y se derramaron por los desiertos de ella y de la África buscando qué robar y saltear para se sustentar y mantener como hasta hoy hacen. Estando pues ya

los turcos algo más poderosos en mucha parte de la Asia, muerto su capitán y rey Sabocho, eligieron otro de la misma generación y línea, el cual se llamaba Virogrisa, varón muy esforzado y animoso, el cual no solamente acabó de echar a los sarracenos de la Asia, pero tomó también muchas tierras y ciudades del pueblo Romano que eran en la Bitinia. Muerto Virogrisa, sucedió en el cargo y tiranía Archoto, pariente suyo, el cual como rabioso perro comenzó a devastar y tomar muchas tierras y, especialmente, tomó aquella gran ciudad de Robay, que era en la Mesopotamia. Tomó luego a Seleucia y, en pos de ella, a Leodicea. Y apoderado ya en las dichas ciudades, muy fácilmente acabó de ganar toda la provincia. Y allí fue la primera parte y lugar donde el perverso tirano tomó título de Rey, que ellos allá llaman sultán, y señaló por cabeza del reino a la ciudad de Mendo. De ahí en adelante, por demasiada curiosidad y diligencia de los turcos o por negligencia y decuido de los príncipes cristianos, vinieron en tanto poder y fuerzas que echaron a todos los Grecos de la Asia y tomaron hasta el mar Helesponto, que es el que divide a la Asia de la Europa. Y, no desde a mucho tiempo después, pasaron a la Europa traídos y convocados por los mismos cristianos para contra sus mismos cristianos, lo cual fue cuando Teodoro Cantacuzeno tomando muy gran pena de cómo había sido despojado del Imperio y señorío, porque decían que se había entremetido en él no con justo título, hizo grandes copias de gentes, entre las cuales trató muy gran multitud de turcos y los metió por la Grecia contra el emperador de los Romanos don Juan Paleólogo, varón ya muy viejo, yerno suyo y abuelo del emperador Constantino, hijo del emperador don Manuel. La cual traída y entrada de los turcos en la Grecia, cuán dañosa y mala haya sido para la cristiana religión toda, claramente lo muestran tantas y tan grandes provincias que en la desventurada Europa sirven a los turcos y bárbaros tiranos. Las cuales, cuántas sean, el doctísimo embajador de Venecia Luis Fuscarino en la oración que hizo en el concilio mantuano que convocó el papa Pío con intención y voluntad de ayuntar a los príncipes cristianos todos para armar e ir contra los turcos (cuyo señor y gran Turco era entonces aquel infernal Mahoma que fue visabuelo de este Suleimán que ahora es), las connumera y cuenta diciendo: posee el gran Turco, santísimo padre, en estos nuestros tiempos, dos imperios que son Constantinopla y Trapesonda, cuatro reinos, veinte provincias y doscientas ciudades. Las cuales si entonces eran tantas, cuántas más serán ahora, habiendo tomado y ganado la Asiria toda, Arabia, Egipto y muy gran parte de la Hungría con la desdichada de la ciudad de Belgrado, en pos de la cual hubo de ir la noble defensora de la cristiandad, Rodas, sin que diligencia alguna la

pudo valer. Quién pues, reverendísimo señor, no llorará viendo tanta soberbia en gente tan baja y torpe, y quién no desmayará viendo tanta victoria y grandeza en gente tan pecadora, tan sucia, tan perversa y tan mala. Por cierto, contemplándolo con claros ojos y mirándolo con atento ánimo, parece muy claro y cierto cómo nuestros vicios y pecados son las armas con que aquella tal gente contra nosotros pelea. Nuestras malicias son sus artillerías y nuestras avaricias e infernales codicias son los fuegos con que todo lo abrasa. Porque si es verdad que la principal causa que nuestros doctores señalan, por qué Dios, nuestro señor, permitió la secta y falsa perfidia de Mahoma nacer y tanto extenderse, fueron los grandes y muy notorios pecados de soberbia, avaricia, lujuria y heregías varias y muy diversas que entonces en la cristiana religión andaban y se extendían. Y los pecados del emperador, y señor mayor de ella que entonces era, que fue el emperador Heracleo, el cual tanto que tuvo limpio su ánimo de perversa heregía y ciega avaricia, pudo, con el favor divino y pronta voluntad de los pueblos, vencer muy gloriosamente muchas batallas con diversas naciones y gentes, así de los persas como de los sarracenos y, principalmente, aquella tan famosa y grande que tuvo con Cosdroe, rey de los Partos, como ya dijimos, en la cual fue infinito el número de los muertos e inmortal la fama y gloria que ganó, pues que por ella fue digno de sacar del poder y duro cautiverio del dicho Cosdroe al patriarca Zacarías con infinito pueblo de cristianos cautivos y, juntamente, la preciosísima cruz en que nuestro redentor Jesucristo murió y traerlo todo a Jerusalén con muy gran triunfo. Y llegando a entrar por la puerta de la dicha ciudad, por la cual nuestro redentor Jesucristo salió a ser crucificado, como viniese con todo aparato y pompa real vestido y de muy grandes riquezas adornado, sin se acordar de la gran joya que consigo traía, la puerta de la ciudad se le cerró, de lo cual como estuviese muy admirado, aparecióle un ángel que le avisó de su descuido diciéndole: Emperador, cata que Jesucristo no salió por esa puerta como tú quieres entrar. Luego el emperador, arrepentido de su liviandad, bajóse de la cabalgadura en que iba y, despojado de las ropas reales, vistióse otras muy bajas y humildes y, decalzos los pies, vino a entrar con la cruz de nuestro redentor y abriósele la puerta sin más detenimiento, en memoria de lo cual hizo ordenar la fiesta de la exaltación de la cruz que ahora, en cada un año, se celebra. Pero después que se corrompió este dicho emperador con demasiada codicia de rentas, pechos y alcabalas que echó sobre los pueblos, y con la falsa doctrina y perversa opinión de Anastasio, patriarca de los Jacobitas, siendo de Dios nuestro señor desamparado, mereció ser vencido de los sarracenos y desbaratado otra vez su ejército en la África y perder a su

hermano mismo en él. Lo cual si es verdad, como a la verdad lo sea así, qué pecados y vicios no hay hoy (no quiero decir en los príncipes cristianos que la sacra religión cristiana rigen y gobiernan, a los cuales Dios nuestro señor rige y tiene en toda verdad y lumbre del entendimiento y santa limpieza de costumbres para sustentación de su santa iglesia, la cual aunque ande naufragada y fluctuando siempre, en fin, ha de vencer y estar en su perfección), pero al menos en la gente común y pueblos todos cristianos que no excedan y hagan muy gran ventaja a aquellos que entonces eran y andaban entre los cristianos. Cuando anduvo la soberbia y vana ambición tan alta, cuando la avaricia más encendida, cuando la lujuria más furiosa, cuando la ira más rabiosa, la gula más delicada y costosa, la mísera pereza y descuidado olvido de nuestra salud y salvación más dormida y embriagada, cuando más males, cuando menos fe, cuando más heregías, cuando más malicias, cuando más deleites y cuando más artes, más maneras, más invenciones de delicadezes y torpes pasatiempos, puedo por cierto, muy bien y con muy justa causa, decir lo que aquel acérrimo reprehensor de los vicios, Juvenal, decía. Todo vicio está ya en la cumbre y como no puede subir más, es por fuerza que ha de caer. Pues quién vendrá a derribarlo, quién vendrá a castigarlo, quién sino el verdugo que Dios envía, que nos trate como merecemos; quién en los tiempos antiguos envió a Nabuzardán, capitán de Nabucodonosor, a que quemase el templo, profanase los vasos del divino culto, quemase la ley y metiese en duro cautiverio a los idólatras judíos; quién sino el alto y muy poderoso Dios, que los desamparó y se volvió contra ellos flechando el arco de su ira como mortal enemigo, firmando su mano derecha echándolos de sí y precipitándolos de lo alto de su misericordia en las profundidades de su justicia, pues que nos maravillamos ahora de ver el mismo castigo no maravillándonos de ver la misma causa, sino que disimulamos con ella. Si porque vio Dios entradas las gentes en su santuario que él no había mandado, lo consintió quemar, qué hará viendo entradas en el templo y santuario de nuestra cristiana religión aquellas nefandas gentes e infernales huestes de avaricia, simonía e hipocresía. Y no digo más cierto. Menester es, reverendísimo señor, que volvamos, pues vamos errados y fuera del camino que solo, angosto y muy trabajoso, nos lleva a la vida, que volvamos en tanto que hay tiempo y digamos con el profeta: *Vide domine afflictionem nostram, quia erectus est inimicus*, y trabajemos que antes que el verdugo llegue nos halle sin culpa. Para lo cual, me parece a mí que esta lamentable conquista y lastimosa historia del perdimiento de Rodas hace mucho al caso para que, si por bien y con halagos (como Gregorio dice), no nos queremos apartar de pecar y servir a dios, al menos viendo el castigo al

ojo y la cruel muerte tan a la clara, nos corriamos y enmendemos, porque quién cree que este tan perverso tirano podría tanto con sus flacas fuerzas que, a pesar de los príncipes y pueblos cristianos todos, crezca tanto cada día y vaya en mayor abundancia. Leemos de sus mayores muchas victorias habidas contra toda razón y, dejadas las antiguas, tomemos las de nuestros tiempos. Quién ató las manos a los húngaros y príncipes todos comarcanos que así le dejaron llevar a Belgrado, la cual tan católica y varonilmente, en los tiempos de su visabuelo Mahoma cuando con infinito ejército sobre ella vino, defendieron y fue la batalla y muy duros combates muy más crudos que no los de ahora, en la cual defensa fue maravilloso el esfuerzo del cardenal san Ángelo, don Juan Carvajal, español, legado de la sede apostólica, y la continua oración y méritos del reverendo padre fray Juan Capistrano, fraile de la orden de san Francisco. Los cuales dos, con infinita multitud de Húngaros y pueblos cristianos dieron sobre los turcos y los desbarataron e hicieron huir con muy gran deshonra. Así a ellos como a su gran Turco Mahoma, que al mundo asombraba, y mataron infinitos de ellos, peleando Jesucristo juntamente con ellos. Y porque la tal victoria y glorioso triunfo fue habido el día de san Sixto, que es a 7 días de Agosto, el papa Calisto III constituyó que aquel mismo día se celebrase en cada un año la fiesta de la transfiguración de nuestro redentor Jesucristo. Quién, así mismo, enflaqueció y detuvo a los de Rodas, y a todos los que la iban a socorrer, que así la soltaron y no pudieron amparar habiéndola tan maravillosamente defendido del gran poder e infinito ejército de este mismo gran tirano Mahoma el año de 1478, siendo papa Sixto IV, cuando la tuvo sitiada tres meses y la combatió con muy gran porfía y crueldad hasta subir su gente por dos veces encima de los muros, de los cuales fueron derribados y muertos nueve mil de ellos, sin quince mil heridos. Pero asombrados los turcos y muy temerosos de cómo veían en el hervor de la batalla andar en el aire una cruz de color de oro y la imagen de nuestra señora la virgen bienaventurada María con una lanza en la mano, y muy indignada, y la figura de san Juan Bautista con muy gran compañía de celestiales que parecían por cima de las murallas y velaban noche y día, alzaron el sitio y fuéronse muy maltratados del azote de la misericordia de Dios, el cual entonces defendió a Rodas. Pues que fue ahora perderse ambas ciudades y callar Dios, como no socorrió su misericordia a los que caían. No socorrió porque queriéndonos asombrar porque nos enmendásemos, amenazó entonces aquellas dos ciudades como a llaves de toda nuestra cristiana redondez para que trabajásemos de no las perder. Y así, las dejó libres y con próspera victoria, pero viendo la poca enmienda que en nosotros hay en este tan malicioso

tiempo, como padre indignado contra molestos hijos, ha le ahora entregado las llaves de nuestra defensa al pérfido y tirano de Suleimán, visnieto de aquel perverso Mahoma, para con que nos asombre cuando no quisiéremos hacer su voluntad. Y así, plega a su santa piedad que sea sombra, no más, y no castigo. Lo cual creo yo no será, siendo mayormente patrón y defensor de la gloriosa nave de Cristo nuestro invictísimo César don Carlos, a quien es de hereditario privilegio y singular don de Dios siempre vencer y domar sus enemigos, cuyas huestes Dios rige, cuyas causas Dios defiende y cuya consciencia Dios siempre con su celestial gracia alumbra. A cuyo lado, como Vuestra señoría reverendísima siempre ande con divinos y muy sabios consejos, no hay duda, sino que habrá muy gran remedio en lo espiritual y muy próspera victoria y alegre decanso en lo temporal todo. Por lo cual suplico a Vuestra Reverenda Señoría que la reciba de mano de este su indigno capellán y así la favorezca, que mi intención será recibida y no juzgada mi posibilidad. Lo que mejor pude la saqué, en el más claro estilo que fue posible la puse y a Vuestra Señoría, como a señor que mejor las obras de virtud favorece, la dediqué porque, aunque en el latín está dedicada al papa, en romance castellano puesta no estará menos favorecida de mano de Vuestra Reverenda Señoría, cuya vida y muy ilustrísimo estado nuestro señor por largos tiempos conserve y guarde. Amén.

Comiença la hystoria y verdadera narración de la muy grande y cruda batalla y muy lamentable conquista de Rhodas, nuevamente sacada de la lengua latina y compuesta en lengua castellana por el bachiller Christóval de Arcos, cura de la sancta yglesia de Sevilla.

LIBRO PRIMERO DE LA MUY GRANDE Y MUY CRUDA BATALLA Y CONQUISTA DE RHODAS.

Capítulo I. De la intención que movió al auctor que primero la compuso a la ordenar y componer y de las causas que movieron al gran Turco a armar y venir contra Rhodas.

Podré yo con muy justa razón en el comienzo de mi historya dezir lo que otros muchos escriptores de historyas y diversas materias dezir y proponer osaron, lo qual es que escribiré y contaré aquí una batalla y conquista, la más memorable y dura de quantas jamás fueron hechas y escriptas. Este fue el comienzo que Tito Livio tomó en su historya. Y este es el mío. Y por ventura que con muy mayor causa y verdad. La qual dicha batalla y guerra, el gran rey y señor de los turcos, Çulumán, trató y truxo assí por mar como por tierra con los cavalleros y sacros comendadores de la orden de sant Juan, defensores de los términos y límites del imperio y tierras de los christianos en las partes del oriente, porque nunca batalla fue tan cruel ni tan espantosa, ni guerra se vido tan dudosa y incierta. De lo qual, por cierto, son fieles testigos los que conmigo se hallaron y fueron participantes del peligro y trabajo. Lo qual podría muy bien creer el que atentamente conociere y considerare la antigua institución y regla de la sacra y muy noble cavallería (porque ninguno en ella se recibe sino delante del altar y presentado el testimonio de su linage y mayores) y bien supiere, assí mesmo, la enardecida costumbre que hasta agora han tenido y guardado en pelear cathólica y varonilmente con los turcos. Y el poder y muy grandes riquezas destos dichos turcos, los cuales venidos y nacidos de bajos e inciertos primordios y muy tosco origen (porque ni aun ellos mismos asaz saben ni se acuerdan de su origen y primer principio) y salidos de las cuevas y obscuras cavernas del monte Cáucaso, venciendo y ganando primeramente la Asia, y luego la Thracia, y al fin la Grecia toda. Destruídos y tomados aquellos dos tan prósperos y florecidos imperios de la Trapesonda y Constantinopla, y domada toda aquella parte del mar Illíryco, entraron y pasaron hasta la Italia, tomada la ciudad de Otranto, la cual es en los términos y confines de Italia y de Calabria. Y, así mismo, ahora poco tiempo ha, casi el otro día, despojados dos Soldanes, uno en pos de otro, de la vida y del imperio o señorío, añadieron y aumentaron a su poder y grandes riquezas toda la Asiria con todo Egipto y

Arabia. La cual victoria y próspera guerra, así según su deseo y voto avida y acabada, fue causa y principio de la guerra y triste victoria de Rodas. Porque parecióle al hijo Suleimán lo que a su padre Celym también parecía (el cual avrá cinco años que teniendo aparejada una muy gran flota para cercar a Rodas, murió), que el viaje y navegación desde la ysla del Tenedo, Xío, san Juan de Palamós, Negroponte y de la misma ciudad de Constantinopla para la Siria y Egipto le sería muy dificultosa y trabajosa, estando la ciudad y muy armada fortaleza de Rodas, lugar de los caballeros comendadores, allí en medio y al paso con toda libertad y fuerza. Porque de ella, los dichos comendadores salían con sus armadas y muy buenas galeras y destruían todo aquel trecho de la ribera del mar, osando muchas veces con muy buena y muy bien armada flota encontrarse con las suyas y, así mismo, ser muy grande afrenta y deshonor de su imperio y grandeza tener y sufrir dentro de los límites y términos de su mismo reino una gente tan enemiga y contraria suya. Aliende, también de lo cual, le dava muy grande ánimo y mayor osadía a aquel mancebo ambicioso y sobervio la ciudad de Belgrado, que el año antes ganó y tomó a la junta y entrada de los dos ríos Savo y Danubio. Y, así mismo, la oportunidad y disposición del tiempo, la cual primeramente deve considerar él, que arduas y muy grandes cosas determina y ordena, en el cual tiempo los reyes y señores del occidente andaban revueltos con mortales y muy crudas guerras destruyéndose los unos a los otros. Pero antes que tome el comienzo de la dicha batalla y del sitio o cerco que el gran Turco, con infernal porfía puso, para que todas las cosas que allí pasaron más claramente se sepan y conozcan, páreceme que será necesario contar algunos principios y fundamentos algo más largamente y más por extenso. Porque según yo hallo y siento, esta conquista y batalla ser muy más mayor y muy más dificultosa que ninguno la puede contar ni creer, así veo y alcanço su historia y verdadera narración ser muy más trabajosa para mí que yo pensava. Pero determino, en fin, de pasar este trabajo y beber este tan dificultoso trago después de tantos trabajosos acaecimientos, afrentas y daños de contrarios, robos de bienes y hacienda, heridas, muertes, destierros, peligros del basto y turbulento mar, fiebres, enfermedades muy trabajosas, pestilencias y ceguedad de ojos, aunque bien sé que ningún premio y merced esperan mis trabajos, el cual no tanto espero y codicio quanto el alabanza y defensa de la verdad y la fama y gloria de los sacros y muy nobles caballeros de Jerusalén aunque, a la verdad, ninguno alabando o escribiendo les podrá dar tanta gloria y alabanza cuanta ellos ganaron y alcanzaron varonil y católicamente peleando, lo cual pues para honra y noble gloria de la sacra caballería y mía, comienzo así.

Capítulo II. De la muerte del gran Maestre Fabricio Caretano y del modo que se tuvo y guardó, según los establimientos de la religión, en elegir por gran Maestre al muy generoso caballero fray Philippo Vilerio de Lysladam, el cual estaba en el reino de Francia.

Muerto Fabricio Caretano, gran Maestre de Rodas, de una enfermedad que en nueve días lo despojó de la vida y envió al cielo, con muy gran llanto y sentimiento de todo el pueblo porque, en la verdad, él era muy sagaz y astuto para ganar y conservar el favor y amor de la república y pueblo todo. Era, así mismo, gran latino, ingenioso y de tan sutil razón que nunca dio parecer y consejo alguno, ni comenzó cosa, aunque muy ardua fuese, que saliese en vano y sin loable efecto. Era, sobre todo, muy magnífico y liberal porque él cercó muy gran parte de la ciudad de muro nuevo y muy fuerte en gran manera. Hizo, así mismo, traer muy gran copia de armas, picas, lanzas, tiros de bronze muy costosos y provisión toda necesaria en abundancia y, finalmente, todas las cosas y aparejos que para una guerra y batalla varia y diversa (y que ha menester muchas y diversas cosas) son necesarias. Algunos, en la verdad, le culpan porque gastó el tesoro y vazió el arca pública algo más demasadamente de lo que convenía, a los cuales ni contradigo ni tampoco soy en su parecer y sentencia. Así que, otro día luego por la mañana, tañida la campana de la iglesia mayor de san Juan, toda la orden y sacra religión de la caballería por sus lenguas y naciones dividida, convino y se ayuntó en el dicho templo de san Juan y, dicha la missa muy solemnemente, hicieron luego su juramento y voto solemne sobre la señal de la cruz (elegido ya el día antes por los baylios, comendadores y sargentos, el vice maestre), y prometieron que de entre ellos darían y elegirían el caballero que mejor y más sabio y prudente les pareciese, para lo cual se tuvo y guardó este orden: de cada una de las lenguas de toda la religión fue nombrado y diputado un caballero, el más hábil y prudente que para ello pareció. De manera que estos así nombrados y diputados fueron siete (cuantas son las lenguas en que la sacra religión se divide), los cuales dichos siete caballeros tienen facultad y poder de nombrar y elegir al caballero de la elección (que se dice), según sus establimentos y estatutos. Y luego de nombrar los tres que han de votar, los cuales son un caballero y un sacerdote, que ellos llaman capellán, y un sargento, luego estos tres varones por su orden, los cuales quedaron ya elegidos y nombrados para la dicha elección (porque allí luego espiran así los siete otros como el vice maestre también, cuyo poder quisieron los antiguos que fuese muy breve y durase muy poco porque no hubiese algún fraude en el votar). Así que luego los dichos tres vinieron delante del altar y juraron con voto solemne al caballero de la elección de ecoger en todo el orden de la caballería y sacra religión cuatorze caballeros varones muy perfectos y acabados en perfección de virtud, y de entera fe y lealtad, por la relación y parecer de los cuales ecogiesen y nombrasen el que más conviniese y fuese provechoso para gran Maestre. Acabado el juramento con tanta solemnidad celebrado, luego se encerraron en la sacristía del dicho templo y mandaron llamar al caballero que les pareció de cada lengua, uno de cada una. Desde ya estuvieron allegados, de uno en uno todos siete, tornaron a hacer llamar otros siete por el mismo

orden, llamando de uno en uno con mucha astucia y cautela. Después de juntos ya todos catorce, salieron fuera de la sacristía y oyeron misa. Y, acabada la misa, comulgaron todos y, allí luego, con aquel hervor y divina gracia, pusieron todos las manos sobre la señal de la cruz que en los pechos traían, y sobre un libro misal y juraron solemnemente que, por aquella señal de la cruz que consigo siempre traían y por los santos cuatro evangelios, sobre los cuales ponían sus manos, ellos no elegirían a otro alguno por gran Maestre de la sacra y muy noble caballería sino al que fuese muy más afamado y alabado en linaje y nobleza de mayores, y de más méritos y notables servicios en la república, sin que en ello hubiese ni entreviniese afición ni pasión alguna. El cual dicho voto y solemne juramento por el caballero de la elección con diligencia tomado, luego los dichos votadores y electores se tornaron a retraher y, haciendo muy larga inquisición y pesquisa de los vicios y virtudes de muchos que allí se nombraron, quedaron solos dos muy examinados y acendrados para elegir al que de ellos más votos tuviese por gran Maestre. El uno de los cuales era fray Philippo Vilerio de Lysladam y el otro fray Thomas Docray, capitán de los Ingleses. Al cual dicho fray Thomas Docray ayudava mucho, para ser elegido por maestre, ser muy rico, su grande y muy subtil ingenio, mucha experiencia en cosas y negocios, muy gran conversación y costumbre con reyes y príncipes, a los cuales había muchas veces sido embiado por embajador en cosas muy arduas y negocios de profunda importancia. Por el contrario, favorecía a fray Philippo Vilerio los cargos grandes y muy nobles oficios de guerra que había tenido y gobernado, con mucha prudencia y sagacidad, así en Francia como en Italia, el uso y mucha experiencia de las cosas de Rodas, su fortaleza y muy gran vigor de ánimo y cuerpo, su virtud muy nota y muy provada de todos, y no fingida o simulada por algún tiempo como muchos hacen por alcanzar algún gran cargo o dignidad. Después de ya aver votado todos, acaeció que salieron ambos yguales en votos. Entonces el caballero de la elección dio su voto que, por ser el más principal, vale por dos, a fray Philippo Vilerio y, así, tuvo dos votos más que el otro. Esto así hecho, luego el caballero de la elección salió fuera de la sacristía y vino en medio del altar mayor y, llamadas todas las lenguas de la caballería que allí ya estaban esperando, díxoles que si querían contradecir o impedir a la congregación y compañía de los electores del maestre o decir y avisar algo que conviniese. Respondieron todos que no. Luego les mandó poner las manos sobre los hábitos y jurar que estarían y tendrían por bueno todo lo que ellos hubiesen hecho y ordenado en la elección. Respondieron todos que sí juraban. Entonces dijo así: pues dios, nuestro señor, y el bienaventurado profeta san Juan, patrón y defensor de la sacra y muy noble caballería, lo encamine a bien y próspero fin, declaro os y anuncio os por gran Maestre al muy noble caballero fray Philippo Vilerio de Lysladam. Luego todos a altas bozes comenzaron a decir: vida, victoria y fama para siempre sea

al muy noble caballero fray Philippo Vilerio de Lysladam, gran Maestre nuestro.

Capítulo III. De cómo luego que el generoso caballero fray Philippo Vilerio de Lysladam supo que era nombrado y elegido por gran Maestre, aparejó la flota y cosas necesarias para se partir para Rodas, y de los infortunios y trabajos que por el camino le acaecieron hasta llegar allá.

Como el muy noble caballero fray Philippo Vilerio de Lysladam, por las letras y mensajeros que de Rodas le fueron luego embiadas a Francia, donde a la sazón él estaba, supiese de su próspero estado y muy alta dignidad, lo más presto que pudo se aparejó con gran diligencia para su camino y viaje. Y salido de la ciudad de París, acompañado de muy noble caballería, vino a se despedir del cristianísimo rey de Francia, don Francisco, el cual estaba amparando y defendiendo los términos del ducado de Borgoña del ejército y entradas de los imperiales, del cual siendo benignamente y con toda cortesía recibido, se partió y, embarcado por el río Ródano, en el cual perdió un buen naviete pequeño muy bien bastecido de todo género de armas y artillería, el cual por negligencia del piloto dio en un bajo a la puente de la ciudad de Vienne y fuese a fondo. Vino de ay su viaje derecho para Marsella, la cual como todos ya saben es ciudad muy antigua, y tanto antigua que por su mucha antigüedad no parecen en ella señales o memorias algunas de ella, por ser ya del tiempo gastadas. Reposó pues allí algunos días y, tomado refreco, tornóse a embarcar él y todos los que con él íbamos. Venimos con muy buen tiempo para Niça, en los confines de Proencia, en el cual puerto fue muy gran ventura que no perdimos la mejor y más grande nao que traíamos por culpa de un moço cozinero de la misma nao, el cual puso el fuego a mal recaudo de manera que la nao se encendió. Y digo que la perdiéramos porque, en la verdad, ya ella iba perdida, sino que el gran Maestre poniendo mucha diligencia y amenazando con muy graves penas a los que de la nao saliesen o huyesen y confirmando y esforçando con palabras y obras a los suyos, puso tal diligencia y hervor que apagó el fuego que ya casi por toda la nao ardía y la ecapó de tal peligro. Reparada pues la nao lo mejor que ser pudo, y alegres de aver ecapado de tan peligroso peligro, partimos de aquel puerto y comenzamos a navegar para adelante. Pasados de Córcega y Cerdeña, dimos en una muy triste y temerosa tempestad y tormenta de tiempo adverso, en la cual eran tantos y tan grandes los truenos que sonaban y los relámpagos que por el aire salían, y los rayos tan espesos que por todas partes caían, que atapados todos los oydos y cerrados los ojos no teníamos otro remedio sino llamar a dios y a sus santos y prometer votos y romerías. Y entre los más afligidos que allí estaban, era yo el que más tormento recibía porque asombrado más que todos de ver lo que nunca había visto, y desmayado de ver relámpagos tan grandes y rayos tantos y tan espesos,

caído de la fatiga y gran tristeza, suzio del continuo vómito, derribado entre las tempestades y temerosas olas del espantoso mar, no sabía otro remedio sino llamar a dios y encomendarme a él. El cual, en fin, por su divina piedad y gran misericordia nos oyó y ecapó de tan mortal y tal espantoso peligro. Así que, navegando con tanto trabajo, llegamos al puerto de Meçina, ciudad muy famosa y muy nombrada, así por su antigüedad como por grandes hechos y hazañas, aunque murieron de nuestra flota nueve hombres con los rayos que cayeron y otros algunos quedaron heridos. Pero muy mayor y más dañosa fue la tempestad y destruyción en los ganados y animales que estaban en el campo, de los cuales murieron infinitos. Reposamos en aqueste puerto algunos días por recrear nuestras personas y remediar las naos y proveerlas de lo necesario. Ya que nos hallamos dispuestos y tuvimos tiempo oportuno para salir, partimos dél y comenzamos nuestra navegación con muy próspero viento. Ya que íbamos con tanto placer y decanso navegando, viénenos luego otro mayor mal y muy más peligroso trabajo. Hiziéronnos saber ciertos que por el camino encontramos, cómo un grande cosario llamado Cortugol, turco, al cual los de Rodas habían muerto dos hermanos nacidos de un vientre o mellizos y le tenían otro en prisión, estaba con una muy buena armada de galeras y galeones largos muy bien aparejados al cabo de san Ángel, en reguarda, esperando la venida del gran Maestre. Avida esta tan trabajosa nueva, consultóse luego con mucha diligencia si convernía y sería bien con solas cuatro naos que íbamos, cargadas de muy ricas mercaderías de mercaderes y de mucha pólvora y provisión necesaria de toda manera, y donde más principalmente iba un tan gran príncipe y señor como el gran Maestre, encontrar con aquel ladrón y mortal cosario, el cual otra cosa no traía sino armas y mortales enemigos nuestros. Pero nuestra buena ventura mudó nuestros acuerdos y consejos en más próspero fin y alegre afecto, porque fue tan bueno el tiempo, que nos ayudó, que llegamos con muy próspero y alegre viaje al puerto de Rodas con muy grande alegría nuestra y placer y gozo de todo el pueblo de Rodas.

Capítulo IIII. Del solemne recibimiento que los de Rodas hicieron al gran Maestre. Y de la entrada de Cortugol por el mar de Rodas y de la victoria que los comendadorestuvieron dél.

Como el gran Maestre llegó al puerto, salieron luego a lo recibir las galeras todas de la sacra religión, armadas muy bien y con sus vanderas y estandartes abiertos, con muchos tyros de artyllería y música de trompetas y atabales y otros instrumentos muy suaves. La torre de san Nicolás, como afronto a ella, y todas las otras torres que están en el circuito del puerto, así de una parte como de otra, y todos los valuartes y postas de la ciudad en torno, soltaron infinitos tyros de artyllería con muy gran grita que la gente toda dava de placer. Ya que llegó el gran Maestre a tierra, al tiempo del desembarcar,

luego todos los caballeros llegaron con mucha veneración y lo tomaron en las manos para le ayudar a salir y, con mucha pompa y alegría por medio de tantas copias de gentes que a verlo salían, dando bozes y diciendo palabras muy alegres y de gran consuelo que sentían con su venida, lo metieron dentro de la ciudad y lo llevaron al templo de san Juan. Y dicha la misa (porque era de mañana) y divinos oficios con mucha devoción, le llevaron así, acompañado con mucha música y placer con el cual mostraban la mucha alegría que todos recibían, hasta el aposento y casa real donde el gran Maestre posar suele. No desde a pocos días que el gran Maestre fue llegado a Rodas, viendo Cortugol, aquel gran cosario turco que arriba dijimos, cómo se había burlado y que habíamos pasado tan en salvo, muy bravo y furioso, ayudado con muy buen tiempo que le hizo y con el favor de una noche muy obscura, con mucho silencio de los suyos de manera que las velas no lo sintieron, entró por el mar de Rodas para, por ventura, robar, talar y destruir en la ysla todo lo que pudiera y llevar la mejor presa que le fuera posible. Y no erró mucho, por cierto, si el viento a muy buen tiempo no se mudara que no dieron en él dos naos Venecianas que venían de Jerusalén, las cuales aquella misma noche habían salido del puerto de Rodas. Sentida pues y conocida la entrada y venida del dicho cosario y el peligro en que los amigos y vezinos estaban, aparejada muy de presto y con muy gran diligencia la flota que estaba sobre las anclas en el puerto, lo cual se ordenó y concertó en doze horas y no más, y fueron aparejadas para contra él muchas naos gruesas y galeras y vergantines muchos y muy bien armados. Y así aparejados, y con muy excelente concierto, salen los caballeros de Rodas contra el dicho cosario, lo cual como él vido y sintió (aunque estaba embuelto con una nao de candiotes, los cuales como vieron salir velas de Rodas, hizieronse fuertes debajo de cubierta hasta que ya llegaron cerca a los socorrer), comenzó con mucha priesa a huir. Los de Rodas, entonces, llevando muy buena esperanza de coger aquel perverso cosario y ganar tan buena flota como llevaba, siguiéronle muy ahincadamente y aún algo más que convenía. Pero viendo que el cosario se les iba con mucha ventaja, porque sus galeras y naves eran muy más ligeras que no las que los nuestros llevaban porque eran mayores y más pesadas, acordaron de dar la buelta y truxeron consigo la nao que libraron de los compañeros y amigos hasta ponerla en salvo.

Capítulo V. De la maliciosa carta que el gran Turco envió al gran Maestre y de la ingeniosa respuesta que el gran Maestre le envió a ella.

No desde a muchos días que el gran Maestre estaba ya en Rodas ordenando las cosas que convenían a la ciudad y regimiento, vino a Rodas un embajador embiado por el gran Turco, el cual, a la sazón, estaba en su campo sobre la ciudad de Belgrado en Hungría. El cual dicho embajador traía esta carta para el gran Maestre.

Culumán sultán, por la gracia de dios rey de los reyes, señor de los señores; grande emperador de Constantinopla y Trapasonda; rey muy poderoso de la Persia, Arabia, Syria y Egipto; señor de la Asia y Europa; príncipe de Mecha, Alípo y Jerusalén; y señor y poseedor de todo el universo mar.

Al reverendo padre fray Philippo Vilerio de Lysladam, gran Maestre de Rodas y legado de la Asia. Salud.

Mucho placer hemos habido con tu venida y nuevo principado y señorío, el cual tengas y poseas con mucha prosperidad y felicidad por muchos tiempos, porque esperamos que en virtud y fe has de exceder y sobrepujar a todos los que hasta oy han mandado y señoreado en la ysla de Rodas, a los cuales siempre nuestros mayores y antecesores trabajaron de no enojar y moderaron sus fuerzas y gran poder contra ellos. A exemplo de los cuales nos ligamos y hacemos amistad y gracia contigo. Por tanto, huelga y toma mucho placer, amigo nuestro, de la gran victoria nuestra e imperial triunfo, porque este verano pasado pasamos desa parte del Danubio y esperamos con pública batalla y estandarte abierto de pelear con mucha osadía y esfuerzo con el rey de Hungría, el cual creyemos que nos saliera al encuentro en la batalla. Tomamos a pura fuerza a Belgrado, una ciudad la más fuerte de toda aquella provincia, y a otras fortalezas y lugares que estaban propincuas, muertas infinitas gentes a fuego y a sangre, y traydos muchos más en cautiverio. Vencedor y triunfador, dejado nuestro ejército en hybernia, bolvemos a la grande y muy famosa ciudad de Constantinopla, nuestro aposento y alcázar real. Dios sea contigo. Dada en nuestro real, etc.

Recibido el embajador y las cartas que traía con mucho placer, entró luego el gran Maestre en consejo con sus caballeros y leyda allí la carta con mucha atención y declarada por los intérpretes, luego el muy prudente y muy sabio Maestre entendió y sintió la maliciosa intención que la carta traía. Y vido, muy a la clara, cómo en las palabras prometía paz y amistad y en el espíritu y sentido, guerra y toda trayción. Por lo cual, el gran Maestre luego acordó por el mismo orden y modo, y usando de la misma astucia, dalle a entender que estaba aparejado para le resistir en todo lo que fuese posible, para lo cual le envió otra carta ecripta por esta manera.

Fray Philippo Vilerio de Lisladam, gran Maestre de Rodas, al Turco.

La carta que tu embajador me traxo vi y la entendí muy bien. Lo que de la amistad me ecrites, tanto me es a mí aplazible quanto desalplazible y molesto a Cortugol. El cual quisiera mucho (pues lo trabajó harto) viniendo yo de Francia para Rodas, saltearme en el camino y desbaratar mi flota de improviso sin ser sentido. Lo cual como no pudo y le salió al contrario su deseo, entró una noche muy furioso encubierto con la mucha obscuridad de manera que no fue sentido por el mar de Rodas e intentaba robar unas naos grandes que venían de Jerusalén y iban para Venecia. Pero sacando presto la flota de mi puerto, estorvé le el salto y, dejada la presa que ya casi tenía robada a los mercaderes de Candia, hice huir al dicho cosario a mucha priesa porque otro día no entrase con tanta osadía por estas partes. Dios sea contigo. De Rodas etc.

Luego fue despachado, por esta manera, el embajador con muy gran fieldad y joyas que el gran Maestre le dio. Y en su compañía fue otro hombre por ay común (porque pocas veces Rodas envió caballero alguno con embajada al Turco), el cual dicho hombre llevaba la carta del gran Maestre respuesta para el Turco.

Capítulo VI. De la gran congoxa que el gran Turco tenía pensando si sería bien armar para ir sobre Rodas y de cómo lo consultó con algunos de los suyos. Y del sabio razonamiento que Cortugol le hizo para más incitarlo a ello.

Viendo el gran Turco la carta y sutil respuesta del gran Maestre, como mancebo de temprano ingenio y saber, al cual más presto acompañó maliciosa prudencia que no barvas, considerando y muy bien ponderando la ingeniosa y muy alta respuesta y verdadera paga de su carta, sintió cómo le habían entendido y cómo jugaban con él por sus mismas artes y astucias y vido claramente que los de Rodas estaban aparejados para resistir a cualquiera fuerza y poder. Y que eran tales, según sus victorias y hazañas, que no se darían tan fácilmente ni harían otro partido alguno, como los defensores de la ciudad de Belgrado. Acordábase, así mismo, cómo los trabajos y peligros que a su visabuelo Mahoma acaecieron, le podrían acaecer también a él, y cómo Fortuna y Marte son dioses falsos y engañosos, los cuales en pequeñas cosas házense y, cuando más conviene, entonces, más faltan y burlan. Estando pues de tan arduos pensamientos cercado, y lleno de tan enardecidos cuydados que le traían el ánimo dudoso, y altercando de un parecer en otro con la codicia que tenía y mortal deseo de nos derribar y vencer, y el miedo y gran peligro que nuestras fuerzas y muy usadas armas le prometían, mandó llamar ante sí a Cortugol, el cual vino luego con mucha diligencia y con él dos caballeros otros muy principales. El uno de los cuales se decía Mustaphá bajá y el otro Farao bajá. Y con este segundo, yo oí que el gran Turco había casado una hermana suya. Como todos tres así juntos estuvieron delante dél, y supieron la intención sobre que los mandaba llamar, comenzaron a decir muchas cosas y muy afrentosos denuestos e injurias mostrando mucha yra y pasión contra los de Rodas por complacer y agradar a su príncipe y señor, según que lo suelen hacer y decir los que viven con los príncipes y señores y llevan partidos y acostamientos de ellos. Pero el que más ahincadamente metió la mano en ello y habló con mayor yra fue Cortugol, porque como era hombre naturalmente ayrado y feroz y muy experto y calificado en las cosas de la guerra, sintiendo y muy mejor entendiendo cómo por las letras del gran Maestre, en las cuales se quexava dél y de su grande atrevimiento, no solamente el gran Turco, su señor, le había tomado algo de más amor y voluntad, pero que en mucha

manera estaba contento dél y de sus servicios, animado con el tal pensamiento, comenzó con mucha más confianza y osadía que hasta entonces a hablar y, según que yo después supe, dijo desta manera.

Las grandes mercedes y mue inmortales beneficios que yo de tu suma Majestad e recibido y recibo cada día, poderosísimo rey y muy alto emperador, me dan osadía y atrevimiento para que libre y claramente diga y hable todo lo que me parece y sé que ha de ser para gloria y fama de tu alta e imperial Majestad y de tu alto imperio también. Cada día casi vienen a mí muchas personas de las yslas de Methellín, Negroponte, Echiro, Andria, Estalimén, Achaya y, en tierra firme, de Caria, Lycia y de toda la ribera de la Syria y Egypto con muy grandes trabajos y pasiones y vertiendo muchas lágrimas. Dicen los grandes robos y entradas de sus campos y haciendas, los sacos y grandes destruycciones de las ciudades, las continuas presas, así de ánimas como de ganados, y otros muchos e increíbles males y daños que cada día sufren y padecen de aquellos encruzados y grandes cosarios de Rodas sin que nadie les resista e impida. Híncanse de rodillas ante mí, pídenme ayuda y favor, rueganme, inportúnanme que les haya y alcance algún poco de favor y socorro de tu alta e imperial Majestad para que los defiendas y ampires de la continua afrenta, muertes y robos de estos cruzados ya dichos. Suplico a tu sacra Majestad por el adorado nombre de Mahoma, y por el estado y sacra Majestad tuya, que libres tus pueblos de estos tan crueles y mortales enemigos y que los defiendas y libres ya de tantas heridas y muertes, de tantos incendios y de tanto cautiverio muy más duro y cruel que la misma muerte. Y que pienses muy bien y con atención toda esta afrenta e injuria no tanto ser hecha a un pueblo o república particular por ay, cuanto a la pública honra y fama tuya y a tu alto nombre y sacra Majestad. La cual sé yo muy bien que si algunos de los reyes o príncipes cristianos te hiciera, no consintieras que quedara sin te la pagar, y muy bien, y consientes y permites ahora unos ladrones que están allí encerrados en aquella caba, traydores, bez y suzio ayuntamiento de hombres por ay de nada, talar y robar tus campos y tierras, derribar y destruyr tus ciudades, matar y despedaçar tus pueblos y hacer que ninguno de nosotros, tus siervos y vasallos, andemos o pasemos por todo este mar sin mucho peligro y trabajo. Porque quién ay que navegue y vaya para Damasco, Alexandría, Larifa, Gazara, Lesbo, Xío y para la gran Constantinopla, aposento y alcaçar real tuyo, que no se ponga a muy grandes, claros y manifiestos peligros que destos dichos encruzados están ciertos y muy aparejados, que otra cosa tantos años ha oymos luego que el mes de marzo viene, sino que los encruzados de Rodas han tomado algún puerto o ciudad de turcos, que han llevado turcos a triste y mísero cautiverio, que han traydo a Rodas presa muy grande de personas y cosas otras muy ricas y de muy gran valor tomada y robada de tus pueblos y ciudades. Y lo que más feo y de mayor afrenta es que hacen y osan cometer todo esto en presencia de tu imperial Majestad y en el medio corazón casi de tus reinos y muy grande imperio. Suplico a tu sacra Majestad, emperador invictísimo, que me perdones si, más libremente que conviene y es razón, hablo y digo lo que siento porque todo lo que aquí yo he dicho y relatado, no por otra causa o razón lo digo sino porque ya alguna vez, has lo que muchos años ha ya que había de estar hecho. Lo cual, por cierto, cumple mucho y es muy necesario para la ampliación de nuestra mahomética religión y para el amparo y defensa de tu alto nombre y muy grande imperio, por la honra y aumento del cual

devenos y somos obligados poner todas nuestras haciendas a cualquier peligro y trabajo, nuestros cuerpos y propias personas a cualesquiera heridas y muertes y no rehusar cualquier peligro, aunque muy arduo y grave sea. Y si, sacra Majestad, tienes muy enardecido deseo de fama y gloria en cosas de guerras y muy grandes batallas, y estás puesto y encaminado con mucho ánimo en alcanzar perpetua inmortalidad, con qué conquista y mayor y más ardua batalla la podrás más fácilmente aver y alcanzar que en ganar y tomar por fuerza a Rodas, la cual es un amparo y defensa de los cristianos (y ellos mismos le llaman así) y ella solo es la que nos prohíbe y estorva que no vamos y entremos por sus tierras a vengar lo mucho que nos han hecho. Pero responderme ha, tu sacra Majestad, a esto ahora. Mis mayores y pasados intentaron tantas veces de tomar esa ciudad e hicieron muy grandes gastos sobre ello, pero fue en balde su trabajo. También, sacra Majestad, intentaron a tomar a Belgrado, la más fuerte ciudad de toda la Hungría y, aunque ellos no la tomaron, tú ahora, con tu buena dicha y ventura, la tomaste y metiste debajo del yugo de tu alto imperio, estando aún ella mucho más proveyda y fortalecida que en los tiempos pasados de tus mayores. Y de Rodas, sacra Majestad, desesperas. Deja, señor, ese vano temor. Osando y trabajando creció la honra y fama de turcos. Vamos, vamos, con mucha priesa y cerquémosla por mar y por tierra. Como si tus pueblos y míseros vasallos gimiendo y llorando en duro y muy áspero cautiverio la pudieron hacer y labrar con sus manos, sirviendo y trabajando, ahora alegres y gozándose con libertad y con codicia y ocasión de vengar tantas injurias recibidas, no podrán muy mejor con sus mismas manos derriballa y del todo destruylla. Y si bien y con atención, sacra Majestad, lo miras, ha se te ahora ofrecido por divina providencia y voluntad, y por piedad e intercesión del gran profeta Mahoma, una ocasión y tiempo muy aparejado y dispuesto para ello, mientras que todo el occidente anda revuelto y trabajado con muchas guerras y batallas que los príncipes cristianos traben entre sí mismos. No sabes, sacra Majestad, cómo en todas las cosas y muy arduos negocios se han de seguir y guardar las oportunidades de los tiempos y que en la buena disposición y aparejado tiempo para efectuar las tales cosas se ha de huir con mucha priesa todo descuido y torpe tardanza. Son las mudanzas y bueltas de los tiempos mue inciertas y mudables y si, teniendo a fortuna próspera y benigna, la dejas yr, muy en balde por cierto después de ya yda, le rogarás que torne a bolver.

Encendióse tanto con esta oración y razonamiento el ánimo y voluntad juvenal del gran Turco, emponzoñado y corrupto con mortal odio y aborrecimiento del nombre cristiano y muy enardecido deseo de fama, honras, imperio y gloria, que luego fácilmente se determinó para poner por la obra su intención y dar orden en lo que convenía para el sitio y muy cruda guerra y conquista de Rodas.

Capítulo VII. De cómo el gran Turco entró en consulta con los suyos, así caballeros como capitanes más principales, y del amoroso razonamiento que les hizo para los mover e indignar contra Rodas. Y de la polida respuesta que Pyrrho bajá, gran capitán suyo, le volvió.

Pero porque con mayor deseo y voluntad de todos los suyos se hiciese y ordenase, mandó primero llamar a consejo y, entrado con sus caballeros y capitanes en él, después de aver callado un rato según la grandeza de su persona, hablóles, según después se dijo, desta manera.

Aunque sabemos muy bien y sin dudar, caballeros y servidores animosos y muy esforçados, que la misma intención y voluntad tenéis ahora en lo que queremos comenzar, que tuvistes siempre en tomar y combatir muy varonilmente todas esotras gentes y pueblos, quesimos todavía ordenar y convocar una general y común consulta para que en comúnmente hablásemos de nuestra común gloria y fama y de nuestro gran bien y provecho que esperamos. Desde el tiempo que nuestro padre falleció de esta presente vida, hemos traydo continuas guerras y batallas con diversas maneras de pueblos y naciones. Hezimos con mucha fuerza y violencia a los de la Siria, como sean gente naturalmente instable y movable, y muy amiga de siempre ordenar e intentar cosas nuevas, estar constantes en nuestro servicio y dominio, porque supimos que intentaban de se alzar y salir de nuestro poder. Encerramos allá dentro de su reino y señorío al Sophí, nieto del gran Usuncasano, hijo de su hija, la cual fue hermana del rey Jacapo. El cual dicho Sophí, aunque a la verdad era muy poderoso rey y siempre de voluntad y obra nos quería, buscaba y hacía mal y no se contentaba con ser señor de la Asiria, Media, Armenia mayor, Persia y Mesopotamia, con nuestras armas y muy gran poder lo hezimos salir de toda la tierra que tenía y retraherse en las angosturas de su solo reino. El año pasado vistes cómo anduvimos toda la tierra y provincia de Hungría, así por la una parte del Danubio como por la otra, y tomamos a Belgrado, la más fuerte y más proveyda ciudad de toda aquella región y provincia. Todo lo que hasta aquí hemos intentado y querido, hemos con mucho ánimo y mejor ventura alcanzado y, en todo lo que hemos deseado, hemos salido vencedores. Pero por decir y declararos la verdad abierta y claramente de nuestra intención y deseo, avéis de saber que nuestro ánimo y corazón muy mayor y de más altos pensamientos que el imperio y alta sangre othománica, donde nuestro real origen y muy alto principio procede y deciendo, no puede decansar ni contentarse con todas estas victorias que ya hemos dicho y contado. Porque todos los triunfos y muy maravillosas hazañas que hasta aquí avéis hecho, aunque en la verdad son grandes y de mucha fama y gloria, todavía las tenemos por muy menores y de menor estado que lo que vuestro heróyco esfuerço e indómита virtud nos promete y puede. Todo nuestro deseo, toda nuestra voluntad, todo nuestro pensamiento y lo que siempre con mayor ardor codiciamos es dar sobre aquella Rodas y, con turcayco furor, arrancar y destruyr de todo en todo las fuerzas y duros ejércitos de la caballería que dentro de ella está y bolverle aquellos rezios y muy costosos muros de abajo arriba para que cognosca y sienta nuestro poder y gran virtud. Y aún sabéis y os acordáis vosotros mismos también cómo esto mismo, no con menor deseo y codicia que nos tenemos, deseastes y demandastes siempre. Cuántas voces y clamores de muchos an llegado a nuestros oydos, las cuales otra cosa no sonaban ni decían sino Rodas, Rodas. Hasta ahora hemos esperado al tiempo más aparejado para que, desocupados y libres de las guerras y batallas de otras gentes y pueblos, juntásemos nuestros ánimos todos y duras fuerzas para las expender y mostrar en esto solo. Lo que tantos tiempos avéis demandado y deseado, en las manos lo tenéis ahora. Nunca ha habido tiempo más dispuesto y aparejado para ello que

ahora, ni mejor aparejo para más fácilmente salir con nuestro voto y deseo. Porque muy gran parte de los muros de la ciudad de Rodas está por el suelo cayda, la cual no así en poco tiempo podrá ser hecha y restaurada, estando mayormente el thesoro tan gastado y flaco como está. También la guarnición y gente de la fortaleza que ahora está dentro es muy poca. El socorro que de Francia podrá venir, ya después de Rodas tomada, vendrá o, según que yo más creo, nunca vendrá porque como el rey de Francia trayga mortales guerras con el emperador, señor de Alemania y Italia, no querrá despojar sus armadas y flotas, ni que sus puertos queden desproveydos y desnudos de naos y toda flota y gente necesaria. Ni creáys tampoco que la gente de España, estando tan trabajada y revuelta dentro de su tierra y mismo reino, con muy cruda hambre que padece, guerras mortales entre sí mismos y particulares odios de comunidades, podrá tan fácilmente hacer gente y provisión necesaria para fuera de los reinos, aunque sea de la Sicilia y Nápoles. Pero el mayor temor que, según os parece, tendréis es el que la armada y flota de Venecia demuestra por estar muy a punto y el del socorro que podrá venir de la ysla de Candia. Pues no os dé pena ninguna el tal temor, ni por él os congoxéys nada, porque a ese peligro ya nos tenemos proveydo y bien ordenado lo que se deve hacer, aunque aquí al presente no se diga ni publique. Pues que así es, varones magnánimos y de muy noble sangre y esfuerço, nacidos para vencer y sojuzgar a todo el imperio y términos de los cristianos, cuanto más a Rodas, con mucho placer y alegría seguidnos, pues vamos a pelear contra enemigos perros y muy crueles robadores nuestros. Como hasta cuándo sufriréys y callaréys aquella grande afrenta e injuria hecha al alto linage y muy generosa familia othománica y, generalmente, a todos los turcos, la cual los de Rodas nos hicieron y dieron con la victoria avida y alcanzada en el otro sitio o cerco que sobre ellos se puso. La cual no hubo ni alcanzó tanto la virtud y esfuerço de ellos, quanto el triste y covarde consejo de nuestro visabuelo Mahoma que, viendo que en la primera batalla que se dio había ydo muy mal a su gente, mandó luego a Mysacho Palleólogo, capitán general de la hueste y campo todo, que se retruxese y se dejase de la demanda. Pero ya que hubiese su virtud y esfuerço habido y alcanzado aquella victoria, sufriréys por eso y, para siempre, consentiréys las entradas y saltos que estos cosarios hacen por todo el mar cada día, así en la tierra firme como por las yslas todas; las talas y destruyciones de los campos, heredades y ciudades; las presas y cabalgadas de ganados y animales y los incendios y pérdidas de cualesquiera cosas otras muy estimadas y preciosas; los robos de vuestras mujeres propias; las muertes y crueles heridas de vuestros hijos; el cautiverio de vuestros amigos y parientes y otros mill trabajos que cada día tenéys; no lo creemos por cierto, si bien y enteramente cognoscemos vuestro heróyco esfuerço y muy noble virtud. Ora pues, generosos caballeros, no tardemos más, que nos esperamos y claramente prometemos (si nuestro gran profeta Mahoma nos ayuda, en cuyo favor y piedad confiamos) que a pesar de Jesucristo y de san Juan Baptista, grandes dioses destos encruzados, en muy breve tiempo fixaremos y pornemos nuestras señas y lunas en ellas, en medio de la plaça mayor y de la más alta torre de Rodas. Y de todo ello, caballeros, no queremos otra cosa para nos sino la honra, fama y gloria. Del espolio y grandes riquezas que dentro oviere, desde ahora os hacemos mercedes. Trahed a vuestras casas los navíos cargados de muy ricos vasos de oro y de plata, de joyas y ornamentos de mujeres (lo cual dicen que ay mucho y de muy gran valor), de dineros y de todas las otras riquezas que hallardes para vuestras mujeres y para vuestros hijos y parientes. Y pues que

así es, pasemos y vamos con todas nuestras fuerzas y con mucha alegría y voluntad a cercar y combatir a nuestra enemiga mortal, Rodas, y tomar entera venganza de ella.

Como el gran Turco acabó su razonamiento y amorosa persuasión, luego todos los que presentes estaban, a alta voz, respondieron que les plazía y eran muy contentos de lo hacer y morir, si menester fuese, en la tal demanda. Y estando así todos tan alegres y con tanta voluntad y deseo de verse ya en el sitio y combate, levantóse en pie un caballero turco que se decía Pirrho bajá, hijo (según que yo después supe) de un cristiano renegado que había nombre Búlgaro, el cual caballero Pirrho, así por su mucha edad como por el odio y mortal aborrecimiento que con la santafe católica tenía, era muy astuto y sagaz y natural perseguidor nuestro, y así sabía mill artes y maneras para nos ofender y hacer mal y así, levantado con mucha cortesía y reverencia, comenzó a hablar desta manera.

No puedo no mucho sublimar y alabar la suma y muy temprana prudencia y sabiduría, las virtudes y grande ingenio de nuestro señor y sacro emperador, viendo y, muy atentamente ponderando, quán perfecta y prudentemente ha declarado y demostrado los consejos todos y muy profundos fundamentos que, cualquiera muy grande y clarísimo capitán, deve considerar y pensar en el orden y aparejo de cualquier campo o conquista que haya de comenzar. O que bienaventurado imperio este de Mahoma, o bienaventurada república esta, o bienaventurados nosotros con tal príncipe y señor que, para las guerras y batallas que va y ordena dar, no tan solamente lleva varones muy ecogidos y armas invencibles, pero prudencia suma y muy alto consejo también. La cual manera tan profunda y maravillosa costumbre militar si siempre en las manos tuviéremos y, ante los ojos, no solamente podremos tomar y traer a su alto señorío e imperial poder a Rodas, una ysleta por ay, pero en muy poco tiempo a todo el señorío y tierras todas de los cristianos. Pero mi edad y la mucha experiencia, que de las cosas y arduos negocios tengo, me dicta y avisa que aliende de lo que nuestro príncipe y señor, aunque mancebo, ha con tanta prudencia y sutil astucia dicho y avisado, juntamente con ello se trabajase mucho sobornar y corromper con premios, promesas y grandes mercedes, y por cualesquiera modos y maneras otras que fuere posible, a algunos caballeros y ciudadanos de Rodas, así de los más principales del orden de la caballería como de los naturales de la ciudad, para que estos nos avisasen e hiciesen sabidores de los secretos consejos y avisos que dentro de ella se hiciesen y ordenasen. Lo cual se podría muy fácilmente hacer por este modo. Yo, como casi medianero e intervenidor muy deseoso de paz y quietud, con ciertas cartas y embajador que enviare, haré con el gran Maestre que embíe algunos embajadores que sean personas de manera a nuestro príncipe y señor, los cuales después que ya estén en nuestras manos y poder, dejad hacer a Pirrho, que él lo ordenará como convenga.

Pareció muy bien a todos, y principalmente al gran Turco, el consejo y prudente parecer de aquel varón viejo y muy astuto. Y mandóle que luego, sin más tardar, con mucho cuydado y fidelidad, pusiese por obra lo que dicho había. Y a todos los otros capitanes que aparejasen toda la más gente y

aparejos necesarios que pudiesen, así para por la mar como para por la tierra, lo cual se comenzó luego a mucha priesa y con gran secreto.

Capítulo VIII. De la gran priesa que los hacedores del gran Turco se daban en aparejar todo lo que era necesario para el sitio y conquista, y de la diligencia grande que los comendadores de san Juan ponían en saber el último fin de la intención del Turco y de cómo, sabido algo de ella, se comenzaron a aparejar.

No se pudo hacer ni aparejar tan de secreto lo que el gran Turco mandó, que luego no se sintió y supo el aparato y manera tan grande que se aparejava y ordenaba porque, luego, a iiii días del mes de Hebrero se sonó y dijo muy públicamente en Rodas cómo el gran Turco hacía y labrava en Constantinopla una grande flota de galeças, galeras y galeones largos, dejadas las otras galeras y naves comunes, para lo cual mandó llamar y ayuntar muy gran copia de maestros capinteros y calafates, así de Xío como de los otros puertos todos. Y que hacía proveer de mucho bastimento y provisión de cosas necesarias para la mar como son hierro, lienços, esparto y cáñamo y otras muchas cosas desta manera. La cual fama y nueva, como cada día más se sonase y, por los ayuntamientos y lugares públicos donde alguna gente se llegava, creciese, la sacra religión envió muy secretamente a un varón natural de Pera, muy sabio e instructo en la lengua turcayca, para que mirase y especulase muy bien y supiese todo lo que pasava. El cual, desde Constantinopla, envió una carta metida en un barril de huevos de sollo, que vulgarmente llaman caviar, muy secretamente en la cual decía y avisava cómo se aparejava muy grande flota y armada. Y que se hacía muy grande número de gente y, así mismo, el número y forma de las artyllerías y municiones, pero que no se sabía ni alcanzava para contra quién fuese. Que muchos decían que era para la Italia, algunos que para Rodas y otros para Chypre o Corcyra. Esta carta y dudosa nueva aseguró a muchos y los hizo descuidarse de lo que complía, con pensar que la intención del Turco no era venir sobre ellos, sino que se aparejava para otra parte. En tanto que los de Rodas estaban así dudosos y, entre sí mismos, altercando y echando la intención de la armada y ejército del gran Turco más a otra parte que no a la suya, vino una nueva y aviso, por cartas por los compañeros y amigos embiadas, cómo los puertos todos de los contrarios se guardaban y velaban con muy gran diligencia. Estando pues la ciudad de Rodas en tanto aprieto y trabajo de ver lo que el Turco aparejava, e incierta si era para contra ella o no, ciertos de los caballeros comendadores Italianos, en tiempo tan trabajoso y de tanta perturbación, demandaron licencia y el salario de sus servicios en el sacro consejo para se ir a sus tierras, diciendo muchas quexas y blasfemias contra la corte Romana con mucha pasión y yra, a la cual echaban la culpa toda de aver sido despojados de sus encomiendas y premio de tantos trabajos. Pero tanto pudo el gran

Maestre con su prudencia y alto consejo, que hizo que todos unánimes respondiesen que nunca los caballeros Italianos acostumbraron dejar la república estando en algún trabajo o dudoso peligro, ni que tampoco era ahora razón que ellos la dejaran, antes que cuantos más y mayores servicios y hechos dignos de fama hubiesen hecho en ella, tanto menos habían de sentir la injuria o alterarse por ella y que él, por cierto, tenía mucha codicia y deseo que luego que hubiese algún poco de reposo y tiempo sosegado y libre de sospecha de guerra, se tuviese respeto e hiciese alguna mejoría a la nación y gente que mejor lo mereciese y más hubiese trabajado. Sosegados con este tan prudente razonamiento los dichos comendadores, comenzaron luego con mucha diligencia todos a entender en la guarda y reparos de la ciudad. Partieron luego algunos caballeros y gente de la mar por leña al bosque de Latona, que es en un desierto en la tierra firme, cerca de un lugar muy antiguo de la Lycia que se llama el Philisco. Comenzaron luego, así mismo, a limpiar y reparar las armas, tyros de artyllería, picas, ballestas y todas cosas otras para la guerra y defensa de la ciudad necesarias. Truxeron muchas piedras para moler pan de la ysla de Nizaro, así para hacer atahonas de mano como de bestias, según que habían mandado a cada vezino que la hiciese y ordenase en su casa. Toda la gente de la ciudad fue luego repartida y dividida en sus siete capitanías y órdenes. El muro y torre de los Alberniazes, ordenado y comenzado a hacer por Basylio, maestro y muy grande oficial del emperador don Carlos, quinto de este nombre, siendo gran Maestre Fabricio Caretano, se hacía y acabava con muy mayor priesa y cuydado, en lo cual trabajaban y servían muchos de los turcos que estaban cautivos, a los cuales el gran Maestre trataba muy bien y con grande amor, dexándoles trabajar lo que querían, según su voluntad, y animándolos y halagándolos con dádivas y mercedes que contino les hacía y dava con mucha liberalidad.

Capítulo IX. De cómo andando los de Rodas apercibiéndose, vino a la ciudad un mensajero del gran Turco con dos cartas para el gran Maestre, las cuales eran para efetuar Pirrho la trayción que a su señor, el gran Turco, había prometido.

Estando los de Rodas entendiendo y ocupados con mucha diligencia y cuydado en estas dichas cosas y otras semejantes, vino a la ciudad un embajador del gran Turco, embiado de la ciudad de Constantinopla, al cual embiava Pirrho bajá, aquel de quien arriba hemos hecho mención, el cual dicho embajador era un hombre alegre y muy astuto y sagaz y que con polidas palabras adornaba y sublimaba bien su embajada y cargo que traía, alabando a su señor, predicando sus virtudes y grandezas y el gran natural y maravilloso ingenio de su grande emperador. El cual trajo dos cartas para el gran Maestre, la una del gran Turco y la otra de Pirrho bajá. El tenor y forma de las cuales es este que se sigue.

Carta del gran Turco para el gran Maestre

*Zulumán sultán, por la gracia de dios rey de los reyes, señor de los señores, etc.
Al reverendo padre fray Philippo Vilerio de Lysladam, gran Maestre de Rodas
y legado de la Asia. Salud.*

Supimos cómo recibiste nuestra carta y, en gran manera, holgamos que la entendiste muy bien. Ten buena esperanza que no nos contentamos aún con la victoria que ovimos de Belgrado. Otra esperamos y aún nos la prometemos ya. De la cual te haremos luego sabidor porque veas cómo de ti no nos olvidamos. Dios sea contigo. De Constantinopla, etc.

Carta de Pirrho para el gran Maestre.

*Pirrho bajá a fray Philippo Vilerio de Lysladam, gran Maestre de Rodas
y legado de la Asia. Salud.*

Tu carta, mayor por cierto en sentencia que no en palabras, di a nuestro grande emperador y no quise, ni consentí, que el mensajero que con ella embiaste pareciese ante su sacra Majestad porque no se alterase ni indignase de ver un tan bajo y rústico mensajero. Por eso debes, de oy más, enviar varones nobles de linaje y perfectos en edad y mucha prudencia, con los cuales si a su sacra Majestad pluguiere pueda común y familiarmente hablar y comunicar. Lo cual si hicieres, ni a ti de ello pesará ni a mí de te lo aver aconsejado. El mensajero que ahora te embio lleva letras mías y de nuestro emperador, a cuya sacra Majestad ya estás avisado cómo se deva responder. Dios sea contigo. De Constantinopla, etc.

Capítulo X. De la gran variación que los de Rodas tenían en responder a las dichas cartas y de cómo, en fin, el gran Maestre respondió como le pareció y envió las cartas de respuesta con un hombre bajo y de poca manera.

Estas cartas engendraron muy gran duda y variedad en los ánimos y coraçones de muchos, los cuales estaban bien con el parecer y consejos de la quietud y tranquilidad, y ponderaban la cosa y alababan el consejo y parecer de Pirrho, el cual era y procedía de fidelidad y nobleza propia, diciendo que Pirrho, varón viejo y muy prudente no tanto en aquello que decía y aconsejava, hacía por la quietud y sosiego nuestro, cuanto por el de su señor y tierra propia. Y que deseava y quería con consejo y prudencia ordenar y hacer lo que su príncipe y señor, como mancebo, quería a fuego y a sangre alcanzar y que, como era viejo y muy experto en las cosas de ventura, temía las mudanzas e incertidumbres de los humanos acaecimientos, y a la común fuerza de la guerra y batalla, y a la violencia y duro poder de fortuna, la cual muchas veces con muy pequeño ejército y menos trabajo derribó a muy grandes reyes y sobervios ejércitos de contrarios. Tanto pudieron estos votos y pareceres que fueron luego nombrados y elegidos embajadores para enviar

con la respuesta al gran Turco. El uno de los cuales era fray Remón Marchete, catalán natural de Barcelona, que es en Cataluña, y ahora tiene el título de baylio de Negroponte. Varón, por cierto, muy animoso y esforçado, astuto y sagaz y muy elocuente. El otro era Castrophylaca, vezino y natural de Rodas y muy sabio y experto en la lengua turcayca. Otros, por el contrario, todavía tenían su propósito fixo y defendían la contraria opinión, los cuales, ponderando con mucha prudencia el negocio y sintiendo muy bien la trayción y engaño, decían y persuadían que por ninguna manera se diese fe y crédito a lo que aquel traydor y mortal enemigo suyo decía, ni se aceptase y siguiese en cosa alguna su consejo. Lo cual provaban diciendo así.

Para qué es esta embajada, no habiendo causa alguna necesaria que nos constriña. ¿Es, por ventura, para denunciar guerra a un señor tan poderoso? El cual no se ha declarado aún si es nuestro contrario o no, que aun hasta ahora paz y amor nos ecrive y demuestra, o es para rogarle que no nos la dé, la cual aún no nos ha denunciado ni hecho saber, o es para dar a entender que es ya de acá temido el que nos teme. Y ya que todo esto no fuese así, con qué seguridad, con qué cara y razón yrán estos embajadores no llamados por el señor y sin cartas de siguridad o salvoconducto por tierra y señorío ajeno y de señor y príncipe cuyas tierras y puertos nosotros cada día quemamos y destruymos. Y si dezís que llevan la carta de Pirrho consigo, cómo la merced y grandeza de Pirrho, su fe y autoridad los asigurarán y librarán del perjuizio y peligro que les podrá venir por la indignación y ira del gran Turco. Quién podrá creer que el siervo ponga leyes sobre su señor, siendo mayormente el más semejante a su condición y voluntad de cuantos en su corte y servicio tiene. Conviene a saber, cruel, engañoso, de poca fe y enemigo mortal de todos los cristianos, mayormente de los de Rodas. A los cuales embajadores, si el Turco acaso alcanzare a saber cómo los de Rodas tienen su flota ordenada, les dará mill géneros de tormentos hasta saber y sacar de ellos los secretos todos de nuestro remedio y defensa y sabrá hasta qué tanto se extienden nuestras fuerzas y poder, cuántas sean nuestras provisiones y todos los secretos otros de nuestra caballería y ciudad.

Favoreció mucho, y ayudó a este parecer y sentencia de hombres verdaderamente sabios y prudentes, la gran diligencia y cuydado que el embajador turco, que con las cartas vino, ponía en saber y pesquisar muchos y diversos secretos y cosas otras, así de la manera y sitio de la ciudad como del número y fortaleza de los caballeros de ella. Por lo cual, acordaron de dejar la embajada y despidieron al embajador turco con un hombre bajo, solamente que fuese en su compañía, que llevase la carta y respuesta del gran Maestre al Turco. El tenor y forma de la cual carta era este.

Fray Philipppo Vilerio de Lysladam, gran Maestre de Rodas, al Turco.
Que de mí te acuerdes, no me pesa. Yo también me acuerdo de ti. Tornasme a decir de la victoria de Belgrado en Hungría, con la cual no contento aún, esperas otra. Y aún me parece que antes que la batalla comiences, te la prometes y apregonas. Mira, no te engañes, porque

en ninguna cosa otra los fines y efectos menos responden a nuestros votos y deseos que en las cosas de las armas y guerra. Dios sea contigo.

Carta para Pirrho.

Fray Philippo Vilerio de Lysladam, gran Maestre de Rodas, a Pirrho bajá. Salud. Con mucha astucia y diligencia ponderé y miré tus letras y, juntamente, las costumbres, manera y condición del mensajero que las trajo. Tu consejo, ni lo tengo en poco ni tampoco lo sigo y guardo, en tanto que mis caballeros y gente roban las tierras y puertos de tu señor. Lo cual he consentido hacer y tenido por bien por los grandes robos y saltos que los turcos cosarios les han hecho. Pero yo los revocaré y mandaré cesar cuando haya de enviar mis embajadores a tu señor, para la seguridad de los cuales será bien que embíes antes una pública fe de salvoconducto con la firma y sello de tu señor para que puedan libremente ir y libremente bolver. Dios sea contigo. De Rodas, etc.

Capítulo XI. De cómo salió en vano la traición que Pirrho armaba contra los de Rodas y de la gran diligencia que todos traían en proveher todo lo que a la ciudad convenía. Y de cómo los turcos tomaron un bergantín de Rodas por desdicha, estando surto y esperando tiempo.

Partidos los mensajeros con las cartas del gran Maestre, salieron de la ysla y pasaron a la tierra firme. Y luego como a tierra llegaron, el embajador turco que las otras había traydo, salió, aparejado un muy buen caballo y ciertos turcos para le acompañar. Cabalgó con el rostro no muy alegre por no llevar la presa que deseava y diole de las espuelas con tanta priesa y enojo que, corriendo cuanto podía, desapareció y se fue sin más curar del compañero cristiano que con él iba y llevaba las cartas del gran Maestre. El cristiano como se vido solo, y el turco tan poco caso dél había hecho y así lo había dejado, determinó de no pasar adelante, antes de dar la vuelta a la ciudad. El cual, como volvió luego y contó al gran Maestre y a los caballeros todos lo que le había pasado con el embajador turco, dio muy gran deconfianza de paz. Por lo cual luego, a mucha priesa, fueron embiados dos compradores a la ysla de Candia con dineros para que truxesen vino y flecheros los que pudiesen de la dicha ysla, porque Candia usa mucho de flechas, la cual está puesta en medio de cuatro mares. Tiene a la parte septentrional al mar Egeo y, a la occidental, al mar Jonio, mares de la Europa. Hazia la parte del oriente tiene al mar Carpathio y Egyptio, los cuales son de la Asia y, al mediodía, al mar Africano. Luego, desde a pocos días, vinieron cartas de la ysla del Taxo, las cuales decían y avisaban cómo las galeaças, galeras, galeones y naves otras estaban ya varadas al agua y armadas y muy bien proveydas, y que los turcos partirían al nacimiento de la luna, porque tienen ellos este principio ser muy bueno y favorable en todas las cosas y negocios arduos que han de comenzar. Lo mismo decían y avisaban los vendedores del pan y semillas otras de la ysla de Palamos, famosa y muy nombrada con los huesos y reliquias de san Juan

Theólogo, los cuales dichos vendedores traían, en un gran navío, trigo muy bueno de Negroponte y debajo de simulación, o especie de lo vender, vinieron a Rodas y pesquisaron e inquirieron por mandado de los turcos, a los cuales dan tributo y parias, muchas cosas y avisos que ordenaban en la ciudad. No con menos diligencia, el gran Maestre embiava galeras y bergantines para inquirir y saber todas las cosas y secretos que podían por cerca de las yslas y a la redonda de ellas. Fray Juan López Bellovaco, caballero muy diligente y solícito, el cual después fue muy mal herido en la defensa de la posta y valuarte de Inglaterra, hizo así mismo muy bien todo lo que le fue encargado y trajo consigo a Rodas un galeón muy grande cargado de trigo. Fue muy desdichado un sargento llamado fray Alonso, patrón de un bergantín de ximiacones, el cual estando con su bergantín en una estancia secreta esperando tiempo para salir, dejó a los marineros y remeros salir a tierra y apartarse más de lo que convenía y dio una fusta grande de un cosario turco sobre él de presto, el cual, como los vido, comenzóse a defender lo más reziamente que pudo muy gran rato porque allí le matasen y no ir bivo en cautiverio de sus enemigos, por lo cual fue muy mal herido y en fin preso. Y llevaron juntamente con él, el bergantín con todos los marineros y gente que estaban dentro salvo aquellos que la suerte y sus buenos pies pusieron en salvo. Mucha mayor pena y dolor dio a los de Rodas el afrenta e injuria que de aquello recibieron, que no el daño que en ello les pudo venir, porque había ya muchos años que galera ni bergantín de Rodas no había venido en poder de turcos. Mandaron luego muy presto, y con muy gran diligencia, armar las galeras y galeones de la religión y salir por toda aquella parte de los puertos y riberas propincuas para ver si podrían hallar al dicho cosario, por allí donde quiera, econdido con la presa.

Capítulo XII. De la grande arte y astucia que los turcos tuvieron en prender a Jacome Acsi, vezino natural de Rodas, y llevarlo a Constantinopla. Y de cómo los de Rodas, muy de hecho, se comenzaron a apercebir y aparejar para el sitio y guerra.

Estando una noche siguros los de la ciudad y velando con diligencia, vieron las velas cómo de la parte de tierra firme hacían ciertas llamaradas y señales de fuego con hachos, con las cuales daban a entender que estaba allí algún hombre que quería hablar con los de Rodas. Por lo cual mandó, luego de mañana, la sacra religión aparejar muy bien y presto una galera, en la cual iba por patrón fray Maneton, caballero francés prudente y muy sagaz en los peligros y trayciones, para que pasase y supiese lo que era, en compañía del cual iba un varón llamado Jacome Acsi, ecrivano de galeras de la sacra religión, para que mejor, así de los moradores como de los amigos y aliados, supiesen y pesquisasen también juntamente con mucha industria y secreto todas las cosas que se decían y sonaban del sitio y guerra que se esperaba. Era

este dicho Jacome Acsi no solamente muy sabio y entendido en las cosas de la mar y puertos y provincias estrañas, pero también muy prudente y experto en negocios y cosas civiles y comunes, y muy querido y estimado de los mercaderes turcos, cuya lengua y habla sabía y entendía muy bien. Llegada ya la galera cerca de tierra, los que dentro iban vieron estar cerca de una fuente a ciertos turcos comiendo y beviendo y, en placer y sosiego y a la redonda de ellos, ciertos fardes y líos de tapetes y alcatifas y de algodón y otras maneras así de mercaderías, las cuales los turcos solían conmutar y trocar con los mercaderes de Rodas por paños de lana. Como los unos a los otros se vieron, saludáronse con mucho placer y diéronse fe y siguro de una parte a otra. Esto ya concertado, los turcos rogáronle a Jacome Acsi, porque él era el intérprete, que saliese en tierra a comer allí y holgar con ellos, mientras que de una casería allí cerca venía un fulano turco muy amigo suyo con el cual había mucho tiempo conversado, que le quería hablar cierto negocio que complía mucho. Como esto oyó Jacome Acsi, respondióles que en ninguna manera él saldría de la galera a tierra sin que primero diesen rehén y prenda alguna que por él quedase en la galera. Los traydores como esto oyeron, alegres de ver buen comienzo a su trayción, dieron muy grandes grytos de risa y placer y, luego sin más tardar, mostrando mucha siguridad con los rostros, hacen meter la mercadería toda que allí estaba y un turco muy bien ataviado por rehén en la galera. Entonces Jacome Acsi, viendo tanta siguridad y el rehén de tan buena voluntad dado y que parecía persona de manera, salió en tierra y, luego como a ellos se llegó, vinieron todos a él a lo abraçar y recibir con mucho amor. Y desque estuvieron ya juntos par de él, hacen señal muy de presto (según que entre sí ellos tenían acordado) y salen muchos turcos otros de ciertos lugares ocultos do estaban econdidos y echáronle mano muy fuertemente y, tirando dél con mucha priesa, echáronlo sobre un caballo muy ligero y, caminando con la mayor priesa que pudieron, dieron con él en Constantinopla. Así como el mísero de Jacome Acsi llegó a la ciudad de Constantinopla, fue luego puesto a cuestión de tormento y, atormentado de todos los tormentos más crueles que pensar se pueden y en un cuerpo humano se pueden expender y dar, no pudo menos que decir y confesar todo lo que en Rodas estaba hecho y ordenado. Y aún lo no hecho ni ordenado tampoco, hasta que ya aquellos crueles enemigos estuvieron satisfechos y bien contentos. Pero como la galera, en que Jacome Acsi había sido preso, dio luego la buelta para la ciudad y el patrón, o capitán de ella, contó lo que había pasado y la gran trayción que los turcos habían hecho, luego todos los caballeros y vezinos de la ciudad, a una voz, comenzaron a alabar y a aprovar la sentencia y parecer y maravillosa prudencia de aquellos que fueron autores en revocar y contradecir la embajada que en el consejo de los caballeros se ordenaba para enviar al Turco. Y porque la tardanza mayor no truxese más daño y perjuizio, luego se apregonó y mandó que todos se dejasen de todas y cualesquiera causas y pleytos, oficios y negociaciones. Y repartieron sus velas por barrios para que con mucha mayor

diligencia velasen. Y suben por las postas y valuartes todos de la ciudad muchos haces de lanzas y municiones otras para pelear y aparéjanlas como convenía. Tyros, así mismo, de artyllería por los muros muy bien puestos y asestados y por toda parte mucha gente muy bien armada y repartida para guardar y defender. Abrióse la casa pública de las armas, la cual estaba llena de increíble aparato y provisión de todo género de armas y cosas necesarias para la guerra. Hervía toda la ciudad trayendo y acarreando armas para donde convenía. Luego, los sargentos y capitanes comenzaron a hacer sus listas y copias de la gente que en la ciudad había y hallaron que podría aver cinco mill hombres, pocos más o menos, buenos, hábiles y sanos para poder tomar armas y pelear. Entre los cuales hubo casi seys cientos caballeros comendadores, los cuales pelearon muy fuerte y varonilmente. Uvo, así mismo, quinientos hombres candiotes muy buenos y los demás que fueron de provecho eran marineros, remeros y gente común. Al esfuerço y virtud de los cuales, ayudaron y encendieron mucho los dichos capitanes y corredores de la mar Miguel Vital, varón francés y muy rezió y esfuerçado en la batalla y pelea por la mar, y el muy dichoso varón Juan Cherino, natural de Cáliz, y un caballero siciliano y otro de Rodas natural, que se decía Nicolás Mego. Los villanos y gente baja que allí se hallaron y allegaron, así de los campos y labranzas como trabajadores de la misma ciudad, aprovecharon mucho en el dicho sitio, no tanto peleando quanto cabando y sacando y llevando tierra. Toda la otra gente de la ciudad, así como oficiales y mercaderes (sacados algunos varones de ellos que, a la verdad, eran muy esfuerçados y diligentes en lo que convenía) era muy para poco, sin fuerzas y ni para trabajo ni para peligro asaz buena y, por tanto, con muy gran pena y temor del mando, estaba queda en sus estancias y con sus señas o vanderas. Y siendo, a la verdad, muy más hábil de la lengua que no de las manos, cargada de armas y ecudos, tuvo por cierto mucho más de ostentación y jactancia que no de fortaleza y coraçón. Andando pues la fama del dicho sitio y batalla que así se esperaba, y de nuestros ánimos y mucho esfuerço en esperar tan mortal y poderoso enemigo, y extendiéndose más cada día, así por las yslas del mar Jonio como por todas las yslas otras del mar Egeo. Juan Antonio Bouladio, veneciano maestro de su fortuna, vino luego de Candia para Rodas. Y digo maestro de su fortuna porque como, a la verdad, él fuese de gente baja y no hidalgo de linaje, por acuerdo y determinación del consejo y votos de los comendadores, contra todos los estatutos antiguos, por aver muy bien servido a la república, fue admitido por caballero en el orden de la caballería y armado caballero, como dicen, de espuelas doradas. El cual trajo vino y mucha provisión de toda manera y gente muy ecogida y dispuesta. Luego, desde a pocos días, Domingo Fornario, gynovés, varón muy prudente, diligente, ardid en la guerra, de muy buen consejo y muy subtiles avisos, viniendo de la Alexandría para Sicilia, traía una muy gran carraca cargada de muchas mercaderías y muy ricas. Y tocó en la ysla a media legua casi de la ciudad, lo cual como la sacra religión supo, con

acuerdo del consejo y diligencia de los de la ciudad, fue rogado y traído a la ciudad y recibido de las galeras con muchos tyros y gran placer. Porque con la venida de tan grande carraca (la cual traía armas y gente en mucha abundancia) se alegraron y consolaron mucho los de Rodas, aunque todavía desmayaban todos los más en el velar y guarda de la ciudad. A los cuales el muy reverendo padre fray Leonardo de la Ballesta, gynovés, arzobispo de los latinos, varón de muy gran doctrina e inteligencia de la sagrada ecriptura, y de tan alta y tan abundante memoria que casi parece cosa sobre natura, pues que con ella yguala o, porque mejor diga, vence a Cyro y a Mithrídates porque, en la verdad, él es muy agudo en sentencias, las cuales tiene tan continuas y casi a la mano que a cada palabra no le faltan. Es muy adornado de gracia en muy suave decir y habla, y que lo que quiere persuadir lo imprime tan en el corazón que más no se puede pensar. Así que este tan divino predicador, con sus palabras y maravillosa eloquencia, no desemejante de la que Oynea y Perycle tuvieron, los inflamó y encendió para osar y acometer a cualquier peligro y gran hazaña en un sermón maravilloso, que el gran Maestre y caballeros todos, así de la sacra religión como de la ciudad, hizo un domingo por la mañana, día de la santísima Trinidad, en el templo de san Juan. El tenor y forma del cual, por ser tan excellente y devoto, quise poner aquí para que se vea y note. Y es este que se sigue.

Capítulo XIII. Del devoto y muy católico sermón que el arzobispo de los latinos, fray Leonardo de la Ballesta, hizo a los comendadores y pueblo todo en el templo de san Juan el día de la santísima Trinidad.

El santo oficio y cargo que en la iglesia de dios tengo, gran Maestre y nobles y muy esforçados caballeros, me costrñe y amonesta que en tal día como este, el cual nuestros mayores quisieron que fuese dedicado a dios trino y uno, hable y diga un breve sermón a vuestra señoría y noblezas todas, el cual solamente sea de la fe y divina religión nuestra. Pero considerando y, con atención, mirando la manera y trabajoso modo y estado de nuestra república, concordaré mi sermón con el tiempo, para lo cual infunda dios, nuestro señor, su gracia porque mejor mis palabras se impriman en vuestros ánimos y generosos coraçones. En el cual dicho tiempo, no tanto se ha de predicar la fe quanto defenderse de un enemigo muy cruel y perverso, al cual vemos con tanta priesa y diligencia venir con infinitas copias de gentes y ejército, por tierra y por mar, para nos destruyr y cautivar. Al cual no dudo yo, por cierto, que resistiréis como es propio y decente a varones fuertes y caballeros de Rodas, y como siempre hasta ahora avéys hecho. Para lo cual yo muy bien sé que no ay necesidad que, con mis palabras y oración o de otra cualquier persona, seáys movidos o incitados. Pero por me satisfacer a mí propio, a quien así mismo esta cruz pastoral enseña y amonesta trabajar y buscar todo cualquier medio para toda destruyción y daño del turcayco nombre, y porque también ninguna duda o ecrúpulo quede en vuestros coraçones, determiné y propuse, nobles caballeros, de os dar fe y toda certidumbre de victoria con razones y argumentos muy suficientes y verdaderos. Por tanto, suplico os que como comenzastes, me oygáys y, a lo que

diré, estéys atentos porque yo usaré de sermón cual el tiempo y lugar demandan. Quiero decir verdadero, claro y muy breve. Y pues que así es, lo primero, que señores os ruego y suplico, es que no déis oydos ni atención a unas vanas palabras llenas de necios agüeros de algunas personas por ay, los cuales siempre todas las cosas toman e interpretan a la peor parte, como que ahora la divina Majestad haya estatuydo y determinado alguna cosa más dura y cruel contra nos. Yo os mando que dexéis el tal temor y vano pensamiento, no porque niegue o contradiga que si nos quiere castigar según que merecemos y nos lleva por todo rigor de justicia, dignos por cierto somos de todos los tormentos, trabajos y persecuciones que pueden ser, pero no se deve creer ser en el piísimo dios tal voluntad e intención pues que, en la verdad, él mismo prometió a su familia que a sus siervos liberalmente perdonaría cualquier culpa y pecado luego que comenzasen a ser mejores y más diligentes en su servicio y voluntad, como vosotros ahora avéis hecho sacros caballeros, lo cual también querría yo y deseo que siempre hagáys. No temáis pues este tan grande y tan temeroso aparato y ejército, el cual, aunque a la verdad yo conceda ser movido y levantado, permitiéndolo el alto dios para contra vosotros y vuestras vidas, no por eso se ha de creer que seréis derribados o vencidos, o que este vuestro ilustrísimo estado militar será desbaratado, teniendo al bienaventurado san Juan Baptista por patrón y defensor, el cual creemos ser el primero y más privilegiado en el cielo cerca de dios. No dará él, por cierto, tanto lugar ni permitirá tanta osadía a un tan perverso y cruel enemigo de su nombre. Pero como es costumbre de los severos y rígidos padres a los hijos que mucho más aman y quieren traberlos por más duros trabajos, así quiere nuestro alto y muy piadoso dios, en este tiempo ahora más principalmente, que elegistes un tal capitán y Maestro que pocos, por cierto, en batalla, armas y fe se le podrán ygualar, hacer vuestra religión y sacra orden de caballería muy más illustre y famosa con trabajo de un sitio, conquista y batalla muy dura y dificultosa, porque no siempre estos destas espaditas que allá por el occidente están y se pasean os den en la cara y barvas con la ociosidad y covardía, siendo ellos mismos los más covardes y descuidados de todos. Por tanto, dad muy grandes gracias a nuestro dios, trino y uno, cuya festividad oy celebramos y no penséys que él todas las cosas permite y deja ser por fortuna y desvarío de casos regidas y administradas. Él tiene cuydado de sus cosas, de ampliar y fortalecer su santafe católica, firmar y fundar la religión, codiciar la exaltación de su culto y nombre, examinar y juzgar todos los humanos pensamientos e intenciones, aunque sean muy secretos. Saber todo lo que tiene en el pensamiento y voluntad este su muy cruel y perverso enemigo, que ya cada día más siembra y, a hierro y a sangre, derrama la mahoméica ponzoña, de la cual siempre ella en su primer principio nació. Contra el cual convenía mucho, y era muy necesario, los reyes y grandes señores todos del occidente levantarse y, todos a una, venir porque la fuerza y dura violencia de tanto mal no se extendiese más. Y dejados los odios y particulares intereses, de un ánimo y voluntad todos, darle a entender a este tan sobervio tirano, con dos tan agudas y duras espuelas, exagitado para tomar y robar lo ajeno. Conviene a saber, ambición y codicia, la primera de las cuales le da la poca edad que tiene, que son xxviii años y, la otra, el natural y fuerza de la sangre scythica donde deciende, cuan desvariada y peligrosa osadía sea sin mucha consideración con un juvenil y desordenado ardor de la batalla por artes y subtiles mañas buscar gloria y fama, y acometer y molestar a la gente dedicada a Jesu Cristo, y convertir y bolver aquellas sus huestes, sus flotas y armadas, sus ejércitos y aquellas mismas

espadas, de las cuales hasta ahora han usado contra él mismo como contra un enemigo común de cada uno de nosotros. Porque siquiera ya alguna vez reciba y pase los trabajos y daños que él mismo nos piensa dar y hacer a nosotros. Pero esto, a la verdad, en balde se predica y canta a sordas orejas, como dicen. Están las tristes ciudades cautivas alzando las manos humildes y demandan con tribulación y duro trabajo el socorro y ayuda de los reyes y príncipes cristianos. Cree y confía la afligida ciudad de Belgrado, ahora poco ha tomada, que será presto restituída y buelta de tan cruel cautiverio y trabajo a su primera libertad y decanso. Constantinopla, la más noble y más famosa ciudad de la Tracia, podrida tantos años ha ya en los hierros y prisiones del cruel e infernal cautiverio turcayco, todavía aún no pierde la esperanza de su libertad, la cual en nosotros tiene la ysla de Negroponte los ojos tiene siempre puestos en Candia, mirando y con dolor suspirando hazia la figura y armas de san Marcos. Y con todo eso, ellos tienen en nada las fatigas y miserables quejas de tantos tristes y afligidos por estarse ocupados e impedidos en guerras y bandos entre sí propios, ninguna otra cosa pensando sino en armar y llevar ejércitos y gente unos contra otros, juntar señas y pendones, encontrarse y pelear mortalmente unos contra otros. Cuántos años ha ya que vemos los reinos todos del occidente revueltos entre sí mismos y los reyes dando y recibiendo batallas unos a otros. Y los pobres pueblos, entre tanto, robados y destruídos en sus heredades y casas, y hartos y aborrecidos ya de tantas muertes, robos, encantamientos, haciendo procesiones, votos y sacrificios por los templos y lugares de devoción por la paz y concordia, muy en vano demandar y suplicar a dios que buelva los ánimos y coraçones de los príncipes cristianos contra los turcos, crueles enemigos de la santafe católica. O crueles y malditos encantamientos y hechizos con que las vistas y ojos humanos así están inficionados y corruptos. Tienen los de España, y gentes todas con ella ligadas, por cosa muy alta y de gran fama henchar la Italia de hogueras y sepulturas de franceses. A los franceses, por el contrario, parece muy gran victoria pasar de una parte a otra los Alpes por cima de los cuerpos muertos de los caídos y derribados en las batallas. Los suýcaros, vendiendo muy bien por infinito oro su guerra o su paz, andan de unos en otros a quien más les da. O fatal desvarío y furor de ambas las partes, o deshonra y perversa afrenta la de nuestros tiempos, o notable infamia y bien notada mácula de nuestra edad y siglo en que bivimos, la cual en ningún tiempo jamás podrá ser quitada o deshecha, o piedad, o antigua fe de nuestros mayores, los cuales, dejando por causa de defender la cristiana república y católica fe sus particulares voluntades e intereses, ordenaron y armaron copias de gentes, flotas y armadas muy grandes y todo lo que más convenía y era necesario para una muy luenga guerra y conquista, con los cuales dichos aparejos y medios entrasen y tomasen estas remotas provincias y regiones de la Asia acá tan apartadas y metidas. Ahora dadme a alguno del orden de los pontífices, de los emperadores, o de los reyes que esté solícito y cuydoso de ampliar y extender los fines y términos del imperio cristiano, y diré que he visto lo que nunca fue. Los tiempos pasados, el papa Urbano secundo, en el concilio que ordenó y convocó en Monteclaro, en tanta manera encendió e inflamó los ánimos y coraçones de los cristianos para armar y mover guerra contra estos crudelísimos turcos que trezientos mill hombres cristianos se determinaron ir por ganar y recobrar la casa santade Jerusalén contra los moros, los cuales traían también entonces guerra con los turcos. Y pasados muy grandes y muy trabajosos caminos, en muy poco tiempo así por mar como por tierra, tomaron a Nicea,

ganaron a la ciudad de Antiochía, a Jerusalén, Heraclea, Tarso y volvieron y restauraron otros muchos lugares y tierras al poder y señorío de los cristianos. Carlos, que por la grandeza de las infinitas hazañas que hizo se llamó el Magno, no contento con aver metido debajo del yugo de Jesucristo a los Españoles y Saxones, pueblos bellicosísimos y de dura y repugnante cerviz, como oyesen que Jerusalén estaba opprimida y afligida con el señorío y mando de muy grave multitud de bárbaros, con maravillosa presteza y diligencia pasó allá y echó e hizo huir a los bárbaros de toda ella. Y libre la ciudad de todo miedo y temor, y guarnecida de muy firmes socorros y gente, tornó a traer los cristianos a ella para que biviesen en su libertad. Vino también a ella Baldovino, conde de Flandes y emperador de Constantinopla, con sus alemanes y húngaros. Vino, así mismo, el emperador de Alemania Frederico Barbaroxa, lo cual si ahora se hiciere o acaeciere, yo digo que daré con el dedo en el cielo. O cielo, o tierra, o mares. No puedo más conmigo, caballeros, aunque no quiero y por fuerza me rebientan estas exclamaciones del corazón, porque veo que me es por fuerza ya hablar y decubrir el triste y cubierto dolor. No me basta ya razón para me contener y refrenar, viendo en tan pública y clara destrucción y pérdida de la fe y sanas costumbres, a los mismos que son cabezas y caudillos de la cristiandad y católica religión, heridos e incitados con la morcada y estímulo de venganza desvaynar la espada que el alto y piadoso dios les dio y entregó para saludable amparo y defensa de los simples e inocentes, guarda de su desarmado pueblo y socorro de su santafe católica, en defensa de lo cual la vibrasen y rodeasen contra los contrarios y culpados, contra los malhechores, contra los burladores y menospreciadores de la cristiana religión, contra los enemigos mortales de la divina majestad, desvaynarla ahora y meterla con mortal yra por las entrañas de los próximos y hermanos (porque en la verdad hermanos y muy hermanos somos todos, pues que todos en el cielo tenemos un común padre Jesucristo), pero diciendo la verdad y hablando más a la clara, ninguna efigie ni semejanza de verdaderos hermanos tenemos, siendo muy verdaderos y conjunctísimos hermanos, solamente usamos de una vana sombra y fingidas ymágenes. Pero, aunque hasta aquí ha reinado el furor y ocio (como dicen), por ventura que de oy más querrá la cristiana libertad que el tiempo así en vano no se pase. Buelvo luego a mi comenzado propósito y digo os, señores caballeros, que tengáys buena esperanza, a los cuales el piadoso Jesucristo, mientras que todos los demás no se acuerdan de lo que les conviene y lo tienen en tan poco, ha dado y entregado este tan crudelísimo enemigo de su santo nombre para ser vencido y derribado. Pues que así sea con santay católica esperanza y con entero corazón, dios guiando, tomad las armas y derribadme con esa vuestra nobilísima espada y fuerza, aquellos bravos y furiosos spíritus que ante los ojos de los turcos están. Y como el santo David mató a Golía, así herid y derribad aquel suzjo y hediondo cuerpo de aquel tirano cubierto de hábito y vestidura bárbara, el cual maldito cuerpo, según la detestable costumbre de su secta, suele después de aver largamente comido y demasiadamente bevido hacer y padecer detestables y nefandas lujurias y suziedades, derribado pues y con muy crueles feridas y rabiosas estocadas pasado, quemado en bivas y vengadoras flamas. Lo cual, por cierto, si tú, fortísimo Maestre, con esta tu noble y sacra militar caballería de animosos caballeros hicieres, y con tu buena ventura acabares, qué maravillosa alabanza y fama y qué preciosísimos espolios e insignias alcanzaras. Si es nombrado y afamado Scipión porque echó a Aníbal de la Italia, si tiene maravillosa alabanza y memoria Aphricano porque destruyó dos ciudades

inimicísimas del Romano imperio, si es eterna y perdurable la fama y gloria de Mario por aver librado dos veces a la Italia del cerco y temor de cautiverio y perdición, cuánta mayor y mejor gloria es la que tú esperas si hicieres a los turcos por fuerza salir y huir de los términos y confines de las tierras de los cristianos, contra los cuales se aparejan ya, y destruyeres esta perversa superstición y secta mahomética, y librarés del temor y miedo y mortal cautiverio a eso que queda de toda la Grecia católica, a Chypre, Candia. Y quiero decir a toda la Italia. Porque, en la verdad, si aquí ahora en esta nuestra batalla y sitio, este perverso tirano y mortal enemigo vençe (lo cual dios no quiera), luego sin más tardar, llegado infinito ejército de varias y diversas gentes y naciones, ha de venir sobre estas tierras y provincias que he nombrado, destruyrlas ha, robarlas ha, quemarlas ha, y meterlas ha debajo de la prisión y cárcel de duro y mortal cautiverio. Ea pues, poderosísimo Maestre, aparéjate. Aparéjate con tu fortísima espada y enardecido corazón. Ea vosotros, sacros caballeros, estad fuertes en la batalla y pelead con este antiguo y enponzoñado serpiente. Y no os muevan ni espanten los grandes ejércitos y huestes de los contrarios, antes pensad y mirad lo que hace al caso y toca en la verdad, la muerte y la vida de los hombres ser en mano de dios, el cual no tanto suele favorecer a la demasiada multitud quanto a la bondad y santidad. Cuántas veces hizo al pueblo de Isrrael, estando cercado en breve espacio de tierra y con muy poca gente y pobre ejército para contra innúmeras gentes y muy armados ejércitos de los amorreos, egyptios, moabitas, phylisteos, madianitas y cananeos, salir gloriosamente vencedor con muy san as y famosas victorias, quedando los contrarios del todo destruídos y muertos. Contara os aquí ahora también (si no oviera prometido de ser breve) los exemplos profanos y gentílicos de las copias y ejércitos de Xerxes y de Darío, y de todos los demás, los cuales en las historias, así griegas como latinas, son muy notos y sabidos, de los cuales tomamos aviso y doctrina y nos dan a entender para alcanzar victoria de nuestros contrarios, ser más necesario esfuerço y osadía que no demasiado número de gente. Porque la tosca y bárbara multitud y al uso y exercicio de las armas no dada (según que aquel famoso escritor de las cosas de guerra dice) siempre es más dispuesta y aparejada para ser muerta, o para huir, que no para victoria. Por lo cual Alexandre Magno, como aliende de sus maçedores, pudiera muy bien sacar de todo el mar Yllírico infinito número de gentes en sus ejércitos, nunca jamás quiso llevar consigo más de cuarenta mill combatientes, diciendo que lo que más se lleva nunca puede ser bien ordenado y que es más para dar trabajo al regidor y capitán que no provecho en la pelea. Pues que así es, yo os digo y amonesto, nobles caballeros, que en este sitio que ahora esperáys, uséys de ánimos y coraçones dignos de vuestra bigalguía y nobleza. Quiero decir nobles y osados en la pelea porque, en la verdad, grande es el peligro a los que mucho temen y la osadía sirve de muro a los osados. La cual os deven dar y augmentar las cosas y provisiones todas que son necesarias para dar la batalla próspera y dichosamente, pues que las tenéys muy en abundancia y a punto. Y pues que así mismo, aunque no diga ni faga mención de la necesidad que tenéys de bien pelear, la cual, aunque fuese sola y sin otros medios, suele a los covardes hacer esfuerçados y a los temerosos osados, lleváys mucha ventaja a vuestros contrarios en las armas y doctrina militar. Podéys siempre estar muy bien cubiertos de todas armas y vuestras personas muy siguras, porque está sobre vuestra cabeza un capaçete alto y muy hermoso con su penacho muy sobervio. Turba la vista casi el arnés con su resplandor en vuestros cuerpos, las manos guarnecidas de hermosa rodela y rutilante

espada. Las piernas y pies llenas de duro y muy fuerte hierro y no por eso pesadas o torpes para dar ligero salto y entrar en rezia lucha, porque el mucho uso y cotidiano exercicio fazen ser livianas las armas y, a la pesada carga del hierro, ligera. El cual uso os ha enseñado y mostrado muy bien todas las primeras y muy sutiles artes de guerra, tirar muy bien una ballesta o flecha, soltar sin errar un tyro de pólvora, rodear y arrojar con mucha fuerza una lanza, herir a punto y donde queréis con el espada, regir y gobernar con gran prudencia una flota por la mar. Y entre dos grandísimos e inevitables peligros, que aun mentar los pone temor, que son agua y fuego, siempre salir vencedores. Y dezidme ahora, ¿temeréis al mundo todo que sea, cercados de muy excelente terraplano o padraastro, fosa muy honda, ante muro muy fuerte y muro de cien pies en ancho y por todo vuestro muro torres y valuartes, infinito aparejo y número de muy ricos tyros de artyllería de todo género y forma? ¿Desmayaréis en defender tal ciudad y fortaleza, la cual oy ha cuarenta años que, estando desarmada y sin provisión ninguna, defendistes de tantos bárbaros como sobre ella vinieron? Y ¿dejarla eys ahora? ¿No pelearéis con muy grande esfuerço teniendo tal guía y capitán como este vuestro gran Maestre, Philipo Vilerio de Lisladam?, a quien todas las artes y doctrinas bélicas y militares vienen de herencia y linaje de la sangre (por parte de su padre y abuelos) de los generosos y muy esforçados lisladamos. El suelo y natural del cual, y su magnífico nombre, a los que bien lo consideran prometen gloriosa victoria y muy famoso triunfo. Porque “philipos”, voz y palabra griega derivada y sacada del estudio y exercicio de los caballos, en latín quiere casi decir batallador y vencedor. Y si también comparáremoslo por facer con lo fecho, la próspera victoria que hubo tan sin sangre en tomar la flota y armada del Soldán, ¿no nos prometía entonces la victoria y alegre triunfo de ahora? Ea señores, pues que así es, pasead y sofrid con esforçado y constante ánimo y enardecido corazón el sitio y crudas batallas que esperáis. Que luego vendrán del occidente de presto socorros que os están aparejados, así de los reyes todos como de los caballeros de vuestra religión y sacro orden. Comenzad la pelea y batalla con mucha alegría y no temáis a unos enemigos y contrarios casi desarmados. Y contentos con sola una adarguilla o pequeño ecudo y una espada colgando por las piernas desnudas y desarmadas, porque nunca ellos usan de capaçete ni arnés. Y estos a sabiendas, y porque así les cumple, lo hacen porque las tales armas no convienen para locos y huydores, si a la primera grito no les va bien y vencen. Para esforçados varones y caballeros convienen y son necessarias, que han de estar quedos en la hueste aparejados y a punto o para vencer o para morir hermosa y alta muerte con mortales heridas. Lo primero de lo cual ha de ser deseado y lo segundo (si la necesidad lo hiciere) no ha de ser temido, mayormente de caballeros que confiesantaCristo, nuestro redentor, y a la sacra y muy noble caballería juntamente.

Capítulo XIII. De cómo todos los de Rodas se consolaron mucho con aquel sermón y de cómo luego entendieron en proveher algunas cosas que convenían para la defensa de la ciudad.

Alegróse mucho el gran Maestre, caballeros y pueblo todo de Rodas con este tan santo sermón y maravillosa persuasión. Y luego el capitán de la galera que había traydo el rehén por Jacome Acsi y otros caballeros que habían

atormentado al dicho turco hicieron saber al gran Maestre todas las cosas que decía y confesava. El cual turco, según que yo vi, aunque venía vestido a manera de caballero y persona de manera, en su modo y costumbres y manera de hablar era muy rústico y bestial porque la gente turca, desde niños, no se dan a otro oficio o exercicio sino solamente a criar y guardar ganado. Así que el dicho turco respondía muy libremente y sin ninguna ficción o doblez a todo lo que le preguntaban, diciendo cómo el gran Turco, su señor, aparejava en los confines y puertos de Caria y Licia una muy grande armada y que estaba hecha mucha gente para enviar a las últimas partes del gran Sophí Hismael. Y, en la verdad, el dicho turco no mintió en ello porque el perverso tirano del gran Turco, por disimular con nosotros y hacer que no tuviésemos sospecha de la guerra y sitio, porque sabía el bien que habíamos de inquirir y pesquisar todo lo que ordenaba y hacer quería, envió alguna gente, de la que estaba allá más propincua y fiera y bellicosa, bien lexos la tierra adentro a guardar el estrecho y entradas del monte Amano, porque en tanto el Sophí no viniese de sobresalto sobre el reino y tierras del Soldán que poco antes el Turco le había ganado, pero poco aprovechó su engaño y simulación porque, luego, el Maestre acompañado de muy buena guardia de cien varones muy ecogidos, cuyo capitán era fray Juan de Bonualle, caballero alberniz, hombre de muy grandes fuerzas y de gentil rostro, y para dar mayor esfuerço y ánimo a los que así esperaban de ser cercados, salió cabalgando a visitar todas las partes exteriores de la ciudad y miró con mucha diligencia los muros todos, los terraplenos, postas y valuartes y visitó muy bien cada uno de los lugares y partes que convenía ver y visitar, mirando y considerando con mucha sagacidad y prudencia las cosas, así de los suyos como de los contrarios, y cuáles fuesen provechosas a los unos y a los otros y cuáles no. Mandó guarnecer y fortalecer muy bien los molinos de viento que estaban a la parte del occidente, los cuales están fundados en un bajo que allí se hace de mar. Fray Francisco Fresnayo de la Romania, caballero francés muy accepto y querido de todos, así por su mucha crianza y virtud como por su mucha liberalidad, el cual después peleando muy varonilmente en la posta de Italia murió, nombrado y elegido por capitán y curador, así del dicho lugar como de una nao muy grande de la sacra religión, tenía cargo de facer y proveer lo que dicho hemos, lo cual procurava con mucha diligencia y astucia. Porque ante los dichos molinos, los cuales había ya cercado de muy rezia palizada y torres hechas de madera muy gruesa y fortadécidola de toneles y pipas llenas de tierra mojada y piedras bien pisadas y tapiadas y de tiros muy buenos de artillería, grandes y pequeños, según que a cada lugar y parte convenía, puestos por toda parte de la cerca y palizada, fizo hundir debajo del agua, un poco más adelante del dicho lugar, en lo más hondo del agua, algunos navíos y naves otras pequeñas llenas muy bien de lastre y piedras, por cuyo impedimento y peligro las galeras de los contrarios no osaban después llegar algo cerca del dicho muro y palizada, aunque con tiros y fuerza de la gente la combatían muy

crudamente. El puerto estaba siempre cerrado y atajado de una punta a otra, en la entrada dél, con una muy grande y muy gruesa cadena de hierro muy fuerte y de infinito peso. Y los antiportes, que a manera de boyas nadando sobre el agua sustentan y tienen a la dicha cadena para que esté alta, la cual entra por unas argollas de hierro gruesas que están en las frentes de los antiportes y pasa por cima de ellos por las dichas argollas hasta la otra punta del puerto, fueron muy bien atados con cordeles y cables muy rezios, unos con otros, porque estuviesen seguros y firmes. Los cuales antiportes o vigones ya dichos iban también en cerco desde el muelle de los molinos de viento, ya dichos, hasta la torre de san Nicolás, que es algo adelante del puerto. Con la cual providencia y reparo no pudieron los contrarios hacer daño por la mar y quedó burlado el combate y batería que ellos esperaban dar por la vanda del puerto, del cual combate traía cargo Cortugol, el cual lo había demandado en merced al gran Turco y el Turco se lo otorgó a él y a todos los otros cosarios turcos como él. El hermano del cual Cortugol, que arriba dijimos que estaba en prisión dentro en Rodas, como hubiese ya mucho tiempo que estaba en la prisión, estaba muy afligido y flaco y, sacado para trabajar en el dicho sitio, mostróse muy desvariado y negligente en las obras públicas en que andaba y trabajava, con otros más de mill turcos que en ellas también andaban y servían. Y así murió allí con otros muchos de ellos, los cuales murieron así de los tiros que los contrarios tiraban como de la mala vida y grandes trabajos que pasaban velando, trabajando, corriendo y trayendo y acarreando a costas todo lo que era necesario. Murieron, así mismo, muchos de ellos en un alboroto y ruydo que se levantó y revolvió muy desvariadamente, así entre los muchachos como gente común y baja, donde a pedradas y cuchilladas los hicieron pedaços. Y no fue menor la desventura, por cierto, de los perros y lebreles que la de los turcos que dicho hemos, a los cuales, así porque no impidiesen como porque no comiesen y gastasen la provisión, la cual era más necesaria para la gente que no para ellos, los muchachos los mataron todos con muy gran grita que traían por toda la ciudad.

Capítulo XV. De cómo el gran Maestre hizo llamar a los vezinos todos más principales de la ciudad a consejo y del elocuente y maravilloso razonamiento que les hizo para los animar y esforçar.

El gran Maestre proveyendo en todo lo que convenía, porque cosa alguna no quedase sin ser muy bien proveyda y considerada ya desde que tuvo todas las cosas y aparejos que para la guerra y sitio convenían muy a punto, quiso tentar también y proveer los ánimos y coraçones de los que dentro de la ciudad estaban para la defender. Por lo cual, mandó llamar y convocar a los vezinos todos de la ciudad a su posada, a los cuales hizo este razonamiento.

Animosos varones y muy nobles vezinos, oymos decir cómo el gran Turco, nuestro mortal enemigo, con muy grande ejército y copia de gentes de diversas y varias naciones allegada, viene a muy gran priesa y con infernal braveza contra nos. De la natural y propia crueldad del cual y acostumbrada falsedad y poca fe no ay duda, sino que se nos podrá seguir muy gran peligro y daño, así a mí y a mis caballeros como a vosotros todos también si con fuerzas y armas no nos defendiéremos y remediáremos. Porque, en la verdad, con muy determinada voluntad y concordés ánimos, y con muy mayor diligencia y cuydado, hemos siempre destruído y maltratado sus pueblos y tierras, así en peleas y batallas por la mar como con entradas por la tierra. De las presas, que de sus campos y tierras por fuerza se han traydo y tomado, estáys todos ricos. A su gente y vasallos fasta oy día opprimimos y maltratamos en duro y muy grave cautiverio y prisión. Y esto así que él diga que, contra razón y justicia, nos dezimos que con mucha justicia y razón. Pues que sus mayores no pudiendo ya más sufrir las hondas cuevas y oscuras cavernas de aquel monte y caucásea tierra, no movidos ni levantados por derecho alguno, no por título o causa otra alguna justa, sino por sola avaricia, codicia de mandar y señorear y por mortal odio y aborrecimiento de nuestra santísima fe y católica religión, echaron primero a los cristianos de la Asiria y luego a los grecos de su Grecia, no satisfaziendo ni contentando a su crueldad e infernal braveza con matar con un solo género de muerte a todas estas dichas gentes, pero como barbarie siempre fiera y muy rabiosa les sacaron las afligidas ánimas con diversas maneras e invenciones de tormentos y argumentos nunca pensados para que más crueles dolores diesen. A los cuales este perro rapaz, si ahora así nos amenaza, muy más malo y cruel que su poca hedad requiere, y muy más arrogante y sobervio que todos ellos, grave y muy molesto advenedizo, a todos los moradores y subjectos suyos, no contento con el señorío de la Arabia, Syria, Egypto y de la mayor parte del reino de los persas y de toda la Asia, y con el imperio y señorío de tantos lugares y pueblos, trabaja y quiere en tiranía crueles muertes, batallas, robos, poca fe, odio e infidelidad contra Jesucristo, nuestro dios y redentor, y contra sus siervos y criaturas todas pasarlos y vencerlos. Y trabaja con cuantas fuerzas y astucias puede tomar y ganar nuestras yslas y las tierras todas de los cristianos. Porque ya, al fin, viéndose señor de todas las provincias y partes, y del mundo todo también, destruya las tierras y ciudades de los cristianos, meta a fierro y a fuego los cristianos todos y del todo destruya, desfaga y mate este nombre de cristiano que en tanta manera aborrece y no puede oyr. Por resistir a la cual injuria y mortal daño, el cual es imposible poder sufrir, elegimos más principalmente asiento y lugar en esta ysla de Rodas, porque nos pareció lugar muy más oportuno y aparejado que todos los otros para dar siempre guerra y resistir a los bárbaros. Hemos fecho todo lo que en nosotros fue y avéys nos vosotros en ello ayudado. Sabemos muy bien y con muy conocida experiencia conocemos cuánta sea vuestra virtud y fe, la cual no creemos ni sospechamos que ahora mudaréys. Por lo cual no os detendré en muchas palabras para os animar y hacer estar firmes y constantes en el débito de vuestra fe y oficio, ni con prolixo razonamiento os encenderé y atraheré a esfuerço y virtud, la cual las palabras ni augmentan ni disminuyen o quitan a los animosos y esforçados. Diré algo al menos, aunque poco de mí y de mis caballeros devotos y dedicados al bienaventurado san Juan. Yo estoy, por cierto, aquí con estos mis caballeros, a los cuales (según que yo espero) no faltará socorro y ayuda al tiempo que más menester fuere, así de los príncipes cristianos como de los otros caballeros míos que

allá están por el occidente, muy aparejado y fuerte para os defender así a vosotros como a vuestros hijos, mujeres, haciendas, templos, sepulchros, memorias de vuestros mayores y, finalmente, lugares sacros y dedicados a los santos bienaventurados del cielo. Lo cual podéis muy bien y firmemente creer, aunque no sea por otra cosa ni señal de mi intención, mas de por lo que exteriormente en mí parece y claramente veys. Conviene a saber: mi intención y voluntad muy sana y muy fiel, y no ahora muy descuidada ni muy torpe tampoco, en las cosas de la batalla; mi cuerpo sano y con próspera salud muy dispuesto y aparejado, así para sufrir cualesquiera trabajos como para velar y no dormir si menester fuere; la nobleza y generosidad de mis caballeros y el amor y amistad que con vosotros tenemos; la enemistad y mortal aborrecimiento con los contrarios. Aliende también de lo cual la fortaleza de la ciudad en que estamos, a la cual este sacro y muy noble orden y religión nuestra con infinito dinero así tan maravillosa y tan costosamente guarneció y proveyó de fosa muy honda, valuartes muy fuertes, muros inexpugnables, torres y municiones otras necesarias contra todo cualquier ímpetu y fuerza de tyros y artyllería. De tal manera, por cierto, que no ay ciudad oy alguna en el mundo que no solamente no le exceda, pero ni le yguale aun tampoco. Así mismo, la grande y muy sobrada copia de armas y artillería que tenemos, el vino, carne, trigo ensilado, de tal manera que ni la humedad, ni el aire, ni gorgojo lo pueden corromper, que está sobrado. Número no pequeño de gente y hombres muy buenos y hábiles para la guerra y trabajo. Leña infinita por ay a cada parte enbacinada. Mucha y muy continua abundancia de agua muy buena y saludable, la cual suele ser muy provechosa a los encerrados y sitiados para muchas y diversas necesidades. Las cuales cosas todas muy fácilmente nos prometen victoria muy cierta y el deseado fin del sitio y batallas con placer. Y añado más, sobre todo que de nuestra parte peleará la necesidad, peleará la fe, la piedad, la constancia. Peleará el amor de la patria, el amor y grandeza de la libertad y el amor de los padres, mujeres y muy caros y amados hijos. De la parte de los contrarios peleará la voluntad y liviana opinión, más de los capitanes que no de la gente, la infidelidad, crueldad, inconstancia, deseo de vuestro cautiverio y servicio, odio y mortal aborrecimiento de vuestros padres, mujeres y hijos. Sin duda, vezinos y ciudadanos muy amados, que no consentirá ni permitirá el alto y muy poderoso dios tantas y tan excelentes grandezas y virtudes ser vencidas y derribadas de tan torpes vicios como estos. Tened, pues, vuestros ánimos y coraçones seguros y quietos, no temiendo braveza ni ferocidad alguna de nuestros contrarios, ni mirando en cosas de vanos agüeros y livianas adivinaciones. Estad solamente constantes y firmes en la firmeza y fe que, revueltos e implicados tantos años ha en muy dificultosos y duros casos de batallas y fortuna, guardastes y tuvistes limpia y sin doblez con el sacro orden de la caballería. Y si la necesidad lo demandare, mostrad con entero ánimo y esforçado coraçón vuestra virtud y esfuerço (peleando varonilmente) a vuestros enemigos y contrarios. Haced de manera y trabajad que crean y conozcan los de España, Francia, Hungría, Italia, Inglaterra, los de Rodas ser hombres para poder tomar y amansar las bravezas y ferocidades de los turcos, y estorvar e impedir que sus armadas y huestes no pasen a la Italia, ni lleguen a ella, a la cual tantos años ha que amenazan con crudas armas y muy rabioso fuego. Contra la cual es maravilla cuánta priesa se dan, y entran por ella (lo cual dios nunca consienta, que en verdad casi tiemblo en dezillo) si ahora aquí vencen. Ni pienso yo que este tan ambicioso y soberbio rapaz, el cual en furioso ánimo, poca fe y demasiada crueldad, vence y sobrepuja a Haníbal,

ymitará a Haníbal en el descuido de la victoria, el cual después de aver hecho muy grande estrago y riça en los Romanos, cerca de un lugar de la Italia llamado Canas, no supo usar de la victoria. Antes, este tan perverso tirano, venciendo en ligereza y diligencia a Julio César, como tenga infinitos tesoros, sacándolos y gastándolos, aunque no sean sino las infinitas joyas y riquezas de Egypto, las cuales su padre hubo y ganó en el saco y muy cruel robo de El Cayro, yrá primeramente con muy gran flota y armada, y con muy mayores ejércitos y copias de gentes, contra la Apulia, Calabria y contra la Sicilia. Luego de allí entrará muy bravo por la Francia, pasará a la España y por todas las provincias y partes de los cristianos. Y en todos ellos executará todos los géneros de crueldad y tormentos que se puedan pensar. Pero paréceme que me he derramado algo más de lo que pensé y quisiera porque, en la verdad, vuestra fe y generoso esfuerzo, animosos y esforçados ciudadanos, más firme y fuerte es en tolerar y combatir a los contrarios que ningún razonamiento o persuasión que se le pueda hacer. Y muy más constante para que pueda ser afligida o fatigada con los males y trabajos que conviene y es, por fuerza, los sitiados y encerrados sufrir y padecer, aunque no sentiréys hambre y sed, los cuales son y se pueden verdaderamente decir males y trabajos. Las cuales, así hambre como sed, algunos pueblos, los cuales en fe, virtud y heróyco esfuerzo no se podrán comparar con vocotros, sufrieron y pasaron muy constantemente. Pues es la verdad que los petilinos de los africanos, sitiados por la gran necesidad que tenían, echaron a sus padres y a sus hijos fuera y ellos, sustentándose y manteniéndose con cueros remojados y adobados al fuego y con hojas de árboles y apiales de todo género, sufrieron el sitio teniéndose muy constantemente onze meses y, por ninguna manera, pudieron ser tomados hasta que ya les faltó el vigor y fuerza para velar y subir a los muros y traer las armas a cuestras. Los casillinos, estando cercados de Haníbal, mercaban un ratón por cien reales. Pues que así es, sea vuestra virtud y constancia cual la de estos y pueda más vuestra encendida fe y generoso esfuerzo que ellos pudieron. Será necesario velar con diligencia en las postas y estancias y sufrir con paciencia y alegre corazón las caydas de las casas, si sobre ellas cayeren piedras de tyros gruesos de artyllería, los cuales daños se pueden muy fácilmente reparar y no son ahora tan grandes que nos constriñan y fuercen que nos demos y entreguemos a nuestro enemigo, en cuya piedad, clemencia y fe no ay esperanza alguna. Porque aliende de ser muy cruel y sin fe de su propia natura, es lo mucho más contra nosotros, que tantos males y daños les hemos hecho y de quien él tiene muy gran dolor haver sido resistido, siendo, como él dice, señor de la tierra y de la mar, de adonde muchas veces le hemos derribado. Y, por tanto, en ninguna manera podrá ser piadoso o fiel con nosotros, a los cuales tantas veces ha acometido con batalla campal, con pública fuerza y poder, con ingenio, astucia, engaño y trayción. Pero siempre ha sido muy vano su deseo y esfuerzo todo burlado, ayudándonos y favoreciéndonos el alto y muy poderoso dios, al cual será bien que antes de todo, nobles y muy amados ciudadanos, con votos y sacrificios hagamos favorable para que nos ayude. Porque, en verdad, si él la ciudad no guarda, muy en balde las guardas y velas la velan y guardan.

Capítulo XVI. Cómo el gran Maestre, caballeros y pueblo todo de la ciudad celebraron la fiesta del cuerpo de nuestro redentor Jesucristo y

del maravilloso sermón que el pontífice de los griegos, Metropolitano, hizo a los griegos todos.

Como el gran Maestre hubo acabado su razonamiento y persuasión tan generosa, y los vido a todos alegres y de muy prontas voluntades para lo que convenía, encargándoles mucho que tuviesen en cuydado y cargo lo que les había dicho y amonestado, salióse de la congregación y consejo y mandó celebrar muy solemnemente la fiesta del sacratísimo cuerpo de nuestro redentor Jesucristo, la cual ocurría entonces según el círculo y tiempo del año. Y hizose una procesión muy devota, la cual fue al templo de nuestra señora santaMaría, en la cual el gran Maestre fue con mucha devoción acompañando a aquel santísimo sacramento y verdadero cuerpo de Jesucristo, sacado por aquellas calles y lugares públicos de la ciudad con muchas lágrimas que todos derramaban. Llegados al templo ya dicho, el gran Maestre, en medio de todos sus caballeros y capitanes y de infinita multitud de pueblo que allí yva, suplicó muy devota y afectuosamente al alto y poderoso dios que allí presente estaba que la batalla, que así tan cruda de una parte y otra se aparejava, fuese para bien y consolación suya y de todo el pueblo de Rodas y del nombre e imperio cristiano. Viendo todos los que así pasava, y la muy gran devoción y contrición que en la dicha solemnidad y procesión se había mostrado, tomaron muy gran consolación y esfuerço y alegráronse tanto que, sin duda, creyeron que toda la corte celestial favorecería a tan justa demanda y honesta petición y se inclinaría a lo que la cristiana religión quería y suplicaba, y suprimiría la osadía y temeridad de los contrarios. Y que, sin duda, el piadoso dios y el glorioso profeta san Juan Bautista, patrón y defensor de la sacra religión, prometía y demostrava que todo sería muy alegre y el fin con muy gran triunfo, guardando su ciudad y dando victoria a los suyos. Lo cual como todo el vulgo y pueblo común, el cual muchas veces tiene más de ánimo que no de consejo, con mucho placer y alegría dijese y cantase antes de la batalla y sitio, comenzaron algunos varones de manera y personas de mucho saber y prudencia a pensar con gran cuydado cómo harían que lo que el vulgo pensava y tenía creydo viniese a próspero efecto y alegre fin, para lo cual no dejaban de procurar todo lo que podían con muy grande diligencia. Entre los cuales, fray Clemente Metropolitano, pontífice de los grecos, varón muy claro y nombrado en abstinencia, ingenio y en la facundia y elocuencia griega era uno de los más principales, el cual en una procesión muy devota que después se hizo, en la cual se sacó la imagen de nuestra señora la virgen y madre de dios, santaMaría, del templo más principal de la ciudad, exortó y esfuerço mucho a sus Griegos, los cuales tienen aún todavía algún ánimo y respecto a aquella antigua y muy vieja fortuna y prosperidad, la cual antiguamente fue admirable y muy famosa a todo el universo, con un sermón que allí delante de la dicha imagen de nuestra señora fizo, porque teniendo así el tal sermón muy mayor luz y devoción por estar delante de tal imagen y señora a quien aquel pueblo

fue siempre muy devoto y, oydo y recibido con devotas y piadosas orejas más eficaz estímulo y enardecido calor, dejase en los ánimos y coraçones de los que así lo oían. El cual dicho sermón, por ser tan devoto y de tan alta doctrina, quise aquí poner y enxerir para mayor testimonio de la verdad. Y es este que se sigue.

Animosos y muy eforçados caballeros y señores, la fama o, porque mejor diga, la cierta nueva y verdadera verdad del sitio y batalla que se nos apareja, ha engendrado y puesto en mi coraçón dos cosas entre sí muy varias y diversas, las cuales son alegría y temor. Y de tal manera que, en verdad, yo no sé con cuál de ellas más me conmueva o a cuál más ciertamente me allegue. Porque cuando bien conmigo considero y pienso las grandes flotas y temerosas armadas, las copias e infinitas gentes, los ejércitos y huestes, y cuando bien considero la temerosa fuerza y gran poder de los contrarios, todo me extremeco y tiemblo con muy grande alteración y temor. Pero después, ya que el ánimo apasionado y triste de la congoxa y pena, como suele, se arrebatá y sube en alguna buena esperanza, y en admiración y espanto del favor y ayuda de los latinos, y de su generosidad y fe, y de la fortaleza y antiguo esfuerço de los griegos, de repente me torno a mudar y buelvo a ser el que no era. Quiero decir de congoxoso, muy libre y sin cuydado; de espantado y temeroso, osado; de triste, alegre y agasajado. Y prométome muy fácilmente títulos, espolios, riquezas infinitas de campo y real victoria y triunfo de tan perversos y crueles enemigos. Y si, como ya avéys comenzado, prosiguiéredes en me oyr con atención y cuydado, yo os declararé la razón y causa de mi esperanza y promesa. Invocado primero el favor y gracia de Jesucristo, nuestro dios y piadoso redentor, y de la gloriosa virgen María, madre suya, ante cuya bendita imagen y sacra figura nos hemos ayuntado, en el cual dicho favor y gracia pongo la mayor y más principal razón y fundamento de nuestra victoria. Y bajando luego con mucha atención a las fuerzas del humano ingenio y a los pensamientos y pareceres de los mortales, veo una fe tan constante y tan firme con dios y con la república de unos caballeros muy generosos y de alta sangre que, comparada con ella aquella tan mentada y tan nombrada fe de Marco Attilio Regulo, pierde, por cierto, mucho de su gran fama y alta memoria. Veo una tan alta nobleza e hidalguía en ellos mismos, y tan animada y pronta, para cualquiera muy gran hazaña y peligro que ningún tormento ni miedo basta para le espantar e impedir que no salga con lo que quiere. Miro y veo una ciudad inexpugnable, maravillosamente proveyda de muro, torres, valuartes y llena abundantamente de infinita copia de artyllería de toda forma y manera, de mucha y diversa provisión y de todas las otras cosas que son necesarias para nuestra salud y remedio y destruyción y daño de los contrarios. Pero libre y claramente quiero decir lo que me parece y siento, como siempre he hecho y es mi costumbre, lo cual ni es para vuestra gloria y ambición ni para ensalzar demasiadamente las fuerzas del presidio y favor latino. Y digo así, que esta ciudad, aunque tan bien proveyda y fortalecida, vale y puede muy poco contra tantas fuerzas de contrarios y contra tantas huestes y copias de bárbaros y que, así mismo, para ello aprovecha muy poco el presidio y favor latino, si la virtud, esfuerço y fe de los Griegos con él no se ayunta y abraça. La cual dicha fe, yo os ruego y pido por amor del alto dios, que en tiempo tan necesario y peligroso no falte ni engañe a los latinos. No porque yo piense que para ello sea menester mucho ruego o persuasión, pero porque sé que los

turcos han de trabajar de os exhortar y sollicitar que os apartéys de ellos. Porque, qué cosa ellos más codician y desean que, en un mismo tiempo, engañaros y con trayción y engaño cautivaros a todos. O qué cosa más grave y cruel pueden, estando encarniçados, sentir y pensar de vosotros como es que vendáys feamente aquellos que confiaron de vosotros sus personas propias y haciendas, y vengáys en manos y poder de aquellos que creen y piensan aver sido perdidos y desbaratados por vosotros y aver recibido tantos daños, tantas afrentas y tantas injurias. Ruego os que pongáys bien en vuestra memoria la fe y gran lealtad de vuestros mayores, celebrada y muy sublimada por testimonio y fe, no de algún escritor vuestro sino de aquel extraño latino, Tito Livio, digno por cierto (según el parecer y voto de los mortales todos), que por su victoriosa péndola y mano las victoriosas hazañas e inmortales triunfos del pueblo Romano fuesen ecriptas y registradas. Los cuales dichos griegos y mayores vuestros osaron hacer e hicieron muchas y muy famosas cosas y hazañas por el pueblo Romano, así por tierra como por mar. Porque como pareciese y públicamente se sonase que el rey Antiocho quería ayudar con gente y armada de naves a Philipppo, rey de la Macedonia, contra los Romanos, enviaron luego sus embajadores al rey Antiocho faziéndole saber que si no detenía su gente y armada, que ellos le saldrían al encuentro a le resistir. No por algún odio o enojo que dél tenían, sino porque no consintiese ni permitiese de se ayuntar y hacer liga con el rey Philipppo y ser y dar impedimento a los Romanos. La cual legación y embajada tan honesta y justa como no aprovechase nada, los de Rodas se juntaron con los Romanos y, de tal manera, dieron contra el rey Antiocho que lo desbarataron e hicieron huir. Y despojado de todo el campo y ejército, lo echaron primero de la Europa y luego de la Asia toda, que es desta parte del monte Tauro. Por lo cual, con muy justa causa y razón los llamó Catón, en el libro quinto de los Orígenes (según dice Aulo Gellio), muy buenos y fidelísimos compañeros de los Romanos, con los cuales no solamente tuvieron fiel y muy leal ánimo y corazón, pero también les ayudaron y favorecieron muy esforçada y animosamente en muchas batallas y recuentros por la mar. Las cuales fueron avidas y hechas en muchos y diversos lugares, no mirando ni estimando cualquier trabajo ni peligro que de ello se les pudiese seguir. Y lo que más lastimero, y digno de mucha compasión, es que en la batalla como Mithrédates hubiese tomado y ocupado a toda la Asia, y metido en prisión a Quinto Opio, procónsul, y a Aquilio, legado, y por su mandado fuese en un día muerto y destruído todo lo que de ciudadanos Romanos en la Asia se halló, como solos los de Rodas quedasen firmes y constantes en la fe y amistad de los Romanos, pasaron y sufrieron muy gran sitio que sobre ellos estuvo. Y en los vandos y disensión civil entre Marco Antonio y Octaviano Augusto, vengadores de la muerte de César, y Casio y Bruto, que lo mataron, como los de Rodas queriéndose certificar muy por entero de la parte contra quien más justa y honestamente serían, demandasen que si en la discordia y guerra civil que así tan cruda andaba entre los Romanos, no les era lícito apartarse y exemirse de ambos los vandos y contrarias partes y amar y honrar igualmente a los Romanos todos, al menos la batalla se difiriese, hasta en tanto que ellos lo hiciessen saber al senado para que, por su autoridad y mandado, ellos tomasen armas para contra el vando y parte que ellos señalasen. Pero no recibida ni aguardada su buena razón y honesto decargo, dieron sobre ellos y desbarataronlos. Y tomada luego por fuerza la ciudad, aun después que la yra y crueldad del vencedor hizo y perpetró todo lo que quiso y le plugó, así contra la honestidad de las

matronas y mujeres casadas como contra la castidad y limpieza de las donzellas, fueron penados y castigados muy cruelmente y despojados de todos sus bienes y haciendas por más que Archelao, viejo muy reverendo y de gran autoridad, con muchas lágrimas demandaba misericordia por todo el pueblo, el cual había enseñado la lengua y doctrina Greca a Casio en Rodas. Porque como Aechines, aquel muy gran filósofo y orador tan mentado, se apartase y saliese de la república de Athenas, trajo a esta ciudad la doctrina toda y facultades muy sabidas de Athenas, de manera que en aquel tiempo fue aquí un estudio y escuelas de muy florecido y famoso ejercicio. A las cuales escuelas como Aristippo, filósofo Socrático echado con muy gran tormenta del mar en nuestras riberas, viniese y entrase muy pobre y despojado, la cual pobreza le fue causa de demostrar su muy profunda facultad y comenzase a disputar y enseñar cosas muy profundas de filosofía, fuéronle hechas tantas mercedes, y dadas tantas joyas, que no solamente tuvo para se vestir y adornar, pero también para mercar ropas y vestidos a todos los que con él se hallaron en la dicha tormenta y proveerles de todo lo necesario para su mantenimiento y sustentación. En las cuales escuelas también después Tiberio César, emperador de los Romanos, enamorado mucho y muy contento de la alegría y sanidad tan suave de la ysla, saliéndose muchas veces a pasear sin lictores, o gente de guardia alguna, tomaba muchos pasatiempos y oficios de placer y recreación con los profesores y maestros griegos. A las cuales escuelas, así mismo, Catón, dejado el ejército, vino navegando no sin harto trabajo por oyr a Antenodoro. Marco Tulio Cicerón, al cual solo los latinos suelen oponer y señalar contra todos nuestros rhetóricos y filósofos y el cual, solo y primero que todos, les dio y enseñó todas las doctrinas y preceptos de la filosofía, que alcanzó y tomó de los griegos, aquí estuvo y aprendió de Appollonio, el cual lo hizo y sacó tan grande varón en todo género de doctrina cuan grande fue. Pero ruego os que me digáys qué gracias o mercedes los Romanos por todo esto dieron a los griegos, de los cuales estuvieron y recibieron todos los exemplos de honestidad y virtud, toda la sciencia y facultad de las armas y letras, con la fiel y muy leal ayuda, diligencia y sagacidad de los cuales ensancharon y ampliaron los términos y señoríos de su muy alto imperio, así en su tierra como fuera de ella. Por cierto, aquella de Casio que ya oystes, la cual vino sobre los de Rodas. A los cuales acusaban y reprehendían de soberbia, porque creían y pensaban ser vencidos de ellos mismos en ánimo y soberbia, por lo cual estuvieron tan intentos y codiciosos de les robar y destruyr todos sus bienes y haciendas, y les quisieron tan mal. Y así maltrataron y robaron una gente tan antiquísima y nobilísima, así por fama de sus hazañas y grandes cosas hechas como por título y alabanza de toda humanidad y virtud. Y de las ciudades, así mismo, y repúblicas de sus doctrinas y facultades, las cuales dieron no tanto liberalmente quanto con mucha causa y razón por la diligencia y trabajo pasado y habido en la guerra y batalla macedónica y asiática. Y no contento Vespasiano con esta afrenta e injuria, hizo a Rodas, con todas las yslas de a la redonda quitada la libertad y franqueza, ser tributaria y tener forma de provincia. Y pues vuestros muy nobles y altos mayores istigados y maltratados con tantas injurias unas sobre otras, mirando y considerando muy bien más lo que a ellos convenía y era decente que no lo que merecía la decortesía y poca virtud de los otros, y por no incurrir y caer en nota y afrenta de liviandad y trayción, siempre perseveraron y permanecieron en la fe y amistad de los Romanos. Vosotros, muy nobles y alabados ciudadanos, qué otra cosa os conviene y es necesario hacer, teniendo en

vuestros ánimos y ante vuestros ojos tan famosos exemplos y altas memorias de fe y constancia por el soberano redentor nuestro, Jesucristo, verdadero hombre y verdadero dios. Y por esta sacra caballería de tan generosos caballeros, la cual no solamente os ha tratado siempre muy blanda y amorosamente con leyes muy justas y gobernación muy fácil y piadosa, pero también juntamente os ha mantenido, criado y enriquecido. De ingrato y perverso ánimo es, por cierto, callar y no conocer a aquéllos por beneficio y favor de los cuales hayas sido ayudado. Y de muy más ingrato y perverso no bolver y pagar la gracia y buena obra cuando puedas y devas y cuando, por todo modo y manera, haya necesidad de tu ayuda y favor. Defenderéys pues que así es o, varones de Rodas, defenderéys con buen ánimo y fiel corazón en este tan necesario y dificultoso tiempo, pues que en vosotros nunca jamás cayó ingratitud ni trayción y, siendo libres, defendistes la causa y libertad de otros a este sacro orden de caballería, fortaleza y guarnición de generosos caballeros y aun antes digo que a vuestras propias vidas, casas, templos y haciendas para contra las cuales se apareja y arma este perverso y muy cruel tirano, con ánimo e intención de matar y destruyr con nefandos tormentos todo lo que hallare, como mortal enemigo que es de la fe y católica religión que de vuestros mayores recibistes por defender la gloria y dignidad, de la cual no devéys temer ni huir peligro alguno, ni la misma muerte tampoco, aunque muy cierta y clara pareca. Por lo cual, cuando bien os considero y atentamente miro griegos fieles, fuertes, piadosos, y porque debajo de un nombre encierre todo lo que en vosotros ay, digo os varones verdaderamente cristianos, cuando pues considero y veo la grande osadía, esfuerço y generosidad de los caballeros latinos, tomo muy grande esperanza de victoria. Yd pues, que así es, con la gracia y favor de Jesucristo y con la acostumbrada y muy alegre confianza del glorioso patrón nuestro, san Juan Baptista, y del santísimo caballero san Jorge, contra esta bárbara gente, cruel, perversa, de poca fe, la cual nunca por virtud o esfuerço venció sino por desdicha y ocasión, nunca tomó o ganó provincia sino afligida y desmayada con daños y trabajos que dentro de ella anduviesen, que pudo fácilmente vencer y desbaratar. A los Eunuchos esclavos del oriente, a los Siros covardes y sin fuerzas, a los Persas huydores y a otros algunos pueblos que el tibio Pharo y el Nilo criador de livianos y covardes hombres cría y engendra, los cuales andan siempre cubiertos de una muy delgada y liviana ropa, la cual aún apenas la pueden sufrir y traer a costas por el grande y mortal calor del Sol. No, no a los animosos y muy esfuerçados varones de Rodas, los cuales antes que ella fuese, ni memoria entre los hombres hubiese de ella, con su emperador y capitán memphítico Halbuzato combatieron y ganaron todas estas naciones y gentes, y las destruyeron y mataron con muy crueles y feos géneros de muerte, casi hasta no quedar memoria ni parte de ellas. Y otra vez con el favor y ayuda del sumo pontífice Calisto III, y en un sitio de los mismos turcos, en ochenta y nueve días que estuvieron sitiados, mataron ocho mill de ellos, sin quince mill otros heridos. El cual número declara y cuenta por esta manera y suma Cavorsino, como casi albacea o testamentario de los muertos, y Surgiano, de todos los heridos. El sol alegre con tal espectáculo y fiesta vido y los pueblos de diversas y varias tierras oyeron cómo dentro de muy pocos días los destruidores y alborotadores de la Asia y Europa fueron desbaratados y vencidos por solo el muy generoso caballero fray Pedro de Abusón, gran Maestre de la sacra caballería, y con sola la gente greca y sacros comendadores en su compañía. Y a vida tan milagrosa y alta victoria, estaban aquellos perros tendidos por aquel suelo muertos y midiendo con sus despedaçados cuerpos

aquella misma tierra, que ellos con la batalla que a dar venían, creyeron alcanzar y guardar. Si la divina piedad, con la guía y socorro de fray Pedro de Abusón quisiera adornaros y sublimaros a vosotros ahora, a los cuales todo el género humano está mirando y contemplando como a aquellos antiguos y muy nobles griegos que con él iban, con tanta riza y estrago de vuestros enemigos y con tan famoso y alto triunfo, qué creéys que hará Jesucristo, alto y muy poderoso dios, con el glorioso profeta san Juan, nuestro patrón, y con vuestro servicio y esfuerço, y el de su siervo fray Philipppo Vilerio de Lisladam, príncipe y señor verdaderamente muy bueno y nobillísimo, contra sus muy crueles y mortales enemigos. Cierto, mucho más siente y alcanza mi ánimo y pensamiento que osa exprimir y declarar, pero el fin muy mejor y más ciertamente confirmará la esperanza y promesa que he dicho, con la cual, a mí y a vosotros, he animado y esforçado, que no mis palabras.

Capítulo XVII. De la alegría y placer que los de Rodas todos tenían comúnmente, esperando la gente del Turco. Y de cómo el gran Turco les envió una carta, así al gran Maestre como a todos los de la ciudad, en la cual les mandaba entregar luego la ciudad y ysla toda.

En grand manera se alegraron y encendieron los ánimos y coraçones de los griegos con esta oración y sermón tan santo, porque esta nación es la que más se conmueve y anima con alabanza y gloria que todas las naciones otras del mundo. Así que tanto se trabajó e hizo en la ciudad exhortando y persuadiendo de una parte y de otra, ante unos y ante otros, que ya el enemigo y contrario era más deseado que viniese que no temido o aborrecido, el cual no detuvo mucho las necias palabras y desdichados deseos de muchos que así lo decían y deseaban porque luego, desde a pocos días, una noche los contrarios de la parte de tierra firme hicieron seña con una hacha ardiendo para que viniesen de la ciudad a saber su intención y embajada. Lo cual visto, fue luego con mucha priesa despachada una galera de la religión muy bien armada y un esquife con ella, en proa y popa, con muchos tyros muy bien aparejado. Y en la galera iba un varón muy sabio en la lengua greca llamado Castrophylaca, natural de Rodas, por intérprete. Llegada la galera de la otra parte, como el dicho intérprete se paró en la proa para saber lo que querían, uno de los contrarios, caballero en un muy buen caballo y cercado de algunos de caballo a la redonda, dijo así: mejor harías de saltar en tierra a saber lo que queremos. A lo cual, como Castrophylaca respondiese que en ninguna manera lo haría, sino que hablasen desde allí, entonces el contrario tornó a responder diciendo: parece que temes la fortuna y mísero trabajo de Jacome Acsi, a lo cual el Castrophylaca con mucha yra y ánimo natural de Rodas, respondiendo, dijo: mira Jacome Acsi, al cual contra la fe y juramento que distes tan feamente llevastes, no me da a mí pena alguna ni temor, ni tampoco a vosotros temo ni tengo en nada, ni os creo ni creeré jamás. Y como los contrarios, con palabras de industria compuestas y fingidas, quisiesen alargar el tiempo y disimular arrojando manzanas a los remeros, el capitán de la

galera, hablando con mucha yra desde la popa, dijo así: oyd o, en pocas palabras, deid y declarad a lo que venís o luego os apartad de ay, si no haceros he apartar con vuestro daño. Entonces los turcos que antes andaban ecaramuçando y haciendo muchos fieros y placeres con los caballos y flechas, espantados con aquella sola palabra, sacaron una carta cerrada y pusiéronla sobre una peña que allí cerca estaba y dijeron que allí se contenía todo lo que querían. Y esto dicho, dieron de las espuelas a los caballos y, corriendo con mucha priesa, huyeron y desaparecieron de por allí. Mandó luego el capitán de la galera salir con el esquife y tomar la carta, lo cual se hizo con mucha diligencia y vigilancia. Y tomada la carta, fue trayda a la galera. La cual como a la ciudad volvió, fue luego dada la dicha carta al gran Maestre, el cual hizo luego llamar a consejo y allí, en público, fue leyda, cuyo tenor era este que se sigue.

Suleimán sultán, por la gracia de dios, rey de los Reyes, señor de los señores, gran emperador de Constantinopla y Trapsonda, etc.

Al reverendo padre fray Philipppo Vilerio de Lisladam, gran Maestre de Rodas, y a sus caballeros y universo pueblo todo.

La gran compasión y lástima que tenemos de nuestras gentes y pueblos tan afligidos y maltratados, y la gran injuria y decortesía vuestra, nos han mucho alterado. Por lo cual os mandamos que luego, sin más tardar, nos deys y entreguéis la ysla y fortaleza toda de Rodas. Y de nuestra merced y gracia os concedemos y damos facultad y licencia para sigura y libremente ir donde vuestra voluntad fuere y llevar todas vuestras haciendas y joyas o, para quedar, si por bien toviéredes y vivir debajo de nuestro imperio y señorío, no quebrantada ni desminuyda en cosa alguna, así con pecho como con tributo alguno, vuestra religión y libertad. Si soys prudentes, quered más el amistad y paz que la crudelísima batalla que os mandaremos dar. Porque os fazemos saber que, por fuerza tomados y vencidos, nuestro mayor placer será executar en vosotros todas las más crueles maneras y formas de tormentos y muertes que jamás vencedores dieron a vencidos, de los cuales os avisamos que ni os defenderán vuestras armas ni los socorros y favores, así vuestros como de otra parte venidos, ni los grandes muros que ay tenéys, los cuales mandaremos derribar y bolver, de arriba abajo, hasta lo último de los cimientos. Quedad en paz, la cual entonces verdadera y enteramente tendréys si quisiéredes y eligéredes más amor que no fuerza, y tuviéredes por mejor ser amigos que destruídos. El cual amor y amistad, que así os prometemos, hallaréys ser muy cierto y sin engaño ni trayción contra vosotros. Lo cual os juramos y prometemos por el alto dios, autor y hacedor del cielo y de la tierra, y por los cuatro evangelistas escritores de la evangélica historia y por veinte y cuatro mil santos y adorados profetas, entre los cuales esté y entre nuestro muy grande y muy alto profeta Mahoma. Y jurámoslo, así mismo, por las ánimas de nuestro abuelo y padre y, finalmente, por esta nuestra sacra, augusta e imperial cabeza. Dada en nuestro aposento y alcázar Real de Constantinopla.

Capítulo XVIII. De cómo los de Rodas no volvieron respuesta alguna a la carta del Turco y de la victoria que fray Perijuán, prior de san Gil, ovo

de los cosarios que saltaron en la ysla de Lango. Y de cómo los de Rodas talaron y derribaron todo lo que estaba a la redonda de la ciudad y del razonamiento que, para esto, hizo fray Gabriel Pomerolo al pueblo todo.

Leyóse la carta allí en presencia de todos y, después de bien leyda y entendida, como a unos pareciese que se devía responder con soberbia y aspereza, a otros que no sino blandamente y con amor, cada uno sintiendo como a su voluntad y ánimo parecía, en fin, concluyóse que no se respondiese nada y que se quedase así, como cosa de que no se hacía caso. Luego, aquel mismo día que eran catorze días del mes de junio, llegaron sobre la ysla de Lango, no menos noble que famosa por su hyppocras y venus hecha por las manos del grande Appelles, que por tierra muy fértil y cielo y aire muy sano, treinta galeras de turcos. El capitán de las cuales luego como llegó, dejada alguna gente y guarda en las galeras, mandó saltar toda la gente de pelea en tierra para pegar fuego a los lugares y casas, y a los campos y labranzas todas y, en especial, a los panes que ya casi estaban para segar. Pero el generoso caballero fray Perijuán, prior de san Gil, señor de la dicha ysla, varón muy esforçado, diligente y de grande osadía, ayrado y encendido con mortal braveza e indignación diose tal maña y priesa que les hizo ser muy triste y llorosa la tal entrada y destrucción. Porque saliendo luego, muy de presto, con muy buena gente de caballo y con mucha copia de peones muy ligeros, dio con muy grande ímpetu en ellos, los cuales andaban ya derramados por las haças, campos y heredades y, con muy gran clamor de instrumentos de guerra y estruendo espantoso de armas y tiros por diversas partes hecho, dio tanto temor y espanto a los dichos turcos que, como ciegos o locos sin sentido, ellos mismos, sin resistir ni se defender, se venían a meter por las picas y espadas. Y si las galeras no estuvieran tan propincuas y cercanas a tierra, en las cuales algunos huyendo con el mucho temor se ecaparon, ninguno se les ecapara que no fuera muerto o preso. Hecha pues la entrada tan dichosa, y prósperamente, el capitán con mucha tristeza mandó hacer a largo sus galeras y, de allí partido, no tocó más en parte alguna de toda aquella ribera. Los de Rodas, no con menor ardor y diligencia que los turcos, comenzaron a talar y derribar en la ysla de Lango todas sus arboledas y labranzas que tenían y truxeron de ello a la ciudad todas las cosas que convenían y eran necesarias para pasar y sufrir un tan luengo y tan peligroso sitio. Cortaron todos los árboles, derribaron todos los arrabales y todas las casas de solaz, y monesterios y ermitas, que estaban dentro de media legua alrededor de la ciudad y echáronlo todo por el suelo porque los contrarios no se pudiesen aprovechar ni amparar con ello estando sano y entero. Lo cual persuadió y aconsejó al pueblo algunos días antes fray Gabriel Pomerolo, teniente de maestre y procurador del thesoro, varón muy acabado en su tierra y fuera de ella, elocuente, astuto, muy fácil en amistad, amigo de amigos, y de otras infinitas gracias, así de ánimo como de cuerpo. El

cual después, en el sitio, yendo armado por cima de una viga que estaba por puente en una fosa, no muy bien asentada, acostóse la dicha viga y cayó en una contramina muy honda y decalabróse un poco, pero quebrantóse por medio del cuerpo, de lo cual murió desde a pocos días. Pero el razonamiento y oración que, entonces, a los vezinos y pueblo todo hizo es este que se sigue.

Nobles y honrados vezinos, ya veys y públicamente oys decir cómo el gran Turco apareja muy grande armada y gente infinita, así por mar como por tierra; para contra quién sea, aún de cierto no se sabe. Las señas y conjeturas que hasta ahora parecen, dan a entender ser contra vosotros y contra nuestra sacra religión y orden de caballería. Mucho nos conviene a todos comúnmente trabajar y proveer que un enemigo y contrario tan cruel no nos tome descuidados y halle desproveydos, porque nuestra negligencia y poco saber no le dé y añada más fuerza. Por lo cual ha determinado el gran Maestre que será muy necesario cortar y talar todas las arboledas propincuas a la ciudad, derribar las casas del campo y las cercas viejas de muros que están de fuera allanarlas por el suelo, lo cual os ruega y manda que permitáys y consintáys. Porque se ha sabido, y está muy cierto por relación de muchos caballeros y personas otras dignas de fe, los cuales han defendido y combatido ciudades muy fuertes, estas dichas cosas poder dañar mucho a los sitiados y aprovechar a los contrarios, de los cuales vosotros y vuestras haciendas esperáys el mismo peligro y trabajo que nosotros porque en una misma nao (como dicen) andamos y navegamos todos. El gran Maestre (al cual yo, por cierto, en este tan dificultoso y trabajoso tiempo he hallado y visto ser muy gran varón y muy sabio y prudente gobernador) rigiendo y ordenando todas las cosas que convienen y son necesarias muy blanda y moderadamente, así con el pueblo como con los caballeros, y no menos ásperamente donde conviene, por hacer firmes y constantes a otros con temor y exemplo, él ante de todos mandó derribar y talar todo su jardín y huerta que está de esa parte de la posta de Francia, el cual, como sabéys, es el más freco y hermoso de cuantos por todo esto a la redonda ay.

Capítulo XIX. De cómo toda la gente del campo se recojó a la ciudad y de cómo, por ser mucha, corrompió el aire y engendró algunas enfermedades. Y de cómo vino una flota de veinte galeones a vista de Rodas y de la consulta que sobre ello se hizo.

Acabado el razonamiento, dijeron todos que eran muy bien así y luego, sin más tardar, comienzan a derribar y talar todo lo que por alrededor de la ciudad estaba. Y como todo estuviese talado y derribado, parecía la cosa más triste y más fea del mundo, siendo antes la más alegre y más deleitosa que ser podía. Lo cual, por cierto, dio y engendró muy mayor llanto y tristeza en toda la ciudad que la misma venida de los contrarios, porque era muy gran lástima y compasión ver venir la mísera y muy llorosa multitud de la gente baja de labradores y trabajadores del campo cargados de leña, trigo, animales y legumbres o semillas, aves de corral y otras muchas cosas necesarias para el cotidiano mantenimiento, y con que un tan largo y tan continuo sitio se

pudiese sustentar y traerlo todo de los campos y heredades que allá tenían a la ciudad, lo cual había mandado hacer el gran Maestre. Y tras de los dichos labradores y trabajadores y, alrededor de ellos, muy gran caterva y compañía de muchachos y mujeres llorando y, sueltos los cabellos, mesándose y despedaçándose las caras como las muy afligidas y fatigadas mujeres suelen facer, mayormente en aquella tierra. Y, alzando, todos, las manos al cielo con grande llanto y alarido suplicaban a dios, nuestro señor, que librase a la muy noble y clara ysla de Rodas de las armas, fuego y poder de tan mortales enemigos. Y de la boca de aquel infernal dragón que así los quería tragar y destruyr y guardase y amparase a las matronas y donzellas de Rodas. Y a los pequeños niños y sin fuerzas, libres y salvos de tanto peligro. Fue tanta la copia y multitud de esta gente baja de trabajadores del campo que ocurrió y vino a la ciudad, que como se repartieron por las casas de los vezinos estaban tan estrechos y apretados unos con otros que era muy gran trabajo verlos y así, de su fatiga y malos vapores, y de los animales y bestias que consigo truxeron, corrompióse el aire y engendrónse algunas enfermedades contagiosas y muy malas, aunque no muy mortales como fueron cámaras y calenturas. Pero como después, por falta de pastor y provisión, la mayor parte de los animales y bestias se anduviese por ay sin comer, desechada y que no se curaban de ella, caíanse muchas de ellas por ay muertas por las plaças y calles do la muerte las tomaba y quedávanse allí con los malos olores, de las cuales se causó otro muy mayor y más pestilencial mal y daño. El cual, ya después que nosotros nos salimos y entregamos la ciudad a los contrarios, fizo muy grande estrago en ellos y en los míseros cristianos que en ella se quedaron. Del cual mal y trabajosa enfermedad tampoco se escapó el ejército y campo de nuestros enemigos, porque fácilmente del tocamiento y familiar conversación con los nuestros, como ella sea una gente muy sucia y desordenada multitud, la cual no come otra cosa más comúnmente sino carne (con tal que no sea de puerco) medio cozida y unas tortas de masa de trigo molido a mano y cozidas o, porque mejor diga, asadas sobre las brasas en el fuego, y en el suelo como bestias tienen la mesa y la cama y como, así mismo, estaba entonces muy cansada y fatigada del no dormir tantos días y de la grande sed que padecían, porque el juez o corregidor de la ciudad, varón muy venerable y de mucha y perfecta hedad, por todas aquellas partes que él vido y sabía que los contrarios habían de venir, hizo corromper y dañar todos los pastos y fuentes de aguas dulces y pozos con lino y cáñamo podrido que hizo echar en ellos y otras muchas cosas muy malas y muy dañosas. Pero volviendo ahora a nuestro comenzado propósito, pocos días antes que la armada y campo del gran Turco sobre la ysla viniese, algunos turcos cosarios, muy mortales enemigos nuestros, usando de sus artes y astucias, con veinte galeones largos muy bien armados, dejados los otros, así galeones como galeças y galeras, con toda provisión y guardia en la costa cerca del cabo de Nízar, no muy lejos de la ysla de Rodas, y otra gran parte de armada en el golpho de las Ximías, la cual ysla

es de Rodas, anduvieron navegando por algunos días continuos todo el mar que está entre la ribera de la Licia y la ysla de Rodas, pensando por este modo y maña sacarnos del puerto para darnos batalla y combate en la mar. Porque la intención que ellos traían era muy buena y, en la verdad, con muy buen consejo y acuerdo ordenada si el fin le respondiera como ellos querían. Y era desta manera, o vencer en la batalla por la mar, lo cual entonces no fuera mucho menos que tomar a Rodas, o quebrantar y disminuir nuestro poder y fuerzas con matar y fatigar en la dicha pelea y batalla la flor de los caballeros y hombres de la mar esforçados. Y como sin parar, los dichos turcos unas veces viniesen hasta entrar por medio de nuestro mar, otras veces se volviesen fazia el mar a largo, otras tornasen a bolver fasta llegar cerca de nuestro puerto, demostrando muy a su placer y espacio toda la flota y armada que traían y, rodeándola por todo aquel mar a vista de Rodas, pareció entonces a muchos varones muy animosos y de mucha excelencia, así por hedad como por ingenio y mucha prudencia, a los cuales esta tal soberbia y atrevido desfrez dava mucho dolor y afrenta intolerable, que se devía consultar sobre ello porque en el salir contra ellos y en el pelear no hubiese algún peligro y trabajoso daño.

Capítulo XX. Del razonamiento que el canciller hizo en la consulta y consejo y de lo que en ella se determinó. Y de las alabanzas y muy grandes virtudes del gran Maestre.

Entrados en el consejo los caballeros comendadores, el canciller de la sacra caballería y procurador del tesoro, varón muy claro y famoso por muchos y muy famosos e ilustres fechos, así de guerra como de paz, de ánimo de muy altos y profundos pensamientos, de grande ingenio y muy vario, de elocuencia torrente y muy abundoso, la cual aprendió y alcançó siendo ya de mucha hedad con continuo leer y estudiar en autores y doctores de toda facultad y doctrina, poque cuando pequeño nunca se dio a las letras y, después, ocupado en guerras y negocios, así públicos como particulares, no pudo entender en las alcanzar, pero después fue tan docto y alcançó tanto, que tan a la mano tenía y entendía al Plinio, de la natural historia, que ninguno que si sabe también su propio nombre ni contar los dedos de sus manos cuanto él lo sabía y entendía perfectamente. Al cual ninguna otra cosa estorvó e impidió para ser elegido por gran Maestre sino la demasiada y desordenada codicia que tuvo de serlo. Así que este tan grande y tan señalado varón dijo allí en el consejo que no devían de se estar quedos, sino salir con su armada y embestir con los contrarios. Lo cual provava desta manera, según que él era muy libre y suelto en hablar.

O esta grande y muy espantosa flota, a cuya no digo vista sino sola fama tantos temen, la cual por cierto no es nueva, pues que cada uno de los años suele venir por estas partes a nos

ver y visitar, se ha de allegar y ayuntar con estas armadas de cosarios que por aquí andan, como cabeza con miembros. Y, si así es, será muy bien y muy provechoso, lo cual es muy fácil de hacer, a nosotros que tanta ventaja les tenemos, así en fuerzas, armada de muy buenas naos y galeras como en número, virtud y esfuerzo de varones y gente militar, cortados los miembros y quebrantados de la cabeza, o la cabeza de los miembros, darles este dolor y mortal afrenta porque, de ay adelante, siempre sea menos y tenga menos fuerzas, o ninguna otra flota y armada que contra nos esté fecha y aparejada viene en pos de esta, lo cual a mí me parece (digan lo que quisieren algunos que de su misma sombra se espantan, o temen que se cayga el cielo) ser muy más verdadero y cierto. Porque no es ahora tan necio, ni tan sin seso, el turco que, en tal tiempo y parte del año, después ya de veinte y cinco días de junio, parta y venga sobre Rodas, pasada ya la mejor parte del verano para cercar y combatir la ciudad. Y, sobre todo, qué ciudad. Fortísima, muy proveyda de todo lo necesario, llena de muy buena gente y de adonde siempre sus mayores y antepasados fueron con daño y feamente afrentados. El cual, antes que acabe de aparejar y proveer todas las municiones y aparejos necesarios para combatir la ciudad, según los avisos e invenciones de los antiguos y modernos, pasará todo el tiempo que queda del verano, pues en el invierno, como en toda parte sea muy vana y trabajosa toda opugnación y sitio, mucho más por cierto lo es en ysla y en esta más principalmente, en la cual no ay puerto ninguno ni lugar para se retraher y amparar. Pues que así es, por qué, ayudándonos dios y el glorioso profeta san Juan Baptista, no salimos a dar en nuestros enemigos tan soberbios y tan perversos. Y no que nos espante un triste capitancillo embiado contra nosotros con engaño y subtil astucia por aquel rapaz y perverso perro, el cual está congoxoso y muy fatigado que no demos por la trasera sobre su negra flota para otra parte por ventura aparejada y ordenada. Y así, nos estamos muy descuidados sentados y tañendo palmas dentro de nuestros muros y fortaleza y durmiendo sin temor ni espanto en cosa alguna. Y después, si plazze a dios, llamaremos a nuestra floxedad y descuido las artes y astucias fabianas. Y pluguiese a dios que fuésemos Fabios y no Antiochos o Aetholios, la ferocidad y esfuerzo de los cuales era todo en palabras, o que no seamos Vitelios, creyendo que sentados y sin trabajo con solos votos y devociones venceremos y alcanzaremos alegre triunfo. Las grandes hazañas y victorias todas no se han, ni alcanzan, con votos y devociones mujeriles, o con aquellos pareceres y consejos que los covardes y temerosos llaman ocultos y divinos socorros de dios, sino velando y trabajando.

Estas y otras muchas cosas muy más rezias y palabras muy más ásperas, diciendo el canciller allí en público, conmovió tanto y encendió a todos los que allí presentes estaban, especialmente a los caballeros más mançebos y de menos hedad, los cuales muchas veces suelen tomar ánimo y osadía contra lo que más incierto y peligroso es, que todos a una boz aprovaban su parecer y voto y decían que era muy bien lo que decía y que así se hiciese, lo cual, como él vido, por más los animar, demandó el cargo y cuydado de la batalla diciendo que él quería ir por capitán y gobernador de ella para quitar y castigar tan gran mácula y afrenta y vengar tan gran porquedad con sangre y muerte de los contrarios enemigos, que ellos no estaban sin armas, sin ánimos ni sin manos. Pero, aunque el canciller encendió tanto el negocio, otra cosa pareció a los

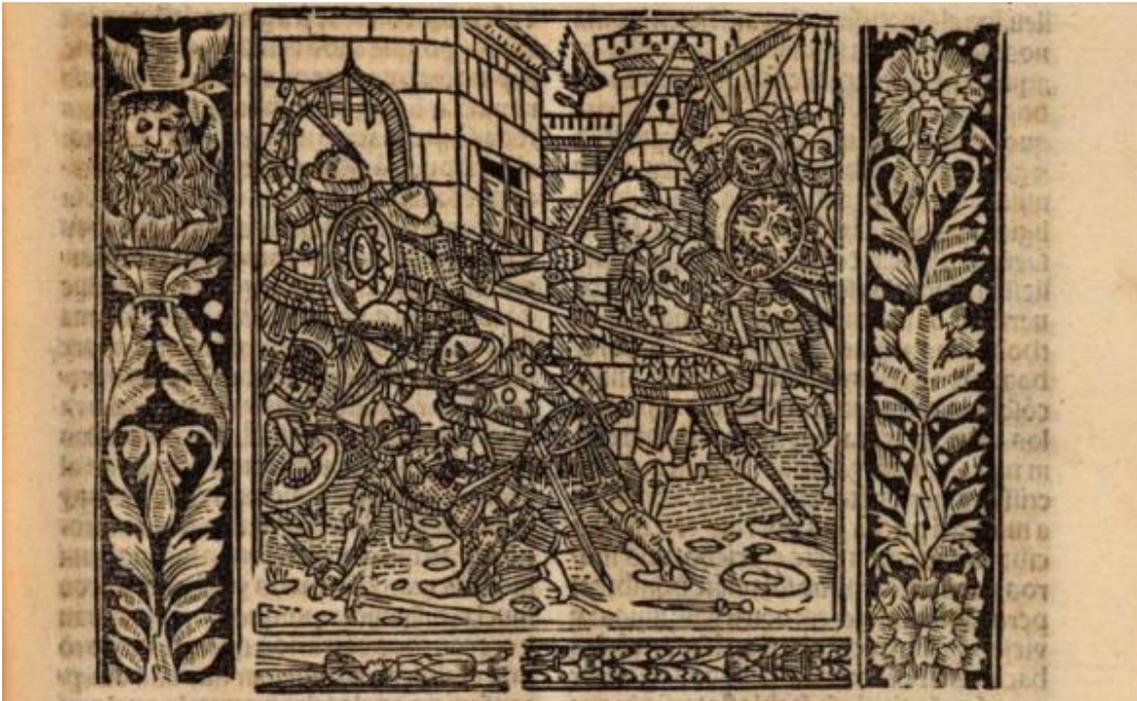
señores caballeros más ancianos, sin el acuerdo y parecer de los cuales no puede el gran Maestre determinar cosa alguna, los cuales acordaron, mirando el negocio tan dificultoso, con mucho seso y prudencia que en cosa tan ardua y tan dificultosa no devían tentar a fortuna, sino que solamente arredrasen y echasen a los contrarios de las riberas y les hiciesen que no talasen ni destruyesen nada por todas ellas. Para lo cual fueron diputados y señalados mill hombres muy buenos y muy bien aparejados. Los contrarios, como vieron lo que pasava y que el negocio no iba según su propósito, retruxéronse con su armada hazia atrás, no muy lexos de un lugar que se dice Villa Nueva, tres leguas casi de la ciudad. Y echadas las anclas al agua, saltaron todos en tierra talando y destruyendo todas las mieses y panes que estaban ya casi para segarse, que por allí hallaron, las cuales también estaban ya dejadas y que no se hacía caso de ellas porque toda la gente de villanos que estaba y morava por los lugarejos y heredamientos del campo, se había recogido a la ciudad o a los castillos fuertes que estaban por la ysla muy bien fundados y proveydos. Pero aun como todavía fuese mucha gente de pie, y algunos caballeros no muy bien armados por la mucha distancia del camino contra los contrarios, para vengar en ellos el daño y grande injuria que hacían, el gran Maestre envió luego a muy gran priesa un mensajero a les mandar que se volviesen y no fuesen allá porque, como prudente y muy sabio capitán, guardava sus caballeros y gente para mayores casos y más ásperos peligros. El cual, por cierto, en todo el sitio no se mostró ser maestre o capitán, sino uno de los más bajos caballeros o peones que podía ser, pues que muchas veces de día comía con ellos y de noche se estaba en las postas y estancias hasta el tercer cuarto, o andando de una posta a otra, o sentándose sobre la primer piedra o palo que hallava. En el pelear mostrábase algo más atrevido y osado que los caballeros ancianos querían, no temiendo armas ni contrarios tampoco. Siempre aprobó, por mejores, los prudentes y bien ponderados consejos, según razón y gravedad ordenados, que no los que sucediesen a bien acaso o por dicha. Tuvo una cosa muy más de espantar y alabar que todas, que metido entre tantos cuydados y pasiones, y entre varios y dudosos casos, tuvo siempre una misma gracia y majestad en su rostro, la cual, todos los que la miraban, amaban y acataban mucho. Y, juntamente con esto, todo lo que podía buenamente tener de reposo y quietud fuera de los cuydados, combates y peleas, y del tiempo que era necesario para proveer y cumplir con natura y recreación alguna del cuerpo, lo gastaba y convertía en rezar devotamente y estar en los oficios divinos y san as plegarias. Muchas veces pasava la mayor parte de la noche solo ante el altar, quitado el arnés, capacete y manoplas, rezando y contemplando, de manera que era pública y común boz y común esperanza, así entre los caballeros como por el pueblo todo, que no temiese nadie que, cierto, Rodas no podía ser vencida ni tomada según la gran vigilancia y continuas oraciones del gran Maestre.

Capítulo XXI. En el cual el autor hace una muy devota exortación a los príncipes todos cristianos para que pongan remedio en resistir a este gran tirano y hace atentos a los lectores para lo mucho que, en el segundo libro que se sigue, dirá.

Resta ahora la más trabajosa parte desta tan dificultosa obra, la cual dicha parte nunca será leyda ni contada sin grandísimo dolor y llanto, no solamente mío, pero de todos los hombres y personas que la oyeren. Porque en ella se contiene la muy triste y lamentable entrada y toma de aquella tan noblísima ciudad y la misérrima salida de los sacros caballeros de Jerusalén. La cual, el que contándola o oyéndola contar pudiere oír y sentir sin derramar muchas lágrimas, según mi parecer y juicio, él será muy poco cristiano. O por ser inconsiderado e imprudente no entenderá ni sentirá cuánto el poder y fuerzas de los turcos fueron aumentadas con la victoria que tuvieron de Rodas y las nuestras acortadas y disminuydas. Pero ya ahora toda cualquier queja, aunque muy justa y verdadera, es muy tardía y enojosa. Pues que los príncipes todos del occidente ni se movieron viendo tal sitio, ni ahora tampoco se mueven por tal estrago y pérdida, embriagados con el cáliz y vaso del furor de la ira e indignación de dios, lo cual plega a él que lo diga ahora yo con un calor juvenil y arrebatado de pasión y no de verdad. Pero temo y, en verdad, digo que mucho temo que repugnando y reluchando a mi dolor y pena, haya por fuerza y, aunque no quiera decir esta palabra y verdadera razón, y que estos señores que cruelmente y sin misericordia menosprecian y no curan las miserables querellas y trabajos de otros, mandando que cada uno mire por lo que le cumple, pensando por ventura en sus coraçones, no nos vendrá a nosotros mal ni la llama y fuego, ni las armas y fuerzas de los enemigos y contrarios nos podrá dañar o empecer, bueltos después a lo contrario, canten y con dolor digan aquella profética y muy triste sentencia del profeta Hyeremías, que dice así. “Ecce gentem a longinquis et procul disitis regionibus, gentem robustam, gentem anticuam, gentem cuius linguam ignoramus, nec intelligimus quid locuatur. Comedit segetem, vineam, ficum et stirpe nostram, devorar panem, gregem artumoz nostrum et ignis sus late omnia comburit”. Lo cual quiere decir: “Catad una gente de regiones y partes muy extrañas, apartadas y muy remotas, gente robusta y rezia, gente antigua, gente cuya lengua no entendemos ni sabemos que se habla. Come nuestras mieses, viñas, higuerales y árboles otros; gasta y come el pan, ganados y manadas nuestras y su fuego quema y abrasa largamente todo lo que halla”. Al cual ya yo veo echar centellas o, porque mejor diga, cómo con su flama viene chamuscando las paredes propincuas y cercanas y, nosotros, inconsiderados, que no creemos que nos cumple mirar en ello y que conviene proveer como en cosa nuestra. Pero después que veamos arder todas las provincias y partes con la flama y fuego de los contrarios pegada ya en la Italia, luego en la Francia y, de ay, en la España, entonces pobres y despojados de socorro

humano, afligiéndonos y matándonos en balde en los templos y ante los altares de dios, nuestro señor, y de sus santos, demandaremos perdón de nuestros pecados y fin a nuestros males y fatigas. Pero temo que dios, ayrado de nuestra soberbia, nos avrá de responder. Vuestra oración se convierte en pecado, vuestra mano y compañía y vuestro imperio y señorío nade sobre su propia sangre, el cual muy presto arderá con flama estraña, quiero decir de turcos. Porque justo es que vosotros, que en vuestra tierra menospreciastes y tuvistes en poco a Jesucristo, vuestro dios, en la tierra ya no vuestra sino de vuestros enemigos, sufráys y padezcáis a los turcos bárbaros y muy crueles. Lo cual, así como con gran vehemencia y pasión temo que avrá de ser, así por el contrario espero y, si algo cierto mi espíritu y ánimo adivina, deseo que el amor y consuelo de todos nosotros, que es Jesucristo, se contentará con lo pasado y tendrá por complida paga de nuestros males y errores, con que de ellos nos pese y arrepintamos. Lo cual quise antes adivinar en mi prefación, que no otra cosa más triste y de peor significación, y suplicarle que por su divina piedad y misericordia quiera dar próspero y entero fin al comienzo y propósito del libro segundo.

LIBRO SEGUNDO DE LA MUY GRANDE Y MUY CRUDA BATALLA Y CONQUISTA DE RODAS.



Capítulo I. De cómo la flota y armada del gran Turco pareció una mañana sobre Rodas y de cómo los de la ciudad hicieron una muy solemne procesión y, acabada, se comenzaron a poner a punto.

A veinte y seys días del mes de Junio del año de M.ccccxii, una mañana muy en amaneciendo, hizo saber la vela y atalaya que estaba en lo alto del monte de san Estevan, que está media legua casi de la ciudad, cómo venía una muy gran flota y armada por la buelta de la ribera occidental de la Lycia. Alteróse luego mucho toda la ciudad con nueva tan dura y triste, aunque no, no pensada y sabida. Andaban todos los moradores y vezinos de la ciudad tan alterados con vario y diverso tumulto y cada uno considerava y ymaginaba los daños y peligros según el miedo y temor que tenía. Y así era tan gran clamor y bojería el que por toda la ciudad andaba, cual suele andar en cualquier ciudad otra que se vee cercar y poner en tanto estrecho. Y como aquel día fuese el octavo de la solemnidad y fiesta del santísimo cuerpo de nuestro redentor Jesucristo, fue tornado a sacar el santísimo sacramento con muy solemne y devota procesión y, con grandísima reverencia y humildad, así en los rostros de todos los fieles como en las ropas y vestiduras, fue hecha la dicha procesión a la redonda del templo e iglesia del glorioso profeta san Juan Baptista, en la cual iba el prior de san Juan, prelado mayor de la sacra orden de la caballería, llevando el santísimo sacramento en las manos. Derramáronse infinitas lágrimas en aquella, tan san a, procesión. Suplicaban todos al alto y muy piadoso dios que allí iba que ayudase y favoreciese a los caballeros y

gente otra de Rodas y que, pues él los quiso y eligió para defensores de su sacra religión, les diese tal favor y gracia, y tal esfuerzo en pelear contra los enemigos, que saliesen con mucha felicidad vencedores y convirtiéndose en los enemigos de su santafe católica las armas, fuegos, muertes y robos que a darles venían. Esforçados y muy consolados con devoción y santa esperanza los ánimos y coraçones de todos, por esta manera y modo ya dicho, y puesto el santísimo sacramento en el sagrario, cerradas a muy gran priesa las puertas todas de la ciudad, va toda la gente corriendo a los muros y adarves. Iban no solamente hombres, pero también mujeres, donzellas, niños y viejos ya muy decrepitos y cansados, con sus báculos o bordones sustentados, por ver una tan grande y tan espantable flota (porque en ella venían más de cuatrocientas y cinquenta velas de galeaças, naos grandes, galeones largos, galeras, fustas y vergantines y otras muchas maneras y forma de naves). La cual dicha gente, que así salía para la ver, se subió y repartió por los muros y torres, y por los tejados y miradores de la ciudad, y por las otras partes y lugares todos de adonde ella se podía ver. En tanto que esto así pasava y la gente toda andaba así alborotada y revuelta, llegó la armada de los contrarios muy aparejada y extendida y navegando muy de su espacio. La primera nao muy grande y muy hermosa era la del capitán y presidente Gallipolitano, regidor y gobernador de la flota toda y capitán general del combate y guerra de la parte de la mar. En la reçaça venía aquel grandísimo cosario, Carramahamer, al cual después un tyro de fuslera, asestado muy bien contra él desde la torre de Italia, envió muy de presto al infierno. El capitán que venía en medio de la dicha flota no se supo quién era. Viniendo pues por este orden y manera ordenados y concertados, el capitán general del armada mandó (porque ellos venían con muy buen viento poniente, porque de otra manera no osara intentar luego el combate) a las galeras todas amaynar no muy lexos del puerto, el cual puerto estaba algo más decubierto que solía porque las dos torres, que están de la una parte y otra dél, estaban muy proveydas y llenas de muchos y diversos tyros de artyllería muy buena. Amaynaron, pues, luego todas las galeras y derribaron los másteles y todos los que en ella venían, aparejando sus armas y poniéndose a punto, calaron los remos al agua y viniéronse tierra a tierra hazia la ciudad. Luego como los de la ciudad esto vieron, comienzan de dar alarma, sacar vanderas, correr todos a muy gran priesa unos por unas partes y otros por otras de la ciudad y, todos los más animosos y esforçados, ir al puerto con mucha diligencia porque todos pensaban y creían que los contrarios querían luego tomar el altoçano o muladar que está a la parte yzquierda del dicho puerto, la cual arriba dijimos estar más aparejada para ser tomada de los contrarios y hacer más daño desde ella que no de otra parte. Pero viendo el dicho cosario e infernal capitán cómo la priesa de la mucha artyllería le hacía infinito daño y lo echava a fondo, sin más tardar nada, mandó alzar los másteles y velas pequeñas y dar la buelta hazia lo largo, adonde estaba toda la otra flota, no sin muy gran peligro de ser desbaratado y echado a fondo y sin muy grandísima

grita y afrentoso ecarnio de la gente toda de Rodas que estaba por los muros. Luego toda la flota junta pasó por ante la ciudad y a vista de la gente toda de pelea, la cual estaba muy bien aparejada y puesta a punto con sus vanderas y en sus escuadrones en el puerto. Y, al pasar, era cosa de maravilla el infinito número de trompetas que tocaron y la diversidad y manera de la música y canto militar que hicieron. Y con todo esto, no dio tanto temor a los nuestros cuanto él recibió y, así, navegando se fue la buelta del cabo de Boy, el cual está una legua casi de la ciudad hazia la parte del oriente. Y como el lugar y ancón fuese pequeño y tantas velas y naves en él no cupiesen, muchas de ellas estaban en la mar, fuera del abrigo, expuestas a mucho daño y peligro de sus contrarios. Pero como los de Rodas, con muchos tyros que de los muros tyraban, les hiciesen mucho daño y enoxo, no dexándolos asegurar ni estar allí, llegaron lo más que pudieron a tierra y, así, estaban en tanta estrechura metidas y apretadas que apenas una lanza arrojada pudiera caer en el agua sin hacer daño. Oy decir entonces que un Hierónymo Bartolucio, florentín, varón mue instructo y exercitado en las cosas de la guerra, dava un aviso y forma muy sutil para quemar toda la flota así junta como estaba, la cual como a un procurador de los del thesoro no agradase ni pareciese bien (según que otras muchas cosas también que se intentaban y ordenaban para daño y total perdimiento de los contrarios), tampoco agradó ni aplugó a todos los otros compañeros suyos que con él estaban en consejo.

Capítulo II. De cómo los contrarios saltaron en tierra y comenzaron a fundar su real. Y de cómo el gran Maestre despachó dos caballeros de la religión que fuesen por socorro. Y de cómo fray Peri Juan, prior de san Gil, vino a Rodas para mucho placer y consolación del pueblo.

Ya que los contrarios setuvieron allegado hazia la tierra por estar más a salvo, comenzaron a sacar en tierra los tyros de artyillería, armas, barriles de pólvora y todas las otras cosas y municiones necesarias para el sitio y combate de la ciudad. Y, en tanto que todo ello se sacaba de las galeaças y galeras, los capitanes generales eligeron el lugar más decente y aparejado para sentar el real que les pareció. Pasaron, así mismo, toda la otra gente de guerra y campo todo, que venía por tierra de la parte de tierra a la ysla, y comenzaron con mucha diligencia a mirar y contemplar muy bien los muros y sitio de la ciudad para ver las partes y lugares por donde más fácilmente la podían combatir. Los que dentro de la ciudad estaban, con menor diligencia y cuydado miraban y ordenaban todo lo que mejor y más siguro les parecía para su reparo y defensa. Y, por tanto, todos cuantos podían libremente trabajar, así grandes como pequeños, hicieron por cerca de los muros, de parte de dentro, unos pozos muy hondos y una mina larga por debajo de todos ellos, la cual diligencia y muy sutil aviso fue para decubrir y atajar las minas que los contrarios hiciesen. Lo cual está muy averiguado y cierto, por uso y

experiencia, aver aprovechado mucho no solamente a los cristianos, pero también a los turcos porque por aquellas minas y cuevas así hechas se escondían y escapaban. El gran Maestre, luego sin más tardar, despachó a un caballero de la religión llamado fray Luys Andújar para que viniese a España al emperador don Carlos, quinto de este nombre, y a Roma a los cardenales y sacros caballeros suyos Italianos. Y despachó otro caballero llamado Claudio Daucenvillo para Francia, al rey de Francia y a los caballeros todos de la religión con cartas deprecatorias, en las cuales suplicaba y demandaba ayuda y socorro para aquella mísera y tan afligida ciudad, por mar y por tierra sitiada de tantos contrarios. Justa cosa era, por cierto, la causa y empresa común de la religión cristiana, defendida con mucho ánimo y católico esfuerço primero por los de Rodas, ser socorrida y ayudada con las armas y concordés ánimos de todos los príncipes cristianos. Pero, en fin, otra cosa quiso fortuna. Fray Peri Juan, prior de san Gil, de quien arriba hezimos mención, varón por cierto que se puede muy bien comparar y ygualar con cualquiera de los capitanes antiguos y modernos, bueno para batalla por tierra y, para por la mar, mejor. Muy osado sobre manera para se oponer y ofrecer a cualquier peligro y muy dichoso en cualesquiera trabajos y adversidades, en tal manera que justamente se podrá dudar si es o más esforçado o más dichoso. Usado desde niño a fríos y calores, a dormir por el suelo y sin cama y, en un mismo tiempo, pasar y sufrir hambre y trabajo y tener por deleite y pasatiempo lo que otros llaman miserisa y malaventura. Como supo de la venida de los turcos y la grande armada que sobre Rodas había venido, salió de la ysla de Lango, donde a la sazón estaba, y vino para la ciudad. Y como estuviese dos o tres días en un vergantín muy bueno en que venía escondido, detrás de un peñasco desierto en la mar, por miedo de los contrarios, una noche ya muy tarde y que todos estaban reposados, engañó a las velas que creyeron que el vergantín era de turcos y pasó hasta entrar en el puerto. Y como por la ciudad entró, dio muy gran placer comúnmente a todos los moradores y caballeros de ella porque, con él, tomaron todos muy gran consolación y esperanza de remedio porque, sin duda, en ningún otro capitán los caballeros y gente toda confiava tanto como en él. Ni el gran Maestre, cuando alguna cosa se había de hacer con mucha diligencia y esfuerço, a otro alguno quería dar el cuydado y cargo de ella. El cual luego como a la ciudad vino armado, noches y días con mucho esfuerço y sin cansar, exhortaba y animaba a la gente, visitaba las velas y estancias y, con mucha diligencia, remediava y reparava todo lo que los contrarios quebrantaban y destruían a hierro o a fuego. Vino, así mismo entonces, de la ysla de Candia por consejo y exhortación del prudente varón fray Antonio Boso, fray Gabriel Matiningo, varón muy acabado y diestro, así en cosas de guerra como de paz, y natural de aquella antigua bondad y virtud de aquella noble ciudad de Breça, la cual Plynio tanto sublima y alaba. El cual dicho fray Gabriel decía muchas cosas muy buenas y avisos muy necesarios, porque él era muy maravilloso inventor y maestro de obras y cosas de guerra y

de tan sutil ingenio y bivo ánimo que, con muy poco trabajo, descubría y hallava las más de las minas (porque según decían, fueron más de cinquenta y cinco) que los contrarios hacían y cababan con muy gran trabajo y dificultad, en unas partes por los manantiales de agua en que daban y, en otras, por las peñas y muy duras agujas que habían de romper y horadar. Lo cual él hacía y descubría por otras contraminas y grandes cuevas que por de dentro de la ciudad cabava y hacía abrir hasta llegar a los últimos cimientos y fundamentos de la muralla. Pero, pues que aquí queremos hacer mención de cómo la ciudad de Rodas estaba sitiada, paréceme que será necesario que primero declaremos y demos a entender en pocas palabras su asiento y manera que tenía y las instituciones de los antiguos, así de paz como de guerra, y cómo tuvo ordenada la república y vino en poder y señorío de los caballeros de Hyerusalem.

Capítulo III. De la antigüedad y muy gran nobleza de la ysla de Rodas y de cómo los caballeros de Hiesusalem latuvieron en poder y señorío.

Los telchines, gente venida de la ysla de Candia, fueron los primeros que (según yo supe) poseyeron y poblaron a Rodas, ysla del mar Carpathio. Estos dichos telchines eran unos hombres hechiceros, encantadores, bárbaros y muy desordenados y sin razón, los cuales fueron los primeros que obraron e hicieron cosas y obras de hierro y de metal. Los cuales no se regían ni gobernaban por costumbres ni leyes, ni gobernación o imperio de superior persona alguna. Pero después que Tlepólemo, con las gentes y pueblos que con él se juntaron, a los cuales él después llevó consigo en nueve naos a la guerra y sitio de Troya, la comenzó a poseer y habitar. Luego, desde entonces, comenzó a ser muy famosa y sublimada, así entre los dioses como entre los hombres, pues que el mayor y más alto dios de aquel tiempo y gentes, que fue Júpiter, no contento con aver produzido y parido en ella a su Minerva, de aquella su divina cabeza, quiso también llover gotas de oro, lo cual pienso y creo yo los poetas aver fingido por las muchas riquezas y muy famosos y grandes estudios de todas las buenas artes, con las cuales aquella ysla, y tierra toda, en tanta manera floreció que muchos, dejado y disimulado el nombre de su propia tierra, tuvieron por mejor y mayor honra ser llamados Rhodios, lo cual, según muchos escriven, hicieron los dos Appollonios y otros algunos. De manera que, en muy poco tiempo, la potencia y fama de Rodas vino en tanta alteza y resplandor de gloria que, muchos años antes que las olimpiadas o cuentas temporales de los griegos se instituyesen e inventasen, tuvo muy gran poder y fuerzas por todo aquel mar. El cual poder y alta majestad, los de Rodas guardaron y conservaron con mucha fuerza y autoridad hasta los tiempos de los Romanos, por cuyo fiel y constante favor y ayuda, y artes y astucias, el nombre y poder de los Romanos se extendió y floreció por todas las partes del oriente. Porque esta grande y muy magnífica ciudad de Rodas les

dio y proveyó muy bien de mucho bastimento, gente, naves y todas las cosas otras necesarias para guerras y conquistas por la mar necesarias, sin lo cual el oriente ni podía ser tomado ni acometido tampoco. Pero no estaba ella entonces fundada y puesta, de todo en todo, en aquel mismo lugar y asiento en el cual está ahora labrada y edificada por los caballeros latinos, con infinita costa y suma de dineros que en ello se expendió y gastó, y con trabajo y obra sin parar de doscientos y catorce años que ha que la poseen. Está, pues, la dicha ciudad puesta y fundada en la última parte y ribera de la ysla, la cual les dio y concedió en merced don Manuel, emperador de Constantinopla, después que ganó y tomó a Macre, ciudad de la Lycia. Y ovo mucho tiempo andado y cercado, lo cual es más de verdad que no combatido a Chypre, pero no sin mucho trabajo y a pura fuerza de armas, los sacros caballeros tuvieron y tomaron la posesión de ella porque los griegos, muy familiares y conjuntos con los Syros, lo estorbaban y recusaban mucho porque no podían sufrir ni consentir a los latinos por justo y ygal señor. A los cuales, en fin, Guillelmo Villareto, natural de Francia, varón de mucha sagacidad y experiencia, así de cosas de paz como de guerra, así por fuerza como por temor y miedo y gran fatiga de la guerra y continuas batallas que les dio, les hizo obedecer y dar la ciudad hechas y confirmadas, de la una parte y de la otra, sus capítulos y condiciones. Para lo cual le ayudaron y dieron favor el papa Juan XXII y el rey de Nápoles, porque siempre este reino ayudó y favoreció mucho a Rodas, que aún también ahora, en este último sitio, envió provisiones y aparejos que valdrían dos mill ducados dados muy liberalmente de gracia para nuestra ayuda, sino que llegaron ya muy tarde. Ordenando, ahora avrá cuatro años, en París unas ciertas glosas y anotaciones sobre el código de Justiniano y sobre las constituciones de Bonifacio, Clemente y de este sumo pontífice Juan XXII que dije, ecreví su vida sacada de varios y diversos autores, de los cuales ninguno hizo mención que él hubiese embiado ni dado socorro a la sacra caballería de Hyerusalem, aunque en la verdad todos concuerdan en que este dicho pontífice fue muy favorecedor y amigo de Franceses y que ordenó una muy gran guerra y copiosa armada contra los moros. Pero ya aquí seguimos, según parece, las particulares historias de que no ay necesidad. A este rey de Nápoles, que entonces favoreció a Guillelmo Villareto, no lo nombramos por su propio nombre porque de él no hallamos cosa cierta, aunque Volaterano, eloquente historiador le nombra y llama Ladislado. Pero volviendo a la ciudad de Rodas y a su sitio y asiento, ella está en un lugar muy llano, de manera que puede ser muy fácilmente ceñida y sitiada de gente por toda parte porque por la parte del puerto, el cual está al mediodía, cerca de la mar. Por la parte otra está hazia el occidente y, entre ella y unos valles altos muy frescos y saludables, va un llano muy bueno de tierra arenosa y con muchas agujas, no tanto grande en anchura cuanto en longura y, a la redonda, cércanla toda casi aquellos valles que ya dijimos, en los cuales están muchas fuentes muy frescas y muchas casas de solaz. Están todos llenos de muy verdes árboles como son

azeytunos, azebuches, higuerales, viñas y otros árboles y plantas de vario y diverso género, los cuales suelen nacer y criarse en tierra seca y arenosa, aunque el arte y el trabajo continuo remediaron el defecto de natura. Está, así mismo, la dicha ciudad toda muy bien cercada de muro y antemuro, muy fuerte y muy hermoso, y espantoso con treze torres que tiene muy altas y muy temerosas. Tiene, así mismo, cinco muy grandes valuartes con los cuales puede resistir a toda violencia y fuerza de contrarios. Está muy ennoblecida y hermoseedada con muchas puertas muy bien labradas y, según yo pienso, en ninguna otra parte de todo el universo se podrá hallar la doctrina militar y exercicio de las armas tan estrecha y perfectamente guardado, ni con tanta perfección exercitado y usado.

Capítulo IIII. Del orden que los caballeros y gente otra de Rodas tenían para la defender y de la gran trayción que una eclava turca ordenaba y de cómo los turcos comenzaron a combatir la ciudad.

La guardia y defensa de toda la ciudad estaba en estas partes repartida y ordenada desde la torre de Francia, la cual es de tan gran altura que parece que con lo último da casi en el cielo, hasta la puerta de Abusón, por la cual es el camino para la montaña de Philermo, sobre lo alto de la cual el tirano del gran Turco hizo y fundó una fortaleza muy buena y mudó una iglesia o hermita de nuestra señora, que allí estaba, en baños y casa secreta de sus lujurias y abominables y muy feas sodomías. Estaban los sacros caballeros franceses con sus vanderas muy rutilantes, con sus flores de lys en ellas, el capitán y gobernador principal de los cuales era fray Juan Aubino, muy famoso y claro en la sacra caballería, así por linaje como por muy buenos hechos. Desde el cual lugar hasta la puerta de san Jorge estaba el grande y muy adamantino esfuerço de los caballeros alemanes, resplandeciendo muy hermosamente con sus vanderas y águilas negras. Luego, en el tercer lugar, estaban los otros caballeros franceses alberníazes. Junto a los cuales, en el cuarto lugar, estaban los altos y muy generosos caballeros de España rutilantes con sus vanderas y ecudo de España lleno de grandezas y reinos, los cuales tenían y defendían el más peligroso y flaco lugar por ser gente de muy grande ánimo y para mayor trabajo porque, por la parte donde ellos estaban, la fosa era muy angosta y muy baja, cuyos capitanes no nombro porque todos muy católicamente murieron en defensa del dicho lugar y después se nombrarán, donde de los muertos haremos mención. En el quinto lugar, luego peleava con muy grande ánimo y encendida fe toda la nación y gente Inglesa, cuyo capitán era el gran Maestre mismo. A par de los cuales estaban los caballeros Proenzales. La última posta tenía y defendía el duro batallón de los Italianos, aunque no últimos en ánimo y heróyco esfuerço contra la violencia y astucias de Pirrho bajá, capitán mue infernal de los turcos. Los capitanes de los cuales eran el uno fray Pedro Balivo, el cual sucedió en el cargo a fray Jorge Aymaro y a

Montaphio, los cuales siendo capitanes fueron muy malamente heridos y, el otro era fray Gregorio Morguro, prior de Nabarra y capitán de socorro de la posta de Italia. Pero como el enemigo doméstico sea más pernicioso y malo para ofender que el de fuera o extraño, dentro de la misma ciudad no faltó quien ordenase trayciones para nos vender. Porque una esclava turca muy perversa y mala, la cual era de un vezino muy honrado y rico de la ciudad, o estando loca según verdad o fingendo falsa locura, que a la verdad de cierto no se sabe (porque por tormentos que le dieron nunca confesó nada) acometió a hacer y ordenar una trayción, la más horrible que se puede pensar, y tramóla por tan sutil y alta manera que, por cierto, ningún ingenio de humano hombre por muy esforçado y sagaz que fuera no la pensara ni osara hacer. Porque ella y otras ciertas personas que con ella se ayuntaron a lo ordenar (cuántas fueron no se sabe), concertaron y determinaron entre sí que el primer día que se comenzase y revolviere la mayor entrada de los turcos, y estuviesen los de la ciudad muy revueltos y travados con ellos peleando crudamente unos con otros, pegasen fuego a la ciudad por muchas partes porque los comendadores y gente otra que estuviese por las postas y muros peleando, viendo cómo la ciudad se ardía, espantados y temerosos de ver el fuego, dejasen las postas y estancias desamparadas por ir a socorrer y, entonces los contrarios, hallando los muros y torres sin defensa, los tomasen muy fácilmente y se entrasen en la ciudad. El cual pensamiento y sutil invención, cierto era no muy mala para lo que ellos querían, pero faltóles, en fin, el efecto porque antes que la tal cosa se pusiese por la obra se supo y sintió por algunas conjeturas y señales y por la confesión de los que en ello eran, de los cuales todos se hizo luego justicia muy cruda. Los turcos, en tanto que esto así pasava, antes de aver traído y allegado cerca de las murallas todo el aparato y recaudo necesario para sitiarse y combatir ciudades y lugares fuertes, tomaron luego un collado o valle que era algo alto, en el cual estaba una iglesia de los bienaventurados san os san Cosme y san Damián, cerca de una hermita de nuestra señora de las Limonitras, frente a frente de la posta de Inglaterra, desde el cual collado ya dicho conmenzaron a jugar de algunos tiros pequeños contra la ciudad, más según parecía por exercitar y ecalentar la gente que no por nos ofender ahora mucho, porque eran unos buzanillos pequeños y medias culebrinas y así otros desta forma. Comenzaron, así mismo, luego a ordenar y hacer sus trancheas y reparos de linamen y hacer montones altos y cercar de valuarte y fosa todos los lugares y partes por donde o ygalaban o sobrepujaban a la ciudad. Para servicio de lo cual, y también para henchir las fosas de tierra y para, así mismo, minar y contraminar y hacer cuevas y sacar tierra noches y días sin parar, andaban cinquenta mil hombres, trabajadores del campo criados y usados más en continuo trabajo de labranzas y ganados que no a ejércitos ni batallas, los cuales por temor del grandísimo castigo que luego se les hacía, porque en tardando o parando un poco en la hacienda o trabajo que cada uno hacía, luego era o molido a palos o muerto muy

cruelmente sin otro remedio, fizieron muy breve y ligeramente cosas que parecía imposible poder ser hechas. Porque ellos quebrantaron y rasgaron peñas de guijas muy durísimas, hicieron los campos llanos ser yguales con los valles y alta montaña con infinita tierra que a ellos truxeron y, cabando y trayendo la dicha tierra, abajaron los valles y alturas de los montes e hizieronlos llanos. A los cuales, los de Rodas, no dándoles lugar ni dexándolos asigurar en cosa que hacían, arredraron e hicieron afuera, primero con mucha artillería desde lexos y desde cerca con lanzas, ballestas, flechas y escopetas, que siempre les tiraban y arrojaban sin parar. Pero viendo su porfía ser tanta y tan firme y porfioso su tesón, y que mientras más mataban más se llegaban y apresuraban, determinaron de salir a ellos con determinado ánimo y esforçado corazón y derribarles y destruirles todo lo que hubiesen hecho y fabricado.

Capítulo V. De cómo los de Rodas salieron a dar en los contrarios e hicieron muy grande estrago en ellos. Y de una muy famosa hazaña que unos hombres de la mar hicieron para saber la intención y secretos de los contrarios y qué determinaban hacer.

Abierta pues la puerta de la ciudad, salen los sacros caballeros y gente otra muy luzida con ellos y, con un generoso esfuerço, dan muy varonilmente sobre ellos, los cuales asombrados con el rezio ímpetu, así de sobresalto, y con el clamor y grito que les dieron y priesa sin parar y como, así mismo, estaban cansados de los continuos y muy grandes trabajos, ni tuvieron ánimo para resistir ni orden para se remediar, antes, por donde cada uno más ayna podía echava a huir para se salvar y ecapar con la vida. Y no solamente la gente de trabajo y peonaje huyó, pero también la gente de guardia toda no paró, que no huyó toda la más. Dávanles tanta priesa y con tanta ferocidad los de Rodas, tomando mayor osadía y esfuerço de ver el gran desmayo y flaqueza de los contrarios, como muchas veces se suele hacer, que muchos que tan presto no se pudieron desocupar de las obras en que estaban detenidos, o se tardaron por alguna ocasión otra, murieron luego allí muy crudamente. Y como andando la batalla así travada, ocurriese luego a muy gran priesa otra infinita multitud de turcos a socorrer el real y campo que estaba ya sentado, fue tan cruel la batalla y pelea que allí se dio, y tan grandísimo el estrago y riça que se dio en ellos por todos aquellos campos, que por doquier que volviédes los ojos no víades ni parecía otra cosa sino infinitas pelotas gruesas y menudas de tyros de artyllería, armas, cuerpos muertos sin número y la tierra toda bañada en sangre. Porque toda la artyllería que se puso y asestó por los muros y torres de la ciudad en nuestra ayuda y favor para hacer aquella entrada y salto, dando con mucha fuerza, rezio ímpetu y espantable trueno en medio de las huestes y batallones de los contrarios, muy armados y luzidos, hizo muy gran daño y mató infinita gente. Avida tan alegre victoria en aquel tan famoso salto, buelven los sacros caballeros y gente otra, que con ellos había salido, muy

cansados de despedazar las carnes de sus enemigos, bañados en aquella infernal sangre que de ellos había salido, y muy alegres de ver cómo sus rutilantes espadas bolaban por medio de aquellas bárbaras huestes, tan a su salvo y provecho. Y éntranse en la ciudad, donde fueron recibidos con mucha alegría porque con su venida dieron mucha consolación al pueblo y ánimo para sufrir y sostener el sitio que los contrarios con tanta porfía ponían. Y como por esta manera y modo, dos o tres veces burlásemos a los contrarios con saltos tan peligrosos y entradas tan lastimeras, de las cuales tanto daño se les seguía, trabajaban de hacer todas sus municiones y aparejos de noche con velas y guardas muchas, y de mucho recaudo, y con la mayor diligencia y priesa que podían. De día duplicaban las guardas y, para mayor amparo y defensa suya, asestaron mucha artyllería contra la ciudad, por miedo de la cual no tanto los de Rodas dejaron de salir a ellos cuanto porque temieron que con tales y con tan continuas entradas no se gastase y apocase la gente de pelea de la ciudad. Estando pues la ciudad de Rodas por esta forma y manera muy de hecho sitiada por toda la vanda y parte de la tierra y como, así mismo, por la mar estuviesen continuamente sin se apartar ni mover de allí muchas galeras, galeones largos y vergantines de los contrarios, guardando la entrada del puerto con mucha vigilancia y diligencia, ciertos hombres de la mar que al presente estaban en la ciudad viendo el encerramiento tan grande y guarda que los turcos hacían y ponían, fueron a la posada del gran Maestre muy determinados o de morir o de hacer alguna hazaña y engaño a los contrarios que les fuese de mucha fama y gloria. Y suplicáronle que su señoría les diese licencia para hacer una cierta salida contra los contrarios, que ellos harían de manera como todo lo que los turcos ordenaban y pensaban hacer se supiese muy largamente con cierta maña y astucia que ellos entre sí tenían ordenada y que, en ello, ninguna otra cosa se aventurava de daño a la ciudad mas que su salida, pero que su señoría les mandase dar lugar y los dejase hacer, que a placer de dios ello sería para mucho bien. Estuvo el gran Maestre un poco pensando en ello y ponderando consigo los inconvenientes y, visto el poco peligro que en ello parecía y el mucho provecho que se esperaba de su salida, otorgóles la licencia y mandóles que lo pusiesen en efecto. Partidos pues los dichos hombres de la posada del gran Maestre, van luego al puerto y aparejan muy bien un vergantín o barco mediano y cárganlo de melones, uvas, duraznos, manzanas y otras frutas que entonces había según la parte y tiempo del año. Cargado el dicho vergantín, y puesto a punto, mudaron luego todos ellos las ropas y vestidos, las armas y todo lo demás y pusieronse a manera de turcos, sus barvas crecidas y las cabezas liadas con alquiraes largos y caperuçonos luengos hazia arriba altos y, a la media noche, casi con mucha ecuridad que hacía, salieron secretamente del puerto y pasaron por entre toda el armada que estaba en guarda dél y fuéronse a aquella parte de la ysla donde era el pasaje para la otra parte de la tierra firme. Y como ellos supiesen muy bien la lengua y condición de los turcos, pusieron luego como llegaron a

vender su fruta. Los turcos, como la vieron, alegrándose mucho de ver fruta tan freca y a aquella hora, comenzaron a mercar de ella a mucha priesa. Como en la verdad sean gente de muy profunda y sucia gula, y tal que nunca guarda tiempo ni hora en el comer porque su costumbre es en cualquier tiempo y en cualquier hora, así de noche como de día y, en cualquier lugar que están y se hallan, comer sin vergüenza alguna y muchas veces se están comiendo y beviendo desde mediodía hasta la media noche y más, allí embriagados y rellenos entre sus bardaxas y bujarrones, porque son todos comúnmente muy nefandos y abominables en el pecado de la sodomía y, sobre manera, muy dados a ella. Y, así, yo creo por muy cierto que turco ninguno ay que no sea muy suzio y vicioso en ella. Vendieron pues los dichos hombres sus frutas muy a su placer luego en aquella hora que llegaron y, en tanto que así vendían, no dejaban de tentar y pesquisar con mucha astucia y arte de las cosas y secretos de los contrarios y de las intenciones que tenían los del real y con qué voluntad estaban de pelear. Contentos ya de lo que saber querían, botan su vergantín de tierra para se bolver. Entonces, algunos turcos de los que allí estaban, los cuales habían venido al sitio y campo muy contra su voluntad y más por fuerza que de grado, estando muy tristes y desesperados de verse allí aylados sin poder huir, porque aliende de la muy grande y nunca usada ni vista multitud y copia de artyllería, tal cual ellos ni habían visto ni oydo tampoco en parte otra alguna, no tenían lugar alguno seguro para se acoger y ecapar del peligro y muerte que tan a la clara veían aparejada porque las lombardas de Rodas, como eran muy gruesas y muy mortíferas en toda parte y lugar, hacían mucho daño con su rezio ímpetu y fuerza. Así que estos dichos turcos, así decontentos, rogaron a aquellos dichos hombres y suplicáronles muy afectuosamente que les pasasen de la otra parte a la tierra firme, creyendo que eran turcos como ellos. Los hombres con una fingida disimulación y ecusa dijeron que no podían, ni tampoco osarían, porque la barca era muy pequeña y que no cabrían tantos en ella, pero por muchos ruegos que en fin les hicieron, más casi por fuerza, según los turcos pensaban, que no de voluntad y ganatuvieron de recibir siete u ocho de ellos. Partidos con la presa los astutos fruteros, viénense navegando y pasan con mucho silencio por medio del armada hasta entrar por la boca del puerto. Y ya que estuvieron dentro dél, arremetieron presto con ellos y maniatáronlos y, con mucho placer nuestro y dolor y tristeza suya, los truxeron a la ciudad y llevaron a emprentar al gran Maestre, el cual se holgó desque los vido e hizo muy grandes mercedes a aquellos hombres que tan astutamente habían traído tan buena presa. Luego, otro día por la mañana, fray Peri Juan y fray Gabriel, capitán general de la caballería, tomaron a los dichos turcos cautivos y los subieron a la torre mayor de la iglesia de san Juan y, juntamente con ellos, uno de aquellos dichos hombres que los habían cautivado, el más diestro en la lengua de ellos, para que fuese intérprete y declarase lo que dijesen. Desde la cual dicha torre, como sea muy alta, se podían ver muy bien no solamente

toda la ysla casi a la redonda, pero también el real y campo todo de los contrarios. Preguntados, pues, con mucha diligencia los dichos turcos según y como a los capitanes ya dichos pareció convenir de muchas y diversas cosas, ellos respondieron muy bien y claramente a todo lo que les demandaron y, entre otras muchas cosas que allí dijeron fue, esta la más principal, la cual me pareció ser bien poner aquí.

Que en el real y campo de los contrarios había mucho tumulto y comunidad y muchas novedades, y ligas y conjuraciones de muchos, y que mucha parte de la gente de guerra viendo cómo cada día moría muy gran copia y multitud de ellos, así de hambre como de mal pasar y trabajo grande que tenían, y de los tyros de pólvora y muy grandes lombardas que de la ciudad tyraban, y que casi faltaban ya lugares para sepultar los muertos que cada día caían, se estaba debajo de sus tiendas y choças y embuelta en sus cueros y pellejos y que de allí, ni aunque los mismos capitanes los llamaban y con pregoneros los amenazaban, no querían salir ni venir a servir y pelear. Y que muchos tenían determinado de se alzar y huir por el temor y miedo de los grandísimos peligros en que estaban, y esperaban también estar, y se quexaban muy abincadamente diciendo cómo era en balde todo aquel trabajo que allí pasaban. Que si los capitanes fueran prudentes y bien mirados, que no intentaran de poner sitio y combatir una ciudad tan fuerte como aquella y ponerse a fuerzas con gentes inexpugnables y que era imposible ser vencidas. Que Rodas no era de la condición y manera de la ciudad de Belgrado, ni tenía comparación con ella, porque dentro de Rodas estaba por señor y gobernador Lysladam con la mejor y más ecogida gente de caballeros que podía aver en el mundo y que esperaban cada día socorros de muchas partes. Que, en fin, por fuerza y porque les complía habían de venirles a ayudar y que los capitanes de Rodas eran muy más mejores y más diestros y venturosos en el administrar y ordenar lo que convenía para la defensa de la ciudad, que no los de Belgrado. Lo cual, como muchos pensasen que los dichos turcos cautivos decían fingidamente y por agradar y complacer a los que les oían, el fin y efecto de su relación demostró ser verdad todo lo que dijeron.

Capítulo VI. De cómo Pirrho bajá, capitán general del campo, viendo el gran descuido y covardía que los turcos todos tenían y la mala voluntad con que estaban en el sitio, envió un mensajero a mucha priesa con cartas al gran Turco, su señor, para que viniese, el cual vino muy presto. Y del furioso razonamiento que a todos hizo así como llegó.

Pareció ser verdad, lo que arriba dije, que los turcos presos habían dicho y avisado porque Pirrho bajá, capitán general y pesquisador continuo y muy diligente de los que así se abotinaban y querían yr, y de los que sobornaban y alborotaban a otros para los con mover, y amansador y pacificador de todos ellos porque, en tal tiempo, más convenía amansar la violencia y poca fe que no castigarla, viendo el mal recaudo que en el campo había y la gran vergüenza y peligro que se esperaba, despachó presto un mensajero con cartas que fuese a muy gran priesa a Constantinopla al gran

Turco, su señor. Y lo que en las dichas cartas le decía y avisava era que, lo más ayna que su Majestad pudiese, viniese a poner cobro en el real porque convenía mucho que su misma persona estuviese y pareciese en él lo más presto que ser pudiese porque, sin ninguna duda, toda la gente estaba abotinada y se quería yr. Y que ninguno había que quisiese obedecer ni hacer lo que le mandaban y que ni los capitanes podían con ellos, ni se hacía nada de lo que convenía. En tanto que esto así pasava, y el gran Turco aparejava su camino para venir a poner cobro en el real, ciertos traydores que de la ciudad se pasaron y fueron a la vanda y parte de los contrarios (los cuales nunca faltan en los ejércitos y campos por liviandad de ingenios y dañadas voluntades) avisaron a los capitanes de ellos cómo los de Rodas tenían por atalaya y vista la torre mayor del templo de san Juan, por lo cual y también por el odio y aborrecimiento que tenían de la cruz que en lo más alto de ella estaba, ninguna otra cosa más trabajaron ni de mayor gloria y fama tuvieron que derribarla a pedaços con infinitos tyros que le tyraron, los cuales echaban las piedras tan gruesas como una tinajuela de cuatro arrovas que tenían, en fin, nueve palmos y medio de cara. En lo cual, estando con mucha diligencia y priesa entendiendo y trabajando cuanto podían, llegó el gran Turco un día, que fueron veinte y nueve días del mes de Agosto después de mediodía, ya a la tarde. El cual, como desembarcase cerca de una hermita o casa de solaz llamada Megalandras, la cual era de un vezino de Rodas llamado Jacome Galtero, aposentóse en ella, lo cual o fue acaso o porque le pareció aquel lugar algo más freco y apazible. Aposentado, pues ya, comenzó a mirar y considerar la condición y manera de su campo y real y pesquisar y saber las cosas que en él pasaban. Como hallase las mayores maneras y exemplos de covardía y temor que jamás se pueden decir ni pensar, y viese cómo en su campo ni se hacía ni ordenaba cosa alguna que buena fuese por institución y arte de la gente toda de pelea, ni por la gobernación y regimiento de los capitanes que la regían y gobernaban, tomó mucha mayor pena y congoxa de las malas costumbres y gran flaqueza que en los suyos hallava y sentía que no sucia y buena esperanza de la multitud y copia de doscientos mil hombres de pelea que allí tenía para tan poco. Pero no mostrando con la tristeza del rostro la congoxa y pena que en el corazón tenía, antes muy ayrado y encendido, así con su poca hedad y mucha cólera como con la indignación y pena que tenía contra los suyos y también contra los de Rodas, temperándose con todo eso algo y poniendo algún poco de sosiego en su ánimo entre la grande yra que tenía y la mucha culpa que en los suyos hallava, mandólos llamar a todos luego ante sí. Los cuales vinieron muy prestamente todos desarmados y sin espadas ni puñales, porque así les fue mandado. Y llegados donde el gran Turco estaba, cercáronlos luego quince mil flecheros que el señor traía consigo de guardia. Y, subido en un lugar o asiento alto de adonde muy bien los podía ver a todos, sentóse y estuvo un rato callando el rostro muy alterado y mostrando señales de muy enojado. Habiendo ya un buen rato estado desta manera y

pensando lo que mejor era y más complía a su intención y, al tiempo en que estaba mayormente, si castigaría tan gran flaqueza y covardía, la cual en la verdad se podía más ayna así llamar que no abotinamiento o vando, en los que fueron autores de ella solamente o en hacer justizia de mucha parte de la gente del campo porque para adelante ecarmentasen. Pero, en fin, le pareció ser mejor y más siguro usar de misericordia y mostrar clemencia, pues que bastaba aquella vergüenza y temor para castigo de un campo tan grande como aquel. Y, así entonces, mandando al pregonero que allí cerca dél estaba que hiciese callar a todos, comenzó a hablar así.

Eclavos (no les llamó caballeros porque no lo tiene de costumbre y porque le pareció ser palabra de más alta manera que a gente de guerra convenía, mayormente diciéndola su Majestad). Qué manera o género de hombres soys. ¿Turcos, por ventura, usados y acostumbrados siempre a pelear y varonilmente a vencer? Porque, en la verdad, nos aquí vemos y hallamos los cuerpos, rostros, vestido y hábito de los nuestros, pero, por el contrario, vemos y sentimos obras, palabras, voluntades e intenciones de unos muy livianos covardes huydores y desamparadores de su señor. O cuánto nos ha engañado nuestra opinión y concepto que teníamos de vosotros. Perdido avéis, perros, aquellas verdaderas fuerzas y turcayco vigor. Ya se os ha mudado y desmayado aquella adamantina rezura de aquellos cuerpos y ánimos con que vencistes a los árabes, persas, syros, egyptios, mesios, húngaros, tribalos, epirotas, macedones y gentes y pueblos todos de la Thracia. Olvidados de vuestra patria, olvidados del sacramento y fe que a nuestra Majestad bezistes y de la disciplina y orden de caballería contra los preceptos y mandamientos de nuestros capitanes y contra la summa Majestad de nuestro alto imperio, osastes murmurar y decir mal de la intención de nuestro campo y real y ordenar de huir por un vano pensamiento que os vino y un temor covarde de muerte indigno, por cierto, de varones nombrados y alabados en guerra. Cuando allá en casa alguno nombrava a Rodas, cuando estávades en vuestros combites y banquetes, y en los círculos y ayuntamientos de las plaças y lugares públicos, decíades y fanfarroneávades mucho de lengua que la habíades de entrar y tomar en un día y que, con dificultad, refrenávades la yra y ímpetu de calor que terníades contra ella, pues ahora queremos ver para cuánto es vuestra fuerza y a qué tanto se extiende vuestra virtud y poder. Creíades, por ventura, que los de Rodas, desmayados y temerosos en ver vuestras personas y vanderas, habían luego de salir a os recibir las manos cruzadas con temor y habían de dar y entregar sus personas y haciendas en vuestra fe y voluntad. Dejaos, dejaos perros, de esperar lo tal y, a quien todo bien lo alcanza creed, que avéis de saber que esa torpe y muy perversa cerca que ay veis está llena de unas bestias, las más fieras y crueles que en el mundo pueden ser, cuya ferocidad y ravia nunca podréis domar sin muy grandísimo trabajo y sangre infinita de vuestras personas. Pero domarla hemos, que ninguna cosa ay tan fiera que no pueda ser domada y amansada. Y hasta lo hacer y alcanzar, determinamos y prometemos de o morir o envejecer aquí. Y si otra cosa jamás dijéremos o determináremos, esta nuestra imperial cabeza y vida con la armada, ejército e imperio todo sea dado a mala maldición que sobre nos y sobre todo ello venga.

Y esto así acabado, y muy enojado, calló. Aunque, desde a un poco, tornó a decir que queriendo y deseando más ser y parecer príncipe y señor piadoso que no cruel y severo, concedía perdón a todos de los errores y cosas pasadas. Y luego, todos, llamados por los juezes y capitanes, compellidos con tales dos impulsores, temor y vergüenza, juraron de hacer y cumplir todo lo que su sacra Majestad quería y mandaba. Y este fue el fin que la revuelta y alboroto de la gente toda del turco uvo, estando sobre Rodas. De ay en adelante todas las cosas iban por mejor modo y manera y con mayor diligencia y cuydado de los capitanes y gente toda.

Capítulo VII. De cómo después de venido el gran Turco en su real y campo, se comenzó la ciudad a combatir muy de hecho y con muy grande ímpetu y fuerza de artyllería de todo género y forma.

Asestaron en diversos lugares doze tyros muy grandes de fuslera, que vulgarmente se dicen morteruelos, los cuales en el otro sitio que sobre Rodas estuvo, siendo gran Maestre fray Pedro de Abusón, no fueron más de cinco, los cuales estaban las bocas alzadas hazia lo alto y la coce, la cual era algo más angosta, en la tierra, y dos meses arreo sin parar noches y días, aunque en el otro sitio solos nueve días jugaron de ellos, no cesaron de echar unas piedras de hierro y de mármol que tenían largamente siete palmos en torno, sobre los templos y casas. Y aun una vez no muy lexos de la cabeza del gran Maestre mismo, pero quiso dios, nuestro señor, que dieron más de temor y pena que no de verdadero peligro porque el atalaya y espía, que estaba sobre lo alto de la obra de la iglesia mayor, luego que veía y sentía el combate que los contrarios querían dar o la fuerza y gran violencia de los tyros que hazia la ciudad se asestaban, hacía señal a otros que estaban en la torre de las campanas, los cuales repicaban luego y hacían huir y econdere a toda la gente y apartarse del peligro, de manera que fue tan bueno este aviso y diligencia para nosotros que, con más de dos mill piedras de estas que cayeron en la ciudad, murieron solamente diez personas. Lo cual y otras cosas muchas, después, un cristiano nuevo, o porque mejor diga un judío médico paliado con nombre de cristiano, declaró y decubrió a los contrarios, el cual como anduviese, debajo de piel de oveja hecho lobo infernal, entre la gente mirando y especulando cosas que pudiese avisar, cognoscido en el temor que en el rostro mostrava y miedo que en su habla y conversación traía, fue preso y puesto en tormento, donde confesó cómo él lo había decubierto y avisado a los contrarios, por lo cual fue sentenciado a muerte y hecho cuartos. Pero como no podían los contrarios tan de presto alzar los mandilettes para soltar los tyros, que antes que ellos soltasen ya no estaban los tyros, de las torres y muros con ellos y les quebraban los tyros y mataban la gente que detrás estaba, ordenaron un ingenio y reparo hecho sobre dos ruedas a manera de carreta y, lleno de tierra muy pisada y con dos árganos como en nao con sus sogas, una a una vanda y

otra a otra y, al tiempo que ya querían tirar, rodeaban el ingenio a la una vanda con el árgano o torno y soltaban el tyro y, luego de presto, tyraban del otro árgano y tornaban a cerrar. Por esta forma que he dicho echaban también los dichos morteruelos unas bolas redondas de metal o de cobre, huecas de dentro, y llenas de ecopetillas chequitas de metal, tamañas como el dedo, atacadas muy bien con pólvora y pelotas, entre las cuales venía mucha munición de pólvora, mechas de pábilo y otras cosas con que ardía entre sí. Y de fuera de las dichas bolas, unas puyas de acero muy agudas tan sotilmente puestas que muy fácilmente podían saltar, las cuales dichas bolas venían bolando por el aire y echando fuego y, como caían dentro de la ciudad, en cayendo, rebentaban luego y, cegando a toda la gente que estaba a la redonda con el humo y hedor mortal que de ellas salía, aquellas ecopetillas y puyas, que dije, saltaban de presto y mataban a cuantos cogían por allí cerca. Pero como estas dichas bolas no fuesen muchas y muchas veces también, aunque caían, no rebentaban, la ciudad tampoco no pasó mucho peligro o trabajo con ellas. Más cruel y peligrosa, por cierto, era la fuerza y violencia de cuarenta tyros otros y lombardas muy gruesas, las cuales echaban unas piedras de nueve palmos de grueso, y algunas otras de onze, y molían y quebrantaban malamente el muro, aunque del todo no lo derribaban. Una de las cuales, como con muy rezió ímpetu cayese sobre una muy triste casa, por cerca de la cual yo entonces pasava, con solo el aire y reziura que llevaba me derribó a mí en el suelo y, pasando la piedra adelante, dio en la cabeza de un negro que allí cerca estaba y hízole la cabeza y pecueço todo tantos menuzos que ninguno de ellos pareció más. Y porque al presente nombre un negro, no me parece ser razón a los negros que en Rodas se hallaron, aunque sean eclavos, quitarles su alabanza y noble fama porque, en verdad, en todo el sitio y combates ellos ayudaron a sus señores muy diligentemente y con mucha fe y lealtad que con ellos tuvieron. Entre estos tyros gruesos que dije (los cuales en el otro sitio, siendo capitán general Paleologo el Rennegado, fueron quince solamente) había doze basyliscos de muy grande y casi no vista ni acostumbrada longura, los cuales echaban en la ciudad unas piedras de metal y de mármol muy duro, muy más mayores que una gran cabeza de un hombre, a los cuales muy bien, por cierto, y con justa razón, se puso nombre de basiliscos. Porque así los tyros como las bestias fieras mismas, cuyo es el nombre propiamente corrompiendo y destruyendo todo lo que hallan y encuentran, hacen y gual daño a los míseros mortales. Los reparos y municiones que los turcos pusieron ante las bocas de aquestos dichos tyros (los cuales en un día solo echaban en las postas ciento y treinta piedras, lo cual, aunque a muchos pareca imposible, por cierto se halló ser así por relación cierta de muchos que estuvieron sobre aviso a las contar), para los librar y guardar, así a ellos como a sí propios, de la vista de los tyros de Rodas, fueron tablas muy gruesas juntas unas con otras en medio de las cuales estaba una compuerta o mandilete, que se dice, con un exe en lo alto en dos quicios puesto. Y desde lo alto del

mandilete venía una cuerda rezia que se ataba a la coce del tyro y, cuando alzaban la boca del tyro para tyrar, alcávase también juntamente el mandilete y decubría el tyro la boca. Y en soltando, que soltaba contra la muralla, bajava abajo y bajava juntamente el mandilete y cubríalo. Usaron, así mismo, de la otra arte o ingenio que ya dije arriba sobre las ruedas y tornos, sino que no dije cómo las sogas tyraban tres o cuatro hombres desde unos hoyos en que estaban metidos, por temor de los tyros que de los muros venían.

Capítulo VIII. De la gran diligencia que los de la ciudad tenían y ponían en se defender y resistir a los contrarios. Y de la torre de san Nicolás y de la estatua del sol que allí estuvo antiguamente y del grandísimo combate que los turcos le dieron noches y días sin parar.

Los de Rodas, no usando de menor diligencia y vigilancia, todos estos reparos y municiones les quebraban y hacían pedaços con muy buenos tyros que de los muros les tyraban, en tal manera y con tanta subtileza que, así como los turcos alzaban el mandilete para tyrar, tal llegava luego la pelota de hierro desde el muro que desbarataba el mandilete y hacía pedaços el tyro, los cuales, quebrados, perdían los contrarios el tyro y todo lo que quedava del día, lo cual gastaban en tornar a reparar lo quebrantado. Pero fue tanta la pertinacia y grandísimo tesón que los contrarios en ello pusieron, que de noche reparaban lo que de día los de la ciudad les quebraban y destruían con los tyros. Por la cual porfía y continua vigilancia de adobar y reparar, y con la mucha continuación y freqüencia de los tyros de artyllería que unos a otros soltaban, y con la pólvora infinita que en minas y contraminas se gastaba, los de Rodas sintieron ya algo tarde mengua y falta de pólvora, por lo cual, a mucha priesa, comenzaron a la hacer y aparejar. La cual cinco meses arreo, sin parar noches y días, catorze caballos muy buenos y muy rezios de la grande y muy rica caballeriza del gran Maestre molían, con los cuales andaban treinta y seys hombres muy excogidos a maravilla y de buen linage, quiero decir cristianos y no de linage o sangre de judíos ni de turcos porque, en tal tiempo y tan peligrosa necesidad, no convenía poner eclavos en tal cargo y exercicio. Los cuales dichos hombres, que así en ello entendían, nunca jamás paraban ni cesaban de trabajar y, porque no huviese trayción alguna, hacían la dicha pólvora en una casa y lugar muy seguro y cercado de muy buena guardia, de la cual tenía el regimiento y cargo fray Desiderio Antagallo, baylio de Manuasca, después del cual lo tuvo fray Guillelmo Parisioto, caballero francés. La torre de san Nicolás, la cual fundó y edificó la gran liberalidad y magnificencia de los duques de Borgoña, lo cual declaran muy bien las armas y ecudos eculpidos en las losas y mármoles de ella, sobre el altura del puerto, a la mano derecha del dicho puerto, que va hasta la mar con maravillosa arte y antigüedad y con muy gran costa y summa de dinero que en ella se gastaría, en la cual se dice que estaba aquella muy grande y muy alta estatua del sol,

llamada Coloso, la cual entre las siete maravillas del mundo es la primera porque, según que Plinio de ella escribe, tenía setenta codos en alto. Y habiendo estado en aquel lugar puesta y sentada por las manos y arte de Chares Lyndio, maestro que la hizo, cincuenta y seys años después, con un gran terremoto que hizo, cayó. Y aún después de cayda en el suelo, era todavía muy admirable y maravillosa porque muy pocos hombres había que, con sus brazos, pudiesen abraçar y cercar el dedo pulgar de la mano. Tenía los dedos otros de la misma mano más luengos y más gruesos que una estatua otra por grande que fuese. Tenía dentro del cuerpo muy grandes y profundas socarrenas y, dentro de ellas, unos sillares muy grandes y piedras muy espantosas, con las cuales la fixó y asentó el dicho maestro que allí la puso, el cual estuvo en la hacer y asentar doze años y llevó por ella trezientos talentos, que eran las más altas monedas de aquel tiempo. Y después de cayda la dicha estatua, los de Rodas, queriéndola tornar a alzar, nunca pudieron. Otras infinitas cosas y muy más maravillosas, que ningún humano ingenio podrá concebir ni pensar, dice de esta dicha estatua un libro greco que yo tengo o, porque mejor diga, una muy vieja y casi podrida parte de un libro cuyo autor no se sabe porque el comienzo dél está ya muy perdido, las cuales yo tenía propuesto y determinado (aunque ninguna otra cosa más siempre me desplugó que salir fuera del orden y propósito de las cosas que ecriviese, más de lo que convenía) poner y ecrivir aquí con otras muchas cosas que así mismo vide y supe, así por el camino como en la huyda, para lo cual había dividido la historia en cinco libros porque, llena mi obra de apazibles variedades, hallasen los lectores en ella algunas otras cosas y lugares en que se cevasen y tomasen alguna recreación. Y, así mismo, mi ánimo y coraçón, traydo y buelto a la Italia y propia tierra mía por tantos trabajos y mortales peligros por la memoria y recordación de los temerosos peligros pasados, fuese muy más constante y firme y más devota y agradecida a mi dios y redentor que tuvo por bien de me librar. Pero porque esto se puede muy mejor hacer y contar por otra manera y modo, no me pareció ser cosa útil o necesaria perder más el buen tiempo y honestas horas en cosa que ni traía provecho, ni tampoco hacía mucho al caso. Y, por tanto, buelvo ahora al propósito y torre de san Nicolás que decía. El capitán que a su cargo la tenía, con socorro y ayuda de trezientos hombres de guerra muy ecogidos, entre los cuales había treinta caballeros generosos y muy esforçados, fray Guioto de Aragoça, natural francés, caballero muy generoso y de esfuerço e industria singular. A la cual dicha torre, los turcos, muchos días sin parar trabajaron de derribar y tomar con tyros muy rezios y de grandísimo ímpetu, los cuales no solamente no ofendieron nada a la torre, pero dieron mucha pena y afrenta a los mismos turcos que los tiraban porque los artilleros de la torre, o por su grande arte y subtileza o por el ayuda y favor del glorioso santo san Nicolás ayudados y regidos, a los primeros tyros casi que tiraban los turcos, se los hacían pedaços antes que saliesen. Y como los contrarios viesan que todo su

trabajo y costa era en balde y que, trabajando de día tanto no les aprovechava nada, antes recibían mucha afrenta en ello, determinaron de intentar el combate de noche, por lo cual de día enterraban los tyros debajo de la arena porque no se los quebrasen los de la torre y, de noche con la luna, sacávanlos y, con algo mejor dicha e industria, batíanla reziamente. Y como ya la dicha torre, hazia la parte del occidente, tuviese hecha una abertura que los contrarios, con más de quinientos tyros que le dieron y tiraron, habían hecho, por la cual cupiera muy fácilmente un caballero de armas, los que la defendían tuvieron tal tesón y ánimo en la defender que los contrarios, viendo el poco remedio que tenían para ofenderle y tomarla, alzaron el artillería y dexáronla. Y así quedaron los que la guardaban con alegre victoria.

Capítulo IX. De la priesa con que los contrarios peleaban por todas las postas y los de Rodas les resistían. Y de la subtileza con que atajaban las minas de los contrarios y de cómo una de ellas reventó. Y de la mortal pelea que allí fue con los turcos.

A la cerca y redonda de la ciudad, como los ojos de todo el universo mirasen y considerasen este combate y muy cruda conquista, andaba el hervor y diligencia tan sobre manera de bien que más no se podía pensar. Grandísima osadía, porfioso y muy constante esfuerço y resistencia, y igual trabajo y sudor de una parte y otra, industria, arte y esperanza no era diversa en los contrarios de la que los de la ciudad tenían, los cuales, noche ni día nunca paraban ni decansaban sin les faltar fuerza, prudencia y maña para atajar y sentir muchos y muy diversos saltos y subtilezas de los contrarios. Porque hecha por de dentro de la ciudad una gran mina, la cual salía a la fosa de la muralla por debajo del valuarte y torre nueva, limpiaban con muy gran presteza y diligencia toda la dicha fosa, la cual los contrarios trabajaban de açolvar y henchir de vasura, piedras, tierra, ramas y sarmientos, en lo cual fue muy grande el esfuerço y enardecida diligencia que puso el noble caballero fray Cristóbal de Solís Farfán, español natural de aquella muy noble y muy famosa ciudad de Sevilla, el cual de un lugar donde él era alcayde, llamado Arcángel, traía quinientos hombres trabajadores, los cuales trabajando noches y días sin reposar no dejaban en la fosa toda cosa que pudiese ofender y, puestos a infinito peligro, limpiaban luego y sacaban todo lo que los contrarios echaban con infinito trabajo, en lo cual fue tanto el cuydado y muy grande la diligencia que puso que, de quinientos hombres que consigo traía en tal trabajo y peligro, le quedaron casi ciento y aún harto trabajados. Tenían, así mismo, los de Rodas muy grandes pozos fechos dentro de la fosa y, por medio de ellos, una mina que pasava de largo a largo por debajo, con la cual recibían y decubrían las minas de los contrarios, las cuales fueron treinta y dos. Y decubiertas las dichas minas, allí clara y públicamente les resistían y hacían bolver atrás peleando muy crudamente. Pero como un día, que fue el segundo

del mes de septiembre, reventase una mina que los contrarios hicieron muy honda y abriese una buena parte de la torre y muy noble valuarte de Inglaterra, con el trueno y grande ímpetu de la cual tembló la ciudad toda como con natural temblor de la tierra (lo cual en todo el sitio no acaeció más de aquella vez), el gran Maestre, que a la sazón estaba en una iglesia de Grecos, la cual estaba cerca de la entrada de la dicha torre, hincado de rodillas ante el altar rezando y armado todo muy bien y, en aquel punto, comenzava el sacerdote del dicho templo a decir “deus in ad iutorium meum intende, domine ad adiuvandum me festina”, dijo luego con mucho esfuerço “sin duda que los contrarios están dentro, ayúdenos el alto y poderoso dios” y, saliendo con mucha priesa fuera de la iglesia, habló a sus caballeros que allí con él estaban desta manera.

Compañeros fidelísimos y muy esfuerçados, trabajemos y con encendida fe y católico corazón hagamos de manera que esta nuestra orden y sacra religión, tan gloriosa y bienaventuradamente instituyda y ordenada, y de nuestros mayores y predecesores tantos siglos ha defendida y guardada, y de ningún género ni manera de contrarios hasta ahora lastimada, cuanto en nosotros fuere, pase adelante libre y limpia de toda ofensa y, tanto, con mayor ímpetu y vehemencia cuanto es mayor el afrenta y deshonra de perder lo ganado que no de aver obedecido. Más os diría, sino que para varones y caballeros generosos y esfuerçados me parece que basta con lo dicho.

Y juntamente con la palabra, lleno de muy buena esperanza y católico ánimo, aguija a mucha priesa con toda la gente y guardia empos dél contra los enemigos. Contra los cuales, como por la boca de la mina quisiesen subir y meter sus vanderas, aunque de una parte y otra les arrojaban lanzas, saetas, piedras, saquetes de munición y fuego con infinita priesa y ardor. Los caballeros y gente toda de la torre y valuarte no contentos con echar y arrojar las dichas armas contra ellos, juntamente arrojaban sus propias personas también sin ningún temor. Y, allí mano a mano con los contrarios, pelearon tan crudamente que no se podrá contar cómo ello era. Derribávanlos por aquella hoya abajo, hacheaban tan reziamente en ellos y hacían una carnicería tan horrible que era cosa de gran maravilla. Derribados pues todos estos dichos contrarios y retraydos ya muy atrás los otros que cerca de ellos estaban, los cuales ni tenían reparos ni munición con que se defender ni temor mucho de lo que veían, viendo cómo los nuestros herían y mataban a muchos de ellos con saetas, ecopetas, picas y ganchos, comenzaron a bolver hazia atrás. Lo cual como Mustaphá bajá, capitán general de toda aquella gente, vido, comenzó a dar muy grandes gritos y reprehender tal covardía diciendo y jurando que si ellos tardaban en entrar, él solo subiría y entraría. Viendo esto los contrarios y tomando muy gran vergüenza de lo que su capitán decía, llegaronse todos a la redonda dél y, dando muy grande alarido como ellos suelen cuando pelean, buelven con muy grande ímpetu y ravia mortal y tornan

a la pelea muy más crudamente que de antes. Fue aquella pelea y batalla muy gran pieza del día, la más cruel y espantosa que pensar se puede, por ser las fuerzas de entrambas las partes yguales y muy rezias. Y, con grandísimo esfuerzo y ánimo, los capitanes esforçaban y la gente peleava una contra otra. Y sin ninguna duda que pudieran entonces los turcos, si contra la parte de la torre rebentada y abierta asestaran algunos tiros, aunque pequeños, con aquel ímpetu y arremetida, tomar la dicha torre y valuarte porque, en verdad, apenas había alguno entre nosotros que estuviese libre de trabajo sino muertos o muy malamente heridos todos. Y así ya casi no podíamos pelear ni resistir. Pero como el sonido continuo de las trompetas y música de guerra, y las palabras y razones muy alegres de los capitanes y caballeros, esforçasen mucho a los que así peleávamos para nos animar, y sobre las cabezas y multitud de los turcos, y nuestras, bolase una tempestad y casi granizo de lanzas, saetas, piedras y otras maneras de armas diversas que ecurecían el cielo, y una lluvia casi de hierro, y los vezinos de la ciudad mezclados con los caballeros arrojasen con muy gran priesa sobre los turcos ollas y calderas de pez derretida con piedra çufre y resina y piedras infinitas y otras muchas cosas desta forma, con que recibían mucho daño, no pudiendo ya más sufrir los grandes ánimos y duras fuerzas de los cristianos, sin aguardar señal para se despartir y recoger, volvieron las espaldas y, unos en pos de otros, comenzaron a huir a muy gran priesa. Y sin guardar ni mirar ordenanza ni palabras de capitán alguno, unos por una parte y otros por otra, se derramaron y despartieron cada uno por donde más ayna podía y hallava lugar. Entonces los tiros y artillería toda de los muros fizieron tanto estrago y riça en ellos, así huyendo, que mataron infinitos y muchos más cuando venían del real en sus escuadrones para dar la batalla, de tal manera que había tiro que llevaba treinta y cuarenta de un golpe. Murieron en esta pelea y muy cruda batalla muchos cristianos y, entre los muy esforçados y valientes caballeros franceses y españoles que allí mejor lo hicieron y más diligentemente pelearon y quedaron muy malamente heridos, fue uno fray Henrico Mansello, alférez, y otro fray Pedro de Mela Saones, capitán del barchote de monseñor Reverendísimo, los cuales ambos, después de las mortales heridas que tenían, murieron. Fue muy grande la ventura y buena dicha del noble caballero fray Cristóbal de Solís Farfán, alcayde de Arcángel, que arriba dijimos, el cual como anduviese con treze hombres contraminando para venir a dar en aquella mina, viendo que andaban ya cansados aquellos, salió a llamar otros de refreco y él, que salía de la boca de la contramina, rebentó la mina de los contrarios y aplanó el suelo y tomó debajo a los treze hombres que andaban contraminando y él quedó harto maltratado del polvo y tierra que le dio encima. Pero por vengar la muerte de los suyos que así habían quedado enterrados en vida, fue tanta la priesa que dio en los contrarios, así él como su compañero fray Nicolás de Cervera, alcayde de Cathavia, valenciano que después murió en la batalla, que se señalaron muy hermosamente y vendieron muy bien la muerte de los suyos. Señalóse, así mismo muy bien,

otro varón llamado Philippo Lommelino, mercader ginovés, el cual había venido de Alexandría, y otro varón muy nombrado natural y vezino de Rodas llamado Estampalea. Fray Miguel Dargelnunt, capitán general de las galeras y también de la torre y valuarte, fue muy malamente herido de una vira que le entró por el ojo y se lo quebró, de lo cual llegó muy a punto de muerte, pero después con mucho trabajo convaleció. Señalóse, así mismo, en la defensa y guardia de esta dicha torre y valuarte el grande ánimo y duro esfuerço de un caballero Italiano llamado Baptista Romano, y de un fray Francisco Tello, portugués. De los contrarios turcos que allí murieron entonces, o fueron malamente heridos, no puedo decir ni señalar número cierto, pero los que mejor y más conforme a razón lo señalan, dicen que fueron mill hombres entre muertos y heridos.

Capítulo X. De las gracias y plegarias que los de Rodas hicieron a dios, nuestro señor, por la victoria avida de los contrarios, y de la consolación que una vieja peregrina natural de Castilla les dio. Y del aviso que hizo fray Desiderio Podie desde Ferroclo y del muy crudo combate que los turcos tornaron a dar a la ciudad y cómo los nuestros quedaron vencedores.

Acabada pues la batalla y despartida con tan buen fin, fue luego toda la gente de la ciudad a las iglesias y templos donde cada uno más devoción tenía e hicieron muy devotas procesiones y plegarias a dios, nuestro señor, dándole infinitas gracias por la victoria avida de los contrarios. Y, otro día, muchas misas y solemnes sacrificios, y prometieron muchos votos y promesas de diversa manera y modo. Una mujer, así mismo, ya vieja, natural de Castilla, persona de muy gran vida, la cual venía de Jerusalén y estaba a la sazón en Rodas esperando pasaje para su tierra, andando decalza de iglesia en iglesia y de altar en altar, rezando con muy gran devoción y lágrimas infinitas, dando y repartiendo por los pobres y gente necesitada la pública limosna que le daban, la cual no tantas veces ella demandaba cuantas los mismos fieles de su propia voluntad se la daban y ofrecían, predicaba y decía a todo el pueblo una cierta persuasión y santidad diciendo que dios, nuestro señor, con aquella guerra y batalla quería castigar y corregir las culpas y pecados cometidos contra él. Y que castigados ya los pecadores y culpados, los contrarios se yrían sin tocar en la ciudad ni murallas suyas tampoco, lo cual decía y jurava que había sabido y visto en revelación estando acostada y rezando. Y en la verdad que era ya tenida por persona muy santay que, sin duda, alcanzava algo de los ocultos secretos de la divina voluntad, de tal manera que ya el pueblo todo tenía por muy gran cosa los consejos y pareceres que ella dava. Y en todo lo que convenía, tenían por muy cierta cosa lo que decía y respondía, tanta es la devoción y fe que la gente toda tiene en dios, nuestro señor, y su gloriosa madre bendita, pero al fin engañó a los míseros y desventurados su

santaprofeta. En tanto que estas cosas y otras pasaban en la ciudad, fray Desiderio Podié, baylio de la ysla de Rodas y estante en el castillo de Ferroclo, el cual en lo secreto de su ánimo tiene muy gran conocimiento y experiencia en cosas y negocios, la cual como es tan cuerdo y tan honesto no demuestra nada a entender, avisó desde la ysla con un vergantín cómo ciertos turcos cautivos que había preso le dijeron cómo ciertos nobles y grandes varones de la ciudad avisaban muy secretamente a los contrarios y les hacían saber todo lo que dentro de la ciudad pasava y se ordenaba. Y que los dichos contrarios hacían y cababan una mina muy honda, la cual había de salir dentro de la cerca de los caballeros comendadores, junto al templo de san Juan Collocense, el cual nombre tiene aquel templo en toda aquella tierra por la memoria y antigüedad de aquella estatua que ya dijimos llamada Coloso, no porque confunda y mezcle a Colosas, ciudad de la Phrigia, con Rodas porque, en la verdad, los grecos todos le llaman desta manera, no solamente los de Rodas, pero también los que son sujetos así a los latinos como los que están debajo del imperio y mando de los turcos, los cuales tienen solamente la lengua de los grecos y la semejanza y figura de hombres, pero en costumbres y ritos son muy más crueles y malos que todos los bárbaros del mundo. Fue muy grande la alteración y movimiento que toda la ciudad tomó con nueva tan triste de trayción tan oculta y secreta, porque no podían saber ni alcanzar por dónde o por qué parte contraminasen para contra los contrarios, ni en qué lugar ni en qué tiempo, si de día o de noche, si en tiempo de pelea, si en tiempo de quietud y ocio, había de reventar aquella infernal fuerza y furor de aquellos perros. Por lo cual no solamente se ponían ya velas por los muros y torres, pero también cada uno de los vezinos, dentro de su casa, andaba armado y cuydoso buscando y esperando aquel perverso parto de la tierra por ganar el premio y albricias que el gran Maestre había propuesto y prometido al que primero descubriese y hallase, para lo cual por todas las casas ponían por el suelo bacines de açofar con algunos caxcaveles dentro para que, en tocando el pico cabando por lo bajo, sonasen los caxcaveles y el bacín. Y como las señas, que de los traydores se habían dado, los señalasen muy bien, aunque los nobles se callaban, el gran Maestre los tuvo en secreto, pero después al fin los descubrió. Luego, a nueve días del mes de septiembre, cinco días después del primer combate, fue otra vez acometido y combatido el mismo valuarte y torre de Inglaterra con muy mayor y más rezia fuerza, y batalla más cruel y peligrosa, porque por las mismas aberturas de la torre acometieron a entrar con muy grande ímpetu siete capitanes muy esforçados con sus vanderas y gente muy ecogida. Y como en el primer combate ya pasado, y en el sitio y combates continuos, hubiesen caído y faltado muchos de los ingleses, como estaban pocos para la defender y no pudiesen resistir a tantos contrarios, fuera sin duda tomada con muy grande afrenta y deshonra si presto muchos caballeros de los sacros comendadores, con el gran Maestre por capitán, y la seña o vanderas de la sacra religión delante no socorrieran, a los cuales, así

como los turcos vieron espantados como con algún rayo o gran relámpago que los cegara, así luego aunque andaban ya muy pujantes y vencedores y entraban a más andar, se retraxeron atrás y se volvieron a juntar con los suyos. Pero Mustaphá, usando muy bien y con mucha diligencia de su oficio y cargo, reparava muy de presto aquella tan famosa hueste, aunque no famosa por algún hecho o victoria noble, y todos los otros capitanes turcos a fuerza, con palos, amenazas y exhortaciones fazían bolver a la gente toda que ya bolví las espaldas para huir a la batalla y combate, de tal manera que el mando y vergüenza, venciendo al temor y miedo, tornan a pelear muy más crudamente que antes. Recebían infinito daño los de Rodas con la infinita multitud de saetas, o viras, que los contrarios como lluvia echaban, pero tenían todos en el corazón sellado y eculpido un olvido de la muerte y heridas y, todo pensamiento del peligro en que estaban, estaba muy apartado y remoto de ellos. Solamente pensaban y, con virtuoso ánimo, consideraban aquellos perros ser los mismos contrarios que en el otro combate y batalla pasada habían hecho huir con tanto estrago y deshonra, con el cual ánimo y heróyco esfuerço, como peleasen y resistiesen por tres horas largas, desmayáronles las fuerzas y ánimos a los contrarios. Y entre dos mill turcos que, así la gente de la ciudad como la artillería del valuarte que se dice del Cosquino, el cual estaba en la travesía yzquierda, y el de España, que estaba en la travesía derecha, derribaron y mataron, se hallaron muertos tres grandes señores turcos vestidos de unas aljubas muy ricas de carmesí pelo y de brocado que les llegaban hasta los pies, de la cual ropa y vestido tan inhábil y torpe para guerra suelen los turcos usar y vestirse. De los nuestros murieron muy pocos, según la gran multitud e infinito número de los contrarios, aunque fray Joachín de Cluys, alférez herido muy malamente de una saetada por el ojo, que se lo quebró, oviera perdido la seña o vanderá si presto no la arrebatara de las manos de los contrarios fray Amerigo Ruyaulx, caballero albernies, hombre de muy singular esfuerço y ánimo, el cual vino con fray Baltasar Augustino, caballero español, de la ysla de Candia luego como supo que estaba Rodas cercada, la cual fue una hazaña y atrevimiento de muy grande admiración. Y, después, viendo la grande necesidad en que estaban en la ciudad, tornó a salir por medio de la flota toda de los contrarios libre y sin trabajo y fue a buscar gente para traer de socorro, pero fue fortuna contraria, así a su diligencia como a la mísera y desdichada ciudad.

Capítulo XI. De cómo Mustaphá bajá comenzó a caer de la privanza grande, que con el gran Turco tenía, por aver sido tan desdichado en las dos batallas y de cómo Pyrro bajá y Ays bajá, capitanes generales, también dieron otra muy grande batalla y combate y todavía quedaron los nuestros vencedores.

Mustaphá bajá, habiendo ya tan desdichadamente dado dos batallas y combates a la ciudad, comenzó a ser tenido en muy poco del gran Turco y a caer de la mucha familiaridad y privanza que con él tenía. Pyrro bajá, codiciando mucho guardar y conservar el amor y autoridad que tenía, así con el gran Turco, su señor, como con toda la otra gente del ejército, comenzó con gran diligencia y continua batería de dezisiete tiros de bronze muy grandes a batir y lombardear un terraplano, o reparo, que estaba hecho de tierra y piedra dentro de la primera cerca ante la posta de Italia. No con menor diligencia y priesa, el birbay o gobernador de la Natolia, llamado Ays bajá, batía y maltrataba, así con muchas minas como con infinita artillería, la posta de los Proenzales, cuyo capitán era fray Raymundo de Ricaerto. Lo cual ellos tanto con mayor diligencia y ardor hacían cuanto más cierta y claramente sabían de un cierto traydor que, en especie y simulación de comprar una eclavilla de un vezino de Rodas llamado George Santoriño, les había dicho y declarado todos los secretos y particularidades de la ciudad como por aquella parte podía, la ciudad muy más sin trabajo, ser tomada. Y porque al presente se ha ofrecido caso en que hemos nombrado a estos dos dichos capitanes turcos, Pyrro bajá y Ays bajá, no me parece que los devo así dejar en silencio sin que declare, cuanto con mi pensamiento y ymaginación alcanzar pudiere, las costumbres y condiciones de entrambos. Así que en estos dos dichos perros fue siempre un ingenio y voluntad, una crueldad y una poca fe y igual y muy semejante. Y igual, así mismo, grandeza de esfuerço y ánimo y mortal aborrecimiento y menosprecio de nuestra cristiana religión. Eran, así mismo ambos, muy enardecidos y calientes en abominable lujuria y sodomía y, cuanto la mucha edad le amenguava y disminuía en Pirro bajá, tanto la poca edad le augmentaba y encendía en Ays bajá. El cual dicho Ays bajá dando con mucha liberalidad, osando, perdonando (porque finge algunas veces clemencia y piedad como otras virtudes y bondades algunas falsas que demuestra), ha alcanzado gloria y muy tendida fama por toda aquella parte. El otro, Pirro bajá, es muy más famoso y de mayor autoridad entre los suyos por la autoridad de la persona que tiene, que es hombre grueso y de hermosa apariencia, consejo, estudio y diligencia del bien y provecho público. Pero volviendo al propósito, siempre el noble y muy esfuerçado caballero fray Gabriel Chier, maestresala del gran Maestre y natural de Proencia, con mucha presteza y diligencia resistía a los contrarios, así por esta parte ya dicha como por otros muchos lugares y partes de la ciudad, y decubría sus trayciones y saltos atrayendo y animando con muy gran copia y largueza de dineros suyos a los vezinos necesitados de la ciudad y a los trabajadores y hombres del campo para cabar y limpiar minas y baterías, de lo cual él, juntamente con fray Cristóbal de Solís Farfán, natural de Sevilla, que ya arriba dijimos, y fray Niculás de Cervera, tenían cargo. Pero como Ays bajá los sentía y veía la gran diligencia que en ello ponían, detuvo su propósito y enfrióse algo. Pyrro bajá, como perro muy rabioso y porfioso viejo, fatigava continuamente con

combates y entradas, aunque algo ligeras, a los caballeros Italianos. Y muchas veces les acometió con batalla campal de muchas vanderas y gente infinita muy bien ordenada, porque a veinte y cinco días del mes de agosto, con mucha gente y muy ecogida dividida en cinco batallones, vino de secreto por de dentro de sus trancheas y reparos, los cuales eran más altos que los muros de la ciudad diez pies, y habíanlos hecho y fabricado infinitos hombres cautivos traídos de Mefia y Wallachia, y tomó muy de repente con la buena y muy ecogida gente que traía aquel terraplano, o reparo que dijimos, que estaba ante del muro y posta de Italia. El cual fue hecho y fabricado en el tiempo que era gran Maestre de Rodas fray Pedro de Abusón, varón por cierto de mucha alabanza y excelencia. Tomado pues el dicho terraplano, mataron con mucha crueldad a todos los que en él hallaron y lo defendían, los cuales estaban tan descuidados y seguros de batalla que más pensaban en otra cosa que no en ella. Pero como, luego al gran repique de las campanas que en la ciudad dieron, ocurriese muy gran multitud de gente de la ciudad y, con ella, algunos de los sacros caballeros comendadores, comenzaron a pelear muy crudamente. Los contrarios, haciendo pie y teniéndose reziamente, no así luego pudieron ser retraydos ni fácilmente derribados. Pyrro bajá, capitán muy diligente, con muy gran priesa socorría a los que así con tanto ardor y trabajo peleaban. Entremetía muy de presto sanos en lugar de los muertos y heridos y proveía luego de todo lo que convenía y era menester. Los nobles caballeros de la ciudad, por el contrario, acordándose del nombre de Rodas y de aquel su antiguo y muy noble esfuerço y virtud, dábanles muy largamente qué hacer y, a mucha priesa, no cesaban de herir y matar en ellos. Lo cual viendo Pyrro, y considerando el mucho daño que los suyos recibían, hizo seña y mandó a la gente que estaba de refreco salir fuera de la tranchea. Y como salió toda, arremeten hazia la muralla y con ecalas, brúxulas y ecopetones en ellas puestos e infinita multitud de piedras y pelotas que tiraban, ya casi tenían tomado lo alto del muro. Pero los de la ciudad, no durmiéndose mucho en su remedio, echaban y arrojaban infinitas piedras sobre ellos, saquetos de fuego y munición con que los abrasaban y derribábanlos con canchos y lanzas que les tiraban. Los artilleros, así mismo, del valuarte de la puerta del Cosquino en la posta de Proencia y del valuarte Caretano, el cual guardava aquel muy reverendo viejo fray Hernando Gentil dando por las travesías ambas en los contrarios, y no soltando tiro casi que saliese y pasase en vano, hicieron muy grande estrago, así de turcos que mataron como de armas que quebraron y destruyeron. Viendo esto el último ecuadrón de los turcos que quedava dentro de la tranchea, no osava salir ni pasar adelante, por lo cual comenzaron los mejores y más esfuerçados a retraerse poco a poco. Las vanderas de la cola del caballo, las cuales son de los capitanes del ejército de la mar, y las otras blancas, que son de los capitanes del ejército de la tierra, relenteaban ya desmayando, lo cual como el capitán vido, y habiendo ya peleado dos horas grandes con mayor ánimo y esfuerço que fruto o provecho, mandó hacer seña

de se retraer y hacer afuera. Quedaron muchos de los nuestros heridos y murieron algunos caballeros Italianos y de los contrarios muy gran número. La causa que movió y encendió a tanta ira a aquel capitán contra nosotros fue la pérdida y repentina muerte de un muy grande y muy noble e hidalgo varón turco (si con todo eso ay nobleza e hidalguía alguna entre bárbaros y esclavos de un tirano), al cual, un día antes de aquel combate, arrebató un tiro asestado desde la muralla de la ciudad y lo hizo infinitos pedaços, andándose paseando y dando vueltas muy descubierta y neciamente ante las caras y vista de los de Rodas, vestido de una muy rica aljuba de brocado y tocada la cabeza con una ecofia muy galana de oro. Y traía en la mano una larga vara colorada. Decían allí muchos que era el birbay o lugarteniente del señor, a cuyo cargo estaba la gobernación toda y regimiento de la ysla de Negroponte. El gran Turco Suleimán, muerto este su esclavo tan amado, no tomó menor dolor y pena del que había tomado y recibido antes, cuando otro tiro muy bien y con gran diligencia asestado desde la posta de Inglaterra le arrebató y mató un muy grandísimo maestro y obrero y capitán general de todas las artillerías y municiones del campo.

Capítulo XII. De cómo Mustaphá bajá, con deseo de tornar en amor y gracia de su señor, concertó con Mahamed bajá, capitán general, de dar combate a la ciudad por dos partes, y de la mortal y muy cruda batalla que allí fue, y de la mucha gloria que los nuestros alcanzaron.

Dando pues ahora la buelta al tercer combate de la posta de Inglaterra ya dicha, el cual porque le fuese algo más dichoso a Mustaphá bajá y de alguna más honra y fama que los otros dos pasados, partió el cuydado consejo y cargo dél con otro capitán llamado Mahamet bajá, el cual tenía a cargo el combate de los españoles. El cual dicho Mahamet bajá, capitán muy diestro, como con una gran fosa y horno encendido de barriles de pólvora hecha debajo de tierra en los cimientos de la misma torre por unas minas muy hondas, la cual dicha fosa dio tan grande estallido cuando reventó que fue cosa de muy gran temor y espanto, derribase una muy gran parte del muro y posta que ellos defendían, y arrojase con el ímpetu de la dicha fosa infinita tierra y polvo por el aire, como los vido cegados y revueltos con el polvo y tierra que de lo alto caía, acometióles con muy gran violencia y esfuerço. Y no con menor priesa y encendido ánimo, Mustaphá, por otra parte, acometió a los ingleses con cinco vanderas de gente muy luzida. Fue en aquellos dos lugares y postas de España y de Inglaterra juntamente la batalla y combate muy cruel y dudoso, porque Mustaphá, nombrando a cada uno por su nombre, los esfuerçava y animaba diciéndoles: “ea, fijos, acordaos que peleáis contra unos ladrones, cosarios, por defensa de vuestra tierra, por la libertad, por las meclitas y casas propias vuestras que estos perros tantas veces os han profanado y quebrantado”. Los de la ciudad, por el contrario, más ardides y

diligentes en obras que no en palabras, resistíanles muy sin temor y con un esfuerzo y ánimo lleno de gran virtud. Fray Cristóbal Valderic, caballero alemán muy sabio y experto en todas las cosas y ejercicios de las armas y navegación, el cual cuando Rodas estaba en sosiego y paz era castellán de ella y tenía cargo de la justicia, la cual hacía y executaba con mucha rectitud y verdad, como hubiese ya desbaratado y rompido todas las astucias y fuerzas del birbay, o gobernador de la Grecia, que contra él armaba, no solamente con muy buenos tiros desde la muralla, pero también por debajo de tierra con minas y contraminas donde tomaba a los contrarios, y ya que lo tuvo cansado, viendo el trabajo en que la posta de Inglaterra estaba, dejando muy buen recaudo de gente y guardia en su posta, vino con mucha priesa a la socorrer, en la cual, pie a pie con los contrarios, a espada y rodela, con unas fuerzas no menores que las de Héctor, ganóles dos vanderas muy buenas y echó a los turcos todos que estaban ya en la posta, de toda ella, y hízoles huir con muy grande estrago y deshonor que de allí llevaron. La gente de Mahamet bajá que combatía a los españoles, aunque fue algo mejor y de mayor ánimo y esfuerzo porque, en la verdad, subió hasta lo más alto del muro y entró en él, pero no tuvo más dicha ni mejor ventura que la de Pyrro, porque tratada muy mal con tiros pequeños de artillería como eran buzanos, falconetes y medias culebrinas, asestados hazia ellos desde las açoteas y tejados de las casas que estaban enfrente del dicho muro por mandado y consejo del muy noble caballero fray Gabriel Martiningo, y con la artillería y grandes tiros del valuarte nuevo, cuyo capitán era fray Juan Malpaso, por la travesía yzquierda de los contrarios y por la travesía derecha con ganchos, trompas, botafuegos y saetas, fatigada desde una munición y reparo fecha en lo bajo de la puerta de santo Athanasio, el cual reparo defendió mucho tiempo con grande ánimo y peligro mucho de su persona fray Florencio Guyvereur, comenzóse a retraer atrás y huir y dejónos la victoria ni muy alegre ni con poca sangre y trabajo porque, en la verdad, cada uno de los mejores y más esforçados que allí pelearon o murió luego allí, o salió cargado de muy mortales heridas. Fray Peri Juan, prior de san Gil, fue herido en la garganta de una ecopeta, pero la herida no fue mortal. Fray Juan Buoch, caballero muy animoso y diligente, procurador del tesoro y tricopler baylio (la cual es una dignidad y nombre muy señalado en la nación inglesa), que es ser capitán general de las guardias de toda la ysla contra los turcos, como siempre dijese y afirmase que nunca los turcos vendrían ni darían combate ni pondrían sitio, entonces con su muerte lo conoció y creó, porque él murió entre los ingleses en la posta de Inglaterra, a los cuales ayudava como también a los españoles con gente de socorro de la cual era capitán. Y, así, murió allí de tan cruda muerte el segundo procurador de los tres del tesoro. Y el tercero, guardó dios, nuestro señor, para mayores y muy bien merecidos tormentos y trabajos de justicia.

Capítulo XIII. De cómo Mahamet bajá, viéndose burlado de su esperanza, comenzó a batir y lombardear el muro muy crudamente y de cómo los capitanes generales todos del campo del gran Turco acordaron de dar el último combate para tomar la ciudad. Y del razonamiento que sobre ello el gran Turco les hizo y de la cruel y muy espantosa batalla que entonces, por cinco partes, se dio a la ciudad y de cómo en los nuestros quedó la victoria.

Mahamet bajá, capitán muy diestro y muy prudente, recibiendo muy gran pena de cómo no salió con la victoria que quería y tanto deseava, comenzó a batir con muy mayor fuerza y violencia de artillería de muy gruesos tiros asestados muy de cerca el valuarte y posta de España. Los alborniases pasaron, así mismo, muy gran combate e increíble ímpetu y fuerza de todas las armas, artillerías y municiones que son necesarias para derribar y combatir cualesquier ciudades y lugares muy fuertes. El capitán de los cuales era fray Raymundo Rogel, caballero muy esforçado y diligente. Su padre fue francés y él nació dentro en Rodas. A xx. y tres días del mes de septiembre se levantó y vino una gran multitud de turcos contra este dicho Raymundo, el cual defendía con mucho ánimo y fuerza el lugar y posta que a cargo tenía, los cuales tenían muy grande esperanza de derribar una gran pieza y parte del muro con encender una mina que tenían hecha, la cual llegava fasta debajo del cimiento del dicho muro y llena de muchos barriles de pólvora y munición muy aparejada para presto rebentar. Y los capitanes que con ellos venían les habían dicho y certificado que, sin ninguna duda, por allí podrían muy de presto tomar la ciudad. Los turcos llegaron con este pensamiento hasta muy cerca del muro por estar más a punto para luego romper y entrar y, así, puestos en lugar tan peligroso, recibían muy gran daño de los nuestros, así con lanzas como con saetas y ginetas en tanta cantidad que casi los cobría. Y la mina que ellos así esperaban, cuya fuerza y violencia toda se fue por lo güeco de ella y por las contraminas que estaban a la redonda de la ciudad, no les abría el muro ni hacía el daño que ellos pensaban y esperaban. Por lo cual, hecha señal para dar la buelta, mandáronles luego los capitanes volver al real con mucho daño que recibieron y con ninguno que ellos pudieron hacer. Luego, todo aquello que quedava del día y toda la noche, también nunca cesaron, con muy gran número de tiros y lombardas muy gruesas, de batir y lombardear y con muy rezio ímpetu derribar aquella parte toda del muro, en los cimientos del cual creían los capitanes que había reventado la dicha mina, aunque no había parecido por de fuera. En tanto que las artillerías del campo de los turcos jugaban desta forma, sin parar y con mucha priesa, toda aquella noche anduvo muy grande estruendo y sonido de armas por todo el real de los contrarios y un concurso y alboroto de la gente toda nunca hasta entonces oydo ni acostumbrado. Y era que los capitanes todos consultaban y aparejaban de dar la última batalla y postrer combate para, con efecto, tomar

la ciudad. Y así se determinó la batalla luego para otro día en amaneciendo. El gran tirano Suleimán, muy codicioso de vencer y congoxoso y fatigado con el contrario temor porque, en la verdad, en manos de los hombres es ordenar y comenzar la guerra y batalla, pero la victoria y próspero fin en poder y voluntad de fortuna es. La cual, hasta entonces, nunca había favorecido ni ayudado a sus grandes diligencias y trabajos y, por tanto, el perro como sagaz y astuto confiava en sus grandes copias de infinitas gentes que tenía y esperaba la buelta y mudanza de fortuna en su favor. Considerava, con la temprana prudencia que natura le dio, no ser a ninguno de herencia y propiedad siempre vencer, la victoria ser libre y suelta y no pocas veces dar la buelta del vencedor al vencido. Habiendo pues, desta manera, pensado y ponderado muy bien consigo ya muchas cosas y variedades, paseánsese en su tienda y aposento en presencia de algunos de los suyos que lo estaban mirando y acompañando, en fin, venció la esperanza de su ánimo al temor de su corazón y, luego en aquella hora, mandó llamar a todos los capitanes generales y a los otros particulares también y, desde todos estuvieron delante de él, sentado en su estrado y asiento real, hablóles desta manera, según que después yo supe.

Nobles y muy esforçados capitanes, vuestro grande esfuerço y muy subtil prudencia no tiene necesidad de razonamiento o persuasión alguna, pero el mal seso y porfiada pertinacia de nuestros contrarios nos hacen deciros algo para os acordar y traer a la memoria lo que tanto cumple. Los cuales, estando ya su ciudad hecha pedaços y destruída con infinitos tiros que sobre ella han dado, cabada y abrasada toda por debajo de la tierra con minas y contraminas, los templos derribados, las casas caydas y ellos cansados ya y muy fatigados con muertes, heridas infinitas y trabajo continuo, los cuales daños y duros trabajos es por fuerza que han de tener y aver recibido con tantos combates y batallas que les hemos dado. Y porque con todos ellos no desmayan ni dejan y aflojan aquel tesón y primeras fuerças, y el ardor y encendida diligencia de pelear que siempre tuvieron, parecen a nuestro ejército y gente toda, y no sin mucha razón, ser invencibles e inexpugnable. El cual pensamiento y vana opinión conviene, y es muy necesario para bien y dichosamente pelear, ser del todo amovida y quitada ante todas cosas de sus coraçones. Por tanto, daldes muy buena esperanza que la ciudad se tomará muy presto, lo cual haréys exhortando, dándoles ánimo y alegre opinión de victoria y prometiéndoles todas las cosas y mercedes que demandaren. Aliende de lo cual, también les declararéys la manera y forma de nuestra intención y voluntad diciéndoles que no crean ni piensen ser traydos y venidos a combatir y tomar una sola ciudad que, según verdad, ellos combaten y combatirán murallas y cercas de ciudad sola, pero dentro de esta sola ciudad tomamos y ganamos todo el imperio y señorío de los cristianos, porque estos que dentro desta ciudad están todos son deudos y parientes, amigos y familiares de todos los nobles reyes, príncipes y altos señores de la católica gente de los cristianos. Aquí, en ella, está todo el dinero y grandísimo tesoro de nuestros contrarios todos. El robo y sacco universal de la cual, que al presente os concedemos y damos, os aprovechará mucho para atraer y alegrar los ánimos y coraçones de la gente y ejército todo. Dentro de ella, así mismo, está infinita artillería y muy buena, armas infinitas y todo apparatus, y provisión de cosas necesarias para

guerra, de lo cual nos proveeremos y serviremos muy bien y, con ello, destruyremos y acabaremos de tomar y matar con mucho ímpetu y violencia a todos esotros cristianos que quedan. Tomaremos, juntamente con todo esto que dicho hemos, y alcanzaremos una tan riquísima y tan hermosa ciudad y tan necesaria para nuestro servicio por el puerto tan bueno y tan seguro que tiene, desde el cual nos podrán proveer de todas las cosas que el uso y cotidiano exercicio de la guerra ha menester, así por mar como por tierra. Las cuales dichas cosas muy grandes y muy preciosas no solamente tomaremos y poseeremos, pero aun otras mucho mayores y más altas les quitaremos. Porque esta ciudad es una muy fuerte fortaleza de ellos, un albolí, casa de tesoro, armería de armas y esta es un recetáculo y ayuntamiento de todas las cosas que por la mar destruyen y maltratan a los turcos. Y así, desde ella tendremos muy seguro camino y salida para ir contra los brucios, salentinos, apulos y sicilianos. Por lo cual os hacemos saber, capitanes, que cuando bien y atentamente os miramos y pensamos en vuestras demasiadas fuerzas y cómo con vuestro maravilloso esfuerzo y prudencia, no en dos meses aún, bezistes a Belgrado ser de nuestro imperio y señorío, una ciudad invencible e inexpugnable, aunque contra ella fueran las fuerzas y gran poder de nuestro visabuelo Mahoma, tomamos muy gran esperanza y certidumbre que estos crueles y contumaces encruzados no estarán mucho amparados y defendidos en los econdedijos y rincones de su ciudad.

Como acabó el gran Turco su razonamiento, luego los capitanes se despidieron de él y salieron por el real y comenzaron a divulgar y declarar a la gente toda del ejército todo lo que les era mandado. Y públicamente, con pregoneros y mucha solemnidad de música, fue apregonado por todo el campo el saco y ecala vista de aquella muy noble y muy rica ciudad de Rodas. Y concedida libertad que cada uno tomase libremente lo que pudiese. Fatigado pues el gran Turco, así de la congoxa de su ánimo como de la consulta y razonamiento, retruxóse en su secreto aposento y acostóse. Pero no con menor diligencia y cuidado, el gran Maestre dentro de la ciudad, al cual aquel noturno y no acostumbrado tumulto y bollicio de los contrarios dava a entender y denunciava alguna gran cosa y peligro, armado muy bien de todas armas y sin parar ni decansar algo, cercaba y visitaba todas las postas y lugares necesarias de la ciudad llamando con mucho amor a cada uno por su propio nombre, esforçándolos con muy dulces palabras, diciéndoles convenir y ser muy necesario a los varones todos, muy animosos y esforçados, velar con mucha atención por la patria y tierra propia, por la libertad y por la vida, porque si aquel tan gran movimiento y bollicio de la noche aliñase o aparejase combate y rezia batalla para el día, los hallase a punto a todos y bien aparejados. Respondían todos con mucho ánimo que no tuviese su señoría pena ni temor, que mientras ellos fuesen bivios nadie en el mundo le quitaría su alta dignidad ni la vida tampoco. Ellos en este consuelo y alegría, estando un cristiano que estaba en el real de los contrarios cautivo y era esclavo de un turco, vino algo cerca del muro de manera que le podían bien oyr desde la ciudad y dijo a las velas cómo se ordenaba y aparejava el último combate y

batalla y que la ciudad, otro día luego de mañana, había de ser acometida y combatida por diversas partes y lugares juntamente. Entonces el gran Maestre, como lo supo, no haciendo ni ordenando cosa alguna sin mucha consideración y consulta, llamados y convocados todos sus caballeros a consejo, hablóles de esta manera.

Muy grande es el placer y alegría que tengo, sacros compañeros míos, que se haya ofrecido oportunidad y tiempo en que con una sola batalla podáis alcanzar inmortal gloria y fama y, defendiendo vuestra ciudad y fortaleza, merecáis de todo el género humano ser dignamente llamados defensores de toda la redondez cristiana y vengadores de la honra de dios y de su santafe católica. La gente contra quien mañana, guiándonos el poderoso dios, hemos de pelear, confiada solamente en su sola multitud y grande número nos acomete, pero si consideramos y ponderamos el esfuerzo y virtud no por el demasiado número sino por las diligentes manos y generoso corazón, ninguna duda ay, sino que pocos muy buenos y esforçados vencerán a la covarde y basta multitud. Bien cognoscéis el género y manera de la batalla y muy mejor los contrarios con quien lo avéis. Porque con aquellos contrarios y mortales enemigos avéis, caballeros y hermanos míos, de pelear. A los cuales siempre desbaratastes y vencistes, así por la mar más de cinco veces ya, como por la tierra en campo campal, y justamente ordenado y llegados ya a los muros de nuestra ciudad con toda su hueste y ejército, con gran gloria y fama vencistes y bezístes huir. Por tanto, en la batalla y combate de mañana tendréys, así vosotros como ellos, el mismo ánimo y corazón que siempre suelen tener los vencedores y los vencidos. Porque ellos no pelean porque quieren y osan pelear, sino porque el gran tirano y la áspera y dura violencia de los capitanes los trahen por fuerza y hacen pelear. Pues que así es, acordándoos bien de los linajes y alta sangre donde venís y de la opinión y fama en que estáys en toda la redondez y señorío cristiano, de la noble tierra en que nacistes y de la peligrosa en que estáys, pelearéys contra aquellos rabiosos perros que vienen en post de un desvariado rapaz que los trabe por fuerza y con una generosa indignación y yra mortal como si viésedes a vuestros esclavos propios tomar de repente armas para contra vuestras mismas personas, daréys en ellos hasta tanto que de vuestras generosas manos vayan como merecen castigados. Para lo cual no solamente vuestra gran dignidad y fama os costrine y obliga, pero también la extrema necesidad en que estamos, la cual sola muchas veces, aun a los muy tímidos y covardes hace ser esforçados y fuertes, nos lo avisa y amonesta. Pues que ya veys que estamos aquí, en esta ysla, de agua y mortíferos contrarios cercados, de la cual no ay manera ni medio alguno para poder huir, lo segundo en una ciudad cuyos muros quebrantados y despedaçados ya no tanto nos defienden a nosotros quanto nuestras mismas manos y armas. Por lo cual mañana, o hemos aquí todos de varonilmente vencer o aquí todos, con católico ánimo y generoso corazón, hemos de morir. Este solo día de mañana o nos ha de dar alegre victoria o una tal muerte que en todos los tiempos y siglos será alabada.

El que más quería decir para los consolar estorvólo, de presto, un mensajero que vino con mucha priesa a le hacer saber la venida de los contrarios, por lo cual salen luego los caballeros y gente otra de la ciudad, a los

cuales la fe y deseada victoria de la última batalla y combate hacía muy más fuertes y, con mucha diligencia y priesa, van a los muros y torres a los esperar. Puestos todos y repartidos muy bien por los muros, vieron súbitamente asomar los batallones de los contrarios con su espantosa música, como ellos hacer suelen. Y llegados ya, acometieron muy determinada y violentamente a la ciudad por cinco partes y lugares diversos. Conviene a saber, unos por la posta de Italia, otros por la posta de Proencia, otros por la de Francia, otros por la puerta de san o Athanasio que se dice también el valuarte y torre de los ingleses, otros por el muro y posta de España y otros por el de Albornia, juntamente. Mustaphá bajá, exhortando en pocas palabras a los suyos según la cualidad del tiempo, mandóles luego acometer y entrar por lo quebrado y derribado del muro que estaba abierto y patente. Los turcos, entonces, arremetiendo con muy gran ímpetu hazia los que la tal abertura defendían y guardaban, comienzan a pelear muy furiosamente. Los de la ciudad, ocurriendo presto a su remedio adonde mayor y más peligroso peligro veían, allí con mayor ímpetu y fuerza defendían y hacían retraher a los contrarios y, de tal manera, se daban priesa en herir y matar en sus contrarios como que ninguno tuviese más sucia y confianza en otro que en sus mismas manos tenía. Era el clamor y grita de ambas las partes tan espantoso y mortal y el estruendo y golpes de las armas tan fiero y horrible que corazón humano no bastaba a los sufrir. Andaba la sangre por todas partes a chorros corriendo. Caían unos y otros sin parar por aquel suelo. Unos, pie con pie, a espadas montantes y puñales y cuando ellos faltaban de las barvas y cabellos hasta se derribar, otros con tiros de muy buena artillería que ayudaban mucho en la tal priesa, los cuales tirava fray Toros, caballero muy noble natural de España y de vida y costumbres muy sanas e incorruptas. Otros se ayudaban y hacían infinito daño en los contrarios con ballestas y flechas. El capitán y lugarteniente del aga, o gran príncipe y señor de los genízaros, los cuales son los turcos rennegados que siendo cristianos dejaron nuestra santa fe católica, peleando con muy grande ánimo y esfuerço, habiendo fecho mucho estrago en los nuestros y matando e hiriendo con mucha priesa, llegó a muy buen tiempo un tiro que lo arrebató con tal ímpetu que lo hizo muchos pedaços. El cual, ya muerto, devieran luego los suyos todos tomar con mucha causa y razón algún desmayo y temor de lo ver así muerto y caído, y perturbarse algo por ello. Pero no ay cosa más incierta que el fin de la batalla, porque la muerte de aquel solo turco convirtió luego a todos los otros en un furor y mortal braveza y, deseando vengar la muerte de aquel clarísimo varón, comenzaron casi de nuevo a pelear tan crudamente unos desde cerca con espadas, ganchos, trompas y botafuegos, otros más apartados con una nube de viras, lanzas, pelotas de ecopetas y otras infinitas maneras de armas que arrojaban, que hacían poco a poco retraher a los nuestros. Mustaphá, viendo la grande alegría de los suyos y la encendida diligencia que traían peleando, echava, como dicen, azeite sobre la flama y, invocando a cada paso a Mahoma y nombrando el

nombre turcayco, mentávales los ricos despojos, tesoros y gran presa que esperaban. Que hiciesen camino y entrada por medio de los batallones de sus contrarios y entrasen, que cuanto menos temiesen y de sí se olvidasen, tanto menos peligro sentirían. Veníanles luego a muy buen tiempo los socorros a los que andaban cansados y, los que de refreco entraban, tomaban la conquista y batalla de los otros en el lugar y modo que la hallaban. Los caballeros, y gente otra que con ellos andaba, no trayendo menor ardor y priesa en se defender que los contrarios en los combatir, peleaban tan crudamente que uno de ellos valía por diez de los contrarios. Andaba el nombre de Jesucristo y de san Juan Baptista tan continuo por entre ellos, que era maravilla cuánto los alegrava. Andaban aquellas católicas manos armadas de nobles espadas y armas otras tan diligentes, por entre los enemigos, que les daban muy gran temor, arroyos de sangre por el suelo, turcos despedaçados por entre los pies y, todavía, priesa mortal que los desbarataba. Traían la fe biva en los coraçones, el amor de la patria y gente común ante los ojos y el remedio de su salud y vida en las manos. Y andando ellos con tanta priesa y hervor peleando y defendiendo la ciudad, las mujeres y dueñas honradas de la ciudad acarreaban muy de presto armas de todo género y forma y piedras y municiones a los muros y postas. Las señoras de manera y donzellas, cargadas de mantenimientos, conservas y vino, esforçaban luego por aquellas calles y lugares propincuos a los que veían que se ahogaban de cansancio, sed y desmayo de la batalla, con vino y comida que de presto les daban y, así esforçados, bolvían con unas nuevas fuerzas a la pelea y defensa como si fueran otros que de nuevo entraran. No con menores ánimos y priesa la gente de Pirrho combatía a los caballeros Italianos. Muy dudosa era la batalla y pelea de una parte y de otra. Varia y diversa la forma y manera del negocio y trabajo y muy espantosa y horrible la vista y presencia en los unos y en los otros. Los enemigos combatían y peleaban con ravia tan mortal por la presa y señorío. Los de Rodas, por la vida y libertad. No se guardava orden, ni estado o condición, ni hedad había tan flaca y ynútil para guerra y batalla que aquel día no ayudase a los sacros caballeros de Hyerusalem. Pelearon legos y clérigos, y no solamente los sacerdotes de la religión que traen las cruces blancas de san Juan en los mantos y ropas, cuyo esfuerzo y virtud en todo el sitio y trabajo no fue por cierto menor que la de los mismos caballeros, pero también frailes y religiosos. Y, entre ellos todos, un fraile de san Francisco llamado fray Juan Antonio hizo maravillas peleando. Las mujeres, muchachos y, con ellos, los viejos, aunque cansados, con muy mayor priesa y diligencia que las fuerzas de sus ánimos y cuerpos ponían y bastaban, daban armas y piedras a mano a los defensores que con tanto ánimo peleaban. Los ladrillos y piedras quitadas y arrancadas del suelo y lugares do estaban, las arrojaban con hondas. Echaban, así mismo desde el muro, sobre los de abajo y sobre los que subían por las ecalas, saquetos de munición ardiendo, piedra çufre encendida, alquitrán y pez hirviendo que abrasava todo lo que tomaba debajo. Y no había cosa que los contrarios más

temiesen ni de que más se desviasen y huyesen, porque así como pegava en alguna parte o miembro del cuerpo, por ninguna manera o fuerza podía ser sacudida y quitada y abrasava todo lo que alcanzava. Era tanta la priesa que todos comúnmente traían arrojando armas, piedras y municiones otras, y en herir y matar en sus contrarios, que unos estorbaban e impedían a otros. No había orden ya en los cuadrones y gente toda, antes unos andaban enbultos con otros sin conocerse cuáles eran de una seña y cuáles de otra. Las vanderas comenzaron a pararse y estarse quedas y los que de socorro estaban no osaban salir, ni socorrer a la presa de la batalla, ni ayudar a los que sin parar caían, porque de toda la muralla y valuartes bolaban tantas lanzas, saetas, pelotas de ecopetas, piedras de lombardas gruesas sobre los contrarios y era tanta la lluvia de fuego y piedras otras que sobre sus cabezas llovía, que unos a otros no se veían y, siendo el día claro, estaba el sol tan ecurecido como con una niebla muy espesa. Aliende de lo cual, también el sonido y estruendo de las trompetas muchas e instrumentos altos de guerra, aunque parece, al presente, cosa de poca importancia cuanto a oylla, pero fue muy grande el provecho que hizo entonces en nuestro favor, porque no solamente perturbava y angustiava los oydos de los contrarios, pero también juntamente les dava tanto temor y pena en los coraçones que casi los ataba y entorpecía. Estando, pues, en tanto ardor y priesa peleando todos sin parar, hacen saber al gran Maestre, el cual estaba animando y esforçando a los suyos a la puerta de san o Athanasio, a la cual lo había traído la gran necesidad de la priesa y batalla y el muy gran peligro que allí más que en otra parte se ofreció, porque su posta y estancia era la de Italia primero, pero encomendando el cargo y cuydado de ella al muy esforçado y generoso caballero fray Antonio Monterolo, vino allí a socorrer, cómo los contrarios habían tomado el valuarte y posta de España, alterado con nueva tan triste y espantosa, como era justo, no por eso desmayó algo ni mostró alteración en el rostro, antes encargando presto el cargo de la defensa y conquista de aquel lugar al honrado caballero Emérito Gombaulto, alcaide y gobernador de la ysla de Lerro, la cual era de Rodas, fue muy corriendo a socorrer con muy buena gente que tenía de socorro. Tomaron los contrarios aquel dicho muro y posta por un caso muy admirable y espantoso, defendiéndolo los más esforçados y diligentes caballeros que en Rodas había, y fue que como los españoles sean para mucho en las cosas de la guerra, la mayor parte de ellos había ydo a socorrer treze o catorze pasos de ay a otro cuadrón de españoles, que estaba muy trabajado y cansado ya de los turcos y gente muy dura de Mahamet bajá que con infinita priesa les aquexaban y combatían. Unos pocos que quedaron, dejadas las espadas y rodelas de las manos, paráronse a asestar un tiro grueso con mucha diligencia y subtileza hazia la travesía derecha de los contrarios, que estaban de refreco así parados para entrar en lugar de los heridos y cansados contra los mismos de España. Y como los contrarios vieron el lugar desamparado y sin defensa, aunque luego lo pudieran tomar si fueran para ello, pero como entre ellos haya muchos

covardes y de poco ánimo, no osando subir sobre lo alto del muro, estuvieron parados un poco en lo bajo del dicho muro, allí entre las piedras y sillares que del muro habían caído, econdidos y asombrados, pero ya finalmente como vieses y sintiesen muy bien que el lugar estaba sin gente, convertido el temor en esfuerzo y el atrevimiento en buena ventura, comenzaron a subir por las piedras y aberturas que el muro tenía de la batería infinita que le habían dado y tomaron aquella parte que así estaba sola y sin gente. Ya que estuvieron muchos de ellos en ella subidos, dando un mortal y muy espantoso alarido, aguijan por detrás a los que estaban cargando el dicho tiro y, tomados sin armas y seguros, mataron algunos de ellos. Y, de presto, comenzaron con mucha priesa y alarido a arrojar las señas y vanderas nuestras abajo y a alzar y sentar las suyas. Luego, los turcos otros que estaban de socorro y a punto dentro de la tranchea y reparo, a mucha priesa corriendo por medio de la fosa, procuran de se ayuntar y allegar con los suyos y subir con muy grande ánimo y alegría a les ayudar hasta tanto que, asestados los tyros todos de los muros y torres que estaban en las dos travesías de los contrarios, les tomaron y estorvaron la subida con piedras infinitas de metal y de hierro que echaban sin parar. Duró la pelea con los que estaban ya subidos sobre el valuarte y muro, la cual fue muy cruda y trabajosa, dos horas largas sin aver declinación o movimiento de una parte o de otra. Porque los turcos, como estaban ya en lo alto, arrojaban sobre los cristianos las piedras y munición que allí hallaban aparejadas y a mano y, con flechas y los tiros mismos del muro, hacían retraher atrás a la gente que venía a socorrer. El gran Maestre, triste de lo que veía y haciendo mucho ánimo a los suyos, mandóles llegar y acometer en el nombre de dios y del señor san Juan y, dando muy grandes bozes para más los esforçar, lo cual aprovechó mucho para ecalentar y encender los ánimos y coraçones angustiados de los suyos que parecían estar algo fríos, andaba muy diligente y apresurado entre ellos mirando y sintiendo muy bien el esfuerzo o covardía de cada uno y cómo se desembolvían en la batalla y pelea. Por lo cual, como aborridos, ya viendo cómo fortuna tan de hecho los desamparava y de madre se les bolví en madrastra y, considerando como la última salud y remedio que ya tenían era no esperalla, entran con muy grande ardor y esfuerzo por medio de tan grandes peligros recibiendo llagas y mortales heridas y ni bastan los muros ni turcos infinitos, que ya en lo alto estaban muy bien armados, para les estorvar que no suban. Fray Hugo de Capón, caballero español natural de Cataluña y muy esforçado uno de los cuatro capitanes de la gente, y fray Menotio, caballero francés, con algunos candiotes que traían de socorro, aguijaron presto a la puerta, la cual los turcos, no mirando en ello, no habían cerrado con un cerrojo de hierro que tenía muy grueso. Entrados los candiotes con sus capitanes por la dicha puerta, arrebataron a los turcos por los braços y, peleando muy varonilmente con los puñales, mataron infinitos a puñaladas y también a cuchilladas y lanzadas y, muchos otros de los dichos turcos derribados sobre las otras murallas y almenas, murieron, rajadas las

cabezas y quebrantados los cuerpos. Viendo el aga o maestro de los genízaros, que son como dije los cristianos renegados, como capitán muy animoso y esforçado, la grande afrenta y deshonor que allí se le hacía a su señor el gran Turco, tomando muy gran yra y vergüenza de ella y dando muy grandes bozes a los suyos que le siguiesen, aguija él delante de todos con doze o treze varones de los suyos muy esforçados y de yqual fortaleza, así de cuerpos como de ánimos, y sube con mucha priesa y esfuerço sobre el muro de España defendiendo sus cuarenta vanderas de lunas que ya en él estaban, Y derribando las nuestras con sus cruces juntamente, los genízaros y gente otra suya, aunque muy cansados ya del trabajo, hambre, sed y batalla tan continua desde la madrugada hasta más ya de mediodía, viendo a su señor y capitán subir con tanto ánimo, síguenle sin par y con muy grande alarido. El gran Maestre Lisladam y muy digno, por cierto, famoso en otras muchas cosas y duras batallas, y en esta mucho más, dejada alguna parte de la gente dentro del valuarte ya tomado y restaurado de los contrarios, va corriendo con la otra parte de la gente que tenía a entrar y socorrer en aquella pelea y batalla tan cruda y espantosa y de tanta duda y manifiesto peligro. Los caballeros españoles y sacros caballeros otros, entre otros muchos que no lo eran que les ayudaban, los cuales andaban ya tan trabajados y destroçados con infinitas heridas que era lástima verlos, muertos muchos entre los pies y gran cansancio, como vieron al gran Maestre delante de sí, con un nuevo ánimo y esfuerço y con una grita de gran placer como si entonces se les hiciera la primera seña de pelea, así renuevan las fuerzas y comienzan a pelear con mayor ánimo y más encendido corazón que hasta entonces, continuando y prosiguiendo el estrago y riça en los contrarios con espadas, piedras, ganchos, ecopetas, trompas y botafuegos y con otras infinitas armas y defensiones arrojadizas que en ellos echaban. Los tiros, así mismo, y artillería toda que estaba por lo más alto del muro puesta y asestada por las travesías de los contrarios hacía muy gran daño en ellos y mataba infinitos. Y no era menor el estrago y riça que los albernizos y proenzales en los turcos hacían. Andando pues la batalla y muy cruda pelea por esta manera y modo yqual en fuerzas y diligencia de una parte y otra, el nuevo socorro y gente de refresco que vino de la torre de san Nicolás pudo tanto que inclinó hazia los nuestros la victoria. Lo cual, como el gran Turco Culumán supo por sus mensajeros que con cada cosa muy de presto a él iban, el cual estaba mirando el combate desde un tablado y castillo muy alto hecho de pinos y másteles de naos, para ver cómo los suyos tomaban y entraban la ciudad, tomó grandísima tristeza y yra muy mortal. Y pelándose las barvas, aunque pocas, mandó hacer señal de despartir y retraherse, la cual fue muy alegre así a los de Rodas, que andaban ya muy estragados, como a los turcos que ya no lo podían sufrir. Y muy más alegre a Jacobaso, el cual cuanto los otros turcos con mayor priesa peleaban, tanto con mayor miedo y ligereza él huía. La cual covardía él pagara muy bien, si fuera tomado, con un palo muy agudo metido por el vergonçoso lugar hasta el

pecho, porque con este tormento tan cruel y suzio los turcos suelen justiciar a los culpados y malhechores.

Capítulo XIII. De cómo el gran Turco, con la yra que tomó de cómo no se entró la ciudad, mandaba matar a Mustaphá bajá y a Pyrro bajá, capitanes generales, y del infinito número de muertos y heridos que en aquella tan cruenta batalla uvo.

Buelta la gente toda al real, los capitanes van luego todos con mucha tristeza ante el gran Turco, su señor, el cual estaba tan ayrado y encendido que era cosa de muy grande espanto. Y aunque esta yra y cruel pasión tenía contra todos juntamente por la grande afrenta que allí habían recibido, por aver sido tantos de tan pocos vencidos y maltratados, pero contra ninguno de ellos más se ayró ni encendió como contra Mustaphá bajá, inventor y sollicitador de toda esta guerra y conquista, el cual muy fanfarrón y parlero, según que suelen ser muchos del palacio, aventó e hinchó su esperanza muy vanamente y, alzando y muy subiendo con falsas adulaciones y lisonjas y con palabras muy enmeladas y dulces las grandes fuerzas y muy alto poder de su Majestad y apocando y desminuyendo con mentiras y falsedades las de Rodas, había prometido y héchole entender que luego que el pueblo todo de Rodas viese su gran flota y muy horrible armada, saldría todo al puerto a la recibir con muy gran temor, y se le daría y entregaría, y haría todo lo que su imperial Majestad le mandase. La cual burla y vanidad de promesas ya parecía clara y se mostrava muy evidente, no sin muy gran daño y afrenta de la sangre othománica de sus mayores. Por lo cual mandó, luego así como lo vido, con muy grande enojo e infernal furor que muriese como perro y falso servidor y dijo, con mucha yra a un flechero de los de su guardia que allí cerca estaba, que le echase una vira por el cuerpo que le pasase el coraçón a aquel perro porque quería en él, como en perverso engañador, consolar sus ojos y alegrar su coraçón que tan deconsolados y tristes estaban de la grande afrenta y deshonra que habían visto. Ya que el dicho matador se aparejava y comenzava a apuntar su flecha para efectuar y cumplir lo que el señor le mandaba, y todos estaban tan temerosos y encogidos allí delante de él, que no solamente no sonaba ni aun una palabra contra tan crudo e injusto tormento y sentencia tan inicua, pero ni aun un pequeño gemido no se oía ni sentía. Pyrro bajá, viendo lo que pasava, confiando en su mucha hedad y autoridad de persona, solo osó detener y apartar al dicho flechero que ya quería soltar la vira y, echado en tierra, algo desviado de donde el gran Turco estaba, con muchas lágrimas que de sus ojos salían delante de aquel gran tirano, comenzó a demandar misericordia e implorar su imperial clemencia y suplicarle que otorgase la vida a Mustaphá. El gran Turco, como así lo vido, tomando muy mayor yra y alteración del desvariado atrevimiento de Pyrro bajá, que así fue osado a impedir la ejecución de su voluntad y justicia, y más con la indignación que

también contra él tenía, mandó que también lo matasen luego a él con el otro perro porque lo sacó de su real aposento e imperial alcázar, y de su quietud y decanso, y lo trajo a una ysla tan remota y apartada para lo poner y meter entre tan grandes peligros de guerra y donde tantas afrentas hubiese de recibir. Lo cual como todos los bajaes y varones nobles, que a la redonda estaban, vieron y oyeron, no pudiendo consentir ni sufrir tan gran crueldad, como fuesen gente de mucha manera y autoridad, hincados todos de rodillas, suplicaron a su Majestad que lo tal no mandase, que refrenase el ímpetu de su ira y, que aunque era muy justo y bien merecido lo que su Majestad mandaba, que mirase cómo la tierra toda estaba hecha una mar de sangre salida de los cuerpos de los suyos por manos de los contrarios, que no la regase y empapase su Majestad con más sangre, especialmente de dos capitanes tan claros y famosos y que tanto habían trabajado y hecho en servivio de su Majestad y alto imperio. Pues como ya la ira y muy cruel enojo se le hubiese amansado algo al gran tirano y diese lugar para que aquello, y otras cosas de mucha disculpa y humildad le dijesen, ya al fin su mucha prudencia y hedad, le dio la vida a Pyrro. Y su mujer, que era hermana del abuelo materno del gran tirano, se la dio y alcanzó a Mustaphá. Relumbró y esclareció aqueste día de tan cruel y temeroso combate con tanto estrago y maravillosa riça hecha en los infernales turcos, y para perpetua fama e inmortal gloria de los generosos caballeros de Jerusalén y gente otra de Rodas, cuanto ninguno otro día fue jamás desde que aquella ciudad se fundó. Porque entre los altos montones y grandes hacinas de cuerpos muertos que estaban por aquel campo tendidos se hallaron doze turcos, grandes señores, y aquel vicemaestro y capitán de los genízaros rennegados, llenas las fosas de cuerpos muertos, sangre a charcos por todas partes y espantoso estrago en todo lugar. Unos cuerpos estaban temblando aún y meneándose, otros sin cabezas ni braços, piernas y braços por ay derramados, las cabezas apartadas de los cuerpos, otros los pechos abiertos, los costados, las espaldas, con muy fieras cuchilladas y mortales heridas otras. Otros estaban enteros y de los golpes y truenos de la artillería estaban sin sentido y casi muertos en el suelo tendidos y que apenas podían resollar. La tierra teñida toda con la sangre. A doquier que volviédes los ojos a mirar, era la vista y parecer de tanto temor y tristeza que todo tenía más señal y parecer de muerte que no de vida, y la victoria era tal que los mismos vencedores ovieran compasión y piedad de ella si otros fueran los contrarios. Los turcos, viniendo para sepultar los suyos, viendo y con grande admiración mirando las entrañas abiertas de los cuerpos muertos, la crueldad y extremada fuerza de las grandísimas heridas, concebían muy grande espanto y horrible temor y, clara y públicamente, confesaban ser muy grandes varones y muy mortales y crueles armas las contra quien habían peleado. Los de Rodas, muy alegres en los muros, dábanles muy gran grito diciéndoles muchas afrentas y denuestos como eran: “Ea, perros, bujarrones. Qué hace el perro covarde de Pyrro. ¿Y el marión de Mustaphá? Y el perro bujarrón de vuestro amo,

Suleimán, están lo ahora esos dos bujarrones como a hidionda bardaxa contentando. Perros, nabajas tenemos afiladas y a punto para cortalle aquella infernal morcilla con que comete tan nefandos pecados y abominables sodomías. Y leña infinita para quemallo”. Y otras cosas más desonestas que los hombres con placer de victoria suelen decir contra torpes y viles adversarios. Cuánto fuese el número de los muertos y heridos, de cierto, no lo sé. Ni aunque lo supiese, lo osaría señalar ni decir. Fray Macedonio, caballero muy noble y de muchas antigüedades experto, dice en lo que de esta batalla escribió que fueron dos mill, pero no sabe que dice que no es una cifra lo que él señala para lo que fue. Pero fray George Faucello, caballero natural de León, el cual se señaló por cierto muy bien en esta batalla, dice que los dos mill que fray Macedonio señala se entienden de los que murieron solamente a la posta de Italia. Roberto Perusio, hombre de muy honestas costumbres y grave edad, y muy diligente investigador y pesquisidor de todas las cosas, así prósperas como adversas de los contrarios, en la oración que hizo y dijo con muy suave elocuencia ante el papa Adriano dice que murieron diez mill hombres. Fray Jacome, caballero borbón y muy claro y famoso en letras, linaje y virtud, alarga y extiende el número, así de los muertos como de los heridos, a quince mill. Y por el mismo modo y forma, yo bien osaré ampliar y extender el número a veinte mil. Y esto por testimonio y argumento no mue incierto ni temerario, porque qué estrago tan excesivo y grande de hombres, si bien miramos, harían tantos tiros gruesos de lombardas, basiliscos, morteruelos, culebrinas, medias culebrinas, sacres, falconetes, esmerejones, cañones serpentinos, cañones pedreros, versos, pasabolantes, arcabuzes, municiones de fuego como eran saquetos de fuego de munición de pólvora, cestones de vergas con municiones de alquitrán y otras invenciones de fuego, armas de infinita manera como eran lanzas, picas, ginetas, ballestas, ganchos, trompas, botafuegos, espadas, montantes, puñales, piedras y, finalmente, todas las otras invenciones e ingenios de guerra que el arte o la malicia humana inventó y halló contra sí propia para su perdición y daño desde el comienzo y creación del mundo hasta oy. Qué riça pues tan horrible, todo esto y mucho más infinito, haría en unas gentes cuales son los turcos, de su mismo natural y condición enemigos y deseosos de nuestra sangre y bienes, y traídos y costreñidos para nuestra muerte y total destrucción por el mando, consuelos y continuas exhortaciones de los capitanes. Y esto, en espacio y término de seys horas y por cinco partes y lugares diversos juntamente. Perdieron aquel día los contrarios muchas vanderas. Los caballeros Italianos tomaron dos vanderas o estandartes reales muy ricos y de muy gran resplandor y precio. De los nuestros murieron casi ciento y cincuenta hombres de la gente otra de pelea, sin muchos caballeros comendadores que católica y varonilmente peleando aquel día ganaron victoria sempiterna en el cielo, muriendo gloriosamente en la tierra. Aunque muy mayor fue el número de los heridos que no el de los muertos. Tenía determinado de contar y señalar nombradamente a cada uno

de los sacros caballeros comendadores que allí murieron o fueron heridos, pero como la tal diligencia no sea necesaria en historia y, también porque con la demasiada afectión de nombrar y señalar sus nombres, mi verdad y fe no fuese sospechosa en alguna manera al lector, parecióme ser mejor pasarlos a todos en yguual silencio los que peleando con católico corazón, por defensa de la patria, recibieron crueles heridas y mortales trabajos. Ninguno hubo entre todos los sacros caballeros comendadores que no alcanzase su triunfo y gloria. Cada uno llevó su honra y ganó su fama. Y ninguna nación uvo, en toda la gente de pelea y guerra de Rodas, que no se mostró muy largamente su fe y glorioso esfuerzo y mereció muy bien los premios y méritos de la sacra religión.

Capítulo XV. De cómo el capitán general de la flota del gran Turco nunca pudo entrar ni ofender a la ciudad por la parte de la mar en toda aquella batalla y sitio, y de cómo los de Rodas lo burlaban muchas veces metiendo socorro y provisión. Y de una muy espantosa crueldad y hazaña que una mujer greca hizo en la ysla de Alcarque.

Todo el tiempo que el sitio estuvo sobre la ciudad de Rodas y anduvieron los combates y batallas entre los turcos y los de la ciudad, estuvieron a las entradas del puerto cien galeras y galeones largos muy bien proveydos, así de armas como de gente muy buena, esperando tiempo u ocasión para acometer de repente y entrar si fuera posible. Pero el capitán y patrón de esta dicha armada, como viese todas las entradas y lugares más aparejados para ello de la parte toda de la mar estar muy bien proveydos y a mucho recaudo, porque en aquella parte y lugar estaban muchos caballeros franceses muy esforçados, cuyo capitán era fray Pedro de Cluiis, caballero muy generoso portugués, nunca osó acometer ni intentar combate alguno. Lo cual también fue por ser el dicho capitán de ella hombre muy atado y no de linaje y sangre de hombres de guerra. Y por eso le fue después quitado el cargo y capitanía tan famosa de toda la mar, por su gran covardía y descuido y torpeza de ingenio y porque muchas veces nuestros hombres de la mar lo burlaban y engañaban. Los cuales, como cada día ya comenzase a aver muy gran falta en la ciudad, así de mantenimientos como de gente y aparejos necesarios de guerra, ellos salían con muy grandes cautelas y traían toda provisión y socorro de las fortalezas y lugares fuertes de la ysla como eran Elindo, Manolito, Ferroclo y Calopetrea, la cual Henrico Scleghelholt, caballero alemán y muy noble, comenzó a fundar y edificar de los pedaços de Hallicarnaso y pirámides de aquel monumento y sepulchro tan nombrado y famoso entre las siete maravillas y espantosos milagros del mundo, cuando el gran Taborlán combatía la Asia y prendió y metió en prisión al gran Turco Bayzeto, el cual antes, en la gran batalla que fue cerca de Nicópoli, hizo retraher y huir a los húngaros y a don Juan, duque de Borgoña. Traían, así mismo, la dicha

provisión y socorro de las yslas otras que son de Rodas como eran Lango, Lerro, El Cálamo y Nizaro. Porque Altilo y Alcarque, los turcos, luego pocos días después que vinieron, las tomaron por falta de agua y a la gente toda de ellos mataron con tormentos y crueldades nunca oydas ni pensadas. Y pues que al presente se ha ofrecido causa para ello, no me parece que devo callar una hazaña muy notable, no sé si diga por crueldad o por esfuerço y grandeza de ánimo y rezio corazón, la cual osó hacer contra todas las fuerzas mujeriles y sexo femenino una mujer greca, la cual era amiga del alcayde de la fortaleza de aquella ysla. La cual, como viese que su amigo el alcayde un día peleando muy crudamente con los turcos muriese de muy crueles heridas que le dieron, hizolo enterrar lo más solemnemente que pudo y en un muy devoto lugar y, viendo el poco remedio que tenían de socorro y que, en fin, los turcos sin ninguna duda habían de tomar la ysla, acordó con flaqueza mujeril de no ver tan gran dolor ni dejar en este mundo cosa que le diese fatiga, por lo cual, como fuera de sí y muy desesperada de remedio, salió a un corral muy grande que estaba en el aposento e hizo un muy gran montón y hacina de leña en medio de él y pególe fuego, de manera que se comenzó a encender. Luego tomó dos niños muy hermosos a maravilla que tenía, hijos suyos y del dicho alcayde, en los braços y, llorando con mucho dolor con ellos, comenzólos a besar en la boca y decir desta manera. “Hijos míos, cuchillo que con tanto dolor traspasa mi corazón, nacidos de desdichados padres y en muy más desdichado y cruel tiempo, como vendréys en cautiverio de tan mortales enemigos como hijos míos, perderéys las ánimas dejando la fe de nuestro redentor Jesucristo y vuestros hermosos e inocentes cuerpos serán profanados con abominables suziedades y nefandos pecados. Nunca mi dios tal consienta que, por cierto, muy mejor os será desde niños ser ángeles en el cielo que no infernales en la tierra, páguelo mi ánima como a mi dios pluguiere, aunque en su san ísima piedad confío y de ella no me aparto. Pero yo haré por cierto que enemigos tan viles y suzios, y tan obstinados contra nuestra santafe y religión, no gocen ni en vida ni en muerte de dos cuerpos tan nobles y tan hermosos”. Lo cual como acabó de decir, vido que la hoguera que tenía hecha ardía ya muy bien y tomó al mayor de ellos y besólo en la boca con infinitas lágrimas que de sus ojos salían y hizole la señal de la cruz en la frente y san igüolo y dióle su bendición en aquel tan desesperado tiempo. Y luego al menor hizo lo mismo, al cual maba en muy gran manera. Y saca la cruel madre un cuchillo, que econdido traía, y degollólos. Y, así, medio bivos y estremeciendo los cuerpos con el dolor y ravia de la muerte, corriendo infinita sangre de ellos, los arrojó en el fuego, muy grande y mue inflamado ya. Y juntamente con ellos, todas las joyas y cosas ricas que tenía. Y esto hecho, quitóse las ropas de mujer que vestidas tenía y vistióse de ropas de varón y tomó las armas de aquel su amigo tan amado llenas de la sangre que dél había salido y púsoselas, especialmente las coraças, almete y braçales, y toma el espada y la rodela de él mismo y sale a la pelea con muy enardecido corazón. Y entra aquella egregia y

muy famosa batalladora y muy digna, por cierto, de inmortal memoria en todos los siglos que vendrán, en medio de lo más espeso de toda la batalla. Y comenzó a pelear tan varonilmente que los contrarios, viendo que tanto se señalava y tanto daño les hacía, le dieron de presto tantas y tan mortales heridas que cayó muy de presto muerta en tierra, cuya ánima nuestro señor dios perdone y todos los que lo leyeren digan amén.

Capítulo XVI. De la gran tristeza que el gran Turco tenía y de cómo los suyos, por lo consolar, comenzaron a hacer y fabricar una fortaleza en lo más alto de la montaña de Philermo. Y de cómo Mustaphá bajá se quería pasar con los de Rodas.

Viendo pues el gran Turco (porque buelva sobre el comenzado propósito) cómo todo su trabajo y diligencia era tan en balde, pues que habiendo combatido la ciudad con tanto ímpetu y fuerza por tantos lugares con tanta multitud y número infinito de gente, y tanto espacio de tiempo que fueron más de seys horas sin parar, no había hecho ni aprovechado nada, desmayó en muy gran manera y resfriósele aquel tan enardecido calor que tenía de tomar y ganar reinos y señoríos ajenos. Apagósele aquella tan gran soberbia y ambición que tenía y comenzó a pensar más en huir y alzar el sitio que no en otra cosa de nuevo. Desmayábase muchas veces y caíase por aquel suelo desesperado. Estaba muy gran rato tendido en su triste cama y estrado sin hablar ni menearse que parecía muerto. Dava infinitos sospiros como loco acordándose de tantas batallas como había dado tan en vano y con tanta desdicha, del estrago y pérdida de tantos y tan grandes capitanes y varones muy diestros y muy esforçados, y de tanta gente otra muy luzida y de grandes fuerzas, con la sangre de los cuales todos pudiera ganar y tomar no pequeña parte de la Italia. Triste con tales pensamientos, mal ataviado, echado por ese suelo, callando y sin hablar, no consentía que persona del mundo entrase donde él estaba ni que le hablase nadie, ni quería ver persona alguna, ni aun a su negro y abominable Abrahyn, al cual ama y quiere más que a sí mismo, aunque es un agreste y suzio pastor hijo de un guardador de ganados arragocez. Pero, sin duda, se deve creer que ambos parecen ser en un mismo punto y hora nacidos y debajo de una misma constelación fraguados, porque por el consejo y parecer de este torpe pastor, fea y muy sucia bardaxa suya, monstruo agreste e hidiondo castrado, él rige la Asia toda y muy gran parte de la Europa. Y este perro es el que más atiza e insiste en aparejar y sollicitar feas muertes y crueles tormentos, y afrentoso cautiverio a tantos y tan nobles ingenios de la muy noble y famosa Italia. Y a tantos muy diestros diligentes y grandes capitanes y caballeros de ella. Pero ninguna otra cosa más fatigava y congoxava al corazón y ánimo del gran tirano, sino era el ecclipse que la luna luna hizo antes que la batalla se diese y comenzase, la cual decía él aver aparecido cubierta toda de sangre cruel y muy espantosa contra la voluntad de

dios y de su gran profeta Mahoma, para cruel y muy desastrada muerte y pestilencial pestilencia de la gente turcayca toda en aquella ysla de Rodas. Aunque Abrahyn y el gran tesorero suyo, el cual tenía cargo de gastar y pagar todas las sumas de dineros que eran menester para todo lo que en su hueste y campo convenía, le quitaban aquel temor y vano pensamiento del corazón diciendo aquel eclipse ser una buelta del tiempo y que la luna se obscurecía o cuando se le ponía la tierra en medio o el sol la oprimía y atapava. Que su Majestad no se fatigase ni tomase tanta pena, que el tiempo, que todas las cosas doma y amansa, domaría y amansaría a los que ni el hierro ni el fuego podían tomar ni vencer. Para lo cual, que suplicaba a su Majestad mandase fabricar y hacer sobre lo más alto de la montaña de Philermo una muy buena fortaleza y estancia, así para recreación de su Majestad como para asombrar mucho más a los que estaban dentro de Rodas. El gran tirano dijo que le parecía bien que se hiciese así. Comenzóse luego, con muy gran priesa y hervor, a hedificar y hacer una fortaleza y edificio muy grande a maravilla y con mucho trabajo y costa. Mustaphá bajá, como cada día más el gran Turco, su señor, lo truxese sobre ojo y no lo pudiese ver y anduviese por ay sin autoridad ni gracia y tratado no como de antes solía y teniendo, así mismo, el ánimo tan herido y lastimado de la grande afrenta que su señor le había hecho en mandarle así tan fea y cruelmente matar (porque, en la verdad, ninguna cosa más se arrayga y sienta en los ánimos y coraçones de los grandes varones y generosos caballeros como la afrenta y la injuria), de noche secretamente ataba cartas en las saetas o viras de las flechas y echávalas dentro de la ciudad, en las cuales avisava y decubría a los que estaban dentro todos los secretos del real y lo que el gran Turco contra ellos ordenaba y aparejava. Y según dava a entender, determinaba de se pasar con ellos y entrarse en la ciudad para les ayudar y hacerle al gran Turco, su señor, mortal guerra y todo el mal que pudiese hasta muy bien vengar su grande afrenta e injuria. Pero fue fortuna muy contraria a un hecho y obra tan provechosa y saludable a nosotros, porque como en el real y campo, mientras que esto así pasava y fortuna nos andaba halagando, viniesen ciertos embajadores acompañados de mucha gente muy luzida y buena de El Cayro, los cuales dijeron al gran Turco cómo el gobernador de la Siria, al cual en su lengua llaman Cayerbechum, era muerto. El gran Turco, como lo supo, por amansar y satisfacer a Mustaphá la injuria y afrenta que le había fecho en mandallo así matar, enviólo con mucha gente y poder muy amplísimo al Cayro para que sosegase la tierra toda de la Siria y a los vasallos hiciese estar constantes en la fe y lealtad que convenía. Y porque no conviene que el que ecrive y narra historia diga y afirme por muy cierto lo que por ventura así no es, digo y aviso en esta parte a los lectores que lo que he dicho de Mustaphá lo oí y supe de personas que seguían antes su opinión y parecer, que no el cierto conocimiento de la verdad. Pero quienquier que fuese este traydor fugitivo que quería dejar el ejército de su señor y pasarse al nuestro, cierto está, claro y muy manifiesto por lo que las letras demostraban,

ser gran varón de mucha autoridad y participante de las secretas consultas y consejos del gran Turco. En tanto que esto así pasava y el gran Turco fazía con mucha priesa labrar su fortaleza, tres mill hombres siros y quinientos mamaluchos, los cuales habían venido con la nueva de la muerte del gobernador ya dicho, tres días continuos dieron combate a la ciudad algo liviano y de poco peligro. Pero, en la verdad, nos fue muy molesto, enojoso y de harto daño por la infinidad y demasiada multitud de piedras y municiones de fuego que arrojaban a los que guardaban y defendían el valuarte y torre de la puerta de santo Athanasio. Pero era muy en vano y por demás su trabajo todo, porque la muy clara y famosa ciudad de Rodas no podía ser tomada con ligero y fácil combate, ni con batalla campal de infinita gente, ni con artillerías, minas o tiros y lombardas muy gruesas, sino por desastrada voluntad de fortuna que lo quiso así.

Capítulo XVII. De cómo ambos ejércitos estuvieron por algunos días en alguna quietud y de cómo el invierno que se siguió fue tan horrible e intolerable a los turcos, que no lo podían sufrir. Y de cómo el gran Turco los hizo convocar y les habló con un muy amoroso razonamiento con que los animó y consoló mucho.

Desde entonces estuvieron ambos ejércitos en algún sosiego y quietud. Comenzó a parecer alguna imagen y semejanza de paz y holganza, no sonaban ya tan continuos los tronidos tan temerosos y crueles de los tiros y artillerías y, finalmente, que por muchos días estuvo la ciudad más cercada y sitiada que combatida. Aunque los contrarios, velando continuamente y sin parar noches y días por las fosas y cabas, trabajaban de engañar y sobornar a los que velaban y defendían los muros y torres para que diesen lugar cómo la ciudad se tomase, prometiendo unas veces premios y mercedes de infinito número y valor, otras veces amenazando y atemorizando con tormentos y muy crueles muertes y diciéndoles, juntamente, que no hubiesen temor de dar y entregar la ciudad. Que la intención y voluntad del gran Turco, su señor, solamente era vengarse de los latinos todos y hacer crueles justicias en ellos y, especialmente, en los encruzados perros, de quien tanta alteración y enojo tenía. Que los griegos estuviesen muy seguros y sin temor, que el emperador y señor universal de la Grecia, el gran Turco, su señor, les haría quedar sin enojo o perjuicio alguno. Siguióse, luego de ay en adelante, un invierno muy horrible y espantoso con infinitas aguas y lluvias que continuo caían sin parar. Los truenos, relámpagos y rayos que caían no solamente fatigaban y maltrataban los cuerpos de los turcos, cansados y fatigados del trabajo continuo, temor y heridas infinitas, pero también les perturbaban y angustiaban los ánimos y coraçones con tristeza y continuo afligimiento de lo que veían. La mar, así mismo, como andaba tan alta y tan fragosa con el tiempo, mucho y muy brava tormenta que le hacía, maltrataba en gran manera y afligía la flota y naves

todas de los contrarios, las cuales estaban en una estancia y parte, la más mala y peligrosa que puede ser para flota en el mundo, lo cual como el capitán general de ella vido, considerando el poco provecho que allí hacía y el mucho daño que recibía y, así mismo, el poco lugar que tenía para usar de su gente y artillería, o para ayudar en algo a los suyos, y viéndose en tanto aprieto que no era posible escapar de no perderse, mandó presto cortar las amarras y, dejadas las anclas en fondo por no aver espacio para las sacar, retraxóse con la flota toda muy maltratada y destroçada hazia la ribera de tierra firme. Por lo cual, el gran Turco sintió muy gran perturbación y daño en su campo y ejército todo, así por mar como por tierra, la cual era por fuerza que había de ser con tiempo tan trabajoso y en lugar tan sin abrigo. Pero como Mahamet bajá le hubiese prometido de picar con picos, formones, ecoplos y palancas todo lo bajo del muro, de manera que luego diese en tierra sin trabajo de artillería, determinó de sufrir y padecer todo el daño y mortal trabajo que se ofreciese, para lo cual mandó llamar a su gente toda y caballeros y capitanes de su ejército que viniesen a su estancia y aposento, los cuales venían tan mojados y ateridos de frío que apenas, y con mucha dificultad, podían traer las armas en las manos. Y como los vido juntos, hablóles muy amorosamente con tal razonamiento.

Vemos y sentimos muy bien, esforçados y muy leales criados y capitanes de nuestro campo y ejército, cuántos trabajos y muy crueles fatigas sufrís y pasáys por la grandeza y alta majestad de nuestro imperio. Y cómo el continuo fragor y reżura de los aires, la grandeza y muy espantosa violencia de las reżias y temerosas aguas, el cielo tan ayrado, frío y crudas eladas, la hambre, sed e infinitos males otros y trabajos de aqúeste tan prolixo y tan importuno sitio, nos fuerzan y costringen mucho a que os mandemos dejar las armas, alzar el sitio y tomar algún decanso y quietud necesaria para vuestras personas. Pero pareció nos que devíamos primero ver y con vosotros consultar si, por ventura será feo y nota de muy gran covardía y afrenta a varones tan animosos y esforçados, dejar y dar la victoria que ya casi está en las manos a sus contrarios por la fatiga y flaca congoxa de las lluvias y tempestad natural del tiempo y desamparar y dejar un tal valuarte, fosa, trancheas y reparos, que no solamente ygualan con los más altos muros de la ciudad, pero aun también casi suben para el cielo, unas tales municiones, torres y aparato muy rico y de infinito precio y costa para combatir y tomar tal ciudad como esta y otras tales. Por cierto, caballeros, o convenía y era decente a los principios no tomar ni comenzar tal demanda y alta empresa o, si convino y os pareció que era bien, es justo y necesario que se trate y haga conforme a la alteza y suma majestad del turcayco imperio. Lo cual, si en el verano no podemos hacer ni alcanzar, la pública honra y alta majestad de nuestro grande imperio nos costringe y fuerza que lo hagamos y acabemos en el ynvierno. Y aun también el particular provecho e interese de cada uno de vosotros para ello os obliga. Porque si de aquí alzamos el sitio y campo y bolvemos el ejército, quién ay que dude y no entienda muy bien que los contrarios no solamente por codicia de se vengar, pero por la gran necesidad también que tienen de robar lo ajeno, pues han perdido lo suyo, han de salir y dar luego sobre vuestras tierras y heredades, casas y

haciendas, y meterlas a saco muy cruelmente. Y os han de traer a vosotros y a vuestras mujeres, hijos, parientes y amigos a muy más duro y mortal cautiverio que hasta ahora ha sido. Pues que así es fatiga y molesta a vuestros enemigos, pues los tenéis sitiados y en tanto aprieto, y no os partáis de sobre ellos hasta alcanzar el fin de vuestra esperanza. Y por nuestro gran profeta Maboma os juramos que, aunque ninguna necesidad hubiese que para ello os obligase, sola la misma grandeza y grande fama de vuestros cuerpos y muy esforçados ánimos os había de imponer y arraygar una perseverancia y muy atenta continuación, porque os hacemos saber que los ojos de todas las gentes y naciones, y de los Cristianos todos más principalmente, están puestos y casi fíxados en este nuestro sitio y batalla mirándoos con mucha atención. E si vieren y sintieren que un solo ynvierno no podistes durar ni perseverar en vuestro campo y sitio, llamaros han muy justamente aves de verano pues, luego que veys el cielo nublado, echáys ojo a la buelta y nido. Dirán así mismo, los griegos, por una mujer aver sitiado y combatido a Troya diez años y los tristes de los turcos, vencedores de los mismos griegos, habiendo sido maltratados con tantas muertes, robos, entradas y saltos, así por mar como por tierra, y oprimidos y fatigados aun sobre todo con cautiverio y muy duro servicio de doscientos y cuatorze años, no aver podido sufrir y sostener un sitio y conquista de un solo ynvierno. Y el temor y horrible espanto que vuestro nombre hasta ahora hacía, dirán con mucha razón ser una cosa vana. El cual podrá tener alguna fama y autoridad allá entre gentes simples, y que no os cognoscan, en regiones y partes estrañas (como muchas cosas otras también que, por no ser vistas, son temidas), que ya quien quiera muy seguramente os podrá sostener y resistir, pues que peleáys más con ímpetu que con perseverancia, la cual en todo género de guerra, y mucho más en sitiar ciudades y lugares fuertes, es muy necesaria. Las más de las cuales, aunque son inexpugnables y fuertes, con municiones y sitio natural, el mismo tiempo las vence y toma con hambre y sed, como según que yo espero tomar a Rodas. Contra la cual, amados servidores, tenemos ya una cierta lanza muy bien aparejada y secreta, con la cual (si no nos engañamos) daremos con ella en nuestro poder. Aunque no conviene esta dicha lanza, así públicamente y en presencia de todos, decubrilla y dalla a entender porque, en la verdad, así conviene la multitud no saber algunas cosas como saberlas.

Como el gran Turco acabó su razonamiento y oración, con tanto amor dicha y propuesta, muchos de los que allí estaban oyendo, así capitanes como gente otra, creían aquello todo más ser dicho de industria que no de veras para que ello fuese así. Y aunque los grandes premios, mercedes y promesas, a unos y a otros, prometidas, y la apazible y muy amorosa oración y razonamiento de aquel tan gran señor y capitán no consolase ni animase nada los tristes y fatigados ánimos de los caballeros y gente toda del campo y real, pero todavía, en fin, pudo mucho en una gente tan humilde y obediente como aquella el grande amor de su emperador y señor y la codiciosa esperanza de saber aquel secreto que no a todos quiso revelar.

Capítulo XVIII. De cómo Mahamet bajá ordenó de picar el muro por bajo para derriballo en tierra y de cómo no cayó y lo asió con garfios

para lo derribar. Y de cómo los Candiotes prendieron a Castrophylaca, vezino de Rodas, por sospechoso.

Mahamet bajá, autor de aquella secreta lanza que el gran Turco había dicho y prometedor de la victoria, como tuviese hechas sus trancheas y reparos de liñamen muy fuertes y altas que llegaban hasta el muro por todas partes, traía con mucha diligencia y continuación gente muy buena y metíala hazia lo bajo de los muros, no sin muy gran peligro, ante los cuales estaba un terraplano o padrastro muy fuerte, detrás del cual estaban nuestras guardas velando y atalayando continuamente. El cual como, no sé por qué desdicha y mala suerte nuestra, tomase el dicho terraplano, viéndose poderoso en él, y muy fuerte, llamó a muy gran priesa mucha gente de socorro y, como de presto acudió tanta cuanta convenía, fortaleciéronse de tal manera dentro de aquel lugar hasta tanto que el diligente y muy bien diestro capitán tuvo lugar de llegar con compuertas, paveses muy grandes y otras maneras de coberturas muy buenas y bien aforradas en cueros de animales hasta el muro, cubriendo siempre por cima sobre palos y puntales con las dichas coberturas que para ello traían aparejadas, lo cual pudieron muy fácilmente hacer por estar las fosas ya llenas de mucha tierra y piedras que los contrarios sin cesar habían echado en ellas. Y estaban ya tan llenas que la tierra y piedras subían en tan alto colmo del suelo que no dejaban jugar el artillería toda de lo bajo de la muralla y valuarte de Albernia, que tomaba la travesía toda de los contrarios, por lo cual podían ya los turcos llegar muy seguramente hasta el muro sin temor ni impedimento alguno. Ni tampoco los de la ciudad podían, desde lo alto de los muros, echar o arrojar cosa alguna de municiones y fuego contra los que a lo bajo llegaban, porque como la muralla toda estaba ya muy despitada y destrozada toda por lo alto, de la infinita batería y tiros que en toda ella habían dado, no había parte ni lugar en toda ella donde persona alguna pudiese estar segura y sin peligro, por la infinita multitud de ecopeteros que estaban econdidos en las trancheas y reparos con las ecopetas armadas y a punto para derribar a cualquiera que pareciese por lo alto. Los de Rodas, que ya se pensaban estar libres de todos los trabajos y peligros y gozar de una sombra y imagen alguna de paz y quietud, como vieron tan grande astucia y peligroso trabajo, así tan de presto argüydo e inventado, turbáronse mucho y tomaron muy grande alteración. Y, luego como lo miraron y sintieron el propósito de los contrarios, dio a todos un tal espanto y temor que no acertaban casi a hablar. Y, asombrados en muy gran manera, tomaron muy gran tristeza y dolor de se ver cercados de tantos males y peligros y entre tantos trabajos que, así de nuevo, se encomenzaban a ordenar y aparejar. Pero el muy generoso caballero fray Perijuán, varón muy diestro y diligente y osado para todas cualesquiera cosas que eran necesarias, no cesava, sin ningún temor y desmayo, de echar y arrojar sobre los turcos que picaban por bajo el muro cestones de alquitrán ardiendo, azeite encendido y muy caliente, pez

hirviendo y toda munición otra de fuego que los abrasava. Pero como los capitanes anduviesen tan sobre ellos incitándolos y atemorizándolos y los que huían del fuego encontrasen luego con el palo y cuchillo que los derribava o molidos a palos o muertos del todo y, siempre, en lugar de los feridos o quemados entrasen luego de presto otros de refreco, aquella infernal y maldita obra comenzada a siete días de octubre procedía cada día mucho más con mortal trabajo y cruel fatiga de los míseros esclavos. Porque todos los turcos, cuantos en toda Turquía son, aunque sean muy grandes y muy poderosos en saber, consejo, autoridad y armas, todos son esclavos del señor. Solo el gran tirano del gran Turco, en un tan vasto imperio y señorío como aquel, posee y manda todo lo que en él ay sin que ninguno otro se pueda llamar señor de cosa alguna, aunque a cada uno da el salario y acostamiento que ve que conviene según su manera y servicios para con que le pueda servir en lo que conviniere. Trabajando pues los míseros esclavos noches y días sin parar en picar el dicho muro, viendo el gran peligro en que andaban, por más ayna acabarlo y huir y librarse de él, así como iban picando y ahondando iban apuntalando con troços de maderos muy fuertemente y metiendo por entre ellos sarmientos y ramas de leña muy seca, y madera empegada de navíos viejos, para que después que todo estuviese socabado pegalle fuego por muchas partes y, quemados los puntales, cayese el muro todo junto en tierra. Pero como lo tuvieron ya del todo acabado y pegaron el fuego a los puntales, hizieronse todos los turcos afuera porque el muro no los tomase debajo. Y ellos que estaban esperando cuándo había de caer con muy grande grita y alegría, quemáronse los puntales y el muro estuvo quedo sin hacer movimiento alguno. Lo cual como Mahamet bajá vido, tomando muy gran ravia e indignación de ver cómo el muro no caía, hace presto traer muchos cables y maromas muy gruesas con cadenas y cloques muy fuertes al cabo y aselas por lo alto del muro y, con roldanas y arganos muy fuertemente asidas y amarradas en lo bajo del terraplano, torcían con muy grandes fuerzas con tornos y palancas para lo derribar por fuerza con la mayor priesa y sutileza del mundo. Pero la artillería y tiros gruesos que estaban puestos por todo el valuarte de Albernia, jugando a muy gran priesa y sin cesar, en muy breve espacio de tiempo desbarató y desfizo todo aquel aparato y trabajo de tanta costa y de tantos días. El capitán Mahamet bajá, como vido que todo su trabajo y diligencia era por demás y que aprovechava muy poco, y que los de la ciudad les resistían con tanto ánimo y fuerza, estaba en muy gran congoxa y aprieto en su corazón pensando si se dejaría de lo comenzado, pues que tan poco sus astucias y artes le aprovechaban, o si esperararía el socorro y próspera buelta de fortuna, la cual sola ya podía cumplir y alcanzar lo que él había prometido al gran Turco, su señor, y librarlo de la cruel muerte que le estaba aparejada si con lo comenzado no salía. Los de Rodas, no descuidándose nada en su defensa y remedio, hicieron, por parecer y consejo de fray Gabriel Martiningo, algunos postigos y salidas en el propio muro, cabadas con muy

grande trabajo por ser como era muy grueso, por las cuales salidas saliese gente muy buena de la ciudad y muy bien armada a matar los pisqueros que el muro picaban, y la artillería menuda de ambas las travesías guardase y defendiese muy bien todo aquel lienço y parte de muro, a la cual los contrarios podían llegar jugando continuamente y sin parar. Pero el consejo e invención de Martinigo, que al parecer parecía muy seguro y provechoso, al fin fue muy desdichado y dañoso, así para nosotros como para él, porque andando ordenándolo y concertándolo como convenía por una abertura del muro le quebró una ecopeta un ojo y lo hirió muy malamente, como también a otros muchos muy buenos y muy esforçados caballeros, entre los cuales quiero y no sin mucha causa y razón nombrar a fray Juan Omédez, caballero aragonés, traperbaylio de la sacra religión. Pusieron los turcos muy gran copia y multitud de tiros pequeños como eran sacres, esmerejones, falconetes, medias culebrinas, buzanos, ecopetones y ecopetas por todas las aberturas de lo que quedava de muro entre nos y ellos para matar gente por de dentro de la ciudad, pero como no supiesen ni alcanzasen a entender cuánto y quán grande era el daño que los tales tiros hacían en nosotros, dejados de aquella diligencia y trabajo, volvieron de nuevo a batir y lombardear el muro con muy mayor fuerza que de antes de lombardas muy gruesas y muy espantosas, las cuales hacían ya muy mayor daño en el muro por estar tan flaco ya y tan trabajado de tantos martirios como en él se habían hecho. Y como con la continua fuerza y rezio ímpetu de la artillería y tiros gruesos, que echaban doze palmos de cana de piedra, cada día más se estremeciese y menease, los de la ciudad andaban muy diligentes y congoxados con artes y sotiles invenciones para se defender y resistir a los contrarios, no paraban noches y días ni cesaban de trabajar por remediar el muro y hacerlo de nuevo por toda aquella parte que el lienço atormentado tomaba, porque estaba ya muy molido y con infinitas hendeduras. Ygual era el trabajo y priesa en los contrarios y en los defensores, uno el ánimo y esfuerço, el cual a los unos dava la esperanza de la presa y a los otros el temor y poco remedio que tenían. Los candiotes, cuya industria y diligencia los escritores alaban en guerra y batalla por la mar, fueron también muy buenos y provechosos en esta batalla y pelea, aunque era por la tierra, y guardaron y defendieron también y con tanto ánimo y fieltad un lugar muy dificultoso y peligroso para ser guardado y defendido con socorro y favor de los sacros caballeros de la religión que, sin ningún temor, antes con mucha osadía y esfuerço, osaron prender y llevar en prisión a Castrophilaca, vezino natural de Rodas, hombre muy principal y poderoso, así en hacienda y renta como en muy gran copia y muy nombrada de parientes y deudos. El cual había siempre puesto muy gran diligencia y cuydado en todo el sitio y batallas en ordenar y sollicitar todas las obras y disponer y hacer las municiones necesarias para la defensa de la ciudad. Y él mismo, infinitas veces, les había dado muy espléndida y complidamente de comer y beber y les había hecho otras muchas honras y beneficios. Y prendiéronlo porque arrojaba una saeta a

los contrarios en tiempo y lugar sospechoso contra el mandamiento y pregmática del gran Maestre, divulgada y apregonada públicamente con pregoneros por las estancias y postas todas de la ciudad. Al cual, como yo después teniéndolo en la cárcel, hiciese muchas y diversas preguntas para sacar de él la verdad, ninguna otra cosa pude alcanzar a saber, aunque ayudado con el favor y muy sutil diligencia del prudentísimo y nobilísimo caballero español fray Luis Luel, el cual con los cuatro capitanes de la gente toda de guerra tenía cargo de la justicia y de distribuyr y repartir la provisión y mantenimientos, sino que estando hablando con algunos vezinos y deudos suyos, entre otras palabras y razones muchas que se habían ofrecido a propósito, había dicho que si los socorros del occidente no viniesen a tiempo, le parecía a él que sería bien mitigar la yra y gran saña del gran Turco para que los dejase en paz y no tomase la ciudad o, con alguna manera de tributo y parias o con libertad que se hiciese de cautivos. La cual confesión, con tanta dificultad y trabajo sacada de aquel corazón tan duro, como luego aquella noche muy secretamente yo la contase y relatase al gran Maestre, levantóse de la cama en que estaba acostado, aunque armado de todas armas, y con mucha yra dio un gran suspiro y salió de la posada y fue a visitar las velas y mirar las guardias por las postas y estancias todas y no respondió sobre este caso otra cosa, sino que lo tuviésemos puesto a muy buen recaudo.

Capítulo XIX. De cómo el gran Turco, viendo que todas sus artes y astucias no le aprovechaban nada para tomar la ciudad, acordó de le dar un muy cruel y poderoso combate con todo su poder y fuerzas. Y del razonamiento que sobre ello a todos los suyos fizo y de cómo se dio el dicho combate y quedó en los nuestros la victoria.

En tanto que esto dentro de la ciudad pasava, y el gran Maestre y sacros comendadores ordenaban y buscaban todos los mejores remedios para su defensa, el gran Turco, como enemigo deudo de sataná que nunca duerme, antes vela siempre para nuestro daño, tenía sus continuas consultas con sus capitanes y caballeros y ordenaba con ellos todas las maneras y formas que más aparejadas y provechosas le parecían para efectuar su propósito. Al cual todos los suyos muy públicamente y a una boz decían y afirmaban que, sin duda, el primer día del combate se tomaría la ciudad, porque ya no estaba en estado y manera para se poder sostener más. Pero, como siempre, en toda multitud y congregación de diversos ingenios y voluntades una cosa parezca y agrade a unos y otra a otros, Ays bajá y Mahamet bajá, capitanes muy principales, siguiendo el motivo de prudencia dijeron y persuadieron en la consulta al gran Turco, su señor, convenir mucho a su Majestad (lo cual yo después supe de los mismos contrarios que me lo contaron estando yo allá entre ellos por rehén) tentar primero los ainos e intenciones de los defensores de la ciudad por bien y pacíficamente con palabras piadosas y de algún amor

para ver si, por ventura, respondiesen algo más mansamente que hasta entonces. Porque por esta manera sería el provecho muy mayor, alcanzando su Majestad la victoria con muy menos sangre y pérdida de gente y cobrando muy más alta y nueva fama de clemencia y piedad, la cual sería a su sacra Majestad muy útil y provechosa para alcanzar y tener muy más fácilmente el imperio y monarquía de todo el universo. Pues que por ella muchos emperadores y capitanes muy potentestuvieron y alcanzaron muy grandes ciudades y señoríos que parecían inexpugnables. A los cuales dichos dos capitanes, el aga, o maestro de los genízaros o renegados, contradecía con muy gran porfía y ardor. El cual, por su natural crueldad y gran codicia que tenía de la presa y saco de la ciudad, decía que no consintiese su Majestad en tal voto y parecer, sino que la ciudad se diese a saco y que muriesen todos los que dentro estaban como perros porfiados y que tanto a su Majestad habían enojado y ofendido. El gran tirano, muy estudioso y sabio en las reglas e infernales preceptos de Mahoma, y de infiel y perverso ingenio y corazón y más cruel que todos cuantos hombres crudelísimos y fieras espantables y ponzoñosas en el mundo fueron, la cual crueldad muchas veces disimula y encubre maravillosa y sagazmente donde ve que le conviene, con una sagacidad y viveza de ingenio muy sutil, allegóse con muy grande alegría, así de ánimo como de rostro y persona, al más crudo parecer y sanguinolenta sentencia, que era la del aga de los genízaros, y aprovóla por muy buena y mandó que así se hiciese como el aga decía. Y, salido luego a un lugar desocupado donde estaba un cadahalso muy ricamente adornado, mandó a su pregonero que apregonase allí públicamente a todo su ejército y gente toda el saco y robo universal de la ciudad, el cual les dava y concedía. Y, con mucho placer y con alegre rostro, hablóles de esta manera mediante el mismo pregonero que a alta boz declarava lo que el gran Turco decía.

Caballeros animosos y muy esforçados capitanes y gente toda de nuestro campo y ejército, bien veys ya cómo fortuna, conociendo y muy enteramente provando vuestro virtuoso esfuerzo y muy gran constancia que avéis tenido, os quiere dar y otorgar ahora los premios y galardones que merecen vuestros trabajos. La victoria, riquezas y grandes haciendas de vuestros enemigos, que tanto deseávades, en las manos las tenéis ya. Ahora, amados caballeros, es tiempo de matar y despedaçar muy crudamente a estos perros medio grecos, medio latinicos, de los cuales ay ya más muertos que vivos. Y los que bivos están no son hombres, sino sombras o vanas figuras de hombres porque andan ya tan flacos, desmayados y sin fuerzas con la mucha hambre, heridas, cansancio, suziedad y trabajos tantos y tan continuos que donde se sientan no se pueden levantar ni traer las armas a cuestras. Los cuales no dudamos que os resistirán defendiéndose, no porque osan ni querrían ya pelear los desventurados, sino porque la gran necesidad en que se veen de morir los costríne y hace que saquen fuerzas donde ya no las ay. Tomad ahora pues entera venganza de la gran porfía, obstinado tesón, crueldad y trayciones de estos encruzados perversos y dad un grande exemplo y famosa doctrina de vuestro poder a la posteridad toda para que de oy más ninguno piense los turcos ser hombres

a quien nadie se ose atrever ni hacer injuria. Ya tenéys hecho y abierto bien largo camino para entrar en la ciudad, y rota la muralla toda con un muy gran pedaço que de ella está derribado, en el cual lugar podrán caber muy fácilmente treinta hombres peleando. No ay cosa ya que os estorve. Haced como siempre avéys hecho y, ante el un ojo, llevad la fama inmortal que oy fortuna queriendo ya seros madre os concede y, ante el otro, el gran provecho y riquezas que esperáys.

Incitados los capitanes y gente toda del ejército con esta exortación y razonamiento de su emperador y señor, luego todos a una boz le prometieron con mucha yra y mortal braveza de se poner a todo peligro y acometer con el mayor ímpetu y fuerzas que pudiesen a la ciudad, y de morir en la demanda o no bolver sin la tomar. Y despedidos de él, por algunos días trabajaron cuanto les fue posible de mirar y especular por las aberturas y agujeros de la muralla toda, que tan destrozada y perdida estaba por muchas partes, lo que en la ciudad que ya en la mano tenían, había y quedava de gente para la pelea y defensa. Y como viesen que los que por allí parecían eran hombres muy dispuestos, muy bien armados, diligentes, muy alegres y que, en su manera y esfuerço, parecían no tener ningún temor ni miedo de los males y trabajos pasados y menos de los presentes, y que por ninguna manera podrían ser atraydos e inclinados a darse de su grado, si por fuerza y con mucho trabajo no fuese. Por lo cual, ya como desesperados, determinan de morir o cumplir lo que al gran Turco, su señor, habían prometido. Y porque todos los medios tuviesen más oportunos y aparejados para vencer y salir con su intención, un día antes que diesen la batalla y combate, amenazaron muy malamente y a públicas bozes a los de la ciudad toda por los asombrar, diciéndoles que ellos les pagarían las crueles muertes que habían dado a los suyos y el duro y mal cautiverio que les habían hecho. Y con los tiros gruesos y grandes lombardas y basiliscos que tenían asestados por medio de aquella grande abertura echaban infinitas piedras, las cuales iban bolando por medio de la ciudad y derribando cuanto hallaban delante. Con los cuales, en un solo día, derribaban y molían muchas casas, aunque pocas veces lastimaron el otro muro nuevo que estaba ya hecho y puesto para reparo, lo cual fue por la mucha buelta que hacía en torno y, así, nos fue muy gran remedio y fizo infinito provecho. Quién podrá con palabras explicar, ni en letras comprehender, el grandísimo dolor e infernal espanto que era entonces ver lo que dentro de la ciudad pasava. Porque el grandísimo estruendo del caer de las casas, la grita y alarido espantable de los contrarios, los tronidos y temerosos relámpagos de las lombardas y basiliscos, dieron muy gran aflicción y temor al triste y muy trabajado pueblo. Por do quiera que ívades, así por plaças como por calles, no oíades otra cosa sino llantos y gritos de niños y mujeres. Que verlo era para quebrantar los coraçones, aunque de acero fueran. En toda parte, tristeza y lágrimas. Y toda la ciudad parecía cosa más infernal que humana y muy espantosa y horrible de ver. Corriendo unos en pos de otros, como atónitos,

no sabían dónde se escapar de los peligros y muerte tan aparejada. Las madres no curaban de los hijos y los padres no los podían socorrer. Pasado aquel tan trabajoso y espantable día, siguióle luego la noche muy más espantable y trabajosa. Y amaneció otro día de muy mayor espanto, dolor y trabajo porque, luego como quiso esclarecer el día, ninguna otra cosa por los campos todos a la redonda de la ciudad parecía sino infinitas vanderas o señas de los contrarios y gente tanta que los campos cubría. Los turcos, muy alegres con la esperanza de la presa y victoria, venían a todo paso con muy grande ímpetu y estruendo de armas, música de diversos instrumentos de guerra y alarido muy espantoso, como ellos tienen por costumbre, hacia los muros rompidos y quebrantados. Y sentaron muy gran multitud de vanderas, muy enrramadas con flores y verduras del campo, ante la puerta que se dice de Abusón, la cual guardaban y defendían con muy buena gente fray Ángel, caballero muy famoso por muchos y muy notables hechos y de muy gran prudencia de ánimo, el cual es ahora baylio de El Águila, y fray Tomás Chiensel, senecal de del gran Maestre. En la defensa y guardia de la cual no ponían, por cierto, poca diligencia y sollicitud, pues que con sus tiros gruesos quebraron tres lombardas muy gruesas y de muy gran valor de los contrarios. Por la cual buena obra y muy famosa hazaña y por la muy gran diligencia e industria del esforçado caballero fray Cristóbal Vualderic, que arriba dije, la ciudad por esta parte, aunque en la verdad no estaba muy firme y segura, fue libre de la batería y gran violencia de onze tiros muy gruesos con que la batían y lombardeaban. La flota toda del gran Turco, muy aparejada y puesta a punto, se vino hacia el puerto y, andando por todas las partes y lugares propincuos a la ciudad, fingió que quería acometer y entrar con muy gran fuerza. Por lo cual, de tal manera estaba la ciudad toda cercada de mortales enemigos, así por mar como por tierra, que cualquiera persona que la viera dijera que, sin duda, aquel día había de ser tomada y que no tenía ya ningún remedio. Y así, con mucha razón, muchos aquel día de los principales de la ciudad tenían creydo muy de cierto que ya allí, en aquella batalla y combate tan horrible, espiraría la república y acabaría el imperio y señorío que hasta entonces había allí sido. Pero, aunque oprimidos y cercados los animosos defensores de la noble ciudad de tantos contrarios, trabajos, peligros y temores, nunca por eso torcieron sus coraçones, ni mudaron su santo propósito. Antes, mirando con heróyco esfuerço y muy claros ojos las armas que en las personas y manos traían como a solos amparos y socorros de su esperanza y remedio. Y remotos y olvidados los sentidos del patente peligro y cruda muerte, salen todos de sus casas, cuevas y soterraños que habían hecho, en que estaban metidos y escondidos con sus mujeres y fijos, para se librar y escapar de los tiros y lombardas y municiones de fuego que los contrarios echaban. Y con infinita priesa, al repique grande de las campanas que por toda la ciudad sonaban, van a los muros y postas todas. Y, todos de una voluntad y ánimo con una virtuosa yra y mortal braveza, aguijan a la pelea y batalla contra sus enemigos y a poner sus

personas y cuerpos por amparo y defensa de la ciudad y patria, tan despojada y desnuda ya de amparo y socorro y tan privada de muros y toda defensa. No hubo necesidad de razonamiento ni exortaciones, ni fue menester ordenanza y concierto de capitanes. Su conciencia y corazón exortaba y animaba a cada uno para brava y crudamente pelear por defensa de la ciudad y amada patria, acordándose muy bien de los muchos daños y grandes enojos que, al gran tirano y su hueste toda, hasta entonces se habían hecho y dado. Y, así esforzándose unos a otros, decían: “ea señores, acordaos de la cruel prisión y duro cautiverio que estos perros nos han de dar si nos toman. Mirad las grandes afrentas y crueles tormentos que esperáys y las soberbias y diabólicas caras y figuras que traen los vencedores porque quiere fortuna. Morir, morir, caballeros. Santay honesta muerte y no venir en manos de nuestros esclavos que, con infernales tormentos y nefandos géneros de muerte, nos despedacen”. Encendidos y animados con estas palabras y otras tales, así los sacros caballeros como los vezinos naturales de Rodas, peleaban muy esforçada y varonilmente en medio de aquella abertura grande que estaba hecha en el muro quebrantado ya, y allanado por el suelo, como en campo abierto y libre de todo estorvo. Las mujeres, alzando las manos al cielo, demandaban socorro y victoria al alto y piadoso dios y al glorioso profeta san Juan Baptista y, con lastimeras palabras, exortaban y esforçaban a sus maridos diciéndoles que peleasen con alegre y esforçado ánimo por la defensa de la patria y tierra natural, por la libertad, por los hijos, mujeres y haciendas y, principalmente, por defensa y honra de la santísima fe católica y alabanza del alto dios. Dávanles, así mismo, muy grandes bozes que no temiesen de morir tan honrada y gloriosa muerte, la cual no era muerte sino verdadera vida para las bienaventuradas ánimas que, en tan alto servicio de dios y beneficio de los hombres, de esta vida partiesen. Esto era tan común entre muchas de ellas, y con tanto ánimo y esfuerço dicho, que los varones que las oían, andaban casi bolando en la pelea matando, hiriendo, derribando, cortando braços, piernas, cabezas de los contrarios, quemando municiones, que era cosa de muy grande admiración. Lo cual viendo una pecadora mujer, de estas que al mundo sirven con sus personas, la cual allí acaso andaba trayendo y acarreando piedras y armas, queriendo por ventura aquel día, que era del glorioso apóstol san Andrés, hacer penitencia de sus pecados y alcanzar perdón de ellos muriendo allí piadosa muerte, arrebató una pica con corazón varonil y sale a los contrarios y, antes que mirasen en ella, derribó y mató muchos de ellos, hiriendo en ellos como una leona embravecida. Otras muchas dueñas y señoras de mucho merecimiento, muy afligidas y llorosas, estaban dentro de sus casas llorando y con muy gran tristeza esperando la destrucción y pérdida de su patria y tierra natural, juntamente con su deshonra y muerte muy afrentosa. Otras muchas señoras y dueñas honradas de la ciudad, muy tristes y afligidas con sus hijas donzellas consigo, estaban metidas en las iglesias, hincadas de rodillas ante los altares y echadas por aquel suelo ante las

ymágenes de nuestro redentor Jesucristo y de la gloriosa reina de los ángeles, virgen María, y otros santos muy devotos, llorando, gimiendo, gritando y dando espantosos alaridos que henchían todos los templos, demandando el ayuda y piadoso socorro del alto dios en aquella pelea y batalla tan cruel y tan dudosa. Y suplicándole que, por su sacratísima pasión y gran misericordia, librase los delicados cuerpos de las donzellas, la santavirginidad de las vírgenes a él ofrecidas y dedicadas, de la nefanda y muy cruel violencia de aquellos tan crueles y perversos enemigos. Fray Clemente Metropolitano, cuyo trabajo y diligencia antes que la pelea y batalla se comenzase, así en decir muy devotamente misa para suplicar y rogar a dios por victoria como en la misma pelea y batalla exortando y animando con palabras muy devotas, consejos y exemplos de virtud y grande esfuerço, fue por cierto muy singular y más divina que humana, el cual trayendo un muy devoto crucifixo en las manos andaba entre la gente greca esfuerçándola y encendiéndola con santaesperanza y generoso esfuerço de pelear, diciéndoles a muy grandes bozes. “hermanos míos, si todos varonil y muy esfuerçadamente peleáys en esta tan cruda batalla de oy, todos saldréys vencedores con muy alegre victoria. Y si os descuidáys y afloráys en covardía y poco ánimo, entrada y tomada la ciudad, todos como covardes defensores de vuestra propia tierra pasaréys muy feas y crueles muertes, tormentos, injurias, hierros y crudos açotes ante las presencias y caras de vuestras mujeres cautivas y míseros hijos esclavos desde niños”. El prior de san Juan, que es del templo mayor de san Juan Collocense dentro de Rodas, exortaba y animaba mucho a los sacros caballeros y gente latina toda diciendo: “ea señores, primero morir que dejar de pelear. Haga la noble sangre lo que deve y muramos muerte tan gloriosa antes que vernos en poder de tales perros tan suzios”. Fray Luys Tentavillo, mancebo muy proveydo y abundante de todos los bienes, así de natura como de fortuna porque él es hidalgo rico de muy gran hermosura, gentileza, fuerzas y disposición de cuerpo, elocuente a maravilla y muy provechoso y ábil para todo exercicio de guerra, junto par del gran Maestre (del cual era muy amado y querido), metió el estandarte y pendón real de la sacra religión, en que iba pintada y figurada la imagen de nuestro redentor Jesucristo, muy devota, por medio de los enemigos, acerca del cual fue la más cruda y espantosa batalla y pelea de una parte y de otra, con tan cruel violencia y mortal ímpetu que ya fuerzas humanas a los unos ni a los otros no bastaban. Los turcos pensaban que ya tenían la ciudad en las manos si alguna más priesa y fuerza pusiesen, por lo cual daban tan mortales y espantosos alaridos que no se puede creher, pensando de más espantar y perturbar a los defensores con ellos. Los de Rodas, por el contrario, teníanlos ya por vencidos, pues que hasta entonces siendo los perros más en infinita cantidad y de muy mayores y muy más altos cuerpos no habían vencido (porque todos los turcos casi son de altos y muy derechos cuerpos, trahen las cabezas rapadas y las barvas casi todas, si no es el labrio alto de la boca, el cual todos trahen –porque tresquilar entre ellos es muy gran afrenta o injuria- muy

crespo y hórrido con los pelos que de él salen torcidos y muy encrespados por la una parte del rostro y por la otra fazia las orejas, a los cuales llaman mustachos). Eran pues en tan poco tenidos y despreciados de los nuestros por no aver vencido con tan infinito número como ellos eran y los nuestros tan pocos. Y estando, así mismo, peleando en lugar tan útil y aparejado para bien pelear y ganar la victoria. Por lo cual se encendían mucho más los ánimos y coraçones de todos en aquella tan mortal porfía de trabajo y peligro y, con el mirarse unos a otros muy crudamente, se despedaçaban con tanta crueldad que no se daban lugar alguno ni se dejaban resollar los unos a los otros. Fue, pues, tan grande el tesón y continua rezura que los nuestros tuvieron que toda aquella tan brava y tan feroz nación y gente que ha andado casi todo el universo batallando (si con todo eso, los turcos, se puede decir, que hacen batallas y no antes robos y tiránicos saltos, con favor siempre de fortuna o caso y nunca con verdadero esfuerço y virtud ayudados) se començo a retraher y bolver para atrás muy feamente huyendo de los defensores de un solo lugar. Y aun gastados y enflaquecidos con un sitio de tanto tiempo y con trabajos tan continuos y rezios. Los de Rodas, como los vieron huir, començáronles a dar tan grande grita que era para espantar deshonorándolos y llamándolos de perros horadados, mujeriles y covardes. Lo cual como los turcos vieron, tomando de ello muy grande afrenta y pasión, y como sea un género y manera de hombres muy arrebatados a yra y muy cruel braveza, indignados y corridos de ver cómo la victoria estaba ya en sus manos, pues eran tantos en infinita demasía, si en la comenzada pelea y batalla tuvieran perseverancia y sufrimiento, y cómo aun sobre todo su daño eran así ecarneados y burlados de tan pocos, tan cansados y tan vencidos ya casi, dieron la buelta todos a una contra la ciudad y comenzaron a pelear con tan grande braveza y rabiosa yra que no se podrá explicar. Porque fue tanto el ímpetu y espantosa reziura con que arremetieron contra nosotros que, sin duda, aquel día cayéramos todos sin que ninguno ecapara, y la patria y batalla pereciera y acabara juntamente si, a muy buen tiempo y con gran priesa, los que guardaban y defendían lo alto y bajo de los muros que quedaban enteros no echaran y soltaran desde los reparos y coberturas de madera, que en ellos estaban hechos y puestos por amparo y defensa, una infinita multitud y casi lluvia de saetas y pelotas de artillería de toda forma por las espaldas y trasera de los contrarios, que por las aberturas de los muros se entraban a mucha priesa por la ciudad. Y lo que fue muy más mejor, y aprovechó mucho más, fue que la artillería que estaba puesta en la travesía derecha y yzquierda del muro nuevamente hecho, y puesto por reparo casi en forma cuadrada, hacía infinito daño en los contrarios por ambas las travesías. Fue entonces muy horrible estrago y espantosa riça la que allí se hizo. Vello era la más triste y temerosa cosa del mundo, porque no sonaba ya grita de los nuestros ni alaridos de los contrarios, sino gemidos y aullidos de los que caían y recebían mortales heridas con tanta crueldad y violencia. Y, sin duda, que murieran

muchos más que murieron si la pólvora no impidiera a los ecopeteros porque, como estaba húmeda y medio mojada, no la podían encender sino con mucho trabajo.

Capítulo XX. De cómo viendo Mahamet bajá quán mal iba a su gente en la batalla, la mandó retraher. Y de cómo acordaron el gran Turco y sus capitanes de tomar la ciudad más por maña que no por fuerza. Y de cómo el Turco tentó con partido a los defensores de ella y de cómo algunos de los vezinos de la ciudad requirieron al gran Maestre que remediase al pueblo, pues las fuerzas ya no bastaban.

Mahamet bajá, varón muy astuto y de muy sutil y agudo ingenio, aunque es tan gordo en su persona que parece el más basto hombre del mundo, como vido lo que así pasava y el caer que los suyos hacían sin pasar paso adelante, temiendo que viendo nosotros la gran ventaja que a los suyos teníamos y el matar que en ellos hacíamos como en bestias brutas y sin defensa, no tomásemos mayor ánimo y más encendido esfuerço para más hacer y mejor pelear y, considerando como prudente capitán, cómo en la batalla en un momento y muy breve espacio de tiempo casi el torno y cimientto de muy grandes cosas y arduos negocios da la buelta muchas veces en la parte contraria, y que el enemigo menospreciado y en poco tenido acaece dar muy más cruda guerra y mortal batalla y cómo, así mismo, muy grandes ejércitos y copias infinitas de gentes en una hora de desdicha pudieron ser perdidas y destruídas, mandó luego, sin más esperar, retraher a su gente y poco a poco dar la buelta al real. Tomaron muy gran consuelo los nuestros desde que los vieron bolver las espaldas y, con mucho placer, retruxéronse para la ciudad y, aunque tan molidos y cansados que menear no se podían, ni para huir y desviarse de las piedras de los tyros, ni para herir y matar a algunos de sus enemigos y contrarios, los cuales habían quedado revueltos y econdidos por entre ellos con la priesa de la batalla, dieron la buelta para sus posadas. Y algunos que estaban tan mal heridos y desmayados que tener no se podían, se quedaban por las calles sentados que no podían pasar adelante. Y, allí presto, los esforçaban con conservas o manjar alguno y vino para que tornasen en sí. Hallóse aquel día que habían muerto cinco mill hombres muy buenos de los turcos, sin muy gran infinidad de heridos. Los capitanes, espantados de ver tan grande estrago en los suyos y tanta multitud de muertos y heridos, aunque ninguno había de ellos que no tuviese muy cierta esperanza de alcanzar la victoria, pero todos unánimes y de un propósito acordaron con el gran Turco, su señor, que muy desesperado estaba de se ver burlado de su tan cierta esperanza de nunca más dar combate público a la ciudad ni acometerle con batalla campal porque, según que ellos al gran Turco dijeron y testificaron, pelear con los que dentro de ella estaban era más pelear con fieras muy rabiosas y bravas que no con hombres humanos. Antes, lo que les pareció y

quedó acordado fue que sería muy provechoso hacer cinco fosas y trancheas hondas, con sus reparos muy buenos y coberturas, y meterlas por medio de las aberturas que estaban hechas en la muralla, hasta dentro de la ciudad, y picar y aplanar en tierra aquel nuevo muro que estaba ya puesto y fabricado y el otro que comenzaban ya a poner y fabricar en amparo y defensa de lo cual ya nosotros habíamos puesto un muy rezio valuarte y reparo de madera muy fuerte. Y en tanto que esto así se hacía, cada día y cada hora, así de repente, hacer algunas entradas livianas y acometimientos, no de mucho trabajo, contra la ciudad y sus defensores por los cansar y desvelar de aquella presteza que tenían, el cual solo consejo y muy sutil parecer aprovechó, por cierto, mucho más a los contrarios para alcanzar la victoria que no todas las otras artes, ingenios y fuerzas que antes habían hecho y acordado. Lo cual como pusieron en efecto y cada día, sin decansar, quemasen, quebrantasen y derribasen con fuego, fuerzas e hierro todos los reparos y municiones que los de la ciudad hacíamos y poníamos de nuevo, para defensa y amparo nuestro, y los vezinos de la misma ciudad por cuarenta mil ducados que recibieron de la sacra religión para ayuda de costa y pago de lo que derribasen y perdiesen (la cual suma de dinero dejó el gran Maestre fray Pedro de Abusón, mandando en su testamento que estuviese guardada a mucho recaudo en lo más secreto del tesoro de la sacra religión para cuando se ofreciese alguna extrema necesidad y peligro inevitable), abreviasen e hiciesen la ciudad de día en día más pequeña reparando, derribando casas, atravesando fosas y cabas por medio de las calles y otros infinitos reparos de este modo, en muy poco vinieron a estar en tanta angostura y brevedad de tierra que no sabían, ni asaz podían alcanzar a entender, por dónde mejor o más oportunamente socorriesen al peligro y se ayudasen unos a otros. Porque ya los contrarios tenían y poseían la mayor parte de la ciudad, lo cual causava la fosa muy grande que tenían hecha y metida hasta dentro de la ciudad, la cual dicha fosa o tranchea tenía de ancho casi doscientos pasos y de luengo ciento y cinquenta. Pero viendo el gran tirano cómo la victoria que tanto deseava se le detenía y tardava, y cada día le costaba más cara perdiendo tanta y tan ecogida gente como los de la ciudad le mataban, aunque no perdía la esperanza de vencer pues veía a los nuestros en tanta estrechura puestos y tan desesperados y desnudos de todo socorro, no quiso todavía tentar más a fortuna y acabar y concluir el negocio según el infernal deseo de su ánimo y voluntad. Y, por tanto, parecióle que sería bien seguir la sentencia y piadoso parecer de sus dos capitanes Mahamet bajá y Ays bajá, los cuales antes, en la consulta que con ellos había tenido, le habían dicho y aconsejado que era muy necesaria y provechosa la fama de clemencia y piedad a los señores que querían y deseaban ampliar y extender los confines y términos de sus imperios y señoríos. Por lo cual mandó luego a Pirrho bajá que tentase buenamente con amorosas palabras los ánimos e intenciones de los de la ciudad para ver y saber su último propósito. Pirrho bajá, poniendo luego por obra lo que su señor le había mandado, envió a la muralla a un

cierto varón llamado Hierónimo Monilia, Gynovés, para que fuese con la embajada y dijese lo que el gran Turco, su señor, mandaba. El cual, como cerca de la ciudad llegó, demandó a las guardas seguro, los cuales se lo dieron luego de muy buena voluntad. Y preguntado qué era lo que quería, él respondió que quería decir y declarar algunas cosas de muy gran provecho para la ciudad, que tan trabajada estaba, y para consuelo y decanso de los defensores de ella. Lo cual como todos oyeron, estuvieron muy atentos y con deseo de saber lo que quería. Mandáronle que dijese, que ellos le oyrían. Él tornó a responder, diciendo que en ninguna manera podía decir ni declarar cosa alguna allí públicamente porque así le era mandado, sino en gran secreto y con un Matheo Devia, gynovés que vivía dentro de la ciudad y que, si no querían que entrase él allá dentro, ni que el otro saliese fuera, que le escribiría una carta en que le hiciese saber su propósito. Fray Fornovio, caballero francés natural de Albernia, cuyo esfuerço, virtud y vigilancia fue muy singular y de grande admiración en todo el sitio (el cual dicen por muy cierto que desde la torre de san Jorge, la cual estaba en la frontera de la muralla que más se combatía y medio a medio de la grande abertura que estaba hecha, con el artyllería que tenía muy buena mató más de quinientos turcos), indignado en gran manera como le oyó mentar secreto y decir que en oculto quería hablar, soltó tres o cuatro tyros e hizo que se apartase luego de allí sin más hablar. Entonces, muchos que antes estaban de ánimo y propósito determinado de morir y pelear con mucho esfuerço hasta caer, como vieron que el vencedor a cuya parte tan de hecho se acostaba la victoria, el cual los tenía ya en tanta angostura metidos y cercados, quería y buscaba manera para les hablar y salir con partidos, y vieron parecer y asomar alguna esperanza de vida y remedio a sus trabajos, comenzaron con mucha istancia a rogar y suplicar al gran Maestre que su Señoría remediase a aquella tan trabajada gente y afligido pueblo que allí tenía en su servicio. Y le proveyese de algún consuelo y saludable remedio, pues que tanto bien lo merecía y lo había menester, pues que ya su Señoría veía muy bien cómo de tantas batallas y combates estaban ya casi vencidos, la ciudad tan perdida y destrozada en la cual no había ya remedio ni amparo, infinitos caballeros y gente de la ciudad muertos, enfermos y heridos; toda la provisión y munición de guerra estar muy apocada y perdida. Que, así mismo considerase cómo ya harto y más por ventura, que era menester, estaba provada y cognoscida, así la virtud y generoso esfuerço de sus caballeros y gente toda como la falsa benignidad de fortuna, que no hiciese de manera que tardándose en proveer lo que convenía para saber la intención de los contrarios, el gran Turco, a quien tanto bien fortuna servía y ventura respondía, tomase mayor indignación y más cruda yra, viendo sus embajadas y piadosos mandamientos ser tan despreciados y en tan poco tenidos.

Capítulo XXI. De cómo el gran Maestre, viendo el propósito de tantos de los de la ciudad inclinado a partido y paz, envió embajadores al gran Turco. Y de la gran soberbia con que dél fueron recibidos. Y de la carta que les dio que truxesen a la ciudad. Y de la ardua y muy profunda consulta que sobre ella pasó.

Viendo pues el gran Maestre lo que pasava, y oyendo y considerando muy bien las lastimeras palabras que todos los más de la ciudad y más prudentes y ancianos le decían y aconsejaban, determinó de hacer embajadores para el gran Turco. Fueron luego nombrados para ello fray Antonio Groleo, caballero francés natural de Albernia, varón de muy grande ingenio y muy sabio y diestro en la lengua greca, el cual en todo el tiempo que duró el sitio sobre Rodas fue alférez del estandarte de la sacra religión; el otro fue Roberto Perusio, hombre ya anciano y muy experto y entendido también en la lengua greca. Por los cuales embajadores fueron dados en rehenes un turco, pariente muy cercano de Mahamet bajá, y otro varón albanés, el cual estaba antes en la ciudad y porque un capitán de los grecos le dio una bofetada en el rostro salióse por la abertura grande que estaba hecha en la muralla y pasóse con los contrarios. El cual era un hombre de muy sutil ingenio y muy experto y calificado en la lengua greca, turcayca y Italiana, lo cual nunca, mientras que entre nosotros estuvo, supimos ni alcanzamos a sentir porque él por ventura lo encobría y después, allá entre los contrarios, lo decubrió bien para nuestro daño y gran perjuicio. Salidos pues los embajadores de la ciudad, llegaron al real donde el gran tirano estaba y entraron hasta su aposento y, antes que cerca de él llegasen, los de la guardia catáronles muy bien y con gran diligencia las ropas y secretos todos de sus personas y vestidos para ver si llevaban algunas armas secretas con que pudiesen ofender al gran Turco, su señor. Ya que no les hallaron nada, dexáronlos llegar algo más cerca, aunque no mucho. Y luego el intérprete del gran Turco púsose allí cerca de ellos, porque él no sabe lengua alguna estraña, como acá algunos príncipes cristianos, especialmente nuestro rey y emperador don Carlos (al cual dios, nuestro señor, conserve y guarde por muchos tiempos para que a este gran tirano derribe la soberbia y quite aquel tan alto nombre de sacra Majestad que el perro le tiene usurpado) sabe la lengua Italiana, francesa y española, diciendo ser muy contra la majestad y excellencia de la lengua de su propia nación y origen y contra la grandeza y gloria de la sangre othománica derramarse por varias y diversas lenguas. Ya que los dichos nuestros embajadores estuvieron delante dél, preguntáronle que qué era lo que su Majestad mandaba con el mensajero, que embiado había, diciendo que les quería hablar de parte de su Majestad. El gran Turco, entonces, haziéndose como casi de nuevas y como que no sabía nada de todo ello, alterado con muy grande indignación y mostrando mucha yra, respondió que nunca él tal había mandado, que qué atrevimiento era el suyo, tan desordenado, osar parecer

ante su persona con tal confianza. Y, mandándoles luego salir de su real todo sin que más en él tardasen, dioles esta carta para el gran Maestre y gente toda de la ciudad, la cual no traía sobre ecripto, ni saludo o cortesía alguna, mas que de esta forma que aquí está enxerta.

Carta del gran Turco.

Si no tomáramos muy gran compasión y piedad de la humana flaqueza y poco saber, el cual suele muchas veces derribar los sobervios ánimos y ambiciosas voluntades de muchos en muy grandes y muy bien merecidos daños y peligros, no diéramos por cierto las presentes letras. Antes, os mandáramos dar las feas muertes y crueles tormentos que mereciades y os metiéramos en el más duro y trabajoso cautiverio que pudiéramos, lo cual quán fácil nos sea de hacer ya bien lo sabéis y mejor lo sentís, pues que avéis muy por entero provado y cognoscido nuestras grandes fuerzas y alto poder. Si soys prudentes, provad y quered cognoscer nuestra clemencia y gracia. Baste os ya lo que avéis desvariado y con furioso ánimo y desordenada intención resistido y hecho. Bolved en vos y entregad la ciudad luego, segund que por otra nuestra carta os lo mandamos. Merced os hacemos de las vidas y haciendas y que en vuestra libertad y poder sea o quedar debajo de nuestro mando e imperio o yros donde por bien tviéredes. No tengáys en poco lo que de nuestra voluntad y clemencia os ofrecemos y damos, lo cual con muchos ruegos y suplicaciones nos habiades de demandar y suplicar, porque no así siempre lo podréis de nuestra Majestad alcanzar como ahora lo podéis y tenéis.

Bueltos los embajadores a la ciudad, era casi infinito el concurso y multitud de gente que los cercó y fue en pos de ellos hasta la posada del gran Maestre, en la cual él estaba con muchos caballeros y vezinos nobles de la ciudad, la cual dicha posada era no muy lexos del muro derribado de la ciudad. Detenida pues toda la otra gente baja y dejada fuera de la puerta, entraron dentro los vezinos más principales de la ciudad solamente para ver y saber la respuesta del gran Turco. Juntos ya todos, así los sacros caballeros como los vezinos más principales, con el gran Maestre en consejo, leyóse allí en presencia de todos aquel tan sobervio y tyránico mandamiento y diabólica carta de aquel tan ambicioso y cruel tirano. Leyda la dicha carta, luego el gran Maestre, mostrando un adamantino esfuerço en su rostro y teniendo ya muy sentado en el ánimo y muy radicado en el corazón ser perfecta honra, entera grandeza y bien largo término de vida, honesta y gloriosamente morir antes que perder la ciudad que a su cargo tenía, comenzó a hablar desta manera.

Ya avéis oydo, sacros compañeros y hermanos míos. Y vosotros, así mismo, nobles y muy esforçados ciudadanos de Rodas, la infernal y muy triste carta que nuestro mortal enemigo envía. A la cual cómo se deva responder, no ay necesidad de mucha deliberación y consulta porque el último remedio que ya nos queda es, o obedecer a los más y más poderosos que nosotros o católica y muy animosamente morir. Porque ya, sin ninguna duda, toda la esperanza de victoria está perdida y muy apartada de nosotros si socorros de otras partes el alto dios no nos envía. Por tanto, si queréis tomar y aprovar mi parecer y consejo,

amparemos, conservemos y defendamos con esforçado corazón y generoso ánimo (usando de nuestras muy provadas y diestras manos y armas fasta que ni quede spuma ni sangre en estos trabajados cuerpos) la fe y nobleza que de nuestros mayores recibimos y la gloria y grande fama en muy famosos e ilustres fechos y hazañas de guerra ganada y alcanzada en tantos siglos y años, así dentro de nuestra tierra y señorío como fuera dél, porque nunca dios quiera que primero acabe la gloria y fama en los varones generosos y muy esforçados que la vida.

Como el gran Maestre acabó de decir y, con grande ímpetu, demostrar su intención, su parecer y propósito tan determinado, pareció a muchos muy más duro y cruel que no el mando y carta del gran tirano y, mirándose unos a otros, estuvieron callando un buen rato en muy gran silencio, aunque algunos daban a entender y demostraban lo que querían más con una demostración y disimulada señal de rostro y meneo de cuerpo que no con palabra que osasen hablar. Lo cual viendo un sacerdote grese que en la consulta estaba, y era persona muy principal y de muy santavida en la ciudad, con muy gran lástima y dolor de corazón y lágrimas infinitas que de los ojos le salían, comenzó a fablar desta manera.

Por cierto, reverendísimo señor y vos, nobles y muy generosos caballeros, así de la sacra religión como de la famosa y muy clara ciudad de Rodas, si persona particular yo fuera en tan varia y dudosa consulta, o yo callara mi parecer y sentencia antes que otros no dijera, pero pues que el cuydado de la salud y remedio público y común no me parece que hace hablar a nadie, y todos saben y veen muy a la clara cómo ahora se a ofrecido tiempo y ocasión para que cada uno diga y persuada lo que quisiere y le pareciere ser muy mejor y más saludable. La cual ocasión y tiempo así está ahora en nuestra mano, que ni estará siempre ni mucho tiempo tampoco, no me parece que será justo dejarlo pasar en vano. Por lo cual, pongamos y finjamos ahora primeramente que este tan grandísimo y poderosísimo tirano y señor que nos tiene sitiados y en tanto aprieto ya puestos no hubiese embiado a mandar nada, sino que estamos aquí ahora hablando y platicando como unos hombres comunes y particulares por ay unos con otros. Y como los amigos suelen con sus amigos, y vezinos con vezinos, al fuego y en placer, sin cuydado y afeción alguna de ambas las partes, y sin amor o mala voluntad que les tuviésemos, hablar y platicar de las cosas y arduos negocios de los príncipes y grandes señores, en los cuales no les va cosa alguna ni tienen pena de ellos. Y así entonces, mi parecer y simple razonamiento ni sabrá mal a vuestras mercedes ni tampoco será inútil y sin fructo. Seys meses ha ya que grecos y latinos, todos juntamente de un ánimo y voluntad peleando y defendiendo muy católica y esforçadamente, hemos sostenido y resistido no solamente fuera ante los muros de nuestra ciudad, pero aun también dentro, en lo más íntimo de ella misma, a un tan cruel y mortal enemigo sin socorro alguno, ni sin otro favor o ayuda alguna que de otra parte nos haya favorecido y ayudado. El cual dicho socorro, así como todos hemos tanto tiempo esperado, así ahora cada uno por sí muy de cierto ni esperamos ni creemos tampoco que vendrá. Nuestro contrario, o por oculta piedad y clemencia del alto y poderoso dios movido, o por no saber ni del todo alcanzar la disposición

y estado de nuestras fuerzas y ánimos, las cuales fuerzas con las demasiadas heridas, muertes, enfermedades y continuos trabajos, sin cesar noches y días, están ya muy percidas y acabadas, de su propio motu y voluntad nos da y otorga lo que nosotros mismos habíamos de desear y, con todas nuestras fuerzas y diligencias, pedir y suplicar. No toma ni demanda todo el oro y plata común y particular, deja vuestros cuerpos y los de vuestras mujeres e hijos sin daño ni perjuicio alguno. Solamente pide y toma el caixco y cuerpo de la ciudad, a la cual, despedaçada y derribada por la mayor parte y tomada ya casi toda, tiene en su poder y a pesar nuestro posee. Gran Maestre, nobilísimos caballeros, ya que yo he muy bien visto y mejor cognoscido, así en muchas y muy diversas batallas y recuentros por la mar como más por entero en este tan duro y trabajoso sitio y conquista por la tierra, vuestro grande ánimo, heróyco esfuerço y adamantina virtud, de lo cual ya segund parece en cosa tan desbaratada y pérdida no ay uso ni provecho alguno, imploro ahora y demando vuestra gran prudencia, clemencia y piedad singular. Pues que ya segund vemos, todo es del vencedor, más me parece a mí provecho y utilidad, que no daño o perjuicio, entregarle la ciudad y ysla toda como nuestro mortal enemigo y muy perverso tirano manda, haziéndonos gracia de las vidas y haciendas que tan en su mano y poder ya tiene. Lo cual, aunque en la verdad pareca muy rezio y duro a la generosidad y nobleza, el estado tan estrecho y peligrosa fortuna en que estáys os costringe y fuerza que se haya de hacer. Por tanto, mi estecer, señores, es que nos demos y le entreguemos la ciudad como él manda antes que por vuestra tardanza y virtuosa porfía deys causa y hagáis que vuestros cuerpos sean despedaçados con muy crueles tormentos y diversos géneros de muertes y nosotros todos presos, cautivos, muertos y maltratados. Y vuestras mujeres e hijos también. Si ay piedad y misericordia alguna que os conmueva e incline, si alguna compasión y charidad cristiana suele aver en los nobles ánimos y generosos coraçones en las guerras y batallas, suplico os que no destruyáis y perdáis del todo este inocente pueblo. Y porque más limpia y honestamente lo diga, que no os lo merece, antes que os ha ayudado y servido muy bien, al cual el piadoso redentor nuestro, Jesucristo, y el cruel y muy mortal enemigo que lo tiene cercado, quiere librar y dejar sin daño y perdición. Y que lo que digo y aconsejo sea más movido por piedad y compasión que no por otra causa o flaqueza alguna. Esto solo os doy por testimonio y señal, que ni mientras que con todas vuestras fuerzas avéis resistido, ni mientras que avéis esperado el socorro y ayuda de los reyes y príncipes cristianos, nunca jamás os he mentado ni dicho que os diésedes o hizíésedes otro partido alguno. Pero ya que veo que todo va cada día de mal en peor por nuestros pecados y vuestras vidas, grandes riquezas y muy noble estado, estar en tanto estrecho e inevitable peligro, el enemigo nuestro ser tan mortal y cruel, la esperanza de socorro ser ninguna y que por falta y necesidad de provisión de cosas necesarias para la batalla y defensa, la dicha defensa y batalla no podrá mucho durar ni traherse, digo, aconsejo, amonesto, requiero y persuado que nos demos porque más quiero costosa paz que no dudosa guerra. Y digo ser más mejor y muy más sano, segund el tiempo en que estamos, cobrar amor y gracia que no triste fuerza y violencia cruel.

Capítulo XXII. De cómo después que el sacerdote hubo hablado, estuvieron un poco en silencio y, luego, un caballero comendador se levantó e hizo un muy elegante razonamiento en réplica de el del

sacerdote. Y de cómo tornó a replicar sobre él un mercader greco, vezino de la ciudad.

Como acabó de hablar este tan prudente y sabio sacerdote, ninguno hubo que se levantase a le contradecir ni altercar con él, porque toda la mayor parte casi de los vezinos y naturales de la ciudad era y estaba del propósito y parecer suyo, aunque muy gran copia de varones muy esforçados y mancebos, así de la ciudad como de la sacra religión, había de contraria opinión y voto. Los cuales, acordándose muy bien de los grandes daños e injurias que habían hecho y dado al gran Turco y cómo, así mismo, darse y entregarse en manos y poder de tan crueles y perversos enemigos no parecía ser muy seguro. Y cómo también ya en los valuartes y murallas, y en la provisión y copia de armas y cosas necesarias para su defensa, no había ni parecía esperanza alguna de salud y remedio, determinaban y querían con muy enardecido corazón poner sus personas mismas, y a todos los demás, así mancebos como ancianos, a último peligro. Y cómo varones nobles y muy esforçados dejar al vencedor una victoria la más triste y de más sangre que nunca hubiese jamás sido ni esperase ser. Lo cual, como algunos de los de la ciudad estuviesen entre sí murmurando y diciendo, el esforçado caballero fray Cristóbal de Solís, con ánimo determinado de más bien morir que no de caer y venir en la merced y voluntad de un tan suzio y torpe vencedor, rompió el silencio y levantándose dijo así.

Señor reverendísimo y gran Maestre nuestro, cuando los del pueblo dicen que quieren morir antes que venir en merced y falsa gracia de tan pérfido vencedor, los caballeros a quien la nobleza obliga y nuestra sacra religión costringe, y la crueldad e infernal braveza del vencedor amonesta, qué harán.

Lo cual como oyó un otro caballero que en la dicha consulta estaba, al cual, así la poca hedad que tenía como la última hora en que se veía, hacía ser no solamente libre en hablar, pero también estando desacompañado de canas entre tantos nobles varones ancianos de la sacra religión y de la ciudad y, en presencia del gran Maestre mismo, ser osado a decir lo que le pareció y persuadir lo que quiso. El cual, tomando materia de lo que sentía y había oído, levantóse con mucha cortesía y comenzó a hablar de esta manera.

Nunca cosa menos usé y tuve de costumbre, ilustrísimo señor y vos sacros y muy nobles caballeros, que decir mi parecer y sentencia en presencia de varones de mucha autoridad o donde copia y gran frecuencia de hombres sabios y personas de mucha manera estuviere, porque siempre tuve por mejor y más seguro oyr con vergüenza lo que otro dijese, que no sin ella decir mi parecer. Pero como la extrema y mue inevitable necesidad, en que al presente estamos, no me consienta ya ni dé lugar que guarde mi acostumbrada condición y forma, diré muy clara y abiertamente lo que me parece que se deve hacer en tal tiempo y estando, todos

como estamos, tan alterados y conmovidos con el cruel mensaje y duro mando de aquel tan p[er]fido y cruel tirano. Nuestro muy cruel y perverso enemigo nos ha ya derribado una gran parte del muro y ha entrado ya trezientos pies y m[as] dentro de la ciudad y, como da[]ioso y muy enojoso hu[es]ped, vive y conversa dentro de unas mismas cercas y murallas con nosotros en compa[]n[ia]. Los que no quieren ya m[as] sufrir ni sostener un tan [a]spero advenedizo y enojoso y pesado vezino, dicen y persuaden que a este alborotador y perturbador se le d[e] y entregue toda la posesi[on]. Otro, por cierto, es mi parecer y sentencia, gran Maestre y vos, sacros y muy nobles caballeros, porque nunca dios quiera que as[í] tan f[ac]ilmente dexemos y entreguemos a tan mortales enemigos una tierra y ciudad tan famosa y clara, la cual hemos tenido, labrado y poseydo doscientos y cuatorze a[]os, sino que a este molesto perturbador le demos siempre perturbaci[on] y molestia y peleemos continuamente y sin cesar con este tyr[an]ico robador. Al cual, como con nuestras armas, [a]nimos y noble esfuer[co], hayamos detenido, aunque no ha querido, y le ha pesado cinco meses fuera de la ciudad y hecho estar en esos campos al agua y viento, como dicen, ahora con mucha ravia y braveza da sobre nuestra ciudad y ha entrado por ella con sus artes y falsas astucias, no ayudado, por cierto, con virtud o esfuer[co] suyo ni de su gente, sino con el desdichado tiempo que, en fin, todas las cosas cansa y doma. Y habiendo ya oy cuarenta d[í]as que entr[ó] y est[á] dentro de ella, no ha podido pasar ni tomar de tierra, aunque con infinita priesa que se a dado y gente infinita que le ha costado, arriba de ciento y sesenta pasos en largo, lo cual ha sido por los muchos impedimentos y resistencias que le hemos puesto y no cesaremos de poner, si somos hombres prudentes y nos acord[á]remos bien de nuestra antigua y muy noble virtud. Porque plega al alto y muy poderoso dios que primero muera yo y mi fin sea, aunque muy cruel, que yo con estos corporales ojos vea los sacros y muy generosos caballeros de la sacra religi[on] de san Juan, patr[on] y defensor nuestro, dar y entregar a la clara y muy famosa ciudad de Rodas, defensora muy antigua de la cristiana religi[on] y fe santay cat[ol]ica a enemigos tan perversos, crueles, suzios y rebolcados en toda la infamia y suziedad de Mahoma. Los cuales, aliende de la inflamada y muy encendida sed que de nuestra sangre tienen, cuan p[er]fid[os] y de poca fe y virtud sean, sino lo sabemos asaz y nos lo declara y da entender (porque no hagamos de manera que, pensando de acertar, seamos nosotros exemplo a otros) la calamidad y duro trabajo de Costantinopla y la destruyci[on] que despu[es] hicieron de Negroponte, y la otra que no ha muchos a[]os de Mod[on] y la cruel y muy lastimera muerte y despedaçamiento de los mamaluchos de El Cayro, contra el pacto y capitulaci[on] hecha y contra la fe y real palabra recibida y dada por el mismo gran Turco. Y tambi[en] av[er]ys, se[]ores, oydo y sabido muy bien c[om]o los contrarios y mortales enemigos nuestros cuando tomaron a Belgrado, aunque prometieron siguro y libertad a todos los que dentro de ella estaban, despu[es] de entrados y apoderados en ella procuraron, por fraudes y enga[os], de matar a los capitanes y m[as] principales se[]ores que la reg[í]an y gobernaban. Vamos pues ahora y, con todo nuestro seso y muy pesada prudencia, demos fe y entero cr[ed]ito a unas bestias tan fieras y crueles. D[em]osles poder y libertad en nuestras personas y cuerpos, los cuales ni tienen ley ni raz[on], ni cognoscen cosa santani de gravedad o peso alguno, en los cuales dudar[é]ys por cierto qu[al] sea mayor y m[as] perversa la avaricia o la crueldad, el estudio, diligencia y deseo de los cuales nunca otro tantos a[]os ha fue, ni ha sido, sino como o por fuerza o por trayci[on] y enga[no] derriben, desbagan y del todo acaben este nombre de Rodas que tan mortalmente aborrecen y no

pueden oyr. Seys meses ha ya que nos tienen sitiados y aquí dentro metidos. An sufrido y pasado, juntamente con nosotros, todos los peligros y gravísimos trabajos que ser pueden. Muertos y despedaçados infinitas veces ante nuestros valuartes y muros y ya, al fin, que esperávamos que el tiempo los cansaría, ni los rayos ni los espantosos relámpagos y truenos, ni las infinitas lluvias, tempestades y fríos, ni finalmente el trabajoso y muy encogido invierno, en el cual tiempo suelen cesar y caer todas las guerras y batallas, así por tierra como por mar, los han podido echar ni apartar de aquí. Tanta es la codicia y deseo que tienen de se vengar en nosotros con crueles tormentos y nefandos géneros de muertes y tanta y tan enerdecida es la sed que tienen de sacar y derramar nuestra sangre. De manera que no sin causa, antes con mucha razón, por cierto, nosotros hemos sacado y derramado su sangre de ellos y derramaríamos todavía de muy buena voluntad y ánimo si fortuna diese lugar, pero pues que el alto y muy poderoso dios ha querido que sucediese de otra forma y modo, y ya no podemos huir ni ecaparnos del último peligro y extrema necesidad, digo y es mi voto que nos libremos y amparemos mientras que estamos sanos, enteros y libres en nuestras personas de los tormentos, muertes y feas injurias que nuestros contrarios nos esperan dar, muriendo muy católica y esforçadamente entre las armas y dura batalla y entre los pendones y señas de gran consuelo, donde está la muy preciosa señal de la vera cruz y, desta manera, muriendo y con tan glorioso fin acabando, gozaríamos para siempre de la gloria y eternal descanso que en el cielo está aparejada a los que mueren y dan sus vidas por la libertad y defensa de la patria y república. La cual gloria y perpetua corona de inmortal fama no deven estorvar a tu nobilísimo nombre ni con malicia impedir, gran Maestre, los que usando y gozando tantos años y siglos ha del provecho y fructo de la paz y de la gran magnificencia y liberalidad del sacro santo orden de la caballería y religión, no quieren ahora sufrir ni sotener esta última carga y duro trabajo de batalla y gloriosa guerra.

Las cuales palabras tan lastimeras, como oyó decir otro varón que en la consulta estaba, greco de natura y de muy noble linaje y sutil prudencia, con mucha atención y silencio de todos los de su nación y gente, y de voluntad y consentimiento de muchos de los latinos, mayormente estando en tiempo que cada uno podía hablar, no esperando que después le podría pesar de lo hablado, pues esperaban nuevo señor, comenzó a proponer y persuadir el parecer y sentencia de dar y entregar la ciudad al gran Turco por esta manera.

Podistes sacros caballeros, así en otros muchos casos y arduos negocios como muy más principalmente en este tan dudoso en que estamos oy, muy a la clara ver y cognoscer cómo muchas veces el dolor y cruda desesperación hace a los hombres ser más facundos y elocuentes, que no prudentes y bien mirados, porque el verdadero prudente nunca resbala de la honestidad y cae en el cieno de mal y deshonestamente hablar no rebuelve ni mezcla mentiras con verdades, no codicia y desea las muertes y crueles trabajos de sus ciudadanos, ni incita a furor y desvarío, ni exhorta y persuade que ninguno torpemente yerre y con poco saber loquee. Pero en la verdad es condición y natural propiedad de muchos que como ellos no puedan, ni con prudencia ni con consejo alguno que tengan, ecaparse y librarse de sus males y trabajos, quieren y buscan cómo derribar y embolcar a otros en sus mismos daños y triste perdición,

porque siempre la desventura y la malicia fueron muy dañosas compañeras y codiciosas de tener y qual compañía y hermandad, de manera que do la una estuviere, no saltase la otra. Pero si vuestra señoría, señor gran Maestre, me da y concede licencia y facultad para que hable y, en breves palabras, diga lo que siento, pues que, en la verdad, aunque no valgo mucho, al menos entre los de mi nación y gente, ni en poder, ni en valer, autoridad y manera, soy el último, lo cual deve Vuestra Señoría hacer, pues a ello le obligan y costringen, así el presente trabajo y peligro como la grande y muy extrema necesidad que se nos ha ofrecido, yo disolveré muy fácilmente todas las muchas y muy demasiadas palabras, y algo más jactanciosas que necesarias, que este agudo y muy sutil orador al presente ha dicho. Y no solamente mostraré ser falso y de muy poca importancia todo lo que ha traído y encarrado, más para encarecer y encaramar el negocio, que no para demostración de la verdad. Y juntamente caminaré y alumbraré la razón y voluntad de Vuestra Señoría para que elija y aprueve solamente lo que fuere útil, honesto y necesario, sin que en ello entrevenga ni haya odio, miedo, alteración y deconfianza. Nuestro orador, que al presente ha hablado, el cual sabemos y cognoscemos muy bien ya ser un orador no solamente vehemente y muy encendido, pero también algunas veces muy robusto y asombrador con las palabras, como en la verdad de su condición y natural él sea tan manso y pacífico. Y, en tanta manera, manso y pacífico que nunca ha querido ni curado no solamente matar, pero ni aún livianamente herir en todo este sitio y combates a alguno de todos aquellos que llama bárbaros, perversos, crudelísimos, cuya perfidia detesta y maldice, cuya crueldad acusa y reprehende, los cuales, así mismo, exclama y apregona vivir sin ley, sin razón ni gravedad y sin orden y concierto como bestias. Y saliendo ahora de su jaula en el tiempo de las treguas, cuando no cae la lluvia de las saetas, las graniçadas y torvellinos de las pelotas de hierro, de fuego y piedras grandes y espantosas, levanta y alza muy grandes tumultos y alborotos y todo lo exclama y revuelve con ampulosas palabras y lamentables tragedias. Y no sintiendo ni mirando en cuánto peligro y trabajo esté, demanda y llama ahora con palabras a la muerte, la cual hasta ahora con las obras ha huydo y demostrado temer porque, como él dice, no haya por fuerza de sufrir y pasar las injurias y afrentas de los contrarios, la cual por cierto es más soberbia que no fortaleza o cristiana humildad. Pero si bien lo miramos, nuestro enemigo no quiere hacer lo tal, ni segund verdad lo tiene en intención, ni tampoco es de tan poca fe y piedad, ni tan cruel y duro quanto él lo quiere parecer, si bien se examinan y consideran las muertes y crueles justicias de El Cayro, Negroponte, Modón y Costantinopla, ciudades tomadas o por fuerza o por astucia y arte militar, no dejadas y confiadas en la real palabra y fe del vencedor por concierto y capitulaciones hechas entre los sitiados y el conquistador. El cual, porque os quiere perdonar liberalmente a todos, no quiere daros lugar ni consentir que hagáys por donde merecáys la muerte. Pero diréys me ahora, señores, dónde vino ahora en los turcos esta nueva clemencia, dónde nació esta nueva y nunca usada piedad con el pueblo y gente de Rodas. Yo, por cierto, no sé nada de los secretos del gran Turco, ni jamás quise ni procuré saber la razón y causa del beneficio y merced que otro alguno recibiese, aunque cuando lo he menester, huelgo de lo recibir, pero no callaré ni negaré lo que me parece y siento en cosa tan dudosa e incierta. Quiere el gran Turco, (segund que yo pienso) con esta victoria y entrada de Rodas, demostrar a todas las otras gentes y naciones contra quién se arma y apareja su gran poder y duras fuerzas para con ellas asombrar y mostrar su potencia. Y juntamente declarar

su clemencia y magnanimidad porque, usando siempre de crueldad y mortal braveza, o no se despueble con temor las tierras y señoríos que a ganar y mandar viene o haga de manera que, apartados y removidos de sí los ánimos y coraçones de los mortales todos, le sea forçado con todos ellos de pelear con armas y fuego, con los cuales medios y muy crueles daños ha perdido y destruído no solamente infinito número de contrarios, pero también de los suyos mismos. Y por esta causa, segund que yo pienso, nos deja y da las vidas y haciendas porque mientras que él anduviere por nos las tomar por fuerza y nosotros procuráremos y trabajáremos de las defender con porfiada defensa y resistencia, unos y otros no vengamos y caygamos en muy gran perdimiento y total destruyción, tan miserable, dañosa y llorosa al vencedor quanto a los vencidos. Aliende también de lo cual, si él aquí a todos mata, justicia y mete a hierro, avrá por fuerza, no quedando ninguno de los de la ciudad bivo que le resista de entrar en la ciudad, que ya por mill aberturas está decubierta y patente, por cima de los montones y hacinas de los cuerpos muertos. Y ya que tomase a fuerza y con todo rigor a la ciudad y desvariase quanto su yra le dejase en los defensores de ella, no le bastaba para se ver señor por entero de la ysla y tierra toda, porque está cercada y a muy buen recaudo la fortaleza y villa del Lerro; muy bien cercada y guardada Calopétrea; bien proveyda la ciudad de Naranja, pues la villa de Elindo es inexpugnable por el fuerte lugar y sitio en que está puesta. Cree que en todas ellas ay mucha munición y provisión de armas, artyllería y gente muy excogida y buena, y parécele que se le apareja otro nuevo trabajo y duro peligro de guerra y nuevos sitios y conquistas, si por ventura no quiere esta vuestra conquista y dura batalla ser una fatal pestilencia y entera perdición que entre por todos los suyos. Las cuales ciudades ya dichas y villas muy fuertes él tomará y avrá sin muertes y sin sangre (como es así la verdad) si echare y enviare de aquí a vuestra señoría, señor gran Maestre, y a vosotros, señores y muy nobles caballeros de la religión, y a nosotros, míseros y de esterrados, libres y sin daño alguno y con alguna poquilla de hacienda y pobres alhajuelas. Y si este pensamiento y motivos humanos no lo an movido e incitado a que haya compasión y piedad de nosotros y nos quiera mostrar y dar a cognoscer su clemencia y gracia, por cierto que yo no dudo sino que divinamente es compellido y alumbrado para ello y por secreta y oculta piedad y misericordia del alto dios y piadosa clemencia de nuestro redentor Jesucristo, su hijo, que por nosotros padeció y se puso en la cruz. Y pues que, como ya hemos dicho, él nos quiere mostrar su gracia y darnos a cognoscer su amor, vosotros señores, si lo miráys con claros ojos y entera prudencia, si soys varones cristianos y religiosos y si bien os acordáys de la piedad y virtud de hombres verdaderamente católicos, no devéys poner obstáculo o impedimento alguno en ello porque con vuestra cayda y perdición no matéys y del todo destruyáis a este miserable y afligido pueblo. El cual, en todos estos seys meses que ha durado el sitio, con muy gran dificultad y pena ha podido dar a sus cuerpos lo que es necesario para sustentar a natura, velando por vosotros y estando siempre en pelea y peligrosas batallas y recibiendo muertes y crueles heridas por vuestra gloria, fama y victoria. De la fiel diligencia y trabajo del cual siempre avéys usado y sido muy bien ayudados, así en la ciudad como fuera de ella, o haciendo entradas y saltos por tierra contra los turcos allá en la ciudad de Methellín, la Palatia, Modón, la Patera y por la Morea toda, o echándolos de las yslas y tierras suyas, así por el mar Yonio como por el mar Egeo. Por lo cual, no digo los que tienen ojos y clara vista en el entendimiento, pero aún los ciegos también y muy torpes veen y entienden cuánta

injuria sea y quán ajeno de toda verdad decirnos y oponernos que, habiendo gozado de los frutos de la paz y codici ndolos ahora, recusamos y no queremos sostener y llevar la dura y molesta carga de la guerra, conquista y batalla, pues es la verdad que en ningún tiempo la misma batalla y peligros no hemos recusado. Pero ahora ya, aunque mucho la codici semos y, con encendido hervor y biva diligencia, la quisiésemos traer, no podemos ni es posible, muerta ya la flor y ecogido esfuerzo de toda la juventud de nuestra ciudad. Y esotros que quedan por ay, como casi sobras de los mejores, estando tan destruidos y quebrantados no solamente en los cuerpos con crueles heridas, enfermedades, no dormir a la continua, trabajos sin reposar y continuo cansancio, pero también afligidos en los ánimos y tristes coraçones de ver cómo a los contrarios les va tan bien y cada día en más prosperidad y a nosotros tan mal y tan cuesta abajo de día en día. Aliende también de lo cual, la mayor y muy más mejor parte de los tyros de bronze y artyllería mayor y mejor del continuo uso y trabajo está ya toda tan quebrada y perdida que no sirve casi nada, la cual, aunque estuviera sana y muy entera, aprovechara, por cierto, muy poco y en ella no oviera defensa alguna por la gran falta que ay de pólvora, no solamente en la ciudad dentro, pero también en la fortaleza del Lerro y Elindo, Halycarnaso y Naranja. Yo, en la verdad, nunca fui muy solícito ni diligente pesquisidor de los secretos de nadie, y mucho menos de los de vuestra religión y caballería, por lo que digo ser así no lo puede V. S. encobrir ni disimular, señor gran Maestre, pues que de all  muy secretamente hizo y mandó a alguna de su gente traer pólvora gruesa para las lombardas de acá de la ciudad. Y así, con vuestra gran prudencia y el eyuda que la dicha pólvora hizo, av is resistido y podido sostener seys meses a este tan p rfido y cruel enemigo, y descubristes y burlastes la trayción y gran crueldad de dos traydores que, dentro de la ciudad, entre nosotros andaban. Pero quiero yo ahora, muy de buena gana y voluntad, dejar todo lo que dicho y provado tengo, dexo la verdad, dexo lo mucho y a los muchos. Buelvo y quiero hablar ahora, según el parecer y deseo de algunos que querrian todavía resistir y ponerse a todo peligro, para lo cual pongo ahora y f njo yo que tuviésemos muy gran provisión y copia de armas, gente y todas municiones y aparejos. Quiero ahora saber estos que esto quieren y persuaden para qué f n o propósito quieren que usemos de ello:  para guarda y defensa de la ciudad o para destruyción y total perdimiento de todos? Porque para ambas cosas juntamente no puede ser, ni es más posible que ser libre y esclavo juntamente. Si para perdición y destruyción es, ello es por cierto una manifiesta temeridad y locura, infernal desvario y muy covarde y mujeril soberbia muy odiosa y aborrecida, así de dios como de los hombres. Pues si para guarda es y defensa de la ciudad, cómo guardaremos y defenderemos una ciudad (no digo que sea así) ya perdida y de los contrarios tomada, en la cual el gran Turco, mortal enemigo nuestro, tiene dominio y señorío ya, pues que derriba, muda, buelve y trastorna lo de abajo arriba y de arriba abajo y, sobre todo, aun despojada de murallas y reparos y abierta por una muy grande parte que est  cayda y derribada de los muros por la posta y valuarte de España. Cual también está por la posta y muro de Italia. No solamente por ella los contrarios acometen, pero casi est n ya sobre ella y la tienen. Cómo, pues, será posible guardar y defender este tan triste y desventurado lugar hecho pedaços ya y molido por las postas todas de Proencia, Inglaterra, Albornia y torre de san Nicul s. El cual, por cierto, aunque tan molido y despeda ado, no estuviera ni tan falto y desproveydo de toda munic n y aparejos de guerra, sino que estuviera muy sano y muy entero, y muy lleno y bien

bastecido de armas y toda provisión necesaria, habiendo extrema necesidad y persuadiéndolo la prudencia lo habíades de dejar y entregar, pues que todo el poder y facultad de defender y más resistir tenemos ya quitado y perdido. Porque con cuán poco trabajo (como bien lo veis), o ninguno porque mejor diga, nuestro enemigo puede desde aquella fortaleza que nuevamente ha hecho y fabricado sobre lo más alto de la montaña de Philermo, la cual dicha fortaleza está media legua solamente de aquí, os puede saltar y tomar toda la provisión que truxéredes. Y estorvar e impedir, así mismo, por la mar y por la ysla toda cualquier entrada y salida para vuestra ciudad. Las cuales cosas todas, vosotros señores, como varones muy expertos y calificados en las cosas de las armas y prudencia militar, muchos días ha que avéys visto y mejor sentido que no yo, hombre muy remoto y apartado de toda batalla, ejercicios de guerra e invenciones y subtilezas de armas, cuyo oficio y continuo exercicio ha sido, y es, solamente tratar y entender en mis mercaderías y curar de mi pobre casa y familia. Por lo cual, queriendo ya concluir y decir la verdad muy abierta y claramente, yo os digo, señores, y hago saber que, sin dudar, podéys creer que los santos que solían ser patronos y defensores de esta nuestra ciudad se han salido y ydo de ella y dejaron sus templos y altares en olvido. Arte o defensa alguna humana no la ay ya, ni basta para contra la fuerza y rezio ímpetu de nuestros contrarios. Pues esperar ejércitos angélicos, huestes divinas del cielo y otros milagros de este género y forma es, según mi parecer y juicio, irritar y ayrar muy mucho más a dios, nuestro señor, que él está ayrado contra nosotros, aunque no dejando de usar de misericordia y clemencia en la misma yra y saña suya. Pues que así es, señor gran Maestre y vos, sacros y muy nobles caballeros, ya que nos vemos desnudos y desamparados de todo humano socorro, proveamos cuerdamente en nuestro remedio y salud, suplico a V. S. por estas lágrimas que aquí, en presencia suya, derramo y por la natural piedad y misericordia que siempre tuvo, que no quiera ni consienta entregar y traer a esta mísera y desdichada ciudad a los robos y furiosa destruyción de tan crueles y fieros enemigos, a los viejos y varones ancianos al nefando cuchillo suyo, a nuestras mujeres e hijas donzellas a vergonçosa deshonra y mue injuriosa afrenta de sus personas, y a los muchachos y tiernos niños a la hedionda y muy abominable lujuria destos bárbaros tan bestiales y a los desvariados y perpetuos errores de la necia secta y falsa doctrina del perverso y muy ponzoñoso Mahoma. Pluguiera al alto y muy poderoso dios, señores caballeros, que viérades con qué llantos y lágrimas, con cuánto gemido y dolor, la triste y muy afligida familia nuestra y los hijos alrededor de las madres llorando nos hicieron venir acá, y con qué ruegos y palabras tan tristes y lastimeras nos vinieron siguiendo. Quisiera que supiérades con qué ánimo y corazón tan limpio, y con cuánta esperanza, esperan el remedio y salud de sus personas de vuestra piedad y clemencia.

Capítulo XXIII. De cómo aquel día no se concluyó nada en la consulta y cómo, otro día, se determinó que se diese la ciudad. Y de cómo fray Fornovio quebrantó las treguas y de algunas cosas otras de notar que en el sitio acaecieron.

Podiera el razonamiento y oración tan lastimera de aquel tan sabio mercader, llena de tanta compasión y dolorosas palabras, conmovier, aunque fuera a una piedra, pero el gran Maestre, en cuyo rostro y biva color

relumbrava y parecía aquel su noble ánimo y muy generoso corazón mucho más, por cierto, que el trabajo y cruda necesidad en que estaba requería, mandó a cada uno ir a sus postas y velas, porque la consulta había durado hasta muy gran parte de la noche y ninguna otra cosa respondió a todo, sino que él miraría y pensaría lo que mejor y más sano fuese a la salud y remedio universal y común de todos. Otro día por la mañana, ya después que hubo oydo misa y suplicado a dios, nuestro señor, que alumbrase su entendimiento y razón para elegir y tomar aquello que mejor y más saludable fuese, hizo llamar a algunos varones muy sabios y expertos en las cosas de la guerra y ejercicio de las armas y, nombradamente, a fray Peri Juan y a fray Gabriel Tadino, que arriba dijimos Martín Ningo, y comenzóles a preguntar con mucha diligencia del estado en que la ciudad estaba y del remedio que tenía. Y la común sentencia, y concorde parecer de todos, fue que la ciudad era imposible poderse más tener ni defender con arte o fuerza alguna, porque los contrarios tenían ya muy grande y muy segura entrada por la parte frontera de su real y por los dos lados también. El gran Maestre, como oyó este tan determinado y triste parecer y sentencia de los suyos, entró otra segunda vez en consejo muy más arduo y donde, con muy santos y altos argumentos y muy fundadas razones, se decutió la materia y negocio tan dificultoso. En el cual dicho consejo estaban congregados y juntos muchos varones muy sabios y letrados muy excellentes *in utroque jure*, así de los sacros caballeros de la religión como de los vezinos naturales de la ciudad, los cuales discutieron y examinaron muy profundamente la causa, conviene a saber, si sería mejor y más santo y católico olvidar la vida y ponerla a todo peligro y acabar con tan famosa fama y gloria como los saguntinos y abydenos o guarnecer y librar las vidas y personas de tantas miserables gentes y afligidos ciudadanos, las ymágenes de los templos, retablos, vasos sacros del divino culto y otras muchas joyas y antiguas memorias de la santafe católica y sacra religión. Y, finalmente, después de infinitas razones y persuasiones de una parte y de la otra traydas y bien provadas, viendo el gran Maestre cómo los más ancianos y prudentes, así de los sacros caballeros como de los vezinos de la ciudad, eran de este segundo parecer y voto y que en los demás, que eran algunos mancebos, reinaba más la chólera y desordenada yra que no la razón, de común acuerdo y sentencia de todos pronunció y declaró que se devían dar y entregar la ciudad, conforme al mando y tiránica voluntad del gran Turco. En tanto que esto se platicaba y discutía, hubo paz y treguas cuatro días que la una gente y la otra holgó, aunque en la verdad era una paz muy llena de temor e infinitos peligros, la cual quebrantó, sin consentimiento y voluntad de los capitanes, fray Fornovio. El cual enojándose y tomando muy grande yra, como varón de noble sangre y natural francés, de ver cómo los turcos y bárbaros contrarios miraban con mucha osadía y desvariado atrevimiento a la ciudad y mostraban mucha alegría y placer, soltó con muy gran despecho ciertos tyros de artyllería menuda y dio en medio de ellos, de manera que los

hizo huir muy de presto y cayeron los que más a punto estaban para ello. Aliende también de lo cual, el último de aquellos cuatro días vino de la ysla de Candia a la ciudad de Rodas Alonso de Liñán, español, cómitre y piloto de nuestras galeras, varón en quien bien se señala la noble y muy animosa sangre de España, porque él es muy osado y diligente para todos los peligros y trabajos, así de la mar como de las armas y guerra, el cual trajo vino y, sin licencia del senado y señoría de Venecia, cien hombres muy ecogidos de pelea, los cuales de su voluntad y propia gana vinieron a socorrer a los de la ciudad, aunque entre todos ellos no hubo candiote alguno. Los turcos, así por el quebrantamiento de las treguas y paz como porque habíamos recibido en nuestro puerto la nao, la cual, así nosotros como ellos, creíamos que venía llena de gente mucha y muy buena, teniendo mucha razón y justa causa para se conmoover y alterar, tomaron tanta ravia y mortal braveza que arremetieron sin vanderas y sin orden y consejo de capitanes o regidores y, rompiendo por medio de las aberturas del muro que estaba abierto y caído, entraron por la ciudad peleando con muy gran furor hasta llegar al reparo y palizada que estaba hecha y puesta en lugar de cuarto muro. Lo cual como el gran Maestre supo, dejó presto el consejo en que estaba con los vezinos más principales de la ciudad y con los caballeros y sargentos, y fue a muy gran priesa a socorrer al peligro. Duró entonces la pelea y crudo recuento muy gran rato de una parte y otra, con muy grande enojo y dura porfía. El gran Maestre hizo aquel día muy grandes mercedes (lo cual siempre en todo el sitio hizo, todas las veces que alguno hacía alguna cosa muy bien y con mucho esfuerço) a un mancebo muy esforçado y diligente, úngaro de natura, criado que era de don Marino Restio, natural de Arragoça. Al cual dicho mancebo la gente común y baja, viéndolo andar (como es costumbre y condición de algunos hombres que quieren saber y entender muchas cosas) inquiriendo y pesquisando de cómo se ordenaban y armaban las celadas y artes de guerra, y de cómo se cargaban y guarnecían algunas minas de munición y pólvora para quemar a los contrarios, creyendo que era espía o traydor asieron dél muy reziamente y, sin esperar ni saber la voluntad e intención del gran Maestre, lo llevaron a la cárcel y metieron en prisión. La misma injuria y trabajosa afrenta recibió, así también de la gente común, un cozinero del prior de san Juan, la cual le fue hecha no tanto sin razón cuanto sin culpa porque como un día, que eran veinte y cuatro días del mes de septiembre, estuviere toda la gente de la ciudad, así de la sacra religión como de fuera de ella, peleando con muy gran priesa cerca de las murallas con los contrarios, este animoso y muy esforçado batallador, por estar más siguro del peligro, subióse con mucha diligencia a lo más alto de la torre mayor de san Juan, desde la cual él mirava y veía muy a su lado las huestes ambas y las crueles heridas y mortales golpes que se daban. Y porque estar ocioso en tiempo que todos trabajaban le parecía ser cosa deshonesto, alçó una vandera que allí halló arrimada a un rincón de la torre y comenzóla a menear y ondear muy de propósito. Y como él no se parecía, porque tenía

todo el cuerpo cubierto con las coronas y remates altos de la dicha torre y todos veían la vanderá, los turcos comenzaron a desmayar creyendo que la dicha vanderá andaba en el aire amenaçándolos y los nuestros tomaron doblado ánimo y esfuerço como vieron menear y ondear la vanderá y dieron tal priesa a los contrarios que les hicieron bolver las espaldas y huir. Entonces, muchos varones de santaintención y buena vida comenzaron a decir y creer que era el glorioso san Juan Baptista que los esforçava y mostrava favor. Pero como, mirando bien los de la ciudad, en ello viesen y cognosciesen que era un hombre el que tenía la seña y vanderá y la meneava, començáronle a dar muy grand grita y bozes deshonorrándolo de traydor maldito, perverso ladrón, vendedor de su patria y favorecedor de los contrarios enemigos, pues que desde aquel lugar tan alto les hacía señas para que entrasen. Y aunque muchas veces le embiaban a mandar que se bajase y dejase la vanderá, él todavía no dejava de hacer lo comenzado y perseverar en su propósito hasta que, con saetas, flechas y piedras arrojadas con hondas que le echaron, lo hicieron bajar abajo. El cual, como salió de la puerta de la torre, arremetieron con él infinitas mujeres y muchachos y asieron dél y diéronle tantos de bofetones y golpes que era para espantar. Unos le pelaban las barvas, otros le daban infinitos palos y garrotazos en las espaldas y cabeza; otros, coces en el vientre y otros le ponían ya los pugnales a la garganta. Lo cual como yo vide, que acaso pasava por allí, acorrí presto y saquélo de entre las manos de tantos que ya casi lo tenían en el punto de la muerte y échelo en prisión. Pero no contenta con esta pena, la yra y rezió ímpetu de las mujeres, fueron ellas mismas con infinitos muchachos y quebrantaron la cárcel y sacáronlo de ella y echáronle al cuello un pedaço de sogá de cáñamo alquitranada que, la ventura o mala dicha de aquel cuytado dio y puso en las manos de los muchachos, y lleváronlo al desventurado deshonorrándolo de sacrílego, traydor, judío retajado, a ahorcar diciendo y afirmando todos que cierto él no era sino judío o turco embiado de los contrarios por espía. Y sin ninguna duda que muriera el triste entre las manos de tan furiosos enemigos que en poder le tenían, si presto y con diligencia el prior de san Juan no viniera a le socorrer y dijera y jurara que era su cozinero, y francés de nación, y que ni sabía hablar palabra en griego, ni en turcayco tampoco. Acaeció, así mismo, otra desdicha y semejante desvarío, que este ya en el cuarto día de las treguas cuando ordenávamos de nos dar y después de quebrantadas por fray Fornovio, como arriba dije. Y fue que el aga o maestro de los genízaros, cruel y perro de su propia natura y sanguinolento batallador, el cual es de muy alto y basto cuerpo, lo cual también demuestra sus bestiales y fieras costumbres, porque en la verdad él es un desecho y frasca de todos los hombres que oy son, feo en la persona, de muy torpe gesto, las narizes y orejas muy hórridas, grandes y muy toscas. Su hablar muy decortés, las palabras que dice nunca son sino de tanta crueldad y afrenta cuanta pensar no se puede. Su estudio no es sino en buscar e inventar nuevas y nunca pensadas lujurias. Sus virtudes, que siempre le acompañan, son crueldad,

ferocidad y braveza no vista ni pensada. Así que este dicho perro, hijo de Lucifer, criado con la espuma del can Cervero, la cual podemos bien creer que mamó por leche de las tetas de Megera, su ama, atormentó muy cruelmente y afrentó con perpetua deshonra (aunque bien mirada, es inmortal honra para el cielo y para en la tierra también) a tres cristianos que los turcos tomaron y asieron con ganchos de hierro, estando los desventurados algo descuidados metidos en una contramina que estaba cerca de sus reparos y tranchea. Y lleváronlos a su real, el cual como allá los tuvo, y los turcos se los entregaron, luego sin más esperar, les cortó las manos y las narizes con los labios todos de la boca juntamente y las orejas. Y desdeque así los vido tan feos y espantables, con tan crueles heridas, mandólos soltar y dioles esta carta cerrada y enviólos a la ciudad. Los cuales, como por la ciudad entraron dando muy grandes gritos y llorando con muy lastimero dolor, dieron muy horrible espanto y temor a la gente y pueblo todo y fueron adonde el gran Maestre estaba y diéronle la carta que traían. El cual, como los vido, tomó muy gran tristeza y compasión de los ver así y, abierta la carta, leyóla un intérprete, la cual decía de esta manera.

Nunca tengas salud, gran Maestre. Antes de tres o cuatro días, cuando más, yo te haré pedaços y tajadas con estas mis manos. Y mis caballeros y gente toda sacarán las míseras y desastradas ánimas a esa tu gente y pueblo todo, sin aver consideración ni hacer diferencia de edad, sexo y orden. Y les darán muy duros y crueles tormentos con fuerza e hierro y fuego mortal, porque la justicia de los turcos sea muy nota a toda la posteridad con tan notable y famoso exemplo y la poca fe de los cristianos bien cognoscida. Los cuales no ovistes temor ni vergüenza de quebrantar las treguas y paz que estaba puesta y recibir socorro de fuera parte, y matar los hombres de nuestro real y campo estando descuidados y seguros. De los cuales yo te digo que ninguno perdió la vida sin que la compréis muy bien y os cueste muy cara.

El gran Maestre, como oyó lo que en la carta venía, sonriendo se dijo así: “Porque de toda parte y por todos géneros y maneras fuésemos combatidos, añaden ahora nuestros contrarios también amenazas, injurias y denuestos.”

Pero muy mayor fue la perturbación y temor que en sus ánimos recibieron Roberto Perusio, fray Raymundo Marcheto, del cual en el primer libro se hizo mención, y fray Raymundo López de Paz, caballero español de grande y muy sutil ingenio, los cuales estaban por embajadores en el campo del gran Turco. A los cuales Mahamet bajá, mue indignado por el quebrantamiento de las treguas y recibimiento de la nao, sin duda que justiciara y matara con todos los más crueles y dolorosos géneros de tormentos que él pudiera ymaginar y pensar si en la ciudad no estuvieran rehenes dados por ellos. Pero como Nicola Gorguti y George Sangritico, vezinos de la ciudad de Rodas, los cuales habían ydo con la respuesta del consejo y voluntad nuestra, les dieron y entregaron los capítulos y condiciones

que demandávamos para les dar y dejar la ciudad y tierra toda, luego se les amansó y pacificó la grande yra e infernal braveza que tenían.

Capítulo XXIII. De cómo el gran Turco se alegró mucho desque vido que la ciudad se le dava. Y de las condiciones y capítulos que les prometió y confirmó a los cristianos y de quán mal las mantuvo y de las nefandas profanidades que los turcos hicieron, luego que en la ciudad entraron.

Como el gran Turco vido que los de la ciudad hacían lo que él mandaba, alegróse mucho. Y, para confirmación de las capitulaciones, salió de su real aposento con muy grande ordenanza y ejército de gente de guardia a la redonda y con muy gran compañía de gente noble y de mucha manera que le acompañava, la cual, por mostrar mayor majestad y espantar más a los nuestros, salió con muy gran resplandor de muy ricas armas, aljubas de brocado de infinito valor y joyas otras muchas de oro y pedrería muy rica. Y subido en un cadahalso muy ricamente adornado, y en presencia de todo su ejército, dijo y pronunció por su propia boca cada una de las capitulaciones y condiciones de la paz y entrego de la ciudad, de la propia forma y manera que el intérprete se las decía que las dijese, las cuales concedió y confirmó jurando y prometiendo de las guardar y mantener por el alto y muy poderoso dios y por su grande profeta Mahoma, a los cuales puso por testigos y fiadores de ellas y de su palabra real. El tenor y forma de las cuales dichas capitulaciones y artículos es este que se sigue.

Primeramente, que su Majestad prometiese y otorgase que las iglesias y templos de los santos quedarían para siempre libres de toda ofensa e injuria.

Ytem que su Majestad no tomase niños ni muchachos de la familia y casas de sus padres y parientes.

Ytem que a ninguno de los cristianos de cualquier manera que fuese, no le fuese hecha fuerza para que dejase la fe católica y tomase la secta de Mahoma.

Ytem que a los cristianos que quedasen en la ciudad para vivir en ella se les diesen y concediesen cinco años de franqueza, en los cuales no pagasen tributo ni renta alguna.

Ytem que, a los que se quisiesen ir fuera de la tierra toda de Rodas, les fuesen dadas naves y toda la provisión que fuese necesaria para con que pudiesen ir hasta Candia.

Ytem que pudiesen llevar consigo toda cuanta artyllería quisiesen, así gruesa como menuda.

Ytem que quedase a arbitrio y voluntad de los cristianos el día para cuando quisiesen dar y entregar la ciudad y ellos salir de ella.

Los cuales artyculos y capitulaciones ya dichas, así con tanta solemnidad otorgadas y juradas, y otras muchas que aquí no pongo por evitar prolixidad, el gran Turco, como pérfido tirano y muy tosco advenedizo y en quien la real Majestad está usurpada y muy abatida, guardó y mantuvo con tanta fe y

verdad que como sea un infernal enemigo del nombre cristiano y ambicioso menospreciador de dios y de los hombres juntamente, el día de la pascua y nacimiento de nuestro redentor Jesucristo, cuando alegre paz y celestial gozo cantan y tienen los cristianos todos, vieron mayor dolor y tristeza los míseros que dentro de la ciudad de Rodas estaban. Porque aquel mismo día, luego por la mañana, antes que ninguno de los cristianos aparejase y concertase las cosas necesarias para su salida y navegación, mandó como infernal Lucifer, por perturbar por ventura el decanso y gozo de aquel día, quebrar la puerta de la ciudad, la cual es en el valuarte y torre del Cosquino. Y luego entraron por ella aquellos perversos y muy crueles enemigos de nuestra santafe católica con sus señas y vanderas tendidas por medio de la ciudad, dando muy grande alarido y grita y haciendo otras muchas señales de placer. Y comenzaron a profanar y ensuciar todos los lugares sacros y religiosos. Y lo primero donde fueron (por mantener mejor lo prometido) fue al templo e iglesia mayor de san Juan y convirtiéronla en mezquita de Mahoma y comenzaron con mucha yra y ecarnio a quitar y arrancar de los altares y paredes todas las ymágenes de los santos y los retablos muy devotos y de muy gran precio, e hizieronlos infinitas rajadas y pedaços. Lo segundo, fue deshacer y quitar los sepulchros muy ricos y bultos muy admirables de los grandes maestros difuntos y todo cuanto estaba labrado, eculpido y ecripto en memoria de ellos y allanarlos con el suelo, que de ellos no quedó memoria, porque la capilla mayor y toda la iglesia también estaba muy ricamente labrada, así de muy fino y rico mármol de Paro, que allí cerca de la ysla está, como por muy sutiles y grandes ingenios de muy excellentes maestros que la labraron e hicieron. Y no contentos aún con deshacer y quitar los dichos bultos y sepulchros, porque las piedras estando enteras no hiciesen impedimento y estorvo, después el gran tirano, cuando en la ciudad entró, las mandó hacer infinitos pedaços y echar en otra parte. Ya que la yra e infernal braveza de los turcos no estaba aún tanto satisfecha y harta de desvariar, cuanto le faltó materia y cosas en que más desvariase, y vido que la dicha iglesia y templo tan solemne estaba despojado y vazío de toda imagen, retablo o devota figura y que ya dios, por castigar nuestros pecados, había dejado su tabernáculo donde solía ser adorado, los tristes ciegos engañados con la falsa yllusión de Mahoma mostrando mucho placer, házenlo saber al gran Turco, el cual vino con muy gran pompa y galana compañía y entró en él y adoró a su furioso profeta Mahoma. El cual, según que los tristes creen, y él con sus versutas invenciones y visiones fanáticas, les hizo entender, en medio de toda la libertad de los vicios y pecados, está allá en el cielo muy alto y por sí apartado gozando de aquella su gran deydad, terna y nunca perecedora que él se fingió y aplicó a sí. Luego los genízaros, que son los que renegada y dejada la santafe católica y el amor y reverencia de nuestro redentor Jesucristo, toman y guardan la secta y pérfida vanidad de Mahoma, la cual después que conciben y bien se empapan en ella como infernales discípulos de infernal maestro, no se dan ni inclinan a otra cosa más que a usar

de crueldad y robos. Y no difieren, por cierto, mucho de los pertinaces judíos, pues que para ser cognoscidos se circuncidan como ellos y, como de tan nobles armas se visten y dan el nombre y voto a tan fiel capitán como es Lucifer, el primer comienzo que toman para su salud y salvación es aborrecer muy entrañablemente a Jesucristo, olvidar su propia tierra, negar y tener en muy poco a sus padres, hijos, mujeres y hermanos. Así que estos dichos genízaros, hijos de Sathanás, comenzaron a ensuciar y profanar con infinitas inmundicias y suziedades los templos e iglesias todas de la ciudad, robar y arrebatarse todo lo que veían y hallaban donde quiera. Y llegados al puerto, arrebataron con mucha braveza y mortal avaricia los líos y caxas de los tristes cristianos, los cuales habían traydo para los meter y cargar en las naos y galeras para se partir. Entre las cuales caxas y líos hallaron todo el recaudo y servicio del santo hospital de la sacra religión, el cual era muy rico a maravilla porque en él había infinita plata muy ricamente labrada, tapices de muy gran valor y otras joyas, vasos y ornamentos, así de oro como de plata, muy ricos y labrados de tal manera que los estimaban en mucha suma de dineros. Y, luego como los perros vieron cosas tan ricas y de tanta manera, las arrebataron y comenzaron a cargar de ellas con muy gran priesa que en robar se daban, y ni aprovechó rogarles que lo dejaran, ni pagárselo muy bien tampoco. Antes, cuanto más se lo rogaban, tanto con mayor codicia asían de todo ello. Otros, puestos cerca del agua, al embarcar no consentían ni daban lugar que tiro ninguno de artyllería se metiese en las naves, aunque las galeras todas quedaron con todos los que tenían, lo cual fue más por nuestra buena ventura, que ellos con el gran furor y priesa que traían no cayeron en ello, que no por su fe y cortesía. Luego, así mismo, tomaron a cuantos cristianos pudieron y, a palos y a bofetadas, les hacían acarrear a cuestras en lugar de bestias todos los pesos y cargas que querían y habían menester. Hacían que los confesos, aunque hubiese ya treinta o cuarenta años que se hubiesen tornado cristianos, tornasen por fuerza a la ley de Moysen y ser públicos judíos. Los esclavos nacidos y criados en la ciudad y cristianos desde niños, hacíanles adorar a Mahoma y tomar su secta. Quitaron el santo crucifixo que estaba en la viga de la iglesia de san Juan y sacáronlo arrastrando de los pies con mucha risa y placer y, haciendo ecarnio, lo truxeron por las calles dando grita hasta que lo hicieron infinitos pedaços. Echaron por las calles y plaças todas las ymágenes y cruces quebradas y hechas rajadas. Y por allí estaban llenas de lodo y suziedad y, si algún cristiano se quería abajar a las alzar y quitar de tan suzios lugares, luego le daban muy cruda tarea de palos y bofetadas. En las plaças, calles o lugares públicos muy pocos de los cristianos se ecaparon sin muchas afrentas e injurias, porque a todos ygualmente las hacían, ni aunque fuese el que mejor se lo pagase y más dineros les diese. Lo cual sé porque una vez me tomaron a mí entre manos y queriendo, con ciertas monedas que en la bolsa traía, redimir mi afrenta y hacer con aquellos bárbaros que no me maltratasen, díselas muy presto y como ellos eran muchos y las monedas no tantas que cumpliesen con

su demasiada avaricia y codicia mortal, diéronme tantas de bofetadas, remesones y golpes que cuando me dejaron, creyeron que quedava muerto.

Capítulo XXV. De cómo el gran Maestre fue a hacer reverencia al gran Turco y de los razonamientos que entre ambos pasaron. Y de otra segunda vez que ambos se tornaron a ver y de cómo el gran Maestre salió de Rodas y la dejó en poder de aquel gran tirano.

El gran Maestre, o por consejo o por mandado de Mahamet bajá, vestido de una ropa negra muy baja y muy triste, cual convenía que llevase el humilde vencido y que iba a hacer reverencia a la Majestad del vencedor, salió fuera de la ciudad y fue al real de los contrarios, al aposento del gran tirano, en compañía del cual iban algunos pocos de comendadores de aquel desdichado y mísero orden. Y digo pocos porque, como de día y de noche en todos aquellos seys meses que duró el sitio, hubiesen sufrido y pasado todos los mayores y más graves trabajos y peligros que se pueden pensar, y después que ya perdieron toda la esperanza de los socorros que con tanto deseo esperaban, para remedio de sus vidas y salud del afligido pueblo, viendo cómo la victoria tan de hecho se les yva, fue muy mayor la aflicción y trabajo que de nuevo tomaron para se defender hasta tanto que de muy trabajados, gastados y fatigados, ya del continuo velar y no dormir, de muchas enfermedades y heridas; y los sanos, que estaban ya tan cansados y sin ningunas fuerzas del continuo y muy demasiado trabajo, no podían traer las armas a cuestras, ni estar tan a punto para se defender, por lo cual, compelidos más por la gran flaqueza y necesidades humanas que en sí sentían, que no por fuerza o violencia alguna que temiesen, se entregaron y pusieron en las manos y muy cruel poder de enemigos tan desvariados y sobervios. Llegado pues el gran Maestre al aposento del gran Turco, estuvo fuera en el campo esperando que le diesen entrada desde la mañana hasta después de mediodía sin comer ni beber, antes, como aquel día llhubiese mucho, toda el agua y granizo infinito que cayó les dio encima, que nunca en los perros hubo cortesía de les dar lugar que se recogiesen a una parte del dicho aposento. Ya allá bien tarde, salió un turco acompañado de otros algunos turcos con él, y mandóle quitar la ropa negra que traía y echóle una aljuba de grana encima. Y, así, vestido de ella (porque ninguno puede entrar a hablar al gran Turco si no fuere de su mismo hábito vestido), lo metió donde el gran Turco estaba. Como el gran Maestre lo vido, hizo su reverencia y acatación muy humilde y como convenía. Y ambos, espantados de se ver el uno al otro, estuvieron algún poco mirándose y contemplándose con mucha admiración. Luego el gran Maestre, llegando más cerca de aquel gran perro e infernal tirano, hincó la rodilla en el suelo y besóle la mano con mucha humildad, lo cual el gran Turco consintió muy fácilmente sin hacer excusación o señal de cortesía alguna, antes mostrando mucha indignación en el rostro y desfrez en las palabras le habló de esta manera.

Aunque muy justamente, y con gran causa y razón que para ello tenemos, podríamos dar por ningunas y quebrantar todas las condiciones y capitulaciones, que os dimos y concedimos en el entrego y dejamiento que hezistes de la ciudad, y hacer que fuesen de ninguna fuerza y vigor, así a esos tus perros encruzados como al pueblo todo de Rodas, como más principalmente a ti, enemigo tan perverso, molesto y enojoso a nuestra Majestad, de cuya bien merecida muerte y muy cruel tormento ni la fe dada, ni la palabra con juramento prometida, había de apartar y remover a cualquier vencedor, aunque muy justísimo y piadoso fuese. Pero mirando a nuestra imperial clemencia y real palabra, pareciónos que devíamos no solamente ser piadoso y usar de clemencia con un tan culpado contrario y merecedor de todos los tormentos y más crueles justicias que pudiesen ser, pero aún perdonándole, juntamente mostrar nuestra gran grandeza y suma liberalidad en él. Por lo cual, si de oy más quisieres, bien obrando y lealmente sirviéndonos, enmendar y corregir los muy grandes errores y graves desvaríos de la vida pasada, prometemos de te asentar y poner en el más honrado y alto orden y lugar de nuestro servicio, y así en nuestro campo como en nuestra corte de te dar muy honrados oficios y gobernaciones, y hacerte uno de los más altos y más principales capitanes de nuestro campo y ejército. Lo cual debes aceptar y luego conceder, pues que así la presente fortuna y extrema necesidad, en que al presente estás, te lo amonesta. Como también porque esos perros de cristianos, cuya causa y demanda quesiste y tomaste a cargo para la amparar y defender contra nuestra Majestad con mejor y más próspero principio, que no fin, merecen que les des esta paga y bien mercedo galardón. Porque, qué causa te puede impedir o detener, que siendo desamparado de los tuyos y vendido por ellos mismos también, ya después de vencido, no te des y entregues en la perpetua fe y benigna gracia y amor de tan potentísimo y piadoso emperador.

Como el gran Turco acabó su razonamiento, luego el gran Maestre comenzó con mucha gracia y siguridad de rostro a hablar desta manera.

Muy alto y clementísimo emperador, donde tantos caballeros y muy esforçados capitanes de vuestra sacra Majestad están, no merezco yo, por cierto, ni soy digno de recibir y alcanzar la gran merced y piadosa gracia que vuestra Majestad me hace y promete. La desastrada suerte y contraria fortuna mía, y los precedidos méritos y servicios que yo todo el tiempo pasado he hecho a vuestra Majestad no son tales que yo al presente ose o no deva no aceptarla y tenerla en lo que ella es y merece. Pero no dejaré, aunque vencido y entre las vencedoras armas y delante de mi propio vencedor puesto, de cuya muy alta y muy profunda clemencia nunca por cierto yo deconfié, ni temí que su fe e imperial palabra me faltaría o se mudaría en contrario, de decir libremente mi intención y voluntad. Yo tengo y elijo por muy mejor, poderosísimo emperador, ya que mi señorío y tierra es perdida y yo estoy de ella despojado, o perder juntamente esta triste y muy desventurada vida que me queda o vivirla por ay econdida y disimuladamente en el número y compañía de los caídos y derribados de fortuna adversa, que no que los míos digan de mí que fui traydor y los desamparé y me llamen vendedor suyo y no vencido. Porque, sacra Majestad, ser vencido de fortuna es, y cosa tan común que cada día casi acaece, y siendo mayormente vencido de un tan potentísimo vencedor, del cual el mismo

vencido se puede por cierto muy bien preciar y honrar, pero desamparar los suyos o mudar la batalla y orden propio de caballería, pareceme ser muy gran covardía, trayción y poca fe.

El gran Turco entonces, maravillado mucho del grande ánimo y virtuosa modestia y crianza de aquel príncipe viejo y cano ya, mayormente estando en tanto estrecho y dificultad, despidióle y dióle licencia luego para que se volviese a la ciudad. Y mandó que viniesen con él muchos de los de su guardia, que le acompañasen y estuviesen con él en su aposento. Y mandó, así mismo, juntamente dar a cada uno de los caballeros comendadores que con él habían ydo acompañándole, una aljuba muy rica de grana. Y algunas hubo de carmesí pelo y raso. Y así, volvieron a la ciudad cargados de ropa alegre y llenos de tristeza los coraçones. Pero pareciéndole al gran Turco que aún no había satisfecho a la prudencia y muy generoso ánimo del gran Maestre segund que convenía, vino un día así de improviso a la ciudad y, después de aver entrado en el templo a hacer reverencia y oración a Mahoma, fue luego, sin ocuparse en otra cosa, a ver al gran Maestre, al cual halló entendiendo en hacer aparejar sus caxas y cosillas para cargar. Y como el gran Maestre lo vido, y se quisiese abajar a le besar los pies y hacer la cortesía y veneración que el vencido deve al vencedor, él no se lo consintió, antes alzando con su mano derecha un poco de la frente los velos imperiales y tocado turcayco que en la cabeza traía, la cual reverencia y muy gran veneración los grandes turcos todos solamente suelen hacer a dios y a Mahoma no más, dijo al gran Maestre “babba”, que quiere decir padre muy reverendo y muy amado. Entonces el gran Maestre maravilloso, por cierto, no menos desarmado en la ciudad tomada y perdida ya por su noble crianza, pudencia y generoso esfuerço que armado de todas armas solía ser en la hueste y batalla, hablóle de esta manera.

Si cuanta fue la osadía, sacra Majestad, que yo tuve, tanta fuera la prosperidad de fortuna y buena ventura que tuviera en mis negocios, yo estuviera por cierto oy como próspero y alegre vencedor en esta ciudad y no vencido. Pero ya que la secreta y muy profunda voluntad de dios quiso que la clara y muy famosa ciudad y tierra toda de Rodas fuese perdida, consuélome y tomo algún decanso con que vuestra Majestad fuese, por mi buena suerte, el que me venciese y perdonase. Y la más principal gloria y perfecta alabanza que de aquí, entre otras infinitas, vuestra Majestad ha alcanzado es aver vencido y tomado a Rodas y aver perdonado generalmente a todos los que la defendieron. De manera que a la suma potencia que vuestra Majestad tiene, ha allegado y ayuntado la fama de clemencia y piedad, la cual ni aun los más altos y más poderosos señores y príncipes de todo el universo no deven tener en poco ni olvidar, pues que por ella sola suelen ser verdaderamente amados y parecen ser yguales y muy semejantes al alto dios. Por lo cual mandará vuestra Majestad, como yo bien creo y espero, guardar con nosotros los artículos y condiciones de la paz y seguro, las cuales la clemencia hizo a vuestra Majestad conceder y dar y a mí la extrema necesidad aceptar y recibir. Y así yo, de oy más para siempre, seré un eterno y perpetuo dechado y muy claro exemplo de la gran clemencia y virtud turcayca. De manera que mi gran pertinacia y muy constante

resistencia y porfía, y la fama, gloria y gran clemencia de vuestra Majestad está muy clara y tendida por todo el mundo.

A lo cual el gran Turco respondió así.

También nos tenemos muy grand placer, por cierto, porque dios te encaminó y avisó, en fin, ya que quisieses antes paz y amistad que no guerra y cruel batalla y pluguérale a él que desde el primer principio tú lo quisieras. Que, por cierto, desde entonces hasta ahora ovieras habido y alcanzado de nuestra muy alta y muy poderosa Majestad muchos más bienes y mercedes que males y trabajos has pasado y recibido. Los cuales, en esto solamente puedes ver y cognoscer que te hemos dado y hecho no por mal que te quisiésemos, sino por solo deseo y muy enardecida codicia que tenemos de señorear y mandar, pues te dejamos, así a ti como a los tuyos todos, ir libres y sin molestia o hysión alguna de vuestras personas y sin tocar en vuestros bienes y haciendas. Porque no trahemos guerra y andamos en tan continuas batallas, poniendo nuestra imperial persona a tantos peligros, por ganar y allegar riquezas o tesoros. Toda nuestra intención y deseo es trabajar de alcanzar gloria, fama, inmortalidad y extender y ampliar los fines y términos de nuestro imperio. Porque es propio del alto emperador y poderosísimo rey, de alta y muy noble sangre de reyes nacido, acometer o tomar por fuerza las tierras y señoríos ajenos, no por avaricia sino por gloriosa codicia de señorear, a la cual cuando el propincuo o vezino estorva e impide, parécenos que basta con poder, fuerzas y armas quitarlo de allí y echarlo fuera.

Las cuales palabras todas, aquel gran perro tirano, decía y hablava fingida y falsamente por asigurar al gran Maestre y a los comendadores que, segund después pareció, otra cosa tenía en el corazón y voluntad porque antes que él hiciese o dijese este tan amoroso y apazible razonamiento al gran Maestre, había mandado a sus capitanes que disimuladamente llevasen la gran nao de la religión y las galeras todas, y en ellas al gran Maestre y comendadores todos, a la ciudad de Constantinopla. De la cual trayción no solamente andaba el rumor y nueva oculta y secretamente entre los capitanes y caballeros turcos, pero también era ya muy común y pública fama entre la gente común y campo todo. Lo cual como el gran Maestre alcanzó a saber, rogó con mucha instancia a algunos de los bajaes, byrbayes y sobajaes, que son los que más privan y pueden con el gran Turco, que le acordasen a su Majestad de la fe, palabra y juramento que les había dado y hecho. Y, en tanto que esto pasava, una noche muy secretamente, que fue la misma noche del año nuevo de mill y quinientos y veinte y cuatro, embarcóse muy de presto él y todos los suyos, los cuales estaban ya de acuerdo para aquella hora, y comenzó su navegación, dejando aquella su muy triste y muy desdichada ciudad en poder y duro cautiverio de aquel pérfido tirano y muy cruel enemigo de nuestra santafe católica. Al cual cuanto yo pude de presto alcanzar, de una sola vez que lo vide cabalgando en un caballo, los estribos muy cortos y las piernas muy acorvadas, como es uso y costumbre allá entre ellos, no le falta,

cierto, autoridad en la persona y buena disposición y gentileza de rostro. Es de cuerpo muy derecho. Tiene los ojos negros y un poco tristes y espantosos, pero en lo demás tiene el rostro gracioso y algo moreno, aunque poco. Cuando en la ciudad entró, iban delante dél muy gran número y cantidad de flecheros, a pie todos y muy hórridos, a maravilla, con los labrios altos de la boca muy encryspados con unos mustachos muy crecidos y feos. Luego, en pos de ellos, iba el gran tirano. Y a su mano yzquierda Farao, el byrbay o gobernador de la Natholia, que es en la ribera toda de Eúphrates, en donde la Armenia menor se allega y ayunta con la Cilicia, y va hasta la otra parte del monte Amano, en los confines de Comagena, en los cuales la Mesopotamia, primera provincia del Sophí Ismael, se termina y aparta del antiguo término o señorío de los soldanes. había, este perro de este byrbay, llegado al campo del gran Turco, su señor, la noche de navidad con veinte mill hombres de guerra muy buenos, los cuales, con otros diez mill, habían guardado toda la dicha ribera y defendídola de los saltos y entradas de los persas en tanto que el gran Turco, su señor, estaba sobre Rodas. En pos del gran Turco, luego iban cabalgando en muy hermosos caballos aquellos afeminados muchachos que el perro tiene por bardaxas y para usar de sus abominables y muy nefandas lujurias, los cuales no eran ahora muy hermosos, antes algo feos, y los cabellos negros y no muy bien peynados, pero largos hasta los hombros. Y así, desta manera y con esta tan solemne pompa, entró el gran tirano y cruel enemigo nuestro en la clara y muy noble ciudad de Rodas. La cual habiendo otras muchas veces sido sitiada, combatida y muy fuertemente defendida, con mayor fuerza que la defendía y hacía su causa muy mejor, como ya dije en la oración que hize ante el papa Adriano VI, ya ahora, por su desdicha, en el comienzo del año de mill y quinientos y veinte y cuatro hubo de caer y acabar del todo con mucha tristeza y miseria y quedar en duro y muy cruel cautiverio la antigua defensora del imperio y señorío todo cristiano. Y como, hablando de ella, dice el muy elocuente orador fray Thomas Guichardo en la oración que hizo por los de Rodas, el amparo y defensa de la afligida Grecia, posada y hospicio de peregrinos, puerto y consuelo de los que con tormenta venían maltratados, ecudo y defensa de cautivos y míseros que a ella huyendo se acogían y hospital y remedio de enfermos y lastimados.

COMENZA EL TERCERO LIBRO DE LA MUY GRANDE Y MUY CRUDA BATALLA Y CONQUISTA DE RODAS, CUYO ARGUMENTO Y PREFACIÓN ES ESTA QUE SE SIGUE.

Pasada pues ya y corrida la más ardua y más dificultosa parte de esta mi *Historia y verdadera narración de la batalla y muy cruenta conquista de Rodas*, quiérome ahora aparejar y disponer para ecrevir y concluir la tercera parte de ella. Y llámole batalla de Rodas, y no conquista, porque no solamente fueron las batallas y peleas junto a los muros y cercas de nuestra ciudad, pero también en todas las villas, lugares, yslas y fortalezas que eran de Rodas y así por mar como por tierra muy crudamente. Contaré pues aquí, en esta tercera parte, en pocas palabras muchas cosas y ásperos infortunios que pasaron los caballeros comendadores y pueblo de Rodas por todo el camino navegando hasta llegar a Roma.

LIBRO TERCERO DE LA BATALLA Y MUY CRUDA CONQUISTA DE RODAS.



Capítulo I. De los trabajos y ásperos peligros que los sacros caballeros comendadores y gente otra de Rodas pasaron por el mar navegando hasta llegar a Candia.

Echados por nuestra desdicha de nuestra propia tierra y antiguas moradas, maltratados y afligidos con infinitos trabajos y dolores, metidos y embarcados en lo más rezio y áspero del invierno, en una flota vieja, bromada y muy peligrosa, salimos de nuestro puerto y anduvimos muy perdidos y desbaratados diez días con tiempo muy contrario y mar muy alta que nos

hacía. Y, ya después de muchos peligros y trabajos, hubo de llegar una parte de nuestra flota al cabo de Salamón y otra parte a Setia, una villa de la ysla de Candia, en donde la nao mayor de nuestra flota, la cual se dice la Gran Barcha, erró muy poco de se perder dentro de mismo puerto porque como los marineros de ella echaron las anclas de noche, no mirando en lo que cumplía para que estuviese segura, dio en tierra. La otra nao grande de Hyerónimo Carmanioli, al cual la sacra religión armó caballero y dio el hábito porque en tiempo de tanto trabajo y peligro socorrió a Rodas, con el mucho tiempo y muy rezió viento poniente que le hizo, dio en los roquedos y peñas del puerto y perdióse sin ningún remedio. Y allí la braveza y rezió oleaje del mar, muy más cruel que los mismos turcos, tragó y destruyó todas las alhajuelas y miserias que los desdichados y míseros cristianos habían consigo traydo para su consolación y amparo. La otra parte de la flota andaba allá derramada y perdida por la mar muy alta y con mucha tormenta. La nao de Juan Bauladio, después de se aver ecapado de la armada y flota de Cortugol, hizo entonces tanta agua que casi se fuera a fondo si no oviera mucho socorro. No t tuvieron mucho mejor ventura, por cierto, las galeras en que el gran Maestre venía por el mar de Scarpanto, porque fue tanta la tormenta y rezió mar que pasaron, que infinitas veces estuvieron para se perder. Pero socorriendo el alto y muy poderoso dios en los trabajos y más duros peligros y en el tiempo de mayor tribulación, ellas y otros doze gripos candiotes llegaron al puerto de la ciudad del castillo de Candia. La cual es ahora la más principal ciudad de toda la ysla y está sentada en un llano tres leguas casi de la cueva de Minoys, aunque algo más propinca y cercana al monte Yda, el cual es muy famoso y nombrado, así en los versos y poesía de los poetas como por se aver Júppiter criado en él. Es aquella dicha ysla ahora de venecianos, los cuales rigen y gobiernan por sus constituciones y leyes, así esta ciudad como todas las otras ciudades, villas y lugares de ella. Salió el muy sabio y muy prudente y grave varón Dominico Trevisano, cónsul de la señoría de Venecia, con toda la gente y regimiento de la ciudad a recibir al gran Maestre con muy gran sentimiento y lágrimas, y con mucha reverencia y veneración. había, este dicho cónsul, venido por mandado de la Señoría a Candia mientras que Rodas estaba sitiada y en tanto aprieto, y traxo poder muy amplísimo para todo lo que le cumplía y una muy hermosa flota de sesenta galeras muy bien guarnecidas y proveydas de gente muy luzida y armas en abundancia. Estuvo pues la sacra religión allí, en Candia, hasta el principio de la cuaresma componiendo y ordenando con muy gran cuydado y triste diligencia sus cosas y negocios, reparando la flota que estaba muy maltratada y poniendo nuevos marineros en ella porque la flor mejor y más ecogida de ellos murió en el sitio y combate de la ciudad. Y entre los que allí mejor trabajaron y más diligencia pusieron en reparar y remediar todo lo que los contrarios, con sus tiros y artillería, habían desbaratado y quebrantado de nuestras naos y galeras fue, uno, un Pedro rhodiote,

carpintero de ribera o calafate y, otro, un George ginovés, maestro muy diligente.

Capítulo II. De cómo la sacra religión partió de Candia y vino navegando por el mar, y de los trabajos que pasó de puerto en puerto fasta llegar a Mecina, ciudad de Sicilia.

Reparada ya nuestra flota algo bien, la cual, así de los tiros que los contrarios le habían dado en Rodas como por la negligencia de los capitanes y marineros que siempre andaban detenidos y ocupados en la defensa y reparos de la ciudad, como también por la infinita agua que había hecho y tenía cogida, estaba muy abierta, bromada y destruída. Y tomada toda la provisión necesaria para el camino, ya al fin del mes de febrero, partimos de la ysla de Candia por mandado del gran Maestre y del muy noble caballero fray Guillelmo Auston, tricopler inglés, varón muy acabado y de mucha perfección, así en integridad de vida como en facilidad y nobleza de costumbres, al cual los caballeros todos nombraron y eligieron por capitán de la nao mayor y también juntamente de toda la flota de las naos grandes castelladas. A las cuales el viento y tiempo algo contrario, que fizo después que los marineros soltaron anclas y alzaron velas, truxeron vagando y perdidas de una parte a otra fatigadas del mucho mar, muchos días a vista de la dicha ysla. Pero ya después de mucha lucha y porfía, así con el mar como con el viento, y sin saltar en tierra o ysla alguna, sino fue en Paris al puerto de La Higuera, la cual dicha ysla es toda casi de un mármol o piedra muy blanca a maravilla y de aires muy sanos y provechosos para la humana salud. Así que, salidos de ella, pasamos la ysla de Nichisia, muy nombrada por aquel tan excellenté vino que en ella se hace, en la cual aún hasta ahora está un templo muy antiquísimo del dios Bacho. Pasamos, así mismo a Jacanto, Chaphalonia y a las otras yslas todas de aquel mar y entramos ya por el mar largo que entra por la buelta del golpho de Venecia y dejamos al gran Maestre atrás bien lexos de nuestra vista. El cual con las galeras, las cuales nunca entran y navegan por mar muy alta y brava, y otros navietes y barchotes pequeños siempre se vino tierra a tierra y en todo lugar que desembarcaba era de todos los moradores recibido con muchas lágrimas, servicio, diligencia, humanidad y honra. Llegó en Corpho y después en Galípoli. No se podrá casi contar la mucha honra y solemne recibimiento que el regimiento y pueblo todo, así en público como en particular, le hicieron. Pero como fuesen tantos y tan grandes los males y trabajos que los que por la mar navegan y andan, es por fuerza pasar y sufrir, que venciesen a las charidades y piadosas obras que todos nos hacían y al consuelo y remedio que de puerto en puerto teníamos, y a la frecuencia y mucha continuación de refresco y nueva provisión que nos daban y en cada parte hallávamos, causaron una muy grande y muy trabajosa enfermedad en la gente toda de las naos y galeras, así remeros y marineros como gente otra de

pasajeros y sacros comendadores. La cual no era tanto grave ni tan peligrosa en otros lugares y personas cuanto era en los míseros que en las naos y galeras venían metidos en tanta angostura, tristes y muy afligidos de los infinitos trabajos pasados, y mucho más de los presentes como eran suziedad, vómito, hambre y sed. De manera que esta grande aflicción y trabajo, y este defecto y necesidad de mantenimientos y necesaria provisión de cosas saludables, fue causa de otras muy grandes pasiones y enfermedades. Las cuales después en Mecina, ciudad muy noble de la Sicilia, la cual está en la ribera de la otra parte frente al cabo de Peloro, no muy apartada (porque no es sino un brazo de mar que está en medio, el cual ahora se dice el Faro de Mecina) de la villa de Rijoles, lugar de la Calabria, naciendo, fatigaron mucho y dieron muy gran pena y trabajo a todos comúnmente, derribándolos con tanta violencia y temerosa crueldad que a muchos a quien ni los turcos ni las tempestades del mar no ofendieron, ellas solas bastaron para los despojar de las vidas y enviar a ser moradores del otro siglo. Entre los cuales yo, sin duda, fuera también, pues que no tanto por humana arte o medicina escapé con la vida cuanto por la clemencia y misericordiosa piedad del alto y muy poderoso dios que, estando ya casi en el último punto, me libró. En tanto que los míseros de esterrados y echados de los aposentos y tierras de nuestros mayores padecíamos estos trabajos y mortales aflicciones en tierra estraña, y donde casi no nos conocían, muy mayor y más triste nos era la tardanza del gran Maestre que no llegava aún, que todas las enfermedades, trabajos y fatigas que pasávamos. Porque como a onze días del mes de abril llegasen al puerto de la Sicilia la Gran Barcha y el barchote del gran Maestre y las otras naos gruesas, y con ellas no embiase carta ni nueva alguna de su salud, ni su señoría viniese tres o cuatro semanas después que ellas llegaron, todos con muy justa causa y sospecha teníamos muy gran temor que no hubiese encontrado y dado con aquellas sus galeras en que venía, tan mal proveydas y aparejadas para pelea, en alguna armada de moros y lo hubiesen tomado y llevado en cautiverio. Los cuales dichos moros, con fustas y galeotas muy ligeras, hacen mucho daño por todo aquel mar de la Sicilia. Otros creían que fuese perdido en el mar. Otros adivinaban que, por ventura, alguna pestilencia o trabajosa enfermedad había dado en la gente toda que con él venía y que, por eso, no osava llegar o salir de donde estaba. Por lo cual todos andávamos muy alterados, todos tristes, y como suele acaecer siempre en las cosas tristes y dudosas, cada uno fingía nuevos peligros y varios trabajos.

Capítulo III. De cómo el gran Maestre llegó a Mecina y del muy noble recibimiento que el virrey de Sicilia y todos los grandes del reino le fizieron. Y de los socorros que allí halló que estaban aparejados para ir a Rodas.

Estando pues todos con tanto trabajo y continua aflicción por la tardanza del gran Maestre, ya por la piedad y gran clemencia de nuestro dios, a la entrada del mes de mayo, amaneció un día muy alegre y de gran consolación, así a los tristes que de Rodas veníamos como a los vezinos y moradores todos de la ciudad de Mecina, con la venida del gran Maestre. Aunque en la verdad, aquel día fuera muy más alegre y de mayor consolación y gloria para toda la cristiandad si vieran venir al príncipe y señor de la caballería y sacra religión de Rodas muy triunfante y vencedor y traer los espolios y campo todo de los contrarios en su victoriosa flota y muy poderosa armada. Pero como lo vieron llegar en una galera muy destrozada y quebrantada y tal, por cierto, que apenas cosario alguno oviera que quisiera ponerse en tomarla ni hacer caso de ella, ninguno hubo por cierto que pudiese detener las lágrimas y no llorase de compasión. No se puede casi contar, ni en letras comprehender, cuántos y cuán grandes eran los gemidos, cuán triste y grande era el llanto de toda la gente que allí en el puerto estaba. No era en mano de ninguno reprimir y contener las lágrimas que, así como fuentes, corrían de los ojos, si no eran aquellos a quien el dolor y muy gran pasión habían enmudecido y privado de los sentidos. Y aliende de estas señales y muestra de piadoso ánimo que la gente común fizo y mostró, todos los grandes señores también y generosos caballeros del reino de la Sicilia y el mismo visorey Héctor Pinnatello, conde de Monteleón, varón de muy alto linaje y muy clarísimo en letras y grandes virtudes, hicieron muy grande honra y favor al gran Maestre. Y todos juntamente con el dicho visorey, con el cual así mismo iba el reverendísimo señor don Juan de Liñán, arzobispo de Mecina, y Fabricio Pinnatello, prior de Balreta, hermano del visorey, lo salieron a recibir con muy gran sentimiento. Ya que el gran Maestre estuvo en tierra, abraçáronlo todos llorando y mostrando muy gran tristeza y, en medio del arzobispo y del visorey y acompañado de muy gran caballería de grandes señores y muy nobles caballeros, entró en la ciudad y fue aposentado en un muy solemne aposento, tal cual para su persona convenía. había venido, este dicho Fabricio Pinnatello, a la ciudad de Mecina con dos mill hombres de guerra muy ecogidos del reino de Nápoles para ir en socorro de Rodas, porque él es del hábito de la sacra religión de la caballería y prior de Balreta. Y, sabiendo en cuánto estrecho estaba la ciudad de Rodas y sus hermanos los sacros comendadores, sin ser llamado de la religión ni mandado que viniese, sino de sola compasión que tomó de ver a sus hermanos padecer, y con deseo y muy enardecida codicia de se vengar en aquellos perros que tanto daño hacían, hizo de presto esta dicha gente y vino allí para partir lo más ayna que el tiempo ayudase para ir en socorro. Solamente le había la religión encargado y embiado a mandar que proveyese de naos y provisión necesaria, lo cual él hizo y procuró con muy gran diligencia y sagacidad en compañía, juntamente, de fray Carlos Josuvaldo, prior de san Estevan, el cual muchas veces esforçó y alegró los ánimos de los que estaban en Rodas. Y los hizo detener y resistir

que no se diesen, prometiéndoles que muy presto yría el socorro, para lo cual envió sus cartas con fray Juan Bresolo, caballero Italiano. El cual, aliende de ser muy diestro y experto en cosas y batallas de la mar, es también muy sabio y entendido en cosas de historias y grandes antigüedades. Y envió, así mismo, adelante a fray Juan Josuvaldo, sobrino suyo y muy amado, el cual después peleando muy esforçadamente en Rodas murió. El cual fue en un vergantín muy ligero, porque llegase más ayna, para que alegrase y consolase a los de Rodas y les hiciese saber de cómo presto sería allá el socorro, que se estuviesen y resistiesen con noble ánimo y muy generoso esfuerço. En compañía del cual iba fray Miguel de Peralta, caballero nabarro, el cual aprovechó en muy gran manera y en tiempo de muy extrema necesidad en la ciudad a los defensores de ella, así con su mucha arte y gran subtileza que tiene en buscar y aparejar las piedras del salitre y refinarlas como por ser muy diestro en hacer pólvora de toda forma y manera, y fue ingenioso y bivo en otras muchas obras y subtilezas de municiones de mucha manera. Aunque librarla de las manos y crudo poder de aquel infernal tirano no fue posible, no moviéndose nadie a favorecer y ayudar a los que ya tan destroçados y cansados estaban y, aun a los que se quisieron mover y se dispusieron para ello, la triste y muy contraria fortuna estorvó. Porque no parezca que atribuyo la culpa al sumo pontífice Adriano VI por ser papa y difunto ya, o a algún rey o príncipe cristiano de los que oy viven, porque muy cierto y claro está que su sacra Majestad del emperador don Carlos, quinto de este nombre, y los reyes y príncipes todos cristianostuvieron mucha compasión y piedad de saber cómo Rodas estaba sitiada y puesta en tanto aprieto y que desearon mucho que nuestro señor diese victoria y glorioso triunfo a los que la defendían y con tan perversos enemigos peleaban. Para favor y socorro de lo cual, su Majestad del emperador, el mejor y muy más alto de todos los que oy son, el cual podemos muy fácilmente creer que tiene en lo más íntimo de su coraçón sentada esta pérdida y mortal afrenta que la cristiana religión recibió y recibe de aquestos viles bárbaros, para la vengar y castigar muy bien en su tiempo, dio licencia e hizo merced que de sus dos reinos: Nápoles y Sicilia se sacasen armas y gente toda, la que fuese menester, y provisión en hasta diez mill ducados a costa suya y que pudiesen sacar y llevar de los puertos de todas las señorías de Italia, que con su sacra Majestad estaban concordadas y confederadas, naos gruesas y otras cualesquiera que para ello fuesen menester. Así mismo, el papa Adriano, aunque a la sazón estaba en muy gran necesidad y falta de dineros porque había embiado poco, había un legado con muy gran copia y suma de dineros, a Hungría para que pacificase y amansase aquella tierra toda y la hiciese estar constante y firme en la fe y obediencia de la cristiana religión e iglesia Rhomana, todavía dio seys mill ducados para socorro de la dicha ciudad de Rodas y de los defensores de ella. Lo cual sollicitó y procuró el noble y muy prudente caballero fray Juliano de Rodulpho, capitán de los caballeros comendadores capuanos, en lugar de los cuales seys mill ducados pluguiera a

dios, nuestro señor, que pudiera y quisiera dar y enviar a la sacra religión seys galeras solas, aunque fueran vazías, porque en Mecina hallara armas, gente, provisión y todas las otras cosas para la guerra necesarias que, por ventura que ahora Rodas triunfante y vencedora estuviera próspera y muy alegre con la victoria de su enemigo, y aún digo que, según yo creo, ella tuviera en prisión y cautiverio al más alto príncipe y señor de sus enemigos que es el gran Turco. Lo cual no dudo yo que deseó y quiso también el rey de Francia don Francisco, cristianísimo de nombre y obra juntamente, el cual contra la voluntad y voto de los grandes de su reino, y con aver sido desbaratado su campo y ejército en la batalla sobre Millán y, esperando otra muy gran batalla campal del emperador y de los reyes y señorías y pueblos todos confederados y aliados con él, dio licencia y consintió que los caballeros franceses comendadores de la sacra religión sacasen del puerto de Marsella, la cual es suya, seys naos muy gruesas, entre las cuales iba la Gran Barcha Tremolla, para que con ellas fuesen a socorrer a Rodas.

Capítulo IIII. De cómo el gran Maestre entró en consejo con todos los caballeros de la santareligión para saber la causa que detuvo a los socorros que no llegasen a tiempo y de cómo cada uno dio muy justa excusación.

A los cuales todos, como el gran Maestre halló juntos allí en Mecina, y a los caballeros de España y a los de Italia también, con todo el socorro que tenían aparejado y fecho, convocada la consulta y ordenado un muy general y arduo consejo, mandó que cada uno allí públicamente, en aquel dicho consejo y congregación de toda la religión y sacra caballería, diese cuenta de su tardanza y razón suficiente de su descuido. Dio cada uno por sí muy justas causas y evidentes impedimentos para su ecusa, mostrando y provando no aver podido más ni tenido más lugar para poder llegar con tiempo a socorrer. Pero la excusación y causa que, de su tardanza, dio y dijo muy elegante y polidamente el muy noble caballero fray Juan de Lizarán, francés natural de Albornia, fue la mejor y más suficiente de todas. Y tan clara y patente que cada uno casi pudo muy fácilmente dar con el dedo (como dicen) en la verdad y alcanzarla. había embiado el gran Maestre, a este dicho fray Juan de Lizarán, casi tres meses antes que el sitio se pusiese sobre la ciudad, así a negociar otros muchos negocios como, más principalmente, a buscar y aparejar lo más presto que ser pudiese todo el socorro que fuese posible y gente cuanta más pudiese, porque ya la fama y cierta nueva de la guerra y muy cruel conquista que el gran Turco contra nosotros aparejava se abivava y extendía cada día mucho más y la teníamos por muy más cierta. Pero ni él, ni Daucenvillo, ni Andújar, de los cuales hize mención en el segundo libro, aprovecharon nada. Ni aun el mismo Nicolao Husón, secretario del gran Maestre, ni tampoco fray Antonio de Boyso, sargento de los caballeros Italianos embiado ya quarta vez con cartas

ecriptas por Bartholomé Politiano, varón doctísimo y muy prudente. El cual dicho fray Antonio de Boyso es un varón mu hábil y muy diestro para negociar y solicitar cosas arduas y negocios de muy profunda importancia. El cual, como antes fuese muy amado y en muy mucho tenido del gran Maestre Fabricio Caretano, príncipe muy excelente, claro y muy alabado, es también ahora no menos amado ni en menos tenido de este gran Maestre que ahora es, por sus grandes virtudes y mucha diligencia. Así que ya al fin, cuando todo nuestro remedio andaba ya en muy malos términos y cada día más se apartaba la esperanza de victoria de nosotros y se inclinaba a los contrarios, viéndonos en tanto estrecho y extrema necesidad, salió de la ciudad (como ya dije en el segundo libro) fray Emerico da Reux para apresurar y dar la mayor priesa que ser pudiese a los socorros que se esperaban y con tanto trabajo atendíamos. Pero como ni la diligencia, ni la industria y sagacidad de todos cuantos aquí he nombrado, no nos haya aprovechado nada ni podido favorecer, puedo por cierto muy bien atribuyr y echar todo nuestro daño, perdimiento y muy cruel estrado al muy duro y determinado furor de fortuna, si fortuna la devo llamar, y no profunda y muy secreta voluntad de dios, sin ofender ni reprehender a alguno de los príncipes y personas que habían de socorrer, lo cual me parece a mí que devo hacer no menos justa que prudentemente. Porque qué causa me estorvará a mí que no atribuya antes, con muy justa causa y verdadera razón, a la dureza y cruel determinación de fortuna, que no a la poca fe, ygnorancia y descuidada prudencia de los marineros y pilotos de las naos que a socorrer venían, pues que está claro que una muy gran carraca de Génova llamada Faraan, llena y muy bien cargada de provisión, armas y gente muy buena, estando la mar sigura y clara, en la misma ribera de Génova, dentro del puerto de Monygo (que antiguamente era a Hércules dedicado) se fue a fondo y se perdió sin ningún remedio. Fray Thomas Nuport, así mismo, baylio del Águila, natural inglés, trayendo en socorro de Rodas muy ecogida gente de flecheros ingleses y, para gasto del camino y socorro de la ciudad, muy gran cantidad de oro y plara, dio en un viento y tiempo tan contrario que la gran fuerza y rezura de la tempestad lo tornó a bolver a un cabo desierto de la ysla de Inglaterra, en el cual se perdió él y cuantos con él venían. Y porque, en todo lugar y parte, fortuna no fuese menos adversa y contraria a la navegación y viaje de los de Rodas que fue Juno a los troyanos, dio con fray Antonio de san Martín, prior de Cataluña, varón ya muy viejo y usado desde niño y casi criado en el uso y exercicio de las armas, y muy semejante, por cierto, a aquel muy viejo Néstor de quien habla Homero, en una armada muy cruda de moros, los cuales dieron tanta batería y combate de tyros en el galeón grueso en que venía que casi lo echaron a fondo. En el mismo peligro, así de cosarios, se vido la nao muy gruesa del prior de Castilla, don Diego de Toledo, hijo del ilustrísimo señor duque de Alva. Fijo, por cierto, muy digno de tal padre porque, allende de las muy excellentes gracias y dotes corporales que tiene y natura le dio, es muy perfecto también y enteramente acabado en los bienes y

virtudes del ánimo como son justicia, prudencia y fortaleza, de las cuales él siempre usa con mucha liberalidad juntamente, cuyo favor, si a tiempo fortuna le dejara llegar, no poco aprovechara a la mísera ciudad de Rodas.

Capítulo V. De cómo la sacra religión partió de Mecina para Nápoles y de cómo fue recibida muy solemnemente del visorey y de todos los grandes del reino.

Habiendo ya algunos días estado la sacra religión allí en Mecina, como la sospecha de la pestilencia, que entonces comenzava a andar, cada día más se mostrase ser cierta y verdadera, acordó la sacra religión, porque los míseros de esterrados que de Rodas venían cargados de tantos males, trabajos y peligros, estando en tierra de libertad y consuelo, no comenzasen a entrar en nuevos trabajos y desventuras, dejar aquella tierra y ir a buscar otro lugar más limpio de enfermedad y aire más sano y saludable. Habido pues consejo sobre ello de toda la sacra religión junta, acordóse en él, por común parecer y voto de todos, que la tierra de Nápoles era la mejor y más a propósito para su remedio y salud de todas las otras provincias comarcanas, así en sanidad y nobleza de aires como en abundancia y fertilidad de mantenimientos y todas las otras provisiones y cosas que son necesarias para sustentación de la vida humana, por lo cual determinaron de se partir para allá. Ya quetuvieron llegado a Puçol, una villa que es en la ribera de la Campania, los moradores y vezinos de ella, así como nuestra flota llegó al puerto a quince días casi del mes de julio, por mandado del regimiento y visorey de Nápoles, no nos consintieron entrar dentro ni aposentarnos con ellos por temor de la peste, que es mal contagioso y enfermedad muy peligrosa. Lo cual, viendo la sacra religión y gente otra toda que allí venía, detuvímonos algunos días en las antiguallas y edificios viejos de las bayas que antiguamente allí eran. Y metidos por aquellas cuevas, que por allí a la redonda estaban, esperamos que el regimiento mandase otra cosa. Y en tanto, de los lugares y villajes de por allí cerca se nos embiava todo el mantenimiento y provisión que era necesaria para nuestra sustentación. La cual tenía cargo de repartir y dar a todos, el noble caballero fray Juan Bonyfacio, caballero proenzal y varón de muy grande industria y diligencia, el cual en todo el sitio fue capitán, y dio tan buena cuenta en el dicho oficio y cargo y hizolo tan bien que alcançó muy grande alabanza. Pero como ya después la sospecha de la peste se hallase ser vana y de ningún peligro, y pareciese muy a la clara cómo todos estávamos sanos y limpios de todo mal y contagio, comenzaron algunos moradores de la ciudad a traer provisión en más abundancia y los nobles y grandes del reino hicieron más honra y cortesía al gran Maestre, que hasta entonces habían hecho, por temor de la peste y sospecha que tenían de ella. El fue ilustre señor Carlos Lano y visorey de Nápoles, varón muy famoso y alabado, así en las cosas de la guerra y exercicio de las armas como en la muy sabia y muy justa gobernación y administración

del reino, envió mucha harina y pan amasado al gran Maestre. El cual, no desde a muchos días, acompañado de muy noble y generosa caballería de grandes y señores de mucha manera del reino, y con muy hermosa y mucha guardia de halabarderos, los cuales iban vestidos de muy rica librea y en el pecho y espalda las águilas del imperio brostadas, lo salió a recibir con mucha reverencia hasta el monesterio de nuestra señora de Pie de Gruta, el cual está en la entrada de la cueva de Nápoles.

Capítulo VI. De cómo la sacra religión partió de Nápoles y vino a Civita Vieja. Y de cómo el gran Maestre partió de Civita Vieja para Roma y del solemne recibimiento que le hicieron.

Pero como después que el gran Maestre y sacra religión toda fue aposentada muy sumptuosa y decentemente, según que convenía, los hornos y veneros de la piedra çufre que son en Puçol comenzaron con su pésimo y muy dañoso hedor a corromper y agravar las cabezas y salud de muchos de los nuestros, lo cual y otras causas, así mismo algunas que se ofrecieron, no dieron lugar a que allí pudiésemos estar mucho, por lo cual comenzamos a pensar de nos ir de allí a otra parte. Y como el gran Maestre, viejo ya y muy afligido, despojado de su tierra y señorío, de esterrado de su patria y en tierra estraña, no tuviese adónde mejor ni más decentemente pudiese ir y acogerse que a la sacro santa iglesia Romana, para contar y declarar sus tristes trabajos y duros casos al santísimo perlado de ella, Adriano VI, por común y unánime voto y parecer de todos los que con él estaban, partió de Nápoles y vino a Civita Vieja, la cual está puesta en la entrada del mar Infero, que ahora se dice la playa de Roma, desde la cual hasta Roma ay diez leguas. En la cual, como el gran Maestre llegó, habló al reverendísimo señor obispo de Cuenca, español que lo estaba ya esperando por mandado del sumo pontífice, el cual lo recibió con muy gran placer y honra, tal cual a semejante persona convenía. Y avisado que, lo más presto que ser pudiese, viniese a Roma con toda la sacra religión y caballería que había ecapado, más por la piedad y misericordia de dios que no por otra fuerza ni socorro alguno, de las manos y muy cruel furor de tan rabiosos enemigos y turcayca perfidia, porque aquel santísimo viejo sumo pontífice deseava y quería mucho, antes que dios de este mundo lo llevase, dar tierra y ciudad propia que tuviese y poseyese el muy sacro y muy noble orden y caballería de Jerusalén y el muy mísero y afligido pueblo de Rodas que con él venía. Por lo cual el gran Maestre, no tardando mucho allí, se partió lo más presto que pudo para Roma y dio y encomendó el cargo y gobernación de la sacra religión toda al muy noble caballero fray Bernardino Arascha, capitán de la mar y antes alcaide de la fortaleza y castillo de san Pedro Encaría, la cual todo el tiempo que Rodas estuvo sitiada, defendió y guardó con mucho esfuerço y prudencia contra toda la violencia y astucias de los turcos. De qué manera y con cuánta solemnidad y magnificencia muy

espléndida el gran Maestre fue recibido en Roma, y acompañado hasta el sacro palacio, no lo podría ahora yo por cierto asaz complida y elegantemente contar y explicar, siendo mayormente hombre de poca facundia y elocuencia y, así mismo, en un volumen y tratado tan breve y pequeño como este. Salieron hasta fuera de los muros de la ciudad a lo recibir. Primeramente, toda la familia del papa de muy rica librea de grana vestida. Luego, las familias de todos los cardenales, los cuales como tengan el segundo lugar y grado después del sumo pontífice, por su grande gravedad y autoridad tan excelente muy pocas veces salen en público. Y, por tanto, entonces enviaron a los más principales de sus familiares y servidores, los cuales venían ante el gran Maestre, en medio de los cuales venía la mula del cardenal, cuya era la familia, cubierta toda de muy rica grana, que llegava hasta dar en el suelo, y el maestro de estala cabalgando en ella con el capelo de su señor echado atrás sobre la espalda, lo cual era cosa de muy grande admiración. En pos de los cuales, luego iban todos los arzobispos, obispos y perlados otros de la santa iglesia Romana. Y luego atrás, muy gran número de varones y señores muy señalados, así en doctrina como en autoridad de vida, los cuales demostraban por cierto muy bien quién eran, así en su majestad como en la gravedad y primor de costumbre que guardaban y consigo tenían. De una parte, y de otra, de la persona del gran Maestre venía muy gran copia de hombres de guardia, así con picas como con halabardas, los cuales llevaban su ordenanza muy maravillosamente guardada al son del atambor y pífano. Y con muy gran continencia y arte iban guardando la persona del gran Maestre con sus halabardas y picas muy ricamente labradas en los hombros, porque toda esta dicha guardia era del papa. Iba luego todo el regimiento y senadores de la ciudad, todos los caballeros y nobles de ella. Luego el capitán de la guardia y justicia mayor de Roma, el barrachelo con toda su gente de armas y, luego atrás, toda la otra copia y multitud, así de pie como de caballo, de guardas, oficiales y ministros de justicia que en la ciudad había, los cuales eran tantos y en tanta cantidad que era cosa de muy grande admiración.

Capítulo VII. De algunas cosas que el gran Maestre hizo en Roma, por las cuales alcanzó mucha honra. Y de las intenciones que el papa Adriano VI y el papa Clemente VII tenían de sublimar y restaurar la sacra religión y sacro orden de caballería.

Recibido pues con tan espléndida y maravillosa pompa el gran Maestre, y acompañado de todos los señores, órdenes y senadores de la ciudad de Roma, entró por la ciudad por entre infinita multitud de gente de toda edad, sexo y orden, los cuales habían venido y se habían recogido de todos los barrios y casas de la ciudad a ver fiesta tan solemne y recibimiento de tanta manera. Y llegando ya cerca del sacro palacio, el castillo de san Angelo, en señal de alegría y honra, soltó infinitos tyros de artyllería. Y desta manera llegó

al sacro palacio, en una parte muy honrada del cual fue aposentado. Y entrando luego, sin entender en cosa alguna, con mucha humildad a hacer reverencia y besar los santísimos pies del papa, segund que es de costumbre, el papa Adriano VI, aunque ya muy viejo, enfermo y sobre todo sumo pontífice, salió dos o tres pasos a lo recibir. En lo cual Adriano, varón divino y dios humano, demostró muy bien cómo desde su tierna niñez guardó y siguió a la humildad juntamente con todas las otras virtudes. Y en verdad que, si fuera posible mudar el orden de historia en oración de alabanzas, yo deseara que dios, nuestro señor, me diera para escribír y contar las alabanzas de Adriano, no digo la elocuencia de Cicerón, de la cual yo soe indigno, pero al menos la de fray Hyppólito Emilio de Peñabillo, fraile de la orden de san Agustín y predicador muy elocuente a maravilla, el cual estando una vez con la torrencía y suave dulçor de sus palabras y maravilloso persuadir animando a los de Rodas en la batalla, llegó una infernal y muy cruel piedra y desanimólo a él. Pero volviendo al propósito, digo que yo tengo sin duda creydo que si el justo y muy poderoso dios prolongara algunos años más de vida a aquel su vicario, que él tornara a reformar y restituyr muy por entero el sacro orden de los caballeros de Jerusalén. Lo cual procurava y solicitaba mucho con él, el muy noble caballero fray Pedro Adux, comendador de la sacra religión y natural de su propia tierra y nación. Pero tiene esperanza, y digo que fe muy cierta el sacro orden, que todas las cosas que Adriano, falleciendo antes de tiempo, dejó por hacer, Clemente VII, pontífice muy esclarecido, muy bueno y muy alabado, las cumplirá y acabará aún muy mejor que se desea y espera. El cual como con toda diligencia, cuydado, industria y vigilancia siempre, así en tiempo que el papa Leo, su primo, vivía, como en el tiempo de Adriano VI, hubo favorecido, defendido y ampliado a la sacra religión, cuyo protector era en Roma, así también ahora, habiendo por sus méritos muy grandes y por el favor de la divina providencia que le ayudó, alcanzado el imperio y señorío del mundo, y de la ciudad de Roma también, con toda diligencia y cuydado la favorece, ayuda, acumula y ensalza con infinitos beneficios y mercedes. El cual, no solamente de nuevo confirmó las gracias todas, privilegios e indultos que los pontífices Romanos, predecesores suyos, dieron y concedieron a la sacra religión, pero también, de su gracia y muy católica voluntad, los amplió y extendió mucho más y con mucho más favor. Por lo cual devemos todos desear que dios, nuestro señor, dé muy larga, muy próspera y bienaventurada vida a su Santidad para que siempre haga semejantes obras y mercedes y, con su gran clemencia, prudencia y divino saber, ordene y ponga una perpetua y eterna paz y amor entre los príncipes todos cristianos que así, tan mortalmente, están divisos unos de otros y con tan mortales odios se maltratan. Y que, así mismo, al nobilísimo y reverendísimo señor fray Philippo Vilerio de Lysladam, dé tan dichosa y próspera victoria de aquel común enemigo de todos los cristianos, Suleimán, gran tirano y señor de los turcos, cuan dichosa y próspera se la dio los tiempos pasados del gran Soldán Gaurio,

rey de la Syria, Arabia y Egipto, cuando le tomó dos flotas muy grandes en el golfo de Jaca. Una que tenía ya hecha y puesta a punto y otra que estaba ya casi acabada y aparejada para ir contra el rey de Portugal y príncipes todos del occidente. Lo cual como el santísimo y muy prudentísimo pontífice sepa muy bien, y otras muy claras y muy excellentes virtudes y gracias que el señor gran Maestre tuvo y demostró en Roma, en la vacante del pontificado y en el cónclave y elección del nuevo papa, cuando nombrado y elegido por el sacro concilio de los cardenales por guarda y portero de una puerta de las del cónclave, haciendo su oficio muy prudentemente, su Santidad después aprobó y alabó mucho al sacro orden su muy gran fe y noble diligencia, porque él conversava y trataba con todos sus compañeros, que el mismo cargo tenían, muy honesta y familiarmente, no teniéndose en más que otro, honrando a todos, no mostrándose parcial de unos ni de otros. Alcanzó y tuvo mucha honra y alabanza con todos sin que ninguno mal lo quisiese. Y así, por sus merecimientos y muy grandes virtudes es muy amado y extremadamente tenido del sumo pontífice Clemente VII, que ahora es. El cual, en sublimarlo y tornarlo a su prosperidad y grandeza puso y determinó todo su cuydado, diligencia, vigilancia, industria, pensamiento, trabajo y, finalmente, toda su intención y voluntad. Por lo cual concedió luego a la sacra religión la ciudad de Viterbo, una de las más principales ciudades de la iglesia, para que en ella estuviese y se recogiese en tanto que otra parte y lugar se elegía. A la cual, cuando yo componía y ecrivía esta presente obra, el gran Maestre envió a fray Carlos Pipa, veedor mayor de su casa y negocios, varón muy diestro y diligente para negociar y solicitar cualesquiera muy arduos negocios y causas de profunda importancia, así con facilidad de ingenio como con nobleza de costumbres y viveza de ánimo. Lo cual vi y cognoscí muy bien y muy por entero, así en otras muchas partes, cosas y negocios como más principalmente en el sitio y muy cruel conquista de Rodas.

Gloria a dios.

Acábase la historia y verdadera narración de la muy cruda batalla y conquista de Rodas, sacada nuevamente de la lengua latina en nuestro vulgar castellano y puesta por mejor modo y orden que en el latín estaba por el bachiller Cristóbal de Arcos, clérigo cura de la santa iglesia de Sevilla. Acabóse de trasuntar a xii. días del mes de Octubre de MDXXVI años. Y de imprimir a xv. de Noviembre del dicho año, en casa de Juan Varela de Salamanca, vezino de la dicha ciudad de Sivilla.

De Rhodas.

Fo. LXIII

grandes en el golfo de jaça : vna que tenia ya hecha y puesta apunto: y otra q̄ estaua ya quasi acabada: y aparejada para yr cōtra el rey de Portugal: y principes todos del occidēte. Lo qual como el sanctissimo y muy prudentissimo pontifice sepa muy bien: y otras muy claras y muy excellētes virtudes y gracias que el señor gran maestro tuuo y demostro en Roma en la vacante del pontificado y en el conclaue y electiō del nuevo papa: quando nombrado y elegido por el sacro concilio de los cardenales por guarda y portero d̄ vna puerta d̄ las de el conclaue: haziendo su oficio muy prudente mēte: su sanctidad despues aprouo y alabo mucho al sacro orden su muy gran fe y noble diligēcia. Porque el conuersaua y trataua con todos sus compañeros que el mesmo cargo tenian: muy honesta y familiarmente: no teniendo se en mas que otro: honrrado a todos: no mostrādo se parcial de vnos ni de otros: alcanço y tuuo mucha honrra y alabança cō todos sin que ninguno mal lo d̄xesse. y assi por sus merecimētos

y muy grandes virtudes es muy amado y extremadamēte tenido del sumo pontifice Clemēte. vij. que agora es. El qual en sublimarlo y tornarlo a su prosperidad y grandeza puso y determino todo su cuydado: diligēcia: vigilancia: industria: pensamiēto: trabajo: y finalmente toda su intenciō y voluntad. Por lo qual cōcedio luego ala sacra religiō la cibdad de Viterbo vna de las mas principales cibdades de la yglesia: para que en ella estuuiesse y se recogesse en tāto que otra pte y lugar se elegia. Alla qual quādo yo componia y escriuia esta presente obra el gr̄a maestro embio a fray Carlos pipa veedo: mayor de su casa y negocios varon muy diestro y diligēte para negociar y solicitar quales quiera muy arduos negocios y causas de profunda importancia assi con facilidad de ingenio: como con nobleza de costumbres y bueza de animo. Lo qual vi y cognosci muy bien y muy por entero: assi en otras muchas pres: cosas y negocios: como mas pncipalmēte en el sitio y muy cruel conquista de Rhodas.

Gloria a Dios.

Acabasse la hystoria y verdadera narracion de la muy cruda batalla y conquista de Rhodas sacada nueuamente de la lengua latina en nuestro vulgar castellano y puesta por mejor modo y orden que en la sin estaua por el bachiller Christoual de Arcos clérigo cura de la sancta yglesia de Sevilla: acabosse de trasuntar a. xij. dias del mes de Octubre de. M. d. xxvj. años. y de imprimir a xv. de Nouiēbre d̄ dicho año: en casa de Juã varela de Salamanca vezino de la dicha cibdad de Sevilla.

